

UN PAR DE OJOS AZULES

THOMAS HARDY



se

La estructura de la novela viene marcada por su protagonista femenina, Elfride Swancourt, encarnación literaria de la mujer de Thomas Hardy, cuya vitalidad y emotividad ejercen una fuerte fascinación e influencia en los hombres. Primero en el joven e inexperto Stephen Smith, *alter ego* del propio autor, más tarde en el complejo y más maduro Henry Knight, cuya obsesiva insistencia en la virtud y la perfección y su intolerancia ante las debilidades humanas le conducen a la infelicidad.

El padre de Elfride, el rector, representa los caducos y pertinaces valores sociales: el clasismo, el conservadurismo, la intransigencia y la hipocresía de moverse por el olor del dinero y la clase.

Hardy analiza con una precisión psicológica admirable las diferentes personalidades que emergen de los individuos sometidos a circunstancias sentimentales diferentes y el tremendo poder destructivo del amor.

Thomas Hardy nació en Upper Bockhampton (Inglaterra) en 1840, hijo de un cantero y constructor. Fue de su madre, gustosa de las artes y la literatura, de quien el pequeño Thomas heredó la querencia por el mundo de la escritura. Desde niño mostró una gran inteligencia, estudió latín, francés e inglés, y a los quince años ya ejercía como profesor en la escuela dominical de Stinsford. A los dieciséis años ingresó como aprendiz en un taller de arquitectura y desarrolló diversos trabajos en ese campo con notable éxito, pero finalmente, y debido a la impresión que le causaron los poemas de Swinburne, se decantó por dedicarse exclusivamente a la literatura.

Poeta, ensayista y novelista, dentro de un naturalismo de tono pesimista y con un talento supremo para el retrato psicológico y costumbrista de ambientes rurales y personajes complejos ubicados en Wessex publicaría: *El regreso del nativo*, *Tess d'Ubervilles*, *El alcalde de Casterbridge*, *Jude el Oscuro* y *La bienamada*.

La muerte de su esposa Emma lo sumió en la desolación y lo convirtió en un solitario. Recobró su estabilidad emocional gracias al apoyo de su secretaria, Florence Dugdale, con quien acabaría casándose. Falleció en 1928, tras escribir su autobiografía, *La vida de Thomas Hardy*, al parecer acabada por la propia Florence, aunque este fuerte rumor nunca se ha comprobado.

Fue enterrado en la Abadía de Westminster, en el denominado *Rincón del poeta*.



Thomas Hardy

Un par de ojos azules

ePub r1.0
Titivillus 30.11.17

Título original: *A Pair of Blue Eyes*
Thomas Hardy, 1873
Traducción: Damián Alou

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



PRÓLOGO

Thomas Hardy nació el 2 de junio de 1840 en Higher Bockhampton, Dorset, en una casita aislada en medio del páramo. Fue el mayor de cuatro hermanos, y su padre trabajaba de mampostero y albañil. Resultó un niño enfermizo, y tras asistir un año a la escuela local, a los ocho años pasó a estudiar en los colegios de Dorchester, la ciudad más cercana, donde se hizo con una sólida base en latín y matemáticas. En 1856 entró como aprendiz con un arquitecto de la zona, John Hicks, y a los veintidós años se trasladó a Londres, donde trabajó como delineante en el despacho de Arthur Bloomfield, un importante arquitecto eclesiástico. Su mala salud le hizo regresar a Dorset en 1867, donde volvió a trabajar para Hicks.

Aunque la arquitectura le granjeó una buena posición social y económica, Hardy tenía ambiciones de entrar en la universidad y ordenarse sacerdote anglicano. A mediados de los sesenta tuvo que desechar la idea por falta de fondos y pérdida de fe. Habitado al estudio, dirigió sus energías a la lectura de poesía y a desarrollar sus habilidades poéticas, aunque mantendría inédita su producción hasta final de siglo.

Comprendiendo quizá que para hacerse un nombre en la literatura debía dedicarse a la prosa, entre 1867 y 1868 escribió su primera novela, *The Poor Man and the Lady*, que quedaría inédita. Su debut como novelista llegaría en 1871 con *Desperate Remedies*, pero hasta su siguiente obra, *Under the Greenwood Tree* (1872), no encontraría un estilo propio.

En 1870 recibiría un encargo que habría de cambiar su vida. Se le envió a realizar una evaluación arquitectónica de la aislada y ruinosa iglesia de St. Juliot, en Cornwall. Allí conocería a Emma Lavinia Gifford, la cuñada del rector, que cuatro años después se convertiría en su esposa. Numerosos ecos de este episodio se encuentran en la novela que presentamos, *A pair of blue eyes* (Un par de ojos azules, 1873). Fue precisamente a raíz de esta novela que abandonó la arquitectura, tras haber aceptado publicarla por entregas en el *Tinsley's Magazine*. El paso fue arriesgado, pero poco después se le invitaría a publicar la siguiente novela en el muchísimo más prestigioso *Cornhill Magazine* (precisamente donde Elizabeth Gaskell había publicado su *Hijas y esposas*). Y la siguiente sería *Far from the Madding Crowd* (Lejos del mundanal ruido), la novela que le haría famoso y también una de las más logradas. Aparece ya en ella ese personaje femenino único y de fuerte personalidad, Bathsheba Everdene, alrededor del cual giran tres hombres que representan diversos caracteres y visiones del mundo: Gabriel Oak, el fuerte (como su apellido indica) y leal pastor, un hombre hecho a sí mismo; William Boldwood, el granjero que representa los valores conservadores; y el sargento Troy, un militar tarambana que posteriormente se reencarnará en el Alec D'Urberville de *Tess of the D'Urbervilles*.

Gracias al éxito de la novela, Hardy y Emma se casaron en 1874, en contra de la voluntad de las familias de ambos. Al principio vivieron entre Londres y Dorset, y la

producción de Hardy alterna obras un tanto irregulares, como *The Hand of Ethelberta* (1876) con logros como *The Return of the Native* (1878), donde narra el desastroso matrimonio entre Eustacia Vye, que anhela experiencias apasionadas y románticas, y Clym Yeobright, ciego a los deseos de su mujer y obsesionado por la mejora moral de los habitantes de Egdon Heath, localidad inspirada en la que habitó Hardy en su infancia. Tras tres novelas consideradas menores, *The Trumpet Major* (1880), *A Laodicean* (1881), y *Two on a Tower* (1882), una grave enfermedad le hizo regresar a Dorchester en 1883.

Una vez allí, le resultó difícil establecerse como profesional de clase media en una ciudad donde eran conocidos sus orígenes humildes. Su deseo de instalarse definitivamente allí le lleva a proyectar Max Gate, la casa justo en las afueras de Dorchester donde viviría hasta su muerte. Así, en su siguiente novela, *El alcalde de Casterbridge* (1886), incorpora detalles reconocibles de la historia y la topografía de la ciudad, situando en ese entorno uno de sus personajes más complejos, el brutal y tornadizo Michael Henchard, que al final de su vida deja uno de los testamentos más desoladores de la literatura, rematado con las palabras: «Que no se pongan flores en mi tumba. Que nadie se acuerde de mí». Tras su siguiente novela, *The Woodlanders* (1887), publica su primer volumen de relatos *Wessex Tales* (1888), ya aparecidos en revistas. A éste seguirían tres más: *A Group of Noble Dames* (1891), *Life's Little Ironies* (1894), y *A Changed Man* (1913). El lector español cuenta con una antología de sus relatos, aparecida bajo el título de *El brazo marchito*, en traducción de Javier Marías, Barcelona, Seix Barral, 1986.

En 1892 publica en forma de serial *The Well-Beloved* (que no aparecería en volumen, y muy revisada, hasta 1897), donde satiriza esa tendencia tan masculina a tener modelos femeninos prefijados, creando un personaje tan patético como Jocelyn Pierston, a quien emparenta con algunos héroes de Henry James, en especial los de «El altar de los muertos» y «La bestia de la jungla».

La carrera novelística de Hardy se cerrará con dos obras que se proyectan ya hacia el siglo XX en su atrevimiento y militancia, *Tess of the d'Urbervilles* (1891) y *Jude el oscuro* (1895), donde se plantea con más fuerza que nunca el conflicto de clases, en especial en *Jude*, dolorosamente autobiográfica en el personaje de Jude Fawley, que, al igual que Hardy, también deberá renunciar a sus ambiciones académicas a causa de la pobreza. *Jude el oscuro* fue la última novela de Hardy. Influyó en ello las fuertes críticas que recibió de los sectores más conservadores, pues *Jude* es, sobre todo, una crítica despiadada al matrimonio como institución y una proclama a favor de la libertad de los sentimientos.

Hemos dicho que *Jude* fue la última novela de Hardy, pero aún le quedaban treinta y tres años por vivir. Una vez establecida su reputación y su fortuna, Hardy abandonó para siempre la narrativa y se dedicó a escribir una abundante obra poética, que alterna los volúmenes misceláneos con obras tan magnas como *The Dynasts*, un drama épico sobre las guerras napoleónicas con algunos episodios en prosa.

Y si la obra novelística de Hardy entra de pleno en el siglo XX por su abierta defensa de la libertad sexual y su ataque a las convenciones burguesas, su obra poética, poco valorada al principio, sería reivindicada por los llamados «poetas de la experiencia», a cuyo frente encontramos a Philip Barquin. Se trata de una poesía desnuda, esencial, que apela a la emoción sin caer en el sentimentalismo.

Thomas Hardy enviudó en 1912, aunque sus relaciones con Emma hacía años que no eran buenas. En 1914 se casa con Florence Emily Dugdale, treinta y ocho años más joven que él, que ya era su amiga y secretaria desde 1905. Tras su fallecimiento, el 11 de enero de 1928 sus cenizas fueron enterradas con gran ceremonia en la abadía de Westminster, mientras que su corazón era sepultado en Stinsford, en la tumba de Emma.

* * *

Como ya hemos mencionado, hay en *Un par de ojos azules* suficientes elementos autobiográficos como para considerarla uno de los títulos más interesantes de Hardy.

Al igual que *Tess* o *Far from the Madding Crowd*, la estructura de la novela viene marcada por su protagonista femenino, Elfride Swancourt —la poseedora de los ojos azules del título—, en torno a la cual giran tres caracteres masculinos de fino trazo y muy emblemáticos: el señor Swancourt —su padre—, Stephen Smith y Henry Knight. Elfride Swancourt es la típica heroína hardyana: una muchacha hermosa, lozana, de mente cultivada —¡capaz incluso de haber escrito una novela!— y que se halla en esa edad en que su futuro ha de venir marcado por la huella de los hombres, que son, en esa sociedad, quienes deciden.

Es crítico Hardy con la educación que Elfride ha recibido de su padre, cuyo único interés como descendiente de la nobleza venida a menos es hacer una buena boda, y que, se insinúa, la ha dejado bastante a sus anchas. El señor Swancourt, el rector, representa los valores caducos —pero pertinaces— de la sociedad inglesa: el clasismo, el conservadurismo, la intransigencia y la hipocresía de moverse por el olor del dinero y la clase. Así, cuando Elfride conoce al joven Stephen Smith, tan guapo como ella —por lo que hemos de suponer que harían una hermosa pareja y tendrían una magnífica descendencia—, el rector aprueba al principio el coqueteo convencido de que Smith está emparentado con los Fitzmaurice Smith de Caxbury, y al descubrir que el joven no es más que el hijo de un mampostero local —igual que Hardy— prohíbe terminantemente la relación.

Stephen Smith es —tal como debió de serlo Hardy— un joven lleno de ilusiones y esperanzas en el futuro. A esa edad en que los sentidos buscan la belleza, el choque de emociones entre Elfride y Stephen se hace inevitable en un romanticismo de una carnalidad quizá excesiva para la época —aunque aún nos hallemos a años luz del explícito D. H. Lawrence—. Hardy sabe utilizar el paisaje para reflejar ese despertar de los sentidos de los jóvenes, y el paisaje de los acantilados invita a pensar en un

Finisterre más allá del cual sólo existe la felicidad o la pena.

Y si Stephen Smith ocupa la primera parte de la novela, la segunda pertenece por entero a Henry Knight, un personaje más maduro y complejo. Knight ha sido mentor y protector de Stephen, quien de hecho le debe en gran parte haber llegado profesionalmente a donde está. Smith le menciona en un momento al rector que ha de dejar las cosas en manos de las circunstancias; pues bien, finalmente éstas se aliarán para quitarle de en medio y poner ante Elfride la sobria e imponente figura de Knight, a quien Hardy pinta como una especie de ideal masculino en su honestidad y elevada moral, sólo que... Sólo que eso no sirve para la vida humana a ras de tierra, donde nada es perfecto, donde no se puede esperar la pureza ni la honradez absoluta. Knight, que se declara hombre solitario e introspectivo, sucumbe a las debilidades humanas precisamente por no querer sucumbir a ellas, y pierde la felicidad por obcecarse en la virtud.

La tercera parte de la novela y su desenlace —que no desvelaré— pertenece a Knight y a Stephen, y es quizá lo más extraordinario de la novela. El reencuentro de ambos después de años sin verse, las confidencias a medias, la pugna mental que se establece, la hipocresía y falsedad de que hacen gala por primera vez en su vida —ellos, que habían sido tan amigos—, el periplo desesperado que les lleva a descubrir la verdad, y ese final, en el que se combinan la ironía y la tragedia en unas pocas páginas de tremenda contundencia, dejan flotando sobre ella un aroma amargo de fracaso y tristeza.

Aparte de haber escrito tres o cuatro de los mejores títulos de la novela victoriana, la figura de Thomas Hardy presenta en la distancia un interés especial: su obra traza un arco estilístico que va de la llamada *sensation novel* (o novela efectista) practicada por Wilkie Collins —y cuyas técnicas encontramos en abundancia en *Un par de ojos azules*— hasta el estilo despojado y el atrevimiento temático de sus últimos títulos, *Tess* y *Jude*, pues no en vano Hardy ocupa veinticinco años clave (desde 1870 hasta 1895) en la producción novelística inglesa.

Pero a pesar de su evolución, Hardy es reconocible siempre en sus temas y en su enfoque: si bien se ciñe a ciertos patrones novelísticos de la época, jamás transige a la hora de mostrarnos su punto de vista: siempre toma partido por los débiles, por los maltratados y los que sufren; hay en ello una perspectiva ciertamente cristiana, pero también una creencia en que el hombre es capaz de forjar su propio destino, un destino que no ha de verse coartado por instituciones y convenciones de clase ni de religión, al que todo hombre tiene derecho a aspirar. No hay ningún otro caso en la literatura inglesa de novelista poeta comparable al de Hardy: nadie como él sabe detener la narración para fijarse en el flujo de un riachuelo o en el matiz de un ocaso, y nadie ha hecho unos poemas —a veces de apenas ocho versos— tan cargados de narración.

De él dijo Philip Larkin: «Sus temas son los hombres, las vidas de los hombres, el tiempo y el paso del tiempo, el amor y el apagarse del amor».

PREFACIO DEL AUTOR

Los siguientes capítulos fueron escritos en una época en que la moda de la restauración indiscriminada de iglesias acababa de alcanzar los rincones más remotos del oeste de Inglaterra, donde las características indómitas y trágicas de la costa se habían combinado durante mucho tiempo y en perfecta armonía con el tosco arte gótico de los edificios eclesiásticos que se desperdigaban por la zona, por lo que cualquier novedad arquitectónica que se intentara resultaba totalmente fuera de lugar. Restaurar las grises carcasas de un medievalismo cuyo espíritu había desaparecido parecía un acto no menos incongruente que ponerse a renovar los peñascos adyacentes. Así fue como la historia imaginaria de tres corazones humanos, cuyas emociones no eran del todo ajenas a esas circunstancias materiales, encontró en los incidentes habituales a tales renovaciones arquitectónicas un marco adecuado para su presentación.

La costa y la zona rural que rodea Castle Boterel está ya en la mente de todos, y será fácilmente reconocible. El lugar, podría añadir, se halla entre los más occidentales de todos los que he utilizado para construir el escenario de mis imperfectos dramas de la vida y las pasiones rurales; y también se halla cerca, o al menos no muy lejos, de la imprecisa frontera del reino de Wessex, la cual, al igual que la frontera de los modernos asentamientos de Estados Unidos en permanente avance hacia el oeste, era incierta y en continuo progreso.

Todo esto, sin embargo, tiene poca importancia. El lugar es, sobre todo (al menos para una persona), una región de sueños y misterio. Los pájaros espectrales, el mar que parece un paño mortuorio, el viento cargado de espuma, el eterno soliloquio de las aguas, ese tono púrpura oscuro que parecen exhalar los precipicios de la orilla: todo ello le da a la escena una atmósfera que parece el crepúsculo de una visión nocturna.

En particular, aparece en la narración un impresionante acantilado; y, por alguna razón olvidada, este acantilado fue descrito en el relato sin ponerle nombre. La exactitud exige que deje constancia de que un destacado acantilado, que se parece en muchos aspectos al de mi descripción, lleva un nombre que ningún suceso ha hecho famoso.

Marzo de 1895

« Una violeta en la primavera de la naturaleza humana,
prematura, no permanente, dulce, no percedera;
perfume y diversión de un instante; nada más.»

SHAKESPEARE, *Hamlet*

I

«Una hermosa vestal, entronizada en occidente.»
Shakespeare, *El sueño de una noche de verano*

Elfride Swancourt era una muchacha de emociones casi a flor de piel. La exacta naturaleza de estas emociones, y cómo las modificaba el lento transcurrir de las horas, era algo que sólo conocían aquellos que seguían las circunstancias de su historia.

Personalmente era la combinación de detalles muy interesantes, cuya rareza, sin embargo, se hallaba más en la combinación de los elementos individuales que en éstos por separado. De hecho, no había manera de ver la forma y sustancia de sus rasgos al conversar con ella; y el poder de seducción derivado de evitar que su interlocutor convirtiera sus facciones en materia de estudio no se daba porque intentara ocultarlas mediante una estudiada actitud (pues su personalidad era infantil y apenas formada), sino en la atractiva tosquedad de sus rasgos. Había vivido toda su vida retirada: los hombres ociosos aún no habían alabado su belleza, y a su edad —tendría diecinueve o veinte años— sabía tan poco de la sociedad como una chica de ciudad de quince.

Pero había algo en la muchacha que no se podía pasar por alto: sus ojos. Eran como una sublimación de su persona; no era necesario buscar más allá: en los ojos estaba toda ella.

Eran unos ojos azules; azules como la lejanía otoñal, azul como el azul que vemos entre las formas cada vez más lejanas de las colinas y las laderas boscosas cualquier soleada mañana de septiembre. Un azul neblinoso y opaco, que no tenía principio ni superficie, y al que uno no dirigía la mirada, sino que la *sumergía*.

En cuanto a su presencia, no era imponente, sino más bien escasa. Hay mujeres que consiguen que su personalidad invada la atmósfera de un salón donde se celebra un banquete; la presencia de Elfride destacaba tanto como la de un gatito.

Elfride tenía esa actitud meditabunda que encontramos en la cara de la Madonna della Sedia^[1], aunque sin su éxtasis: la calidez y el carácter que resultan habituales en las bellezas —mortales e inmortales— de Rubens sin su insistente carnalidad. La expresión característica de las caras femeninas de Correggio —la de esos anhelos humanos demasiado profundos como para hacer derramar lágrimas— era a veces la suya, aunque rara vez en condiciones normales.

El momento de la vida de Elfride Swancourt que, podríamos decir, la marcó más profundamente fue una noche de invierno en la que, en su papel de anfitriona, se encontró cara a cara con un hombre al que nunca había visto; además, Elfride lo miraba con una curiosidad e interés dignos de Miranda^[2], como nunca había prestado a ningún mortal.

Aquel día su padre, rector de una parroquia de los alrededores del Bajo Wessex —una zona costera— y viudo, sufría un ataque de gota. Al acabar sus supervisiones domésticas, Elfride se sintió desasosegada, y varias veces abandonó la habitación en que se encontraba, subió las escaleras y llamó a la puerta del dormitorio de su padre.

—¡Adelante! —era siempre la respuesta que, con una voz vigorosa, de alguien que pasa mucho tiempo al aire libre, oía procedente del otro lado.

—¡Papá! —le dijo en una ocasión a la cara afable y apuesta de un hombre de cincuenta años que soltaba resoplidos y silbos como una botella a punto de estallar. Estaba echado en la cama, cubierto con un camisón, y de vez en cuando enunciaba, en contra de su voluntad, una o dos letras de alguna palabra o palabras que eran casi juramentos—. Papá, ¿es que esta noche no vas a bajar? —Elfride marcaba las sílabas: su padre estaba bastante sordo.

—Me temo que no..., puf, puf..., mucho me temo que no, Elfride. Fff-fff-fff. Este condenado dedo mío hoy no puede soportar ni el roce de un pañuelo, y mucho menos una media o una zapatilla... Fff-fff-fff. ¡Cómo vuelve a dolerme! No, no me levantaré hasta mañana.

—Entonces espero que ese caballero no venga, pues no sé qué voy a hacer con él.

—Bueno, sin duda eso sería una situación embarazosa.

—No creo que venga hoy.

—¿Por qué?

—Porque sopla mucho viento.

—¡Porque sopla mucho viento! ¡Qué cosas se te ocurren, Elfride! ¿Acaso el viento ha impedido alguna vez que un hombre cumpla con su deber? ¡Que este dedo mío se me haya puesto así tan de repente! Si llega, debes hacerlo subir, supongo, y luego darle de comer y enseñarle su alojamiento. Hija mía, ¡qué fastidio es todo esto!

—¿Le doy de cenar?

—Demasiado fuerte para un hombre cansado después de un tedioso viaje.

—¿Té, pues?

—Demasiado poco sustancioso.

—¿Un tentempié? Hay fiambre de pollo, pastel de conejo, algunas empanadillas y cosas por el estilo.

—Sí, eso estaría bien.

—¿Debo servirle el té, papá?

—Por supuesto, eres la señora de la casa.

—¡Cómo! ¿Debo sentarme a la mesa con un desconocido y hacer como si le conociera, sin que nadie nos haya presentado?

—Déjate de presentaciones y tonterías, niña; ya sabes que eso son sandeces. Se trata de un profesional, un hombre práctico, cansado y hambriento, que lleva viajando desde el alba, y que no estará para charlas ni para reverencias. Quiere comida y techo, y debes procurar que lo tenga, simplemente porque yo estoy postrado y no puedo atenderle. No hay nada horrible en eso, espero. De tanto leer novelas se te ha llenado

la cabeza de simplezas.

—Oh, no, no hay nada terrible en ello cuando se trata de un simple caso de necesidad como éste. Pero ya ves, siempre estás aquí cuando alguien viene a cenar, aunque le conozcamos; y éste es un londinense desconocido, un hombre de mundo, al que quizá le parecerá raro.

—Muy bien, pues que se lo parezca.

—¿Es socio del señor Hewby?

—No creo, pero podría ser.

—Me pregunto cuántos años tendrá.

—Eso es algo que no sé. Encontrarás una copia de mi carta al señor Hewby, y su respuesta, sobre la mesa del estudio. Léelas, y sabrás lo mismo que yo acerca de nuestro invitado.

—Ya las he leído.

—Bueno, ¿pues por qué preguntas tanto? Eso es todo lo que sé. ¡Uf-uf-uf!... ¡El cielo te confunda, granujilla! ¡No pongas nada ahí encima! No puedo soportar el peso de una mosca.

—Oh, lo siento, papá. Se me olvidó. Pensé que tendrías frío —dijo Elfride apartando rápidamente la manta de viaje que había arrojado sobre los pies del sufriente. Esperó a comprobar que el enfado hubiera desaparecido de la cara de su padre; salió de la habitación y volvió abajo.

II

«Ocurrió la tarde de un día de invierno.»

Cuando, al cabo de dos o tres horas, la tarde se hizo noche, un observador habría podido observar unos perfiles recortándose contra el cielo en la cumbre de una solitaria y desolada colina de la parroquia. Circunscribían a dos hombres que en aquel momento tenían el aspecto de siluetas, sentados en un *dog-cart* que empujaban contra el viento. Sólo algún hombre o una casa solitaria habían sido visibles en medio del desolado trecho de campo abierto que estaban atravesando; y ahora que había comenzado a caer la noche, el débil crepúsculo, que todavía dejaba entrever el paisaje, cobraba vida por la serena aparición del planeta Júpiter, que resplandecía momentáneamente con un brillo más intenso delante de ellos, y por Sirio, que derramaba sus rayos, rivalizando con el anterior, sobre las espaldas de los dos hombres. Las únicas luces que se divisaban sobre la tierra eran unos puntitos de un rojo apagado dispersos sobre las distantes colinas, que, como el conductor del vehículo les comentó sin que le preguntaran, eran fuegos que consumían turba y raíces de aulaga, donde mullían los pastizales para prepararlos para la siembra. Durante el día el viento había sido tempestuoso y apenas se había mitigado; tres o cuatro nubes, delicadas y pálidas, surcaban el cielo hacia el sur, rumbo al Canal.

Habían recorrido trece de las quince millas que separaban la estación terminal del destino de su viaje cuando comenzaron a recorrer el borde de un valle de algunas millas de extensión, donde los esqueletos invernales de una vegetación más exuberante que la que les había rodeado hasta ahora proclamaban la existencia de un suelo más fértil, y que mostraba muchas más trazas de cercamiento y cuidados que las lomas que habían atravesado. Un poco más adelante, una abertura entre los olmos de ese fértil valle revelaba una mansión.

—Eso es Endelstow House, la casa de lord Luxellian —dijo el conductor.

—Endelstow House, la casa de lord Luxellian —repitió el otro mecánicamente. A continuación se volvió hacia un lado y escrutó atentamente la casa casi invisible con un interés que la borrosa imagen del edificio parecía lejos de crear—. Sí, es la casa de lord Luxellian —volvió a decir al poco mientras seguía mirando en la misma dirección.

—¿Es allí adonde vamos?

—No, vamos a la rectoría de Endelstow, como ya le dije.

—Pensé que a lo mejor había cambiado de opinión, señor, pues hace ya rato que mira en esa dirección, y eso que no se ve gran cosa.

—Oh, no. Me interesa la casa, eso es todo.

—A mucha gente le interesa, dicen.

—No en el sentido en que me interesa a mí.

—¡Ah!... Bueno, su familia no es mejor que la mía, creo.

—¿Cómo es eso?

—En rigor, descienden de gentes que trabajaba en las zanjas y en los setos. Pero mucho tiempo atrás, uno de ellos, mientras trabajaba, cambió sus ropas con el rey Carlos II, lo que salvó la vida de éste. El rey Carlos se le acercó como un hombre vulgar y corriente y le dijo de buenas a primeras: «Hombre de la zamarra, mi nombre es Carlos II; ¿me prestarías tus ropas?». «Como desee», dijo Luxellian. Y se cambiaron las ropas allí mismo. «Ahora escucha lo que te digo», exclamó Carlos II, como si fuera un hombre vulgar y corriente mientras se alejaba a caballo, «si alguna vez accedo a la corona, ven a mi corte, llama a la puerta y di sin vacilar: “¿Está Carlos II en casa?”. Di tu nombre y te dejarán entrar, y te daré un título de noble.» Bueno, eso fue muy amable por parte del señor Charley, ¿no le parece?

—Muy amable, sin duda.

—Bueno, pues, como sabemos, el rey llegó al trono, y unos años más tarde, Luxellian, el que trabajaba en los setos, llamó a la puerta del rey y preguntó si Carlos II estaba en casa. «No, no está», le dijeron. «¿Y Carlos III?», preguntó Luxellian. «Sí», dijo un joven que parecía un hombre vulgar y corriente, sólo que llevaba una corona en la cabeza, «mi nombre es Carlos III.» Y..

—Me parece que debe de tratarse de un error. No recuerdo que en la historia de Inglaterra se mencione a ningún Carlos III —dijo el otro en un tono de suave reconvencción.

—Oh, es una historia muy cierta, sólo que nunca se imprimió; era un hombre de temperamento bastante raro, si lo recuerda.

—Perfectamente, siga.

—Y, sea como fuere, Luxellian, el que trabajaba en los setos, fue nombrado lord, y todo fue sobre ruedas hasta que un tiempo después tuvo una terrible disputa con el rey Carlos IV...

—Lo de Carlos IV ya me parece demasiado, a fe mía.

—¿Porqué? ¿Acaso no hubo un Jorge IV?

—Desde luego.

—Bueno, pues el nombre de Carlos es tan corriente como el de Jorge. Sin embargo, no hablaré más del tema... ¡En fin! ¡Qué mundo tan curioso éste, desde luego! ¡Ah, que pasen tales cosas!

El crepúsculo se había convertido en noche durante su charla, y el contorno y la superficie de la mansión desaparecieron gradualmente. Las ventanas, que antes habían sido como manchones negros sobre una extensión más clara de pared, se iluminaron y quedaron transfiguradas en cuadrados de luz sobre el cuerpo oscuro del paisaje nocturno, como si absorbieran los perfiles del edificio en su triste monocromía.

Durante un buen rato no pronunciaron palabra, y ascendieron una colina, y luego otra sobre la cima de la primera. Seguía otro kilómetro de meseta, desde la cual se

avistaban dos faros en la costa a la que se acercaban posados en el horizonte con un sereno lustre de benevolencia. La parroquia a la que se dirigían no parecía quedar muy lejos en dirección a la costa, entre Cam Beak y Tintagel. Llegaron a otro oasis; a sus pies había una pequeña hondonada, como un nido, y hacia ella el chófer dirigió el caballo en ángulo agudo para descender una empinada loma que se sumergía bajo los árboles como una madriguera de conejo. Bajaron más y más.

—La rectoría de Endelstow está ahí dentro —añadió el hombre que llevaba las riendas—. Esa parte de ahí es Endelstow Oeste (la casa de lord Luxellian es Endelstow Este), y en sus tierras hay una iglesia. El padre Swancourt es el párroco de ambas, y va de una a otra. ¡En fin, mundo curioso éste! Creo que, durante una época, hubo una cantera donde ahora está la casa. El hombre que la construyó rozó todos los terrenos del beneficio del párroco para sacar tierra que colocar alrededor de la rectoría, creando un pequeño paraíso de flores y árboles en el terreno que él mismo había preparado, mientras que los campos de donde sacó la tierra no han vuelto a servir para nada.

—¿Cuánto hace que vive aquí el titular de la rectoría?

—Puede que un año, o año y medio: no llega a dos, pues todavía no es objeto de maledicencia y, por regla general, una parroquia empieza a hablar mal de su párroco al final de los dos años, cuando ya se conocen. Pero es muy buen hombre. El padre Swancourt me conoce muy bien, pues muy a menudo paso por aquí; y yo conozco al padre Swancourt.

Salieron de la enramada, doblaron una curva, y las chimeneas y gabletes de la rectoría comenzaron a entreverse. No había luz en ninguna parte. Se apearon; el hombre fue a tuestas por el porche y tiró de la campanilla.

Al cabo de tres o cuatro minutos, pasados en paciente espera sin oír el menor sonido de respuesta, el forastero dio un paso al frente y repitió la llamada con más decisión. A continuación le pareció oír pasos en el vestíbulo, y cómo se movía el pomo de la puerta, pero nadie apareció.

—A lo mejor no están en casa —dijo el chófer con un suspiro—. Y yo que me había hecho ilusiones de comer algo en la cocina del padre Swancourt. ¡Esas buenísimas empanadillas de carne y sus plumcakes y sidra, y unas gotitas del tónico que guardan aquí!

—¡Muy bien, vecinos! Seáis ricos o pobres, ¿para qué tenéis que venir a este rincón del mundo a esta hora de la noche? —exclamó una voz en ese instante, y, volviendo la cabeza, vieron a un individuo canijo que caminaba hacia ellos con andar torpe. Venía de la puerta trasera con una linterna de asta colgándole de la mano.

—¡A esta hora de la noche, dice! Y el reloj apenas acaba de dar las siete. Muéstranos una luz y déjanos entrar, William Worm.

—Robert Lickpan, ¿eres tú?

—El mismo que viste y calza, William Worm.

—¿Viene contigo el invitado?

—Sí —dijo el forastero—. ¿Está en casa el señor Swancourt?

—Sí está, señor. ¿Les importaría entrar por la puerta de atrás? La principal está encajada a causa de la humedad, a veces le pasa, y ni un coloso es capaz de abrirla. Sé que no soy más que un temblor con patas que jamás valdrá el trabajo que el Señor se tomó en crearme, señor, pero puedo mostrarle el camino.

El recién llegado siguió a su guía a través de una pequeña puerta en el muro, a continuación recorrieron la antecocina y la cocina, por las que pasó con los ojos clavados al frente, pues sentía un horror innato a curiosear que le prohibía mirar las estancias que formaban la parte de atrás de los tapices de la casa. Al entrar en el vestíbulo, estaba a punto de ser conducido a su habitación, cuando, del pasillo interior de la entrada principal, apareció Elfride, que había ido allí para averiguar la causa de la demora. Se sobresaltó al ver a su invitado aparecer desde debajo de las escaleras, pues no esperaba este movimiento de sorpresa desde el flanco, que había sido originado tan sólo por la inocencia de William Worm.

Elfride apareció con el más hermoso de los atavíos femeninos, es decir, vestida para estar por casa, con un abundante pelo rizado que le caía por los hombros. Una expresión de zozobra se posó en su rostro; y en su conjunto no pareció lo suficiente mujer para afrontar la situación. El invitado se quitó el sombrero, y se pronunciaron las primeras palabras; de buen principio, Elfride miró con mucho interés, no carente de sorpresa, a la persona con la que debía ejercer los deberes de la hospitalidad.

—Soy el señor Smith —dijo el forastero con una voz musical.

—Yo soy la señorita Swancourt —dijo Elfride.

Ya no se sentía cohibida. El enorme contraste entre la realidad que tenía ante ella y el hombre de negocios sombrío, taciturno, brusco y anciano que había imaginado —un hombre cuyas ropas olían a humo de ciudad, de piel amarillenta por falta de sol y habla adornada con epigramas—, le causó tanto alivio que Elfride sonrió, casi soltó una carcajada, ante la cara del recién llegado.

Stephen Smith, que hasta ese momento había permanecido oculto gracias a la oscuridad, era una persona de aspecto juvenil y, por edad, aún no del todo un hombre. A juzgar por su aspecto, Londres era el último lugar del mundo que uno habría imaginado como centro de sus actividades: una cara como la suya no podía alimentarse de humo, barro, niebla y polvo; un semblante franco como el suyo nada podía saber de «la fatiga, la fiebre y la zozobra» de esa segunda Babilonia.

Su tez era tan delicada como la de la propia Elfride; el rosa de sus mejillas casi tan delicado. Su boca era tan perfecta como el arco de Cupido, y de un color rojo cereza, como la de ella. Tenía el pelo claro y rizado; unos ojos azul grises claros y chispeantes; un rubor y ademanes juveniles; no llevaba ni patillas ni bigote, a menos que una pelusilla de un castaño claro en el labio superior mereciera ese título: así era ese profesional venido de Londres, cuya llegada tanto había desasosegado a Elfride.

Elfride se apresuró a decirle que, sintiéndolo mucho, debía anunciarle que el señor Swancourt no podría recibirle esa noche, y le explicó la razón. El señor Smith

le replicó, con una voz forzosamente viril, que lamentaba mucho oír tales noticias; pero que por lo que al recibimiento se refería no importaba en lo más mínimo.

Stephen fue acompañado a su habitación. En su ausencia, Elfride se dirigió furtivamente al aposento de su padre.

—Ha llegado, papá. ¡Es muy joven para ser un hombre de negocios!

—¡No me digas!

—Y de cara es..., bueno, *guapo*. Como yo.

—Mmm. ¿Y qué más?

—Nada. Esto es todo lo que sé de él. Son buenas noticias, ¿no crees?

—Bueno, eso ya lo veremos cuando le conozcamos mejor. Baja y dale a ese pobre hombre algo de comer y beber, por amor del cielo. Y cuando acabe de comer, dile que me gustaría charlar un poco con él, si no le importa subir aquí.

La joven volvió a bajar las escaleras, y mientras ella aguarda la entrada del joven Smith, vamos a reproducir las cartas referentes a su visita.

1. DEL SEÑOR SWANCOURT AL SEÑOR HEWBY

Rectoría de Endelstow, 18 de febrero de 18...

Muy señor mío:

Estamos considerando restaurar la torre y la nave lateral de la iglesia de esta parroquia; y lord Luxellian, el dueño de estas tierras, ha mencionado su nombre como arquitecto de confianza para pedirle que supervise las obras.

Ignoro por completo qué pasos preliminares hay que dar. No obstante, parece lo más plausible (caso de que, como afirma lord Luxellian, esté dispuesto a ayudarnos) que usted o algún empleado suyo venga a ver el edificio y redacte un informe para satisfacción de los parroquianos y otras personas.

La iglesia se halla en un lugar muy remoto: la estación de tren más cercana queda a veinte kilómetros; y el lugar más cercano para alojarse —lo llaman ciudad, aunque no es más que un pueblo grande— es Castle Boterel, a tres kilómetros; de modo que lo más conveniente sería que se hospedara en la rectoría —que me satisface poner a su disposición— en lugar de tener que seguir hasta el hotel de Castle Boterel y tener que regresar a la mañana siguiente.

Cualquier día de la semana que viene que elija para venir a visitarnos nos encontrará dispuestos a recibirle. Sinceramente suyo,

CHRISTOPHER SWANCOURT

2. DEL SEÑOR HEWBY AL SEÑOR SWANCOURT

Percy Place, Charing Cross, 20 de febrero de 18...

Muy señor mío:

De acuerdo con su petición del 18 del corriente lo he dispuesto todo para hacer un informe pericial y levantar planos de la nave lateral y de la torre de su iglesia parroquial, y de los deterioros que se han ido acumulando, con vistas a su restauración.

Para dicho propósito, mi ayudante, el señor Stephen Smith, saldrá de Londres con el primer tren de la mañana. Muchas gracias por su propuesta de darle alojamiento. Acepta su oferta, y probablemente llegará a su casa ya anochecido. Puede confiar en él plenamente, y no dude de su discernimiento en materia de arquitectura eclesiástica.

Confiando en que los planos para la restauración, que yo prepararé a partir de los detalles del informe de mi ayudante, sean de su entera satisfacción y de la de lord Luxellian, le saluda atentamente,

WALTER HEWBY

III

«Melodiosos pájaros cantan madrigales.»
CHRISTOPHER MARLOWE, «El pastor apasionado a su amada»

La primera colación en la rectoría de Endelstown le resultó muy agradable al joven Stephen Smith. Sobre la mesa, tal como Elfride le había sugerido a su padre, se extendían los elementos de esa heterogénea refacción llamada tentempié, una clase de refrigerio enormemente apreciado por todos los que se hallan lejos de hombres y ciudades, y especialmente atractivo para los paladares jóvenes. La mesa estaba hermosamente adornada con flores y hojas de invierno, y a la vista se extendía un ambigú de chuletas, pollo, pastel, etc., y dos enormes empanadas rebosaban por los lados del plato con un jovial aspecto de abundancia.

En el extremo de la mesa que quedaba más cerca de la chimenea se veía el servicio de té, de porcelana Worcester pasada de moda, y tras ella se alzaba la delgada silueta de Elfride, que procuraba añadirle cierta dignidad de matrona al movimiento de servir el té, al tiempo que atendía con seriedad y preocupación las cuestiones de la mermelada, la miel y la nata. Como había comido antes de que llegara el invitado, encontró muy embarazoso que lo único que pudiera hacer, cuando no le servía, fuera charlar. Le preguntó si no le importaría que fuera a terminar una carta que estaba escribiendo, y, tras ponerse a ello, la invadió la sensación de haber sido enormemente grosera. Sin embargo, al ver que él no se lo tomaba a mal, y que también parecía incómodo cada vez que ella miraba atentamente su taza de té para volver a llenarla, Elfride se tranquilizó; y cuando, además, el joven Smith, por accidente, le dio una patada a la pata de la mesa volcando casi su taza de té, tal como haría un colegial, Elfride se vio en dominio de la situación y habló con gran aplomo. A los pocos minutos, la franqueza y el hecho de ser más o menos de la misma edad les hizo olvidar que acababan de conocerse. Stephen habló con entusiasmo de experiencias extremadamente triviales relacionadas con sus intereses profesionales; y ella, que no tenía experiencias que relatar, le narró con gran animación historias que le había contado su padre, quien se habría quedado de piedra de haber oído con qué fidelidad de tono y detalles las pormenorizaba. En suma, que durante aquella velada en casa del señor Swancourt se dibujó una interesante imagen de lo que podríamos llamar «inocencia juvenil».

Al final, Stephen tuvo que subir al piso de arriba y hablar con el rector, recibiendo de él, además de resoplidos, muchas disculpas por hacerle entrar con tan pocas ceremonias en la habitación de un desconocido.

—Pero —añadió el señor Swancourt— quería decirle un par de cosas, antes de que se acueste, sobre el objeto de su visita. A uno se le agota la paciencia cuando tiene que pasarse el día prisionero en la cama por el repentino capricho de su

enemigo; es algo nuevo para mí, de todos modos, pues hasta ahora la gota no me había molestado demasiado. Sin embargo, me ha afectado el otro dedo de manera muy leve, y espero que por la mañana se me habrá pasado del todo. Espero que le hayan atendido bien en la cocina.

—Perfectamente. Y aunque es una pena, y lamento mucho verle en este estado, le suplico que no haga el menor caso de mi presencia mientras esté en la casa.

—No se preocupe. Pero mañana bajaré. Mi hija es un médico excelente. Unas cuantas dosis de sus ligeros brebajes me repondrán más rápidamente que todas las drogas del mundo. Bueno, hablemos ahora de la iglesia. Siéntese, por favor. Por aquí, como ve, no podemos permitirnos muchas ceremonias, y la razón es que cuando viene a visitarnos un ser humano civilizado no suele quedarse mucho tiempo, de modo que no podemos perder tiempo en trivialidades o se marchará antes de que hayamos tenido el placer de conocerle bien. Esta torre nuestra, como verá, no hay ya manera de restaurarla; pero la iglesia se encuentra en buen estado. Debería ver algunas de las iglesias del condado. El piso se pudre: la hiedra cubre las paredes.

—¡Dios santo!

—Oh, y eso no es nada. La congregación de un vecino mío, siempre que hay un aguacero durante el servicio, se ve obligada a abrir sus paraguas y a mantenerlos abiertos a causa de las goteras del techo. Y ahora, si es tan amable de acercarme esos papeles y cartas que ve sobre la mesa, le enseñaré cómo están las cosas.

Stephen cruzó el dormitorio para recogerlos, y el rector pareció fijarse en la esbelta silueta de su visitante.

—Supongo que es usted una persona competente —dijo.

—Desde luego —dijo el joven ruborizándose levemente.

—Me parece que es usted muy joven. Diría que no ha cumplido aún los veinte.

—Acabo de cumplirlos.

—Tiene menos de la mitad de mis años; yo he rebasado los cincuenta.

Siguieron conversando y al poco añadió el señor Swancourt:

—Por cierto, ha dicho usted que su nombre completo es Stephen Fitzmaurice, y que su abuelo era originario de Caxbury. En este rato que llevamos hablando, se me ha ocurrido que sé algo de usted. Usted pertenece a una vieja y conocida familia del condado... No son en lo más mínimo Smith vulgares y corrientes.

—No creo que por nuestras venas corra ni una gota de su sangre.

—¡Tonterías! Claro que sí. Páseme el *Landed Gentry*^[3]. Veamos. Aquí está, Stephen Fitzmaurice Smith... Está enterrado en la iglesia de Santa María, ¿verdad? Bueno, de esa familia proceden los Leaseworthy Smith, y, de manera colateral, el general sir Stephen Fitzmaurice Smith de Caxbury..

—Sí, he visto el monumento que tiene allí —dijo Stephen—. Pero no hay relación entre su familia y la mía: es imposible.

—No hay ninguna, que usted sepa. Pero fíjese en esto, amigo mío —dijo el rector golpeando con el puño el pilar de la cama para poner énfasis—. Aquí le tenemos a

usted, Stephen Fitzmaurice Smith, que vive en Londres pero es originario de Caxbury. Y aquí, en este libro, aparece el árbol genealógico de los Stephen Fitzmaurice Smith de la casa de Caxbury. Puede que ahora no sean más que una familia de profesionales..., no quiero ser metomentodo: no es eso lo que le pregunto eso no va conmigo, ¡pero le aseguro que igual que lo que tiene en medio de la cara es su nariz que éstos son sus antepasados! Y, señor Smith, le felicito por su linaje; sangre azul, amigo mío; y a fe mía que, tal como va el mundo, es un color muy recomendable.

—Ojalá me felicitara usted por alguna cualidad más tangible —dijo el joven con modestia y también tristeza.

—¡Pamplinas! Eso vendrá con el tiempo. Es usted joven: tiene toda la vida por delante. Y ahora fíjese, fíjese en qué nieblas de la antigüedad tiene una raíz mi propia familia Swancourt. Vea —añadió volviendo la página—, aquí está Geoffrey, el único de mis ancestros que perdió una baronía por su debilidad por las chanzas. ¡Ah, así somos! Pero es una historia muy larga para contar ahora. Ay, yo soy un pobre hombre, un pobre caballero, de hecho: aquellos con quienes haría amistad no quieren ser amigos míos; y aquellos que están dispuestos a ser amigos míos no quiero yo su amistad. Aparte de cenar con algún párroco, y de alguna charla esporádica, y a veces una cena, con lord Luxellian, pariente mío, me hallo en una soledad absoluta, completa.

—Tiene usted estudios, libros... y su hija.

—Oh, sí, sí. No me quejo de la pobreza. *Canto coram latrone*^[4]. En fin, señor Smith, no deje que le retenga más en esta habitación de enfermo. ¡Ja! Esto me recuerda un chiste que oí de joven. —En ese punto, el rector comenzó a carcajearse solo, y Stephen puso una mirada interrogante—. ¡Oh, no, no! ¡Es demasiado malo, demasiado malo para contarlo! —añadió el señor Swancourt porfiando en su alborozo—. Bien, vuelva abajo; mi hija hará todo lo que pueda por usted esta noche. Pídale que le cante algo... Toca y canta muy bien. Buenas noches. Me siento como si le conociera desde hace cinco o seis años. Llamaré para que alguien le acompañe abajo.

—No se preocupe —dijo Stephen—. Encontraré el camino. —Y mientras bajaba se puso a pensar en el trato deliciosamente espontáneo que se prodigaba en los condados remotos en comparación con la reserva de Londres.

—Se me olvidó decirle que mi padre está bastante sordo —dijo Elfride con preocupación cuando Stephen entró en la salita.

—No se preocupe; lo sé todo, y somos grandes amigos —fue la réplica entusiasta del joven hombre de negocios—. Señorita Swancourt, ¿sería usted tan amable de cantar para mí?

Esta petición le pareció a la señorita Swancourt —y sin duda lo era— excepcionalmente directa; aunque intuyó que su padre algo había tenido que ver en

esa petición, pues sabía que no se iba con ambages a la hora de utilizarla en entretener a los huéspedes aburridos. Al mismo tiempo, como la actitud del señor Smith era demasiado franca para suscitar cualquier crítica, y su edad demasiado escasa para inspirar temor, ella se mostró dispuesta —por no decir encantada— a acceder. Cogió del músico algunas viejas canciones familiares, que en otras épocas había tocado y cantado su madre, se sentó ante el pianoforte y comenzó a cantar «Fue una noche de un día de invierno» con una hermosa voz de contralto. A continuación prosiguió con «Si él hiciera algún reproche», una canción que casaba exquisitamente con su voz y su porte.

—¿Le ha gustado esta vieja canción, señor Smith? —dijo ella al final

—Sí, mucho —dijo Stephen palmariamente emocionado.

—Le cantaré una tonadilla de De Leyre que me regaló una señora francesa que se alojaba en Endelstow House:

*Je l'ai planté, je l'ai vu naître,
ce beau rosier où les oiseaux.*

Y luego, para acabar, le cantaré mi favorita, un poema de Shelley, «Cuando la lámpara se hace añicos», musicado por mi pobre madre. Me encanta cantar para alguien que quiere oírme *de verdad*.

Cuando una mujer deja una huella permanente en un hombre, éste generalmente la recuerda tal como la vio en una escena concreta, que parece destinada a ser la forma especial en que ella se manifestará en las páginas de su memoria. Al igual que la santa patrona tiene su postura y accesorios en el miniado medieval, podríamos decir que la amada tiene los suyos sobre las tablas de la fantasía de su verdadero Amor, sin los cuales ella rara vez se introduce allí —excepto con un gran esfuerzo—; y así la ve siempre, por mucho que, a medida que la va conociendo, la haya observado en muchas otras fases que uno consideraría mucho más apropiadas al joven sueño del Amor.

La imagen de la señorita Elfride eligió la forma en la que era contemplada durante los minutos que duró el canto, pues fue esa la que, en días posteriores, visitó los ojos de Stephen cuando éste dormía o estaba despierto. El perfil es el de una joven con un vestido de seda color gris pálido con adornos de muletón, y que, por la parte de delante, se abre hacia arriba como un chaleco sin camisa; el color frío contrasta admirablemente con el cálido rubor de su cuello y cara. La vela que, sobre el piano, queda más alejada, se alinea inmediatamente con su cabeza, y, medio invisible, transforma el cabello accidentalmente rizado en una nebulosa bruma de luz que rodea su coronilla como una aureola. Las manos están sobre las teclas, los labios separados mientras cantan, en un suave disminuyendo, las últimas palabras del triste apóstrofe:

*Oh amor, que lloras
la fragilidad de todo,
¡cómo elegiste lo más frágil
como cuna, hogar y féretro!*

Tiene la cabeza un poco adelantada, los ojos fijos en la parte superior de la página que tiene delante. Entonces lanza una fugaz mirada a la cara de Stephen, y aún más deprisa vuelve a dirigir la vista a su partitura; su cara ha abandonado la tristeza y adquirido una expresión de malicia; la demora unos minutos, pero no llega a alcanzar la sonrisa del coqueteo.

Stephen, que hasta ese momento había permanecido a la derecha de ella, de pronto se colocó a su izquierda, donde había el espacio justo para una pequeña otomana que quedaba entre el piano y el rincón del cuarto. Allí se embutió Stephen, desde donde observó atentamente la cara de Elfride. Tanto tiempo miró, y con tanta intensidad miró, que las mejillas de Elfride fueron adquiriendo un tinte carmesí cada vez más acusado a medida que transcurrían los versos de la canción. Al acabar, quedó inmóvil durante casi dos minutos, después de lo cual se atrevió a volver a mirarle. En los rasgos de él había una expresión de inefable pesadumbre.

—No oye usted muchas canciones, ¿verdad, señor Smith? De lo contrario no le habrían afectado tanto las mías.

—Quizá fueron los medios y el vehículo de la canción lo que me afectó: me refiero a usted —respondió amablemente.

—¡Por favor, señor Smith!

—Es totalmente cierto lo que usted dice, pocas veces oigo cantar. Me temo que está muy equivocada con respecto a mí. Como soy un desconocido que ha venido a este lugar apartado, cree usted que vengo de una vida de bullicio y que estoy a la última de lo que ocurre. Pero no es así. Mi vida es tan apacible como la suya; solitaria como la muerte.

—¿Una muerte que procede de una plétora de vida? Lo cierto es que me doy perfecta cuenta de que no es usted en lo más mínimo tal como lo había imaginado. No es una persona crítica, ni experimentada, ni... muy exigente. Por eso no me importa cantarle estas cancioncillas que sólo me sé a medias. —Al descubrir que con esta confesión le había ofendido de una manera que no pretendía, añadió inocentemente—: Quiero decir, señor Smith, que no es usted mejor ni peor por ser sólo joven e inexperto. No cree que mi vida aquí sea tan insulsa y aburrida, lo sé.

—Desde luego que no —dijo él con fervor—. Debe de ser deliciosamente poética, alegre, pura y...

—¡Tiene toda la razón, señor Smith! Bueno, hay otro tipo de hombres que, cuando consigo que me digan honestamente lo que piensan, consideran todo lo contrario: que mi vida debe de ser un mortal fastidio a excepción de los días que ellos pasan aquí, haciéndola más agradable.

—¡Ojalá pudiera vivir aquí siempre! —dijo Stephen con un tono y una expresión de inconsciente revelación tales que Elfride se quedó un tanto sobrecogida al comprobar que sus armonías habían incendiado una pequeña Troya en el corazón de Stephen.

Elfride dijo de inmediato:

—Pero usted no puede vivir aquí siempre.

—¡Oh, no! —Y él se replegó con la susceptibilidad de un caracol.

Las emociones de Elfride se encendían con tanta facilidad como las de Stephen, pero la más insignificante de las triviales enfermedades de la mujer —el deseo de ser admirada— provocó en él una actitud inflamable, totalmente idéntica a la de ella, y si en él pareció meritoria, el recato hizo que la de ella pareciera culpable.

IV

«Donde surge la hierba entra las ruinas.»
THOMAS GRAY, *Elegía escrita en una iglesia rural*

Por razones que sólo a él atañían, Stephen Smith se levantó poco después del amanecer de la mañana siguiente. Desde la ventana de su habitación pudo ver, primero, dos pronunciadas escarpaduras que convergían como la letra uve. Hacia el fondo, como líquido en un embudo, aparecía el mar, pequeño y gris. En la pendiente de una colina, de bastante mayor altitud que su vecina, se alzaba la iglesia que iba a ser el centro de operaciones. El solitario edificio era negro y desolado, recortándose en el cielo desde el perfil de la colina. Tenía una torre cuadrada que se caía a pedazos, sin almenas ni pináculos, y parecía un remate monolítico de la misma sustancia que el altozano más que una estructura que se alzara sobre él. La iglesia estaba rodeada de un murete bajo; por encima del nivel del muro asomaba el cementerio, que no era tal como suelen ser los cementerios, un fragmento del paisaje con su debida variedad de claroscuro, sino un simple margen recortado contra el cielo, serrado con los perfiles de las tumbas y unas cuantas lápidas conmemorativas. No se veía ni un árbol: nada más que la monótona hierba verde gris.

Cinco minutos después de haber realizado esa superficial observación, su dormitorio estaba vacío y su ocupante había desaparecido en silencio de la casa.

Al cabo de dos horas volvía a estar en el cuarto, encarnado y acalorado. Ahora atendía a los detalles artísticos de su atavío, que se habían omitido en su salida anterior. Y parecía un muchacho en la flor de la vida tras su misteriosa huida matinal. Tenía una boca magnífica: bien perfilada, fruncida en pico como la de William Pitt, tal como se representa en el bien o no tan bien conocido busto de Nokellens^[5]; una boca que es, en sí misma, la fortuna de un joven si sabe utilizarla. Su barbilla redondeada, con la parte superior vuelta hacia adentro, continuaba esa perfecta y carnosa curva, y parecía presionar, hasta cierto punto, la parte de abajo del labio inferior en el lugar donde se unían.

En una ocasión murmuró el nombre de Elfride. ¡Ah, ahí estaba! En el jardín, con un vestido sencillo, sin sombrero ni capota, corriendo con la velocidad de un muchacho, que se añadía a la liviandad de su condición de mujer, persiguiendo a un conejo domesticado que pretendía capturar; alternaba estratégicos tonos de engatusamiento con desesperadas carreras, y tan poco casaban con sus palabras que la vacuidad de tales expresiones le resultaba de lo más evidente a la mascota, que echaba a correr como una flecha y esquivaba a su perseguidora en una réplica huraña.

El paisaje que ahí se veía era por completo distinto del de las colinas. Árboles y arbustos cercaban el lugar de la vegetación indómita del exterior; incluso en esa época del año la vegetación era exuberante. No soplaban viento alguno en el interior

de aquel cinturón protector de vegetación de hoja perenne, pues perdía su fuerza al dar contra los árboles más altos y fuertes que formaban el margen exterior de la arboleda.

A continuación Stephen oyó cómo una persona recia arrastraba los pies en el interior de unas zapatillas y le llamaba:

—¡Señor Smith!

Smith se dirigió al estudio y se encontró con el señor Swancourt. El joven expresó su alegría por ver a su anfitrión levantado.

—Oh, sí. Sabía que me pondría bien enseguida. Hace más de dos años que la gota no se me acerca, y generalmente desaparece tras la segunda noche. Bueno, ¿dónde ha estado esta mañana? ¡Creo que acaba de volver!

—Sí, he dado un paseo.

—¿Se ha levantado temprano?

—Sí.

—Muy temprano, diría.

—Sí, bastante temprano.

—¿Dónde ha ido? Imagino que al mar. Todo el mundo va en dirección al mar.

—No, fui río arriba hasta la tapia del parque.

—Es usted una persona singular. Bueno, supongo que la pura naturaleza es una novedad y por eso le tentó a salir de la cama.

—No es en absoluto una novedad. Me gusta.

El joven no parecía dispuesto a dar explicaciones.

—Así que usted se levanta para ver cantar el gallo la mañana después de un viaje de catorce o dieciséis horas. Pero sobre gustos no hay nada escrito, y me alegra ver que los suyos son saludables. Después del desayuno, pero no antes, estaré a punto para una caminata de quince kilómetros, señor Smith.

Desde luego, no parecía haber nada exagerado en esa afirmación. Durante el día, el señor Swancourt resultaba ser un hombre que, en coincidencia con las otras dos personas que tenía bajo su techo, podía considerarse, sin temor a ser fatuo, como apuesto; apuesto, es decir, en el mismo sentido en que la luna es luminosa: sin tener en cuenta los barrancos y valles que, al observar de cerca, vemos que diversifican su superficie. Su cara poseía un color que jamás se hacía más oscuro en las mejillas ni más claro en la frente, sino que permanecía uniforme en toda la superficie; el color salmón habitual y neutro de un hombre que se alimenta bien —por no decir demasiado bien— y que no piensa demasiado; todos sus poros visibles y en funcionamiento. El conjunto era el de un granjero bastante venido a más y vestido de punta en blanco, aunque con las ropas equivocadas; el de un hombre erguido en perpendicular que, si alguna vez perdiera el equilibrio, sólo podría caer hacia atrás.

El rector se hallaba ahora en el que debería ser su hábitat natural: su estudio. Pero ahí acaba la coherencia del cuadro. Por toda la repisa de la chimenea se veían frascos de medicamentos para caballos, cerdos y vacas, y apoyada contra la pared había una

mesa alta hecha de fragmentos de roble que procedían del portalón techado de un cementerio. Sobre ella había diversos animales disecados: búhos, colimbos y gaviotas, y sobre ellos ramilletes de espigas de trigo y cebada que llevaban una etiqueta con la fecha del año de producción. Algunos cajones y estantes, más o menos cargados de libros, cuyos títulos más destacados eran las *Notas sobre las epístolas a los romanos* del doctor Brown, las *Notas sobre las epístolas a los corintios* del doctor Smith y las *Notas sobre las epístolas a los gálatas, los efesios y los filipenses*, salvaban por los pelos el carácter del lugar, a pesar de la casita de muñecas que había sobre dichos volúmenes, un acuario marino en la ventana y el sombrero de Elfride colgando de una esquina.

—¡A lo nuestro, a lo nuestro! —dijo el señor Swancourt tras el desayuno. Comenzó a parecerle necesario hacer de regulador de las fuerzas un tanto irregulares de su invitado.

Se prepararon para ir a la iglesia; el rector se lo pensó mejor y decidió montar su yegua negra como el carbón para evitar darle demasiada guerra a su pie. Stephen dijo que necesitaría un asistente.

—¡Worm! —gritó el rector.

Al cabo de unos minutos, se oyó una voz en la esquina del edificio que murmuraba:

—¡Ah, yo antes era muy fuerte, pero ya no! Bueno, yo soy tan libre como el que más, por mucho que escriban «señor don» delante de sus nombres.

—¿Qué ocurre? —dijo el rector mientras veía aparecer a William Worm; sus observaciones le fueron repetidas.

—A veces Worm dice cosas muy ciertas —comentó el señor Swancourt volviéndose hacia Stephen—. Ahora, por lo que se refiere al «señor don»... Bueno, señor Smith, el «señor don» ya no significa nada, cualquier mequetrefe con una casaca negra se lo pone en sus cartas. ¿Algo más, Worm?

—¡Ay, otra vez han empezado a freír pescado!

—¡Vaya! ¡Siento mucho oírlo!

—Sí —se lamentó Worm dirigiéndose a Stephen—, tengo ese ruido tan metido en la cabeza que no hay manera de vivir ni de noche ni de día. Es exactamente igual que si oyeras freír pescado: freír, freír, freír, todo el día en mi pobre cabeza, no sé ni dónde me encuentro. Espero que Dios todopoderoso se dé cuenta tarde o temprano y me alivie.

—Hay que ver —dijo el señor Swancourt de manera impresionante—, mi sordera es un silencio total; pero la de William Worm es de otro tipo, él oye gente friendo pescado en su cabeza. Curioso, ¿verdad?

—Puedo oír el chisporroteo de la fritura como si ocurriera de verdad —dijo Worm para corroborarlo.

—Sí, es extraordinario —dijo el señor Smith.

—Peculiar, muy peculiar —repitió el rector; y todos siguieron el sendero que

recorría la ladera de la colina, bordeado a ambos lados por un murete de piedra en el que centelleaban fragmentos de cuarzo y canicas rojo sangre, aparentemente de inestimable valor, en su engaste de aluvión marrón. Stephen caminaba con viril dignidad cerca de la cabeza del caballo; cerrando la marcha, a tiro de piedra, Worm caminaba con su peculiar temblor; y Elfride no estaba en ninguna parte en especial, y sin embargo en todas; a veces delante, a veces detrás, a veces a los lados, revoloteando sobre la comitiva como una mariposa; como si no participara de la excursión propiamente dicha sino que apareciera y desapareciera aquí y allá.

El rector le explicó las circunstancias mientras avanzaban:

—El hecho es, señor Smith, que yo no quería saber nada de este fastidio de la restauración, pero era necesario actuar en defensa propia por culpa de estos disidentes^[6]. Y utilizo la palabra en sentido literal, no como improprio.

—¡Qué cosa tan triste! —dijo Stephen con el solidario interés exigido.

—¿Triste? Eso no es nada en comparación con la parroquia de Twinkley. Los dos coadjutores son..., en fin, no diré lo que son..., lo mismo que el cura y el sacristán.

—¡Qué raro! —dijo Stephen.

—¿Raro? Amigo mío, eso no es nada comparado con la parroquia de Sinnerton. Sin embargo, por lo que se refiere a nuestra parroquia, espero que pronto hagamos algún progreso.

—Debe dejarlo en manos de las circunstancias.

—Nada de dejarlo en manos de las circunstancias. Si hemos de dejarlo en manos de algo, que sea de la Providencia. Pero ya estamos. Un lugar inhóspito, ¿verdad? Pero me gusta en días como el que hace hoy.

Se entraba en el cementerio, por aquel lado, mediante unos escalones de piedra que sorteaban la tapia y, una vez escalados, uno seguía estando sobre la inhóspita colina, con lo que el interior no quedaba tan separado del exterior como para que desapareciera la idea de libertad del espacio abierto. Debía de ser una delicia recibir sepultura en semejante lugar: asumiendo que la dicha puede acompañar a un hombre a su tumba bajo cualquier circunstancia. Nada horrible había en ese cementerio, como esos túmulos tupidos, contruidos con ramilla, que gritan encarcelamiento en lugar de susurrar descanso. Tampoco se veían jardines de flores bien cuidados, que sólo suscitan imágenes de gente enlutada y pañuelos blancos que vienen a atenderlas; ni ruedas de carros, que nos recuerdan a los coches fúnebres; ni arboledas de cipreses, que conforman un desfile de pesar; ni tablas de ataúd ni huesos tras los árboles, que muestran que sólo tenemos en préstamo nuestras tumbas. No: nada más que una hierba larga, salvaje, dejada a su arbitrio, que diversificaba las formas de los montículos que cubría, ellos mismos ya de forma irregular; y de ningún modo se disimulaba la imponente presencia de la vieja montaña de la que todo eso era parte. Fuera había laderas y hierbas similares y, más allá, el mar sereno e impasible, visible en anchura hasta la mitad del horizonte, y que producía en la vista el efecto de una enorme concavidad, como el interior de un recipiente azul. A lo lejos, rocas separadas

se alzaban verticales, un collar de espuma ceñía sus bases y su blancura era espejo del plumaje de multitud de gaviotas que revoloteaban sin pausa.

—¡Vamos, Worm! —dijo el señor Swancourt bruscamente, y Worm se dispuso a recibir órdenes. Stephen y él mismo comenzaron la labor, y el trabajo prosiguió hasta primera hora de la tarde, cuando Unity, de la cocina de la rectoría, anunció la cena, corriendo hasta la iglesia sin capota.

* * *

Elfride no apareció en el interior del edificio hasta última hora de la tarde, y acudió por especial invitación de Stephen, pronunciada durante la cena. Parecía tan intensamente viva y llena de movimiento cuando entró en el viejo y silencioso lugar que el mundo del joven Smith comenzó a ser iluminado por «la luz púrpura»^[7] en toda su claridad. Se libraron de Worm enviándolo a medir la altura de la torre.

¿Qué podía hacer ella sino acercarse —tanto que un diminuto arco de su falda tocó el pie de Stephen— y preguntarle cómo iba con sus dibujos, y ponerse a aprender los principios de la medición práctica aplicada a los edificios irregulares? A continuación subió al púlpito para imaginarse por centésima vez lo que sería ejercer de sacerdote.

Se inclinó sobre la parte frontal del púlpito.

—Si le cuento algo, señor Smith, ¿no se lo diré a papá, verdad? —dijo Elfride con el repentino impulso de hacerle una confidencia.

—Oh, no, de ninguna manera —dijo él levantando la mirada.

—Bueno, pues a menudo le escribo los sermones, y con los míos predica mejor que con los suyos propios; y luego le habla a la gente y a mí acerca de lo que había dicho en el sermón, y se olvida de que yo se lo he escrito. ¿No es absurdo?

—¡Usted debe de ser muy inteligente! —dijo Stephen—. Yo sería totalmente incapaz de escribir un sermón.

—Oh, es bastante fácil —dijo Elfride bajando del púlpito y acercándose a él para explicárselo con más viveza—. A usted le gusta esto. ¿Alguna vez ha jugado a un juego de prendas llamado «¿Cuándo es? ¿Dónde está? ¿Qué es?»?

—No, nunca.

—Ah, es una lástima, porque escribir un sermón se parece mucho a jugar a ese juego. Usted coge el texto. Piensa: ¿para qué está? ¿Qué es?, etcétera. Coloca todo eso debajo de «En general». A continuación pasa a «En primer lugar», «En segundo», «En tercero». Papá no es partidario de «En cuarto»... Dice que todo eso son tonterías. A continuación coloca usted, para acabar, un «En conjunto», y pone varias páginas entre grandes corchetes negros, y escribe al lado: «Esto lo dejas fuera si los granjeros se están quedando dormidos». Luego viene «En conclusión» y por fin «Unas palabras antes de acabar». Bueno, y en la parte de atrás de cada página tiene que escribir: «No levantes la voz»... Quiero decir —añadió corrigiéndose— que así es como lo hago en

el libro de sermones de papá, porque de lo contrario habla cada vez más fuerte, y al final acaba gritando como un granjero en el campo. ¡Oh, hay veces en que papá es tan divertido!

Luego, tras este infantil arrebatado de confianza, Elfride se arredró, como si un instinto femenino la advirtiera de que su ardor la había llevado demasiado lejos y se había mostrado demasiado descarada con un casi desconocido.

En aquel momento Elfride vio a su padre y salió al viento del exterior, y la atrapó una racha mientras descendía la pendiente del cementerio, en la cual exhibió los movimientos, sin los motivos, de una muchacha bullanguera; la gracia, sin ese estar pendiente de que la miren, de una bailarina que hace una pirueta. Habló durante unos minutos con su padre y volvió a casa, mientras el señor Swancourt se dirigía a la iglesia para reunirse con Stephen. El viento había refrescado su cálida tez al igual que refresca un hierro de marcar al rojo. Estaba de buen humor, y observó con una sonrisa cómo Elfride volvía a casa.

—¡Chica! ¡Adónde vas tan alocada! —dijo, y se volvió hacia Stephen—. Pero no es una chica nada alocada, señor Smith. Tan centrada como usted, y que es usted una persona centrada lo veo por la diligencia con que ha trabajado aquí.

—Creo que la señorita Swancourt es muy inteligente —observó Stephen.

—Sí lo es; desde luego que lo es —dijo su padre adoptando, en la medida de lo posible, el tono neutral de un crítico objetivo—. Le diré una cosa, Smith; pero ella no debe saberlo por nada del mundo; por nada del mundo, téngalo entendido, pues insiste en mantenerlo en el más estricto secreto. Bueno, pues *a menudo me escribe los sermones*, ¡y la verdad es que lo hace estupendamente!

—Puede hacer cualquier cosa.

—Al menos eso sí puede hacerlo. La muy bribona se conoce bien el truco. ¡Pero ya se lo he dicho, Smith, no le diga ni una palabra, ni una!

—Ni una palabra —dijo Smith.

—Fíjese —dijo el señor Swancourt—. ¿Qué le parece la techumbre? —Con su bastón señaló el tejado del presbiterio.

—¿La ha hecho usted, señor? —dijo Smith.

—Sí, trabajé todo el tiempo en mangas de camisa. Saqué las vigas viejas, coloqué las nuevas, puse las tablas, empizarré el techo, todo con mis propias manos. Worm me hizo de ayudante. Trabajamos como esclavos, ¿verdad, Worm?

—Ya lo creo, señor; trabajamos tan duro como el que más, ji, ji —dijo William Worm surgiendo de alguna parte—. Como esclavos, diría yo, ji ji. ¿Y se acuerda de que me ponía como loco cuando los clavos se torcían? Caramba. Oiga, ¿verdad que no es tan malo pensar una palabrota y guardársela como pensarla y decirla, señor?

—Bueno, ¿por qué lo dices?

—Porque, usted señor, cuando estaba poniendo el techo, sólo pensaba palabrotas y no las decía, lo cual, imagino, no es nada malo.

—No creo que tengas ni idea de lo que pienso, Worm.

—¡No me diga, señor, ji ji! Puede que no sea más que un temblor con patas, señor, y que no sepa leer mucho, pero sé deletrear mejor que muchos. ¿No se acuerda, señor, de aquella noche tempestuosa en que me pidió que le sostuviera la palmatoria en su taller mientras estaba haciendo una nueva silla para el presbiterio?

—Sí, ¿y qué?

—Yo le sostenía la palmatoria, y usted dijo que le gustaba la compañía, aunque fuera sólo la de un perro o un gato... refiriéndose a mí; y la silla no le salía de ninguna manera.

—Ah, ya me acuerdo.

—No, la silla no salía de ninguna manera. Y no es que tuviera mala pinta... ¡pero Señor!

—¡Worm, cuántas veces te he corregido por hablar de manera irreverente!

—Tenía muy buena pinta la silla, pero no había manera de sentarse en ella. Estaba un tanto torcida como la letra zeta, y me senté en ella. «Levántate, Worm», dice usted al ver que la silla se bamboleaba conmigo encima. Y levantó la silla y la arrojó a la otra punta del taller como si la lanzara al fuego eterno, fuera de sí. «¡Maldita silla!», digo yo. «Justo lo que yo estaba pensando», dice usted, señor. «Lo he podido ver en su cara», digo yo, «y espero que usted y Dios me perdonen por decir lo que usted ha callado.» Y se hubiera muerto allí mismo de no echarse a reír, señor, ante un temblor con patas como yo leyéndole los pensamientos con tanta claridad. Vaya, como que no soy yo tan sabio como el que más.

—Pensé que preferiría tener a un profesional que le acompañe a la iglesia y a la torre —le dijo el señor Swancourt a Stephen a la mañana siguiente—, por lo que pedí permiso a lord Luxellian para enviar a buscar a uno cuando usted llegara. Le dije que estuviera allí a las diez. Es un hombre muy inteligente, y le dirá todo lo que desee saber sobre el estado de los muros. Se llama John Smith.

A Elfride no le gustaba que volvieran a verla en la iglesia acompañada de Stephen.

—Esperaré aquí a que aparezca en lo alto de la torre —dijo riendo—. Veré su figura recortada contra el cielo.

—Y cuando esté allí arriba, la saludaré con mi pañuelo, señorita Swancourt —dijo Stephen—. Dentro de exactamente doce minutos —añadió mirando su reloj—. Estaré allá arriba y me asomaré para verla.

Elfride rodeó unos arbustos desde donde pudo verle subir la cuesta que llevaba al lado de la colina donde se alzaba la iglesia. Allí vio que lo esperaba una figura blanca: un mampostero con sus ropas de trabajo. Stephen llegó hasta el hombre y se detuvo.

Para sorpresa de Elfride, en lugar de dirigirse al cementerio, los dos se sentaron sobre una piedra cercana al lugar de reunión y permanecieron allí charlando. Elfride

miró la hora; habían pasado nueve de los doce minutos y Stephen no mostraba trazas de moverse. Pasaron más minutos; a Elfride le entró frío y tembló. No fue hasta pasado un cuarto de hora que comenzaron a andar hacia la iglesia a paso de caracol.

—¡Grosero y descortés! —se dijo Elfride sonrojándose de despecho—. Cualquiera diría que está enamorado de ese horroroso mampostero en lugar de...

La frase no acabó de pronunciarse, pero sí de pensarse. Regresó al porche.

—Ese hombre que has hecho venir ¿es perezoso, vago e inútil? —le preguntó a su padre.

—No —dijo él sorprendido—, todo lo contrario. Es el maestro mampostero de lord Luxellian.

—Oh —dijo Elfride con indiferencia, y regresó a su desolado lugar, donde esperó y volvió a temblar. Era una tontería, después de todo, una cosa infantil, asomarse desde una torre y agitar un pañuelo. Pero su nuevo amigo se lo había prometido, ¿y por qué había de burlarse así de ella? El efecto de un golpe es proporcional a la textura del objeto y a la del impulso; y ella tenía tan superlativa susceptibilidad a ser herida que un golpe pequeño le hacía mucho daño.

No fue hasta al cabo de media hora que se divisaron dos figuras por encima del parapeto de ese viejo y triste pilar, inmóviles como avetoros sobre una mezquita en ruinas. Y Stephen no fue fiel a esa promesa realizada tan cortésmente, y desapareció sin hacer el menor signo.

Regresó a mediodía. Elfride parecía ofendida cuando no sabía que él la miraba; cuando se daba cuenta, ponía un gesto severo. Sin embargo, su actitud de frialdad había perdurado mucho más que la propia frialdad y ya era incapaz de pronunciar fingidas palabras de indiferencia.

—Fue muy poco gentil por su parte tenerme esperando en el frío y romper su promesa —dijo ella por fin en tono de reproche, a un volumen demasiado bajo como para que su padre pudiera oírla.

—¡Perdóneme, perdóneme! —dijo Stephen consternado—. Se me olvidó, se me olvidó por completo. Algo evitó que me acordara.

—¿Alguna otra explicación? —dijo la señorita Caprichosa haciendo un puchero. El permaneció unos minutos en silencio y la miró con recelo.

—No —dijo él con el tono de quien ocultaba un pecado.

V

«Oculta allá arriba, en la arboleda.»
MILTON, *L'Allegro*

Era hora de desayunar.

Desde el comedor de la rectoría, bañado por el tono cálido de la luz del fuego, el clima y el paisaje que había en el exterior parecían haberse estereotipado en monótonos tonos de gris. Los árboles de largas ramas y las matas de enebro, el cedro y las variedades de pino eran de un negro grisáceo; las de hoja más ancha, junto con las plantas herbáceas, eran de un verde grisáceo; las eternas colinas y la torre que había tras ellas eran de un marrón grisáceo; el cielo, al fondo, de un gris de la más pura melancolía.

Sin embargo, a pesar de este sombrío efecto artístico, la mañana no propendía a desalentar el espíritu. Incluso era alegre. Pues no llovía, ni parecía que fuera a llover en bastantes días.

Elfride había ido de la mesa al fuego, y con indolencia levantaba hasta su cara una pantalla de mano cuando oyó el chasquido de la pequeña verja de fuera.

—¡Ah, el cartero! —dijo mientras un hombre activo que arrastraba los pies penetraba por la abertura que había entre los matorrales y cruzaba el jardín. Elfride fue a recibirle al porche y posteriormente entró con las manos a la espalda.

—¿Cuántas hay? Tres para papá, una para el señor Smith, ninguna para la señorita Swancourt. Y papá, mira, una de ellas es de..., ¿quién dirías?..., lord Luxellian. Y hay algo duro dentro..., un bulto. Lo noto a través del sobre y no puedo imaginarme lo que es.

—Me pregunto para qué me escribe lord Luxellian —había dicho el señor Swancourt al mismo tiempo que ella hablaba. Le entregó a Stephen su carta, y cogió la suya, mientras su semblante adquiría una expresión más de clase alta de lo que era habitual, tal como corresponde a un pobre caballero que se dispone a leer una carta de un noble emparentado con su familia.

Stephen leyó su misiva con un semblante que era todo lo contrario del rector.

Percy Place, jueves por la noche

Querido Smith: El viejo H. está que trina por su tardanza con los bocetos de la iglesia. Dice que no vale usted los problemas que causa. Dice que le escriba y le diga que no se quede más bajo ningún concepto, que él habría hecho todo el trabajo en tres horas sin ningún problema. Le dije que usted no tenía mucha experiencia, cosa que al parecer había olvidado, pero eso no pareció afectarle mucho. Sin embargo, entre usted y yo, si fuera usted me

quedaría tranquilamente un día más, si es que no siente deseos de volver. Me tomaría la semana entera y acabaría mi juerga. Se pondrá hecho un basilisco tanto si aparece el sábado como si lo aplaza hasta el lunes por la mañana. Atentamente,

SIMPKINS JENKINS

—¡Vaya, qué raro! —dijo Stephen un tanto confuso, con ese tipo de confusión que asalta a un subalterno cuando, por accidente, se le han otorgado las dimensiones de un superior y, de manera un tanto desabrida, se le devuelve a su categoría original.

—¿Qué es lo raro? —dijo la señorita Swancourt.

En aquel momento, Smith ya había recobrado la serenidad, y con ella la dignidad profesional de un experimentado arquitecto.

—Lamento decir que asuntos importantes exigen mi inmediata presencia en Londres —contestó.

—¡Cómo! ¿Ha de irse enseguida? —dijo el señor Swancourt mirando por encima del borde de su carta—. ¿Asuntos importantes? ¡Un joven como usted y ya tiene asuntos importantes!

—La verdad es —dijo Stephen ruborizándose y bastante avergonzado por haberse dado, por poco que fuera, unos aires que no le correspondían—, la verdad es que el señor Hewby me ordena que vuelva, y debo obedecerle.

—Ya veo, ya veo. Quiere usted decir que lo aconseja la prudencia. Le entiendo más de lo que cree. Usted va a ser su socio. Le contraté nada más leer la carta que me envió el otro día, y por la manera en que hablaba de usted. Le tiene en gran consideración, señor Smith, o no desearía tanto su regreso.

Estas palabras no podían parecerle desagradables a Stephen; tener la esperanza de ser socio de uno de los más grandes arquitectos en activo de Londres era alentador, por mucho que la idea le pareciera quimérica. Se daba cuenta de que, a pesar de lo que el señor Hewby pudiera pensar, el señor Swancourt le tenía en gran aprecio, pues había llegado a esa conclusión con muy poco fundamento, por no decir ninguno. Y a continuación, de manera inexplicable, su expresiva cara exhibió una sombra de tristeza, que poco podía haber sido causada por la reflexión sobre lo improbable de esa contingencia.

A Elfride la sorprendió ese rictus; incluso el señor Swancourt lo observó.

—Bueno —dijo jovial el señor Swancourt—, no se preocupe por eso ahora. Debe volver por su cuenta, nada de trabajo. Venga a visitarme, como invitado, digamos, durante sus vacaciones. Todos los hombres de ciudad tienen vacaciones, como si fuesen escolares. ¿Cuándo son?

—En agosto, creo.

—Muy bien, venga en agosto; y entonces no tendrá que marcharse de prisa y corriendo. Me alegra tener a alguien, en este remoto rincón de la tierra, con quien

merece la pena charlar. Por cierto, tengo algo que decirle. ¿No se marcha hoy, verdad?

—No, no es necesario —dijo Stephen vacilante—. No estoy obligado a regresar hasta el lunes por la mañana.

—Muy bien, pues esto me lleva a lo que voy a proponerle. Se trata de una carta de lord Luxellian. Creo que me ha oído hablar de él en su calidad de terrateniente residente en el distrito y patrón de este beneficio.

—Sí, he oído que le mencionaba.

—Ahora está en Londres. Parece ser que ha ido por cuestión de negocios. Pasará fuera un par de días, y se ha llevado con él a lady Luxellian. Me ha escrito pidiéndome que vaya a su casa y busque un papel entre sus memorandos, que olvidó llevarse con él.

—¿Qué había en la carta? —preguntó Elfride.

—La llave de su escritorio privado, donde están los papeles. No quiere confiar este asunto a nadie más. Antes ya le he hecho servicios parecidos. Y lo que le propongo es que esta tarde vayamos los tres. Podemos ir en carruaje hasta la bahía Targan y volver a casa pasando por Endelstow House; y mientras yo busco los documentos, usted puede darse una vuelta por la casa. Tengo libre acceso a la casa cuando quiero. El edificio, aunque no es más que un montón de gabletes por fuera, tiene un vestíbulo, una escalera y una galería espléndidos; y hay algunos buenos cuadros.

—Sí, los hay —dijo Stephen.

—¿Ha visto el lugar?

—Lo vi cuando venía —dijo apresuradamente.

—Ya, pero yo me refería al interior. Y la iglesia, St. Eval, es mucho más antigua que la nuestra, la de St. Agnes. Celebro misa alternativamente en una y en otra, ya lo sabe. El hecho es que debería tener alguna ayuda; recorrer a caballo las dos millas del parque en una mañana húmeda no es muy saludable. Si mi constitución no fuera robusta, como es, gracias a Dios —en ese punto el señor Swancourt bajó la mirada justo delante de él, como si su constitución fuera visible allí—, me pasaría el año tosiendo. Y cuando la familia se va sólo quedan tres criados, los únicos que asisten a los servicios religiosos. Bueno, pues quedamos así. ¿Te gustaría venir, Elfride?

Elfride asintió, y los tres se separaron. Stephen se puso en pie para salir a efectuar las últimas mediciones en la iglesia, y el rector le siguió hasta la puerta con una misteriosa e interrogativa expresión en la cara.

—¿Podrá prescindir esta mañana de la plegaria familiar? —le susurró.

—Creo que sí —dijo Stephen.

—A decir verdad —añadió aún en voz baja—, no es algo que hagamos regularmente, pero cuando tenemos algún invitado, soy de la opinión de que es lo correcto, y siempre lo hago. Soy muy estricto en este punto. Pero usted, Smith, hay algo en su cara que me hace considerarle bastante más que un invitado; me parece

usted una persona seria, en suma. Y esto me recuerda una espléndida historia que acostumbraba a oír cuando era joven y llevaba una vida ajetreada... ¡Menuda historia! Pero... —El rector negó con la cabeza prohibiéndose contarla, sin dejar de sonreír.

—¿Era una historia interesante? —dijo el joven Smith, también sonriendo.

—Oh, sí. Pero es una lástima, una lástima. ¡No podría contársela por nada del mundo!

Stephen cruzó el jardín y siguió oyendo las risas del párroco mientras se retiraba.

* * *

Salieron a las tres. La mañana gris había evolucionado hacia una luminosa tarde. Había un sol pálido que todo lo permeaba, aunque no se lo viera por ninguna parte. Con un ligero trote fueron primero hasta Parrett Down. Las pezuñas del caballo resonaban, casi repicaban, sobre el duro y blanco camino de portazgo mientras seguía el nivel de las colinas en una perfecta línea recta que, al final, parecía quedar absorbida por el blanco del sol.

La bahía Targan —que tiene el mérito de ser de fácil acceso— fue su siguiente destino. Luego, para llegar a los dominios de lord Luxellian, tuvieron que torcer por innumerables senderos en los que no había ni veinte metros seguidos que fueran rectos o nivelados. Una mujer con papada y grueso cuello, que se parecía a la reina Ana pintada por Dahl^[8], abrió el portón de la casa del guarda; detrás de ella había un chaval.

—Le daré algo, pobre chico —dijo Elfride sacando su bolso y abriéndolo apresuradamente. De pronto, una multitud de papelitos, como una bandada de pájaros blancos, flotó en el aire, que los dispersó en todas direcciones.

—¡Vaya! —dijo Stephen con una leve carcajada.

—¿Qué diantres es todo esto? —dijo el señor Swancourt—. ¿No son mitades de billetes de banco, Elfride?

Elfride puso una expresión de enojo y culpa.

—Es cosa mía, papá —balbució Elfride. Stephen saltó del carruaje y, ayudado por el hijo del guarda, buscaron alrededor de las ruedas y de las pezuñas del caballo hasta que hubieron reunido todos los papelitos. Stephen se los entregó y volvió a montar.

—Imagino que se pregunta qué son estos papelitos —dijo Elfride mientras avanzaban por la avenida de sicomoros—. Y puedo decírselo. Son notas para una historia que estoy escribiendo.

No pudo evitar sonrojarse al confesarlo, a pesar de que intentó evitarlo.

—¿Quiere decir una novela? —dijo Stephen. El señor Swancourt escuchaba a medias y sólo captaba algunas palabras sueltas.

—Sí. *El castillo de la corte del rey Arturo*. Es un género pasado de moda, lo sé. Pero me gusta hacerlo.

—¡Una novela metida en un bolso! Si un ladrón de caminos la asaltara, menuda sorpresa se llevaría.

—Sí, es mi manera de llevar el manuscrito. La verdadera razón es que en su mayor parte la escribo en trocitos de papel mientras voy a caballo; y los meto aquí por comodidad.

—¿Qué va a hacer con su novela una vez la haya escrito? —dijo Stephen.

—No lo sé —replicó ella, y volvió la cabeza para mirar la vista. Ya habían llegado al predio de Endelstow House. Atravesaron un antiguo portalón de piedra parda, en el que se veía el arco perpendicular y aplanado de los Tudor y llegaron a un patio espacioso, cerrado por una fachada en cada uno de sus tres lados. Las partes más importantes del edificio databan del reinado de Enrique VIII; pero ese lugar pintoresco y resguardado había sido construido en fecha muy anterior. La licencia para construir una morada en una mansión señorial rodeada de almenas había sido concedida por Eduardo II al «caballero Hugo Luxellian», pero aunque el contorno del foso y el monóculo aún eran levemente visibles en algunos lugares, no quedaban señales del edificio original.

Las ventanas de todos los lados eran alargadas y de muchos parteluces, y las líneas del techo quedaban interrumpidas por buhardillas de la misma estructura. Los vértices de esas buhardillas, junto con las de los gabletes, estaban coronadas por grotescas figuras rampantes, pasantes y echadas. Altas chimeneas octogonales y retorcidas se alzaban apuntando al cielo, sobrepasadas en altura, sin embargo, por algunos álamos y sicomoros que había detrás del edificio, cuyas copas se mecían suavemente sobre el caballete y el parapeto. En las esquinas del patio, salientes poligonales, cuyas superficies quedaban enteramente ocupadas por contrafuertes y ventanas, formaban una intersección con el cuadrado del edificio; y un mirador que sobresalía bastante del muro, surgiendo de una fantástica serie de molduras, colgaba sobre el arco de la entrada principal de la casa.

Tal como el señor Swancourt había observado, podía entrar y salir a su antojo de la mansión en ausencia de su propietario. Nada más pronunciar el motivo de su visita, fueron llevados a la biblioteca, donde les dejaron solos. El señor Swancourt enseguida se concentró en examinar un montón de papeles que había sacado del armarito descrito en la carta. Stephen y Elfride no tenían otra cosa que hacer que vagar por la casa hasta que su padre hubiera acabado su faena.

Elfride entró en la galería y Stephen la siguió sin que lo pareciera. Era una estancia alargada y sombría, a la que habían añadido algunos accesorios que eran más o menos un siglo posteriores a las paredes de la mansión. Pilastras renacentistas sustentaban una cornisa de la que surgía un techo curvo, revestido con los extravagantes giros y curvas del periodo. Las antiguas vidrieras góticas en forma de rombo aún se veían en la parte superior del ventanal que había al otro extremo, aunque habían sido acristaladas de una manera mucho más moderna.

Stephen estaba en un extremo de la galería, mirando hacia Elfride, que se hallaba

en la mitad. Elfride comenzaba a sentirse un tanto deprimida por la compañía de sombras luxellianas de tez cadavérica, inmortalizadas por Holbein, Kneier y Lely^[9], y parecía contemplarlas con un talante moralizador. El silencio, que cayó sobre ellos casi como un hechizo, fue roto de pronto al abrirse una puerta en el otro extremo.

Aparecieron dos niñas vestidas con ropas ligeras pero cálidas. Les centelleaban los ojos; el pelo ondeaba a su alrededor; reían sus bocas rojas con irrefrenable alegría.

—¡Ah, señorita Swancourt! ¡Querida Elfie! Te hemos oído. ¿Vas a quedarte? Tú eres nuestra pequeña mamá, ¿verdad? Nuestra gran mamá se ha ido a Londres —dijo una.

—Deja que te bese —dijo la otra, que se parecía muchísimo a la primera, sólo que era más pequeña.

Sus mejillas sonrosadas y su pelo amarillo corrieron a toda prisa hacia los pliegues del vestido de Elfride y allí se enredaron; Elfride se agachó y las abrazó cariñosamente.

—Qué cosa más rara —dijo Elfride sonriendo y volviéndose hacia Stephen—. Últimamente se les ha metido en la cabeza llamarme «pequeña mamá» porque les tengo mucho cariño y el otro día llevaba un vestido muy parecido al de lady Luxellian.

Aquellas dos criaturas eran la honorable Mary y la honorable Kate, y apenas alzaban la suficiente estatura como para soportar el peso de tan pesados prefijos. Eran la única descendencia de lord y lady Luxellian, y resultó que sus padres las habían dejado en casa durante su breve ausencia, bajo la custodia de la niñera y la institutriz. Lord Luxellian adoraba a las niñas, y se mostraba bastante indiferente con su mujer, que había comenzado a mostrar una inclinación a no complacerle, pues no había manera de que le diera un varón.

Todos los niños buscaban instintivamente la compañía de Elfride, a la que consideraban más un espécimen extraordinariamente desarrollado de su propia tribu que una adulta de más edad. Se había establecido la norma de que siempre que se encontraba con las niñas —ya fuera en el interior o al aire libre, en día laborable o festivo—, éstas se apretaban fuertemente contra su cara y pecho por espacio de un cuarto de minuto; por lo demás, se entregan a ese delicioso sistema de epítetos y caricias acumulativos a los que las niñas inexpertas se abandonan de vez en cuando.

Una mirada de recelo por parte de las niñas hacia la puerta por la que habían entrado dirigió la atención a una doncella que apareció por el mismo lugar que ellas, poniendo fin a esas dulces libertades de las pobres honorables Mary y Kate.

—Ojalá viviera usted aquí, señorita Swancourt —gorjeó una de ellas como un melancólico camachuelo.

—Sí, ojalá —gorjeó la otra como un camachuelo aún más melancólico—. Mamá no puede jugar con nosotras como lo hace usted. No creo que aprendiera a jugar cuando era pequeña. ¿Cuándo vendremos a verla?

—Cuando queráis, preciosas.

—¿Y dormiremos toda la noche en su casa? Cuando hablo de venir a verla me refiero a eso. No me importa ver a gente de sombrero y capota, todos de pie y paseando arriba y abajo.

—En cuanto tengamos el permiso de mamá, vendréis y os quedaréis conmigo todo el tiempo que queráis. ¡Adiós!

Se llevaron a las prisioneras y Elfride se volvió hacia su invitado, a quien había dejado en el otro extremo de la galería. Pero no lo vio por ninguna parte. Elfride bajó a la biblioteca, pensando que a lo mejor había ido a reunirse con su padre. Pero el señor Swancourt, ahora alegremente iluminado por un par de velas, seguía solo, deshaciendo fajos de cartas y papeles y volviéndolos a atar.

Como Elfride no había intimado lo suficiente con el objeto de su interés como para justificar, en cuanto que joven decorosa, el inicio de una búsqueda activa, a lo que la incitaba su impulsividad juvenil, y como, sin embargo, por una razón incipiente relacionada con esos labios divinamente perfilados de Stephen, no le gustaba que él se ausentase de su lado, se dirigió a paso desganado hasta la escalera de roble, haciendo un puchero y mirando a su alrededor con la esperanza de distinguir su figura.

Aunque en las habitaciones aún imperaba la luz del día, los pasillos estaban inmersos en unas sombras heladas, tristes, calladas, y era sólo dirigiendo la mirada hacia los espacios iluminados que podía discernirse a alguien. Encontró un espacio iluminado gracias a una puerta lateral que tenía cristales en la parte superior. Elfride la abrió y se encontró ante un jardín secundario o interior, separado del jardín principal por unos arbustos.

Y lo que vio la dejó perpleja. En ángulo recto con la fachada del ala de la que acababa de salir, y a menos de un metro de la puerta, emergía otra ala de la mansión, más baja y de menor interés arquitectónico. Justo delante de Elfride, en el muro de esa ala, había un amplio ventanal que tenía las persianas bajadas, tras las cuales se adivinaba una luz que la iluminaba.

Sobre la persiana se proyectaba la sombra de alguien que estaba dentro: una persona de perfil. Y el perfil era, de manera inconfundible, el de Stephen. Se entreveían sus brazos levantados, y que sus manos sujetaban algo. Entonces apareció otra sombra —también de perfil— que se le acercó. Era la sombra de una mujer que, de pronto, le dio la espalda a Stephen: éste levantó y ofreció lo que ahora resultó ser un chal o un manto, y lo colocó con cuidado, con *mucho* cuidado, alrededor de la mujer; desapareció; reapareció delante de ella; abrochó el manto. ¿La besó a continuación? Probablemente no. Sin embargo, el movimiento que hizo pudo ser un beso. Entonces las dos sombras adquirieron dimensiones colosales, se distorsionaron y desaparecieron.

Pasaron dos minutos.

—¡Ah, señorita Swancourt! Me alegro mucho de encontrarla. La estaba buscando —dijo una voz junto a su codo: la voz de Stephen. Elfride se adentró en el pasadizo.

—¿Conoce a alguien en esta casa? —preguntó Elfride.

—A nadie. ¿Cómo iba a conocer a alguien? —fue la respuesta de Stephen.

VI

«Despidámonos, pero por poco tiempo.»

> Al tiempo que Elfride oía la última palabra de Stephen, le llegó el cerrarse de una puerta exterior cerca de donde se encontraban. Procedía del lado más lejano del ala que contenía la habitación iluminada. En ese momento, con la ayuda de la menguante luz del crepúsculo, distinguió una figura, cuyo sexo era imposible de adivinar, que bajaba por el sendero de grava que, siguiendo los parterres, descendía hasta el río. La figura se hizo más tenue y desapareció bajo los árboles.

Se oyó la voz del señor Swancourt llamándolos desde un lejano pasillo en el cuerpo del edificio. Elfride y Stephen dirigieron sus pasos hacia él y le encontraron con la casaca abrochada y el sombrero puesto, esperando a que llegaran, de muy buen humor tras haber llevado su búsqueda a buen término. Trajeron el carruaje y sin más demora el trío se alejó de la mansión, pasando bajo el arco del portalón y junto a los sicomoros sin hojas, y las estrellas comenzaron a titilar tras el laberinto de ramas y ramillas.

Ni el joven ni la muchacha pronunciaron palabra. La mente inexperta de Elfride estaba ocupada sondeando su reciente descubrimiento. El joven que le había inspirado esos nuevos sentimientos, que había venido directamente de Londres por cuestiones de trabajo, al ser llevado por casualidad a Endelstow House había, de una manera u otra, conseguido el privilegio de abordar a alguna dama que había encontrado en la mansión y de honrarla con pequeñas atenciones muy especiales... y todo ello en espacio de media hora.

¿En qué habitación estaban?, se preguntó Elfride. Por lo que podía deducir, era el despacho de lord Luxellian. ¿Quién había en la casa? Que ella supiera, sólo la institutriz y las sirvientas, y a éstas Stephen no las conocía de nada. La persona que había entrevisto abandonar la casa, ¿tenía algo que ver con lo presenciado tras las persianas? Era imposible saberlo sin preguntarle al culpable, cosa que ella nunca haría. Cuanto más reflexionaba Elfride, más segura estaba de que aquello había sido un encuentro fortuito y no una cita. En cuanto a la personalidad de la mujer, Elfride supuso enseguida que no podía tratarse de una inferior. Stephen Smith no era hombre que tuviera encuentros amorosos con mujeres que estuviesen por debajo de él. Aunque no exagerada, la ambición era visible en el fuego de sus ojos; evidentemente tenía muchas aspiraciones; esperaba mucho, aunque no supiera muy bien el qué. Elfride estaba desconcertada, y el hecho de estar desconcertada suponía, por la secuencia natural de los sentimientos juveniles, estar enfadada con él. Ninguna satisfacción le produjo ya reconocer que, al querer atraerlo, se estaba enamorando de él, joven como era e inocente como le había parecido.

Llegaron al puente que unía las mitades oriental y occidental de la parroquia.

Situado en un valle limitado por el mar en uno de sus lados, formaba una depresión desde la cual la carretera ascendía muy empinada hasta Endelstow Oeste y la rectoría. No había ninguna necesidad de que se apearan, pero, como era costumbre del rector darle un descanso al caballo al hacer ese sinuoso ascenso tras un largo viaje, Elfride, movida por un instinto de imitación, de repente saltó del carruaje cuando Pleasant había comenzado a adoptar ese paso lento y majestuoso que asociaba con esa parte del camino.

El joven parecía buscar cualquier excusa para romper el silencio.

—¡Vaya, señorita Swancourt, eso ha sido muy arriesgado! —exclamó, y de inmediato siguió el ejemplo de Elfride y saltó por el otro lado.

—No crea —replicó ella fríamente recordando aún la escena entrevista en Endelstow House.

Stephen caminó solo durante unos minutos envuelto en la rígida reserva dictada por el tono de Elfride. Luego, reflexionando al parecer que hacer pucheros es sólo cosa de niñas, se colocó al lado de ella y le ofreció el brazo con gallardía castellana para ayudarla a descender las tres cuartas partes que quedaban del empinado sendero.

Hubo ahí una tentación: era la primera vez en la vida de Elfride que alguien la trataba como una adulta, que le ofrecía el brazo de un modo que llevaba implícito el derecho de ella a rechazarlo. Hasta aquella noche, las atenciones masculinas que había recibido no iban más allá de comentarios familiares del tipo: «Elfride, dame la mano» o «Elfride, cógeme el brazo», procedentes de su padre. Su corazón bisoño convirtió en hito aquel incidente; consideró todos sus sentimientos a favor y en contra. En conjunto, se inclinaban a aceptar el brazo que le ofrecían; pero el del resentimiento decidió castigar a Stephen rechazándolo.

—No, gracias, señor Smith; puedo arreglármelas sola.

Era el primer —y frágil— intento por parte de Elfride de poner a raya a un pretendiente. Temiendo más las consecuencias de esa acción que lo que un amable joven pudiera pensar de su rebeldía, inmediatamente después decidió complacerse cambiando de opinión.

—Pensándolo bien, acepto su brazo.

Subieron la colina lentamente, rezagados unos metros del carruaje.

—Qué callada está, señorita Swancourt —observó Stephen.

—Quizá yo le encuentre también a usted callado —replicó ella.

—Puede que tenga razones para estarlo.

—Me extrañaría, es la tristeza lo que hace que las personas estén calladas, y usted no puede tener ninguna.

—No lo sabe: tengo un problema; aunque algunos podrían decir que no es tanto un problema como un dilema.

—¿De qué se trata? —preguntó ella de manera impulsiva.

Stephen vaciló.

—Podría contárselo —dijo—, aunque quizá, al mismo tiempo...

Elfride soltó el brazo de Stephen y de manera imperiosa lo apartó de su lado, echando la cabeza hacia atrás. Acababa de aprender que existe una gran pérdida de dignidad en formular una pregunta a la que se niega respuesta, aunque sea de manera educada; pues a pesar de que la educación es muy útil en casos de peticiones y acuerdos, de poco sirve cuando se trata de una negativa directa.

—No quiero saber nada de ello, no quiero —añadió—. El carruaje nos espera en lo alto de la colina; debemos apresurarnos. —Y Elfride se subió a la parte delantera—. ¡Papá, aquí está tu Elfride! —le dijo a la sombría figura de un anciano caballero mientras se hundía junto a él sin dignarse a aceptar la ayuda de Stephen.

—¡Ah, sí! —pronunció el párroco en un artificial tono de atención despertándose de un profundo sueño y disponiéndose de pronto a apearse.

—¿Qué haces, papá? Aún no hemos llegado.

—Oh, no, claro que no. Aún no hemos llegado —dijo apresuradamente el señor Swancourt procurando volver a su posición anterior con el aire de un hombre que no ha movido un músculo—. El hecho es que estaba tan absorto en mis meditaciones que se me olvidó dónde nos hallábamos.

Al cabo de un momento, el rector roncaba otra vez.

* * *

Aquella noche, al ser la última, pareció proyectar una inmensa sombra de tristeza sobre Stephen Smith, y los repetidos requerimientos del rector para que fuera a visitarles en verano al parecer sirvieron menos para levantar su ánimo que para despertar algún recelo.

Stephen se marchó a la gris luz del alba, cuando los colores de la tierra eran sombríos y el sol aún permanecía oculto en el este. Elfride había dado vueltas en la cama toda la noche por temor a que nadie de la casa estuviera levantado para despertarle, y también había el temor a no volver a ver sus ojos llenos de vida, su pelo rizado, a los cuales el oculto misterio de su dueño añadía un matiz aún más intenso de romanticismo. Hasta cierto punto —tan pronto el interés femenino adquiere un sesgo de preocupación—, ella se sentía responsable de su protección. Cuando desayunaron aún no había salido el sol; el señor Swancourt, cada vez más prendado de la apariencia ingenua de su invitado, había decidido levantarse temprano y despedirle amistosamente. Sin embargo, se quedó asombrado al ver a Elfride entrar en la cocina vela en mano.

Mientras William Worm llevaba a cabo su aseo (durante el cual los demás habitantes de la rectoría tenían la costumbre de esperar con ejemplar paciencia), Elfride caminó con aire desganado hasta el cenador. Stephen la siguió. El valle cubierto de árboles era visible desde su posición, recorrido ahora por una niebla que ocultaba el riachuelo que lo atravesaba, aunque donde ellos estaban el aire era claro.

Estaban el uno junto al otro, apoyados sobre la rústica balaustrada que rodeaba el

emparrado por la parte exterior y formaba la cresta de una empinada cuesta. Elfride se obligó a señalar algunos rasgos de los lejanos promontorios que se alzaban irregularmente justo enfrente. Pero, dada la naturaleza de la circunstancia, Stephen carecía en aquel momento de mirada artística y sólo atendió a medias a la descripción, como si le robara tiempo a algún otro pensamiento que tuviera en mente.

—Bueno, adiós —dijo Stephen de pronto—. Supongo que no debo volver a verla nunca, señorita Swancourt, a pesar de las invitaciones de su padre.

Su genuina tribulación no pudo sino afectar profundamente las delicadas cuerdas de la naturaleza de Elfride. Podía permitirse perdonarlo por haberle ocultado un par de cosas. Además, la timidez que no le permitía a Stephen mirarla a la cara espoleaba el valor de los ojos y la lengua de Elfride.

—¡Oh, vuelva, señor Smith! —dijo en tono engatusador.

—Me encantaría, pero será mejor que no.

—¿Por qué?

—Ciertas circunstancias relacionadas conmigo no lo hacen aconsejable. No por mí, sino por usted.

—¡Vaya! Como si algo relacionado con usted pudiera perjudicarme —exclamó con serena superioridad, pero al ver que ese tratamiento era inapropiado, adquirió un tono más humilde—. Ah, ya sé por qué no va a volver. Porque no quiere. Regresará a Londres, con toda esa gente en perpetuo ajeteo, y nunca querrá volver a vernos.

—Ya sabe que no es eso.

—Y seguirá escribiendo cartas a la dama con la que está prometido, igual que antes.

—¿Qué quiere decir? No estoy prometido.

—Pues le escribió una carta a la señorita Nosecuántos. Lo vi en el estante de las cartas.

—¡Bah! Una anciana que tiene un quiosco de prensa, y era para decirle que me guarde los periódicos hasta que vuelva.

—No tiene por qué darme explicaciones, no es asunto mío. —La señorita Elfride pareció muy aliviada al oír aquellas palabras, no obstante—. ¿Y no volverá a ver a mi padre? —insistió.

—Me gustaría..., y también volver a verla a usted, pero...

—¿Me revelará ese secreto que esconde? —le interrumpió ella, irascible.

—No, ahora no.

Pero ella sólo podía insistir, por descortés que pareciera.

—Dígame una cosa —le hostigó con un temblor en la boca—. ¿Acaso el encuentro que tuvo con una dama en Endelstow House entra en conflicto con... algún interés que pueda tener por mí?

Stephen dio un respingo.

—No —dijo categóricamente; y su mirada se adentró en las pupilas de los ojos de Elfride con una confianza que sólo la honestidad puede dar, y aun así sólo a los

jóvenes.

La explicación no llegó, pero Elfride sintió que la tristeza la abandonaba. Cómo no iba a creer en sus palabras. Si se escondía algún enigma tras las persianas, nada tenía que ver con una pasión oculta.

Elfride regresó a la casa y entró por el invernadero. Stephen dio un rodeo hasta la puerta principal. El señor Swancourt estaba en la entrada en zapatillas. Worm abrochaba una hebilla del arnés y murmuraba algo acerca de su pobre cabeza. Todo estaba dispuesto para la marcha de Stephen.

—Mencionó el mes de agosto para su visita. Pues que sea agosto; es decir, si no le importa la compañía de un fosilizado conservador —dijo el señor Swancourt.

El señor Smith tan sólo respondió, de manera vacilante, que le gustaría volver.

—Ha dicho que lo haría, y debe hacerlo —insistió Elfride acercándose a la puerta y hablando bajo el brazo de su padre.

Fuera cual fuera la razón que el joven hubiera podido tener para no desear volver a la casa como invitado, ya no era importante. Prometió volver y se despidió, se subió al carruaje tirado por un pony, que subió la cuesta y lo hizo desaparecer de la vista de padre e hija.

—Nadie en la vida me ha caído tan bien como este joven, ¡nunca! No lo entiendo, es algo que no puedo entender —se dijo a sí mismo el señor Swancourt de manera muy enérgica; a continuación entró en la casa.

VII

«¡Nada más de mí has sabido, amor!»
WALTER SCOTT, *El adiós del trotamundos*

Stephen Smith regresó a la rectoría de Endelstow obedeciendo a su promesa. Tenía una verdadera razón artística para acudir, aunque no pareciese necesitarse ninguna razón. Treinta y seis asientos, de exquisita factura del siglo XV, se pudrían rápidamente en una de las naves laterales de la iglesia; y parecía diplomático hacer algunos dibujos de sus contornos carcomidos antes de que quedaran estropeados e irreconocibles en el torbellino de la así llamada restauración.

Entró en la casa al atardecer y el mundo volvió a ser agradable para aquellos dos seres de pelo claro. Una fugaz punzada de decepción, sin embargo, atravesó a Elfride cuando averiguó, por casualidad, que no había ido a la casa enseguida, sino que había llegado a la zona la noche anterior. La sorpresa habría acompañado a ese sentimiento de no haber recordado Elfride que en aquella época del año había varios turistas rondando la costa, y que Stephen podía haber decidido hacer lo mismo.

Aquella noche no hicieron gran cosa aparte de charlar. El señor Swancourt comenzó a interrogar a su visitante, de manera minuciosa pero paternal —y no exenta de cordialidad— acerca de las esperanzas y perspectivas de la profesión que había abrazado. Las respuestas de Stephen fueron vagas. Al día siguiente llovió. Por la noche, cuando veinticuatro horas de Elfride habían bastado para reavivar la pasión de su admirador, alguien propuso jugar una partida de ajedrez.

La partida tuvo su importancia a la hora de perfilar el rumbo que tomó el futuro de ambos.

Elfride pronto se dio cuenta de que su oponente no era más que un aprendiz. Lo siguiente que observó fue que Stephen manejaba las piezas de una manera muy extraña cuando se enrocaba o comía una pieza. Siempre había creído que todos los jugadores obraban de la misma manera; al ver que él lo hacía de modo distinto comprendió que los jugadores normales, que aprenden a jugar mirando, tocan inconscientemente las piezas de una manera estereotipada. Esta impresión de indescriptible extrañeza en la manera en que las tocaba Stephen culminó en que ella dijera, cuando él se comió uno de sus alfiles empujándolo con la pieza que comía en lugar de levantarlo antes de hacer el movimiento:

—¡Qué manera tan extraña de jugar, señor Smith!

—¿Ah sí? Lo siento.

—Oh, no, no lo sienta; no hay nada que lamentar. Pero dígame, ¿quién le enseñó a jugar?

—Nadie, señorita Swancourt —dijo Stephen—. Aprendí con un libro que me prestó mi amigo el señor Knight, el hombre más noble del mundo.

—¿Pero ha visto jugar a alguien?

—Nunca he visto una partida. Ésta es la primera vez que tengo la oportunidad de jugar con un oponente vivo. He seguido muchas partidas en los libros, y estudiado las razones de los distintos movimientos, pero eso es todo.

Ésa era toda la explicación de su peculiaridad; aunque el hecho de que un hombre aficionado al ajedrez no hubiera conseguido presenciar ni jugar una partida asombró no poco a Elfride. Meditó un rato sobre esa circunstancia, mirando al vacío y demorando el juego.

El señor Swancourt estaba sentado con los ojos fijos en el tablero, aunque parecía pensar en otras cosas. Casi para sí mismo, pendiente del movimiento de Elfride, dijo:

—*Quae finis aut quod me manet stipendium*^[10].

Y Stephen replicó al instante:

—*Effare: jussas cum fide poenas luam.*

—¡Excelente..., rápido..., gratificante! —dijo el señor Swancourt con sentimiento, colocando la mano sobre la mesa y haciendo que tres peones y un caballo bailaran sobre sus bordes con la sacudida—. Estaba reflexionando sobre esas palabras, pues resultan aplicables al extraño rumbo que estoy siguiendo..., pero basta. Estoy encantado con usted, señor Smith, pues resulta de lo más inusual encontrarse, en este desierto, con un hombre que sea un caballero y lo bastante instruido para rematar una cita, por trillada que sea.

—Yo también me aplico las palabras a mí mismo —dijo Stephen con voz queda.

—¿Usted? Es usted el último hombre del mundo de quien hubiera pensado que podía aplicárselas.

—Vamos —dijo Elfride haciendo un puchero y entrometiéndose entre ambos—, explíquemelo. ¡Vamos, traduzca, traduzca!

Stephen la miró fijamente, y dijo despacio, con una voz tan rebotante de remotos significados que parecían extrañamente prematuros en alguien tan joven:

—*Que finis* («Cuál será el final»), *aut* («o»), *quod stipendium* («qué sanción») *me manet* («me espera»). *Effare* («dilo»), *luam* («pagaré»), *cum fide* («con fe»), *jussas poenas* («el castigo exigido»).

El rector, que había escuchado apretando los labios en gesto crítico ese recitado escolar, y que por razón de su imperfecto oído se había perdido el marcado realismo de Stephen en la traducción inglesa, dijo ahora de manera vacilante:

—Por cierto, señor Smith (sé que excusará mi curiosidad), aunque su traducción ha sido intachablemente correcta y fiel, su manera de pronunciar el latín me parece de lo más peculiar. No es que la pronunciación de una lengua muerta tenga mucha importancia; sin embargo, su acento y cantidad han sonado grotescos en mis oídos. Primero me dije que quizá había aprendido a decir las vocales en algún colegio del norte; aunque eso no explica lo de las cantidades. Y lo que iba a preguntarle es: la persona que le instruyó en los clásicos, ¿fue quizá un hombre de Oxford o de Cambridge?

—Fue un hombre de Oxford, profesor de St. Cyprian's.

—¿De verdad?

—Oh sí. De eso no hay duda.

—¡Es la cosa más extraña que he oído nunca! —dijo el señor Swancourt dando un respingo de asombro—. Que el alumno de un hombre como ése...

—¡El hombre mejor y más inteligente de Inglaterra! —proclamó Stephen con entusiasmo.

—Que el alumno de un hombre como ése pronuncie el latín como lo pronuncia usted supera todo lo que he oído hasta ahora. ¿Y cuánto tiempo le dio clases?

—Cuatro años.

—¡Cuatro años!

—La explicación es sencilla —se apresuró a decir Stephen—. Y es que las clases fueron... por carta. Yo le enviaba ejercicios y traducciones dos veces por semana, y dos veces por semana él me las enviaba corregidas con notas al margen. Así es como aprendí latín y griego. Él no es responsable de mi manera de leer. Nunca me ha oído leer un verso.

—¡Un caso original, y un singular ejemplo de paciencia! —exclamó el rector.

—Por su parte, no por la mía. ¡Ah, Henry Knight es un hombre entre un millón! Recuerdo sus palabras acerca del tema de la pronunciación. Dice que, para su pesar, prevé que llegará una época en que todos los hombres pronunciarán incluso las palabras corrientes de su propia lengua como les parezca correcto a sus oídos, y que no hay nada malo en ello; que la edad del habla está pasando y deja sitio a la edad de la escritura.

Tanto Elfride como su padre habían esperado atentamente a que Stephen relatara lo que habría sido la parte más interesante de su historia, a saber, cuáles eran las circunstancias que habían obligado a tan inusual método de educación. Pero él no dio más explicaciones; y por la manera en que el joven se concentró en el tablero de ajedrez, comprendieron que no quería seguir tocando el tema.

Siguió la partida. Elfride jugaba de memoria; Stephen, pensando. Era una crueldad absoluta darle jaque mate después de todo lo que se había esforzado, pensó Elfride. ¿Hasta qué grado de deshonestidad podía llevarle su compasión? A dejar que fuera él quien le diera jaque mate. Iniciaron una segunda partida; y como ella era absolutamente indiferente al resultado (jugaba mucho mejor de lo que era normal entre las mujeres, y lo sabía), le permitió a Stephen que volviera a darle jaque mate. Una última partida, en la que ella adoptó el gambito Muzio^[11] como apertura, acabó con la victoria de Elfride en el vigésimo tercer movimiento.

Stephen levantó la mirada con suspicacia. El corazón le palpitaba con más fuerza aún que el de ella, que se le había acelerado cuando, en esta última ocasión, se había puesto a jugar en serio. El señor Swancourt había salido de la habitación.

—¡Se ha estado burlando de mí! —exclamó Stephen sonrojándose—. ¿Me ha dejado ganar en las dos partidas anteriores?

La cara de Elfride reveló su culpa. Stephen era la imagen de la irritación y la tristeza, y aunque por un momento le causó satisfacción a Elfride, al instante siguiente le hizo lamentar su error.

—¡Señor Smith, perdóneme! —dijo con voz dulce—. Antes no se me ocurrió, pero ahora me doy cuenta de que lo que he hecho parece un desprecio hacia su destreza en el juego. Pero no era ésa mi intención. No podía, en conciencia, hacerme con el triunfo en las dos primeras partidas, en las que usted combatió con desventaja y de manera tan valerosa.

Stephen aspiró profundamente y murmuró con amargura:

—Ah, es usted más inteligente que yo. Puede hacer cualquier cosa, ¡y yo no puedo hacer nada! ¡Oh, señorita Swancourt! —dijo prorrumpiendo a hablar desafortadamente, el corazón en un puño—. ¡Debo confesarle cómo la amo! Todos estos meses de ausencia la he venerado.

Stephen saltó de su asiento como el muchacho impulsivo que era, se deslizó al lado de Elfride, y antes casi de que ella se diera cuenta le rodeó la cintura con el brazo y los rizos de ambos de entremezclaron.

Tan nueva le resultó a Elfride aquella expansión amorosa que se puso a temblar a causa de la novedad de la emoción y de la emoción misma. De pronto se apartó de él y se quedó erguida, irritada por haberse entregado sin resistencia aunque fuera a ese momentáneo apremio. Decidió considerar prematura aquella demostración.

—No debe empezar cosas como ésta —dijo con una coqueta altivez de naturaleza muy transparente—. Y.. no debe volver a hacerlo... Papá se acerca.

—Déjeme besarla... sólo una vez —dijo él con su tacto habitual y sin darse cuenta de la artificiosa actitud de Elfride.

—No, ni una.

—¿En la mejilla?

—No.

—¿En la frente?

—Desde luego que no.

—¿Quiere a otro, entonces? ¡Ah, me lo imaginaba!

—Puede estar seguro de que no.

—¿Y a mí?

—¿Cómo puedo saberlo? —dijo ella con una sencillez que tan sólo residía en el contorno exterior de su actitud y manera de hablar. En su voz había un semitono y en sus ojos una expresión oculta a medias que delataban al iniciado lo frágil que es el hielo de la reserva en tales ocasiones.

Se oyeron pisadas. El señor Swancourt entró en la habitación y acabó su conversación.

El día después de esa revelación parcial, el señor Swancourt propuso dar un paseo en carruaje a los acantilados que había más allá de la bahía Targan, a una distancia de cinco o seis kilómetros.

Media hora antes de salir se oyó un estrépito en el jardín de atrás y al momento entró Worm, pronunciando unas palabras dirigidas en parte al mundo en general, en parte a sí mismo y muy poco a sus oyentes:

—¡Ya lo creo, ya lo creo! Tanto freír pescado será el final de William Worm. Esta mañana ya estaban otra vez... igual que siempre... ¡Fizz, fizz, fizz!

—¿Te vuelve a doler la cabeza, Worm? —dijo el señor Swancourt—. ¿Qué ha sido ese ruido que hemos oído en el jardín?

—Ay, señor, no soy más que un pobre temblor con patas; y llevo oyendo freír pescado en mi cabeza toda la noche y esta mañana; y me tenía tan aturdido que se me ha caído una brazada de troncos sobre la vara del carruaje y lo ha hecho astillas. «Ay», me he dicho, «lo siento como si fuera mi propio carruaje; y aunque lo he hecho yo, y el asilo de pobres es mi destino si me voy de aquí, sigo siendo tan libre como el que más.»

—¡Vaya, se ha roto la vara del carruaje! —gritó Elfride. Estaba decepcionada; Stephen, el doble. El rector mostró más irritación que la que el accidente parecía exigir, para incomodidad y sorpresa de Stephen. No había imaginado que con la franqueza y afabilidad del señor Swancourt pudiera cohabitar tanta severidad.

—No quedará defraudado —dijo el señor Swancourt al final—. Es una distancia demasiado larga para ir andando. Elfride puede montar el pony, y usted coja mi viejo jamelgo, Smith.

Elfride exclamó triunfante:

—¡Nunca me ha visto a caballo! ¡No puede perderselo! —Miró a Stephen y de inmediato leyó sus pensamientos—. Ah, ¿no sabe montar, señor Smith?

—Lamento decir que no.

—¡Un hombre que no sabe montar! —dijo Elfride con descaro.

El rector acudió al rescate.

—Eso es algo muy corriente; Stephen ha tenido que aprender otras lecciones. Veamos, les recomiendo este plan: que Elfride vaya a caballo y usted, señor Smith, camine a su lado.

Stephen recibió con secreto alborozo ese plan. Parecía combinar todas las ventajas de un largo y lento paseo con Elfride sin la posibilidad de que ella se cansara y se echara a perder la diversión. Ensillaron el pony y lo trajeron.

—Y ahora, señor Smith —dijo la joven en tono imperativo, bajando las escaleras y apareciendo en su atavío de montar como si fuera una nueva edición de un libro delicioso, como ocurría siempre que se cambiaba de vestido—, hoy tendrá que llevar a cabo una tarea. Estos pendientes son mis favoritos; pero lo malo es que los enganches son tan pequeños que es posible que se me caigan si muevo demasiado la cabeza, y cuando monto a caballo no puedo prestarles atención. Me hará un servicio de caballero si no los pierde de vista, y se acuerda de ellos a cada minuto del día, y me lo dice inmediatamente cuando se me caiga uno. Un par de veces los he recuperado por los pelos, ¿verdad, Unity? —Avanzó hasta la doncella que estaba en

la puerta.

—¡Sí, señorita, ya lo creo! —dijo Unity abriendo los ojos en un gesto de conmiseración.

—En una ocasión encontré uno en el sendero de entrada —añadió Elfride en tono reflexivo.

—Y otra vez junto al portalón de Eighteen Acres —intervino Unity.

—Y otra en la alfombra de mi propia habitación —replicó jovialmente Elfride.

—Y aquella vez que había uno colgando del bordado de sus enaguas, señorita; y luego encontramos uno en su espalda, ¿verdad? Y, oh, cómo se puso usted, señorita, hasta que lo encontré, ¿se acuerda?

Stephen colocó el leve pie de Elfride en su mano:

—Uno, dos, tres, ¡arriba! —dijo ella.

Por desgracia no fue así. Stephen se tambaleó y se irguió y el caballo les rodeó; y Elfride acabó depositada en el suelo con más fuerza de lo que habría sido agradable. Smith pareció totalmente contrito.

—No se preocupe —dijo el rector animándole—, ¡vuelva a intentarlo! Es una actividad que requiere algo de práctica, aunque parezca fácil. No se aleje de la cabeza del caballo, señor Smith.

—No pienso dejar que lo intente otra vez —dijo ella con una microscópica mirada de indignación—. Worm, ven aquí y ayúdame a montar.

Worm dio un paso al frente y en un santiamén ella estaba en la silla.

Comenzaron su excursión recorriendo un trecho en silencio. El aire cálido del valle era aliviado por una fresca brisa que soplabla de vez en cuando y que venía del mar serpenteando entre los barrancos.

—Supongo —dijo Stephen— que un hombre que es incapaz de sentarse en la silla de montar ni de ayudar a sentarse a otra persona parece un trasto inútil; pero, señorita Swancourt, por usted aprenderé a hacerlo; desde luego que aprenderé.

—Bueno, hay algo muy extraño en usted —dijo Elfride en un tono didáctico justificable en una mujer a caballo que se dirige a un hombre que va a pie—, y es ese conocimiento que tiene de ciertas cosas combinado con su ignorancia de otras.

Stephen alzó la mirada hacia ella.

—Es simplemente —dijo— que hay tantas cosas que aprender en este ancho mundo que no me detuve en esa en concreto. Pensé que no me serviría de nada, aunque ahora ya no creo lo mismo. Aprenderé a montar, y todo lo que tiene que ver con esa actividad, para que usted me aprecie más. ¿Me tiene en mucha menos consideración por ello?

Ella le miró de soslayo aplicándole una cariñosa y crítica reflexión.

—¿Le parezco *La Belle Dame sans merci*?^[12] —dijo de pronto, sin contestar a su pregunta—. Imagínese a usted diciendo, señor Smith:

La coloqué sobre mi corcel que amblaba

*y nada más vi en todo el día,
pues a un lado se inclinaba y cantaba
una canción de hadas...
Me encontró raíces de dulce sabor
y miel silvestre, y rocío como maná.*

Y eso es todo lo que ella hizo.

—No, no —dijo el joven en voz baja, y ruborizándose añadió:

*Y en un extraño idioma dijo:
Te amo de verdad.*

—Ni mucho menos —replicó ella enseguida—. Vea ahora cómo galopo. ¡Vamos, Pansy, arre!

Y Elfride se alejó y Stephen contempló su liviana figura reduciéndose hasta alcanzar el tamaño de un pájaro mientras se perdía en la distancia, los cabellos al viento.

Stephen caminó en la misma dirección y durante bastante rato no hubo señales de Elfride. Tristón como una flor sin sol, Stephen se sentó en una piedra y durante quince minutos no se oyó ni al caballo ni al jinete. Finalmente Elfride y Pansy aparecieron sobre la colina a buen trote.

—¡Ha sido una carrera deliciosa! —dijo Elfride; tenía la cara encendida y los ojos le centelleaban. Giró la cabeza del caballo, Stephen se levantó y siguieron andando.

—Bueno, ¿qué tiene que decirme, señor Smith, tras mi larga ausencia?

—¿Recuerda una pregunta que no supo responderme con exactitud ayer por la noche..., si yo significaba algo para usted?

—Hoy tampoco puedo dar una respuesta exacta a esa pregunta.

—¿Por qué no?

—Porque yo no sé si significo algo para usted..., al menos más que cualquier otra mujer.

—¡Naturalmente que sí! —exclamó Stephen con una voz de intenso aprecio, al mismo tiempo dio media vuelta y la miró fijamente.

—Ojos en ojos —murmuró Stephen juguetón; y ella, ruborizándose, le obedeció fijando los suyos en los de él—. ¿Y por qué no labios sobre labios? —añadió Stephen con atrevimiento.

—No, desde luego que no. Podría vernos cualquiera, y entonces me moriría. Si quiere puede besarme la mano.

Con una mirada, Stephen expresó que besar una mano enguantada, y más con un guante de montar, no era un gran trato, dadas las circunstancias.

—Muy bien, pues me quitaré el guante. ¿No le parece una mano blanca y

hermosa? ¡Ah, no quiere besarla, pues ahora no le dejo!

—Si no lo hago, que no vuelva nunca a besarla, severa Elfride. Ya sabe que pienso muchísimo en usted, que es usted mi reina. ¡Moriría por usted, Elfride!

Velozmente, las mejillas de Elfride se pintaron de rojo y miró a Stephen meditativa. ¡Qué orgullosa se sintió entonces! Por primera vez en su vida imperaba en un corazón con total despotismo.

Stephen se abalanzó furtivamente sobre esa mano.

—¡No, no, de ninguna manera! —dijo ella intransigente—. ¡No debería intentar cogerme por sorpresa!

Siguió una especie de forcejeo por la posesión de esa codiciada mano, durante el cual hubo más guirigay juvenil que la dignidad propia de un hombre y una mujer. Entonces Pansy se alborotó. Elfride recuperó su posición en el caballo y recordó quién era.

—¡No me gusta que me haga comportarme de ese modo! —exclamó en un tono que no fue de satisfacción ni de reproche, sino de una mezcla de ambos—. ¡No debería haber permitido esa chiquillada! Ya estamos un poco crecidos para esas cosas.

—Espero que no me considere uno de esos hombres que obran a cencerros tapados —dijo él en un tono contrito, consciente de que obrando así había perdido un poco más de dignidad.

—¡Se toma usted demasiadas confianzas, y no puedo permitirlo! Considerando que hace poco que nos conocemos, señor Smith, se está usted extralimitando. ¡Usted, como hombre de ciudad, cree que yo no soy más que una chica de pueblo, y que puede comportarse conmigo de cualquier manera!

—Le aseguro, señorita Swancourt, que no pretendía propasarme. Mi única intención era posar un dulce beso sobre su mano; y eso es todo.

—¡Eso sí es obrar a cencerros tapados! Y no me mire a los ojos —dijo Elfride negando con la cabeza y adelantándose unos cuantos pasos. A continuación abandonó el sendero y se adentró en unos campos que llevaban a los acantilados. En la linde de los campos más cercanos al mar ella expresó el deseo de desmontar. Ataron el caballo a un poste, y los dos siguieron un camino irregular que acababa en un saliente plano que rodeaba la pared de una enorme roca negro azulada, a una altura a medio camino entre el mar y el borde más elevado. Allí, delante de ellos, se extendía el eterno océano; sobre las rocas aisladas se veían las blancas gaviotas en perpetuo chillido, siempre a punto de posarse para al final pasar de largo. A derecha e izquierda se alineaba la dentada línea en zigzag de las alturas desgarradas por las tormentas formando una serie que culminaba en una elevación que quedaba bajo sus pies.

Tras la pareja había un tentador hueco y un asiento, que la naturaleza había esculpido en el saliente, lo bastante amplios para admitir a dos o tres personas. Elfride se sentó y Stephen se colocó a su lado.

—Me temo que tampoco es muy decoroso que estemos aquí —dijo ella en un

tono medio interrogativo—. No hace el suficiente tiempo que nos conocemos, ¿no le parece?

—Yo creo que sí —replicó él diplomáticamente—, para mí es suficiente.

—¿Qué quiere decir?

—No es la cantidad de tiempo, sino la manera en que transcurren nuestros minutos lo que hace que sea suficiente.

—Sí, ya veo. Pero ojalá papá sospechara o supiera que estoy haciendo algo completamente nuevo. Ni se lo imagina.

—¡Querida Elfie, ojalá pudiéramos casarnos! Ya sé que no está bien que lo diga..., lo sé..., antes de que sepa más de mí; pero, aun con todo, ojalá pudiéramos. ¿Me ama profundamente?

—¡No! —dijo Elfride bastante nerviosa.

Ante ese rotundo rechazo, Stephen apartó la cara de manera resuelta y mantuvo un ominoso silencio; lo único que parecía interesarle sobre la tierra eran los cincuenta o sesenta pájaros que daban vueltas en el aire a lo lejos.

—No era mi intención cortarle así. —La voz de ella vaciló un tanto alarmada, y al ver que Stephen mantenía su silencio, añadió más ansiosa—: Si vuelve a decirlo, quizá no me muestre... tan obstinada..., si es que... usted no quiere que lo sea.

—¡Oh, mi Elfride —exclamó él, y la besó.

Fue el primer beso de Elfride. Y se mostró tan torpe e inexperta que no dejaba de forcejear, no cedía. No fue uno de esos falsos forcejeos para salir de la trampa que sólo resultan en que quedemos más atrapados; no hubo actitud final de receptividad; no se acercaron los hombros con facilidad, ni quedó una mano sobre otra, ni se juntaron los rostros, y, a pesar de la timidez, los labios sí estuvieron en el lugar adecuado en el momento supremo. Ese garboso y aparentemente accidental quedar en posición que, como han observado muchos, precipita el desenlace y anuda el amor de los enamorados, no tuvo lugar. ¿Por qué? Por la falta de experiencia. Una mujer ha de haber besado mucho antes de besar bien.

De hecho, el arte de ofrecer los labios femeninos para esos saludos amatorios sigue los principios detallados en tratados de prestidigitación para llevar a cabo el truco conocido como «sacar una carta». Hay que sacar la carta diestramente, retirarla, esconderla y además no ofrecerla hasta el momento en que la mano de la persona desprevenida llega al mazo; al hacerlo de manera tan recatada y sutil, la persona que padece el truco imagina que en realidad está eligiendo, cuando de hecho le están poniendo la carta en la mano.

Bueno, pues todo eso no se dio en aquel momento; y Stephen fue consciente de ello, primero con el momentáneo pesar de que su beso se echara a perder al haber sido recibido de manera confusa, y luego al percibir con satisfacción que en la torpeza de Elfride estaba su encanto.

—¿Te importo? ¿Me quieres? —preguntó Stephen.

—Sí.

—¿Mucho?

—Sí.

—No debo preguntarte si me esperarás y serás mi esposa algún día.

—¿Por qué no? —dijo ella con candidez.

—Existe una razón, Elfride.

—Ninguna que yo conozca.

—Supongo que hay algo en mí que hace que sea casi imposible que consientas en ser mi esposa, ni que tu padre llegue a aceptar semejante idea.

—Nada hará que deje de amarte: ninguna tacha puede haber en tu naturaleza. Es pura y generosa, lo sé; y si es así, ¿cómo puedo mostrarme fría contigo?

—¿Y nada nos afectará? ¿A tus ojos sólo existirá mi verdadera naturaleza, Elfie?

—Nada más —dijo ella con un suspiro de alivio—. ¿Eso es todo? ¿Hay alguna circunstancia externa? ¿Qué me importa?

—No puedes juzgar, querida, hasta que no conozcas lo que ha de ser juzgado. Y eso lo dejaremos para cuando volvamos a casa. Creo en ti, pero no puedo sentirme alegre.

—El amor es algo nuevo, fresco como el rocío; y estamos juntos. Para el mundo de un enamorado, eso es muchísimo. Stephen, creo que veo la diferencia entre tú y yo, quizá entre los hombres y las mujeres en general. Yo me conformo con construir la felicidad sobre cualquier base accidental que pueda tener a mano; tú quieres construir un mundo que se acomode a tu felicidad.

—Elfride, a veces dices cosas que de pronto te hacen parecer cinco años mayor de lo que eres, o de lo que yo soy; y este comentario ha sido una. Yo no puedo tener un pensamiento tan adulto, por mucho que lo intente... ¿Nadie te había besado antes?

—Nadie.

—Me he dado cuenta; se te veía tan inexperta. Montas bien, pero no sabes besar; y mi amigo Knight me dijo en una ocasión que ése es un excelente defecto en una mujer.

—Vamos, he de volver a montar, o no estaremos en casa para la cena. —Y regresaron donde Pansy estaba amarrada—. En lugar de confiar mi peso a la inestable palma de la mano de cualquier joven —añadió alegremente—, prefiero apoyarlo en la firmeza de un montador (como lo llaman los aldeanos) en la forma de esa verja de allí. Ya está, ya vuelvo a ser yo misma.

Se dirigieron a la casa a paso de marcha.

El aspecto risueño de Elfride sacó a Stephen de su actitud pensativa, y los dos se olvidaron de todo lo que no fuera la especial cualidad de aquel momento.

—¿Por qué me amaste? —dijo ella tras haber observado de manera prolongada y meditabunda un pájaro que volaba.

—No lo sé —replicó él despreocupadamente.

—Oh, sí lo sabes —insistió Elfride.

—Quizá por tus ojos.

—¿Qué les pasa? Vamos, no me irrites con una respuesta a la ligera. ¿Qué les pasa a mis ojos?

—Oh, nada digno de mención. Están los dos igual de bien.

—Vamos, Stephen, no pienso tragarme eso. ¿Por qué me amaste?

—Podría ser por tu boca.

—Bueno, ¿qué le pasa a mi boca?

—Me pareció una boca bastante pasable...

—Eso no es muy halagüeño.

—Tiene unos labios dulces y hacen un bonito puchero; aunque, de hecho, no es más que una boca como la que tiene todo el mundo.

—No te lo inventes sobre la marcha, Stephen. Y dime, ¿porqué-me-amaste?

—Quizá fue por tu cuello y por tu pelo, aunque no estoy seguro, o por tu sangre indolente, que lo único que hacía era retirarse de tus mejillas y volver; pero no estoy seguro. O por tus manos y brazos, que eclipsaron todas las demás manos y brazos; o por tus pies, que jugueteaban bajo tu vestido como unos ratoncillos; o por tu lengua, de un tono tan delicado. Pero no estoy del todo seguro.

—Ah, eso es muy bonito decirlo; pero poco me interesa tu amor si ha hecho una imagen tan simple y chata de mí como ésa, y si no estás seguro, y si razones tan fríamente; pero sí lo que *sentiste* que yo era, Stephen —y cuando dijo esas palabras una furtiva carcajada y una expresión retozona apareció en la cara de él—, cuando te dijiste: «Pienso amar a esa joven».

—Nunca me lo dije.

—Entonces cuando te dijiste: «Nunca amaré a esa joven».

—Tampoco me dije eso.

—¿Entonces fue: «Bueno, supongo que debo amar a esa joven»?

—No.

—¿Qué, entonces?

—Fue algo mucho más fluctuante, menos preciso.

—Dímelo; habla.

—Fue que no debería pensar en ti si te amaba realmente.

—Ah, eso no lo entiendo. No hay manera de sacarte nada. Y no volveré a pedirte más, nunca más, que mires en lo profundo de tu corazón y me digas por qué me amaste.

—Dulce tentadora, ¿de qué sirve? Todo se reduce a algo muy simple: que cuando no te conocía no te amaba; que cuando te vi, te amé. ¿No es eso bastante?

—Sí, servirá..., Yo sé, creo, por qué te amé. Eres guapo, desde luego; pero no fue por eso. Es porque eres tan dócil y amable.

—No me parecen las cualidades más adecuadas para amar a un hombre —dijo Stephen en un tono de insatisfacción y autocrítica—. Bueno, tanto da. Debo pedirle a tu padre que nos deje prometernos en cuanto llegemos a casa. Será un largo noviazgo.

—Lo prefiero... Pero Stephen, no se lo menciones hasta mañana.

—¿Por qué?

—Porque si pusiera alguna objeción..., aunque no creo que lo haga; pero si lo hiciera... tendremos otro día de felicidad al no saberlo... Bueno, ¿en qué piensas tan concentrado?

—Estaba pensando en que mi amigo Knight disfrutaría de esta escena. Ojalá pudiera venir.

—Parece que siempre le tienes presente —respondió ella celosa sacudiendo la cabeza—. Debe de ser una persona interesante para que pienses tanto en él.

—¡Interesante! —dijo Stephen; su cara resplandecía de fervor—. Noble, deberías decir.

—Oh, sí, sí, se me olvidaba —dijo ella en un tono medio satírico—. El hombre más noble de Inglaterra, nos lo dijiste ayer por la noche.

—Ríase si quiere, señorita Elfie, pero es un hombre excelente.

—Sé que es tu héroe. ¿Pero a qué se dedica, si es que se dedica a algo?

—Escribe.

—¿Y qué escribe? Nunca he oído su nombre.

—Porque su personalidad, y la de otros como él, queda absorbida en un enorme NOSOTROS, a saber, esa entidad impalpable llamada EL PRESENTE, una revista literaria y social.

—¿Sólo hace reseñas?

—¡Sólo, dices! Bueno, puedo decirte que es algo magnífico formar parte de la plantilla de *El Presente*. Mucho mejor que ser novelista.

—Eso supone un golpe para mí y mi pobre *Castillo de la corte del rey Arturo*.

—No, Elfride —susurró Stephen—, no quería decir eso. Quiero decir que él es un eminente hombre de letras, y no sólo alguien que escribe reseñas. Lo que escribe es más elevado que eso, aunque de vez en cuando haga alguna reseña. Normalmente escribe ensayos sociales y éticos..., aparte de las reseñas literarias, y todo se publica en *El Presente*.

—Admito que debe de tener talento si escribe para *El Presente*. De vez en cuando pedimos que nos lo envíen. Yo quiero que papá se suscriba, pero es tan conservador. Ahora, lo siguiente que quiero saber de este señor Knight: ¿es un buen hombre?

—Un hombre excelente. Mi intención es llegar a ser su amigo íntimo algún día.

—¿Pero acaso no lo eres ya?

—No, tanto no —replicó Stephen como si ésa fuera una suposición extravagante—. Verás, lo que ocurrió fue que... él es originario del mismo lugar que yo, y me enseñó algunas cosas; pero no tengo intimidad con él. ¡No descansaré hasta ser rico y conocido y tener una estrecha amistad con él!

Un puchero comenzó a formarse en los suaves labios de Elfride.

—¡Siempre piensas en él, te gusta más que yo!

—No, Elfride. Son sentimientos muy distintos. Pero le aprecio, y merece más

afecto de mí del que puedo darle.

—¡Tus palabras no han sido muy amables, y me ponen muy celosa! —exclamó ella obstinadamente—. Sé que nunca hablarás con tanto afecto de mí.

—Pero es que no lo entiendes, Elfride —dijo Stephen con un gesto de desazón—. Algún día lo conocerás. Es una persona tan brillante..., no, no es exactamente brillante; tan reflexiva..., no, tampoco es reflexiva la palabra..., que te encantará hablar con él. Es el mejor amigo que se puede tener, y aún me quedo corto.

—Tanto me da lo bueno que sea; no quiero conocerle, porque se interpone entre tú y yo. Piensas en él noche y día, mucho más que en ninguna otra persona, y cuando piensas en él me apartas de tu mente.

—No, querida Elfride; te quiero muchísimo.

—Y no me gusta que me hables con tanto afecto de él mientras me estás cortejando. Stephen, imagínate que yo y este hombre, Knight, nos estamos ahogando, y que sólo puedes salvar a uno...

—Sí..., el viejo y estúpido dilema..., ¿a quién salvaría?

—Bueno, ¿a quién? A mí no.

—A los dos —dijo Stephen apretando la mano de ella, que colgaba.

—No, eso no me sirve; has de elegir a uno.

—No puedo decirlo; no lo sé. Es algo desagradable... Es un pensamiento de lo más horrible.

—Ajá. Lo sabía. Le salvarías a él y dejarías que yo me ahogara y me ahogara. ¡No quiero saber nada de tu amor!

Elfride había procurado que sus palabras tuvieran un tono travieso, pero la ligereza de la última frase fue bastante forzada.

En ese momento ella trotó hasta doblar una curva no seguida por la vereda, que no se volvía a reunir con el camino real hasta un poco más adelante. Cuando ella volvió a aparecer ante él, seguía insistiendo en no mirarle, dejándolo abandonado en la fría sombra de su zozobra. Stephen pronto se dio por vencido en ese juego de indiferencia. Dio un rodeo y entró en el campo de visión de Elfride.

—¿Estás ofendida, Elfie? ¿Por qué no hablas?

—Pues sálvame, entonces, y deja que ese señor Inteligente se ahogue. Te odio. ¿A cuál salvarías, ahora?

—De verdad, Elfie, no deberías insistir tanto en esta pregunta. Es ridícula.

—Pues no pienso volver a estar a solas contigo. ¡Qué cruel, ofenderme así! —Se rió de lo absurdo de sus propias palabras, pero no cejó.

—Vamos, Elfie, seamos otra vez amigos.

—Entonces di que me salvarías y que dejarías que se ahogara.

—Te salvaría, y a él también.

—Deja que se ahogue. ¡O dejas que se ahogue o es que no me amas! —porfió ella de manera irritante.

—Dejaría que se ahogara —profirió Stephen derrotado.

—¡Entonces soy tuya! —dijo Elfride, y ese rubor triunfal típico de las mujeres iluminó sus ojos.

* * *

—¡Sólo lleva un pendiente, señorita, como que me llamo Unity! —dijo Unity cuando Elfride y Stephen aparecieron en el vestíbulo.

Con una cara que expresaba aprensión y tristeza, la mano de Elfride voló como una flecha a su oreja.

—¡Vaya! —exclamó mirando a Stephen con los ojos rebosantes de reproche.

—Lo olvidé por completo. ¡Ojalá me hubiera acordado! —respondió él con el rostro remordido por la conciencia.

Elfride dio media vuelta y se dirigió hacia los arbustos. Stephen la siguió.

—Si tú me hubieses dicho que vigilara algo, Stephen, yo lo habría hecho religiosamente —añadió en tono caprichoso, en cuanto oyó que la seguía.

—Un olvido es perdonable.

—Bueno, pues ya lo encontrarás, si quieres que te respete y que nos prometamos cuando tengamos el permiso de papá. —Se lo pensó un momento y añadió más en serio—: Ahora sé dónde se me cayó, Stephen. Fue en el acantilado. Recuerdo la tenue sensación de que me ocurría algo, pero mi mente estaba en otra parte para pensar en ello. Ahí es donde está ahora. Debes ir a buscarlo.

—Iré enseguida.

Y se alejó a grandes zancadas valle arriba bajo un sol abrasador y el silencio sepulcral de primera hora de la tarde. Con prisa vertiginosa ascendió las rocas azotadas por el viento hasta donde se habían sentado; palpó y escrutó las rocas y las ranuras, pero la alhaja extraviada de Elfride no se veía por ninguna parte. A continuación, Stephen volvió sobre sus pasos y, deteniéndose en una encrucijada para reflexionar un rato, abandonó la meseta y atravesó algunos campos en dirección a Endelstow House.

Siguió el sendero que discurría junto al río sin la más ligera vacilación, al parecer muy familiarizado con el terreno. Mientras las sombras comenzaban a alargarse y el sol se iba templando, Stephen fue atravesando portillos hasta acercarse a las inmediaciones de Endelstow Park. El río discurría ahora bajo la cerca del parque antes de entrar en la arboleda un poco más adelante.

Había allí una casita entre la cerca y el riachuelo, sobre un terreno ligeramente elevado, que el río rodeaba con un recodo. El rasgo más característico de esa acogedora vivienda era su única chimenea cuadrada en el extremo del hastial. La cubría un gran manto de hiedra, que había crecido con tanta profusión y se extendía tan lejos de su base que aumentaba el volumen de la chimenea hasta adquirir las dimensiones de una torre. A poca distancia de la parte posterior de la casa se hallaba la linde del parque, y sobre ella se alzaban los sicomoros del bosque, inclinándose

lentamente por una brisa recién llegada.

Stephen cruzó el pequeño puente de piedra y subió hasta la casa. Abrió sin llamar y sin advertencia previa alguna.

Cuando la puerta quedó ajustada, sonaron exclamaciones de bienvenida por parte de una o varias personas, seguidas por el roce de unas sillas sobre el suelo de piedra, como si sus ocupantes las echaran hacia atrás al levantarse. La puerta volvió a cerrarse y sólo se oyó una animada charla y un ruido de platos.

VIII

«Allen-a-Dale no es barón ni señor.»
WALTER SCOTT, *Rokeby*

Las neblinas salían de las charcas y marismas para llevar a cabo sus peregrinajes nocturnos cuando Stephen apareció en la puerta principal de la rectoría. Elfride estaba de pie en el umbral, iluminada por una extensión de cielo de un tono limón.

—No te has pasado todo este tiempo buscando el pendiente, ¿verdad? —dijo desasosegada.

—Oh, no. No lo he encontrado.

—No te preocupes. Aunque estoy muy afectada; son mis favoritos. Pero Stephen, ¿qué has estado haciendo? ¿Dónde has estado? Estaba muy preocupada. Temía por ti. No conoces la zona. Me dije: ¿y si se ha caído desde el acantilado? Pero ahora creo que voy a reprenderte por haberme dado este susto.

—Debo hablar con tu padre ahora —dijo él con bastante brusquedad—. Tengo muchas cosas que contarle..., y a ti, Elfride.

—Lo que tienes que contar, ¿pondrá en peligro el agradable rato que pasamos? ¿Es el mismo oscuro secreto al que tanto aludes? ¿Me hará infeliz?

—Posiblemente.

A Elfride se le aceleró la respiración. Miró a su alrededor como si buscara un apuntador.

—Aplázalo hasta mañana —dijo.

Él suspiró involuntariamente.

—No, ha de ser esta noche. ¿Dónde está tu padre, Elfride?

—Está por el jardín de la cocina, creo —contestó Elfride—. Por las tardes suele retirarse ahí. Ahora te dejo. Di todo lo que tengas que decirle..., haz todo lo que haya que hacer. Piensa que espero, en mi desasosiego, el desenlace de todo. —Y volvió a entrar en la casa.

Elfride se quedó esperando en la sala, contemplando cómo las luces se convertían en sombras, las sombras en oscuridad, hasta que ya no pudo controlar su impaciencia por saber lo que había ocurrido en el jardín. Rodeó los matorrales, describió el pasador de la puerta del jardín y sus ojos impacientes escrutaron todo el espacio iluminado por el crepúsculo que las cuatro paredes encerraban y resguardaban: ni Stephen ni su padre estaban allí. Se subió a una escalerilla que se utilizaba para recoger fruta y por encima de la tapia observó la parcela, que se extendía hasta los límites del terreno beneficial y quedaba encerrada, en un lado, por un seto de alheña. Bajo el seto estaba el señor Swancourt, caminando arriba y abajo y hablando en voz alta... solo, o eso le pareció al principio. No: otra voz le gritaba réplicas esporádicas; y su interlocutor parecía estar al otro lado del seto. La voz, aunque suave, no era la de

Stephen.

El interlocutor de su padre debía de estar en el jardín, descuidado por mucho tiempo, de una vieja casa solariega muy cercana, la cual, junto con una propiedad no muy extensa, había sido adquirida últimamente por una persona llamada Troyton a quien Elfride nunca había visto. A lo mejor su padre había entablado conocimiento con algún miembro de esa familia a través del seto, o a lo mejor se había acercado hasta allí un forastero.

Bueno, no había necesidad de molestarle. Y le pareció que, después de todo, Stephen aún no se había comunicado con su padre. Volvió a entrar en la casa preguntándose dónde estaría Stephen. A falta de algo mejor que hacer, subió a su habitación. Allí se sentó ante la ventana abierta y, con el codo apoyado en la mesa y la mejilla en la mano, se puso a meditar.

Era una noche cálida y aún silenciosa de agosto. Cada quiebra del silencio que llegaba a la dignidad de ruido se oía en kilómetros a la redonda, y el más leve sonido a gran distancia. Y así permaneció ella, pensando en Stephen y deseando que, tal como parecía, no la hubiera privado de su compañía sin motivo alguno. Qué delicado y sensible era Stephen, meditó ella; y sin embargo era lo bastante hombre como para ocultar un misterio, que a ojos de ella le elevaba considerablemente. Así, contemplando las cosas con una visión interior, perdió conciencia del paso del tiempo.

Las extrañas conjunciones de fenómenos, en especial los más triviales y cotidianos, son tan frecuentes en el discurrir normal de la vida que nos acostumbramos a dejarlos sin explicación y nos olvidamos preguntar si la escasísima probabilidad de que ocurran tales yuxtaposiciones no niega que sean una pura cuestión de azar. Lo que le ocurrió a Elfride en ese momento fue uno de estos casos. Estaba evocando con toda viveza, y por vigésima vez, el beso de la mañana, y colocando sus labios en la posición exigida para otro parecido, cuando oyó la misma operación en el jardín, justo debajo de su ventana.

Un beso: no furtivo y silencioso, sino rotundo, sonoro y vigoroso.

Se sonrojó y se asomó, pero no vio nada. El borde oscuro de las tierras altas dibujaba una marcada y triste línea contra el pálido resplandor del cielo, rota sólo por un cedro joven que había crecido más que sus vecinos y cuya copa puntiaguda atravesaba el horizonte desgarrando el lustre del firmamento como una lanceta.

Posiblemente, de haber habido alguien en la zona de hierba del jardín, Elfride habría visto sus siluetas oscuras. Pero los matojos, que hasta entonces sólo habían salpicado el claro, eran ahora grandes y tupidos y llegaban a ocultar la mitad del recinto cercado que los contenía. A lo mejor la pareja que se besaba estaba tras ellos; en cualquier caso, no se veía a nadie.

Si las insinuaciones y la ausencia de su enamorado no le hubieran llevado a pensar que existía algún enigma relacionado con él, Elfride jamás habría admitido la sospecha de que a lo mejor él había participado en el beso anterior. Pero todas esas

reservas en las que él tanto insistía, mientras que hacían aumentar el misterio sin el cual probablemente ella jamás le hubiese amado en serio, sólo servían para alimentar dudas de todo tipo, y con un lento rubor de celos, Elfride se preguntó: ¿no será culpable?

Bajó las escaleras de puntillas y apareció justo en el lugar en que se había separado de Stephen para permitirle hablar con su padre. Desde allí recorrió todos los recovecos del sitio de donde parecía proceder el sonido: entre los enormes durillos, por las matas de cortadejas, entre los diversos acebos, bajo el olmo llorón. No vio a nadie. Regresó a la casa y llamó a Unity.

—Se ha ido a pasar la noche a casa de su tía —dijo el señor Swancourt mientras asomaba la cabeza por la puerta de su estudio y dejaba que la luz de las velas se derramara sobre la cara de Elfride, revelando menos que creando, como le pareció a ella, el rubor de zozobra y perplejidad que ardía en sus mejillas.

—No sabía que estabas dentro, papá —dijo ella sorprendida—. Cuando estaba en el jardín, no he visto ninguna luz en tu ventana. —Miró hacia el estudio y vio que las contraventanas aún estaban abiertas.

—Pues sí, ya ves —dijo él con indiferencia—. ¿Para qué quieres a Unity? Creo que ha servido la cena antes de marcharse.

—¿Ah, sí? No he ido a ver. Tampoco la quería por eso.

Elfride no sabía, ahora que tenía que dar una razón, para qué quería a Unity. Por un momento, su mente pasó a otro tema, de tan poco como le importaba el motivo. Al otro lado de la pantalla se veía el ascua roja de una cerilla, lo que explicaba que, si no había visto luz en la ventana, era porque su padre acababa de encender las velas.

—Voy enseguida —dijo el rector—. Pensaba que estabas por ahí con el señor Smith.

Ni siquiera la inexperta Elfride pudo evitar pensar que su padre debía de estar terriblemente ciego si no se daba cuenta de cuál era la incipiente consecuencia de que Stephen y ella estuvieran juntos sin más ceremonias; tremendamente descuidado si lo veía y no pensaba en ello; tremendamente bueno si, como le parecía a ella más plausible, lo veía, pensaba en ello y lo aprobaba. Estas reflexiones quedaron cortadas en seco por la aparición de Stephen justo delante del porche, con la cabeza y los hombros plateados por el roce de la luz de la luna, que comenzaba a filtrarse entre los árboles.

—¿Tus problemas tienen algo que ver con un beso en el jardín? —preguntó ella con brusquedad, casi con vehemencia.

—¿Un beso en el jardín?

—Sí —dijo ella imperiosamente.

—No entendía lo que querías decir, y ahora tampoco lo entiendo mucho. Desde luego, no he besado a nadie en el jardín, si es eso lo que quieres saber, Elfride.

—¿No sabes nada de ello?

—Nada en absoluto. ¿Por qué lo preguntas?

—No me hagas decírtelo; no es nada importante. Y, Stephen, ¿has hablado con papá de nuestro compromiso?

—No —dijo él apenado—. No he podido encontrarlo; y me he puesto a pensar en lo que habías dicho referente a objeciones, rechazos (palabras amargas, posiblemente), que podían poner fin a nuestra felicidad, y he decidido posponerlo hasta mañana; eso nos da un día más de dicha, aunque sea una dicha vacilante.

—Sí, pero tampoco estaría bien mantenerlo en secreto demasiado tiempo, creo yo —dijo ella con una voz delicada—. Quiero que se entere de que nos amamos, Stephen. ¿Por qué hiciste tuya mi idea de demorarlo?

—Te lo explicaré, pero primero quiero contarte mi secreto, quiero que lo sepas. Faltan dos o tres horas para acostarnos. Subamos la colina hasta la iglesia.

Elfride asintió pasivamente, y por un portillo lateral salieron del jardín y subieron hasta la abierta extensión de luz de luna que se derramaba alrededor del solitario edificio de la cumbre de la colina.

La puerta estaba cerrada. Se alejaron del porche y caminaron dándose la mano hasta encontrar un lugar donde sentarse en el cementerio. Stephen escogió una tumba plana, más reciente y más blanca que las que la rodeaban, y, al sentarse, atrajo suavemente hacia él la mano de ella.

—Aquí no —dijo Elfride.

—¿Por qué no aquí?

—Cosas mías; pero no te preocupes. —Y se sentó.

—Elfie, ¿me amarás a pesar de todo lo que puedan decir en contra mía?

—Oh, Stephen, ¿por qué repites eso continuamente y con tanta tristeza? Sabes que sí. Por supuesto —dijo acercándose a él—. Digan lo que digan de ti (y no creo que se pueda decir nada malo), no pienso apartarte de mi lado. Estaré contigo hasta que muera.

—¿Alguna vez has pensado quiénes podrían ser mis padres, o con qué compañías me relacioné en mi infancia?

—No, no especialmente. He observado algunos detalles en tu manera de comportarte que me parecen un poco raros, pero eso es todo. Supongo que has nacido en una familia de profesionales como tú.

—Suponiendo que no fuera así..., que yo fuera el único profesional de mi familia.

—Me da igual. Sólo me interesa lo que eres.

—¿Dónde crees que fui al colegio? Quiero decir, ¿a qué clase de escuela crees que fui?

—A la academia del doctor Cómo se llame —dijo ella.

—No. Primero a una escuela dirigida por una matrona, y luego a una escuela pública.

—¡Eso es todo! Bueno, te amo igual, Stephen, querido Stephen —murmuró ella cariñosamente—. Por supuesto que sí. ¿Y por qué me dices estas cosas como si hubieran de impresionarme? ¿Qué me importan?

Él la acercó a sí y continuó:

—¿Qué crees que es mi padre? Quiero decir, ¿cómo se gana la vida?

—Supongo que se dedica a alguna profesión u ocupación.

—No, es mampostero.

—¿Quieres decir masón^[13]?

—No, quiero decir maestro mampostero, y vive en una casa en el campo.

Elfride no dijo nada al principio. Al poco susurró:

—Eso sí que me parece raro. Pero no importa. ¿Qué más da?

—¿No estás enfadada por no habértelo dicho antes?

—En absoluto. ¿Tu madre aún vive?

—Sí.

—¿Es una buena mujer?

—Mucho. La mejor madre del mundo. Su familia fueron prósperos pequeños propietarios, pero ella quedó huérfana y tuvo que trabajar en una vaquería.

—¡Oh, Stephen —exclamó ella en un susurro.

—Siguió encargándose de la vaquería mucho después de que mi padre se hubiera casado con ella —prosiguió Stephen sin más vacilación—. Y la recuerdo perfectamente de cuando yo era pequeño. Yo solía ir al ordeño, miraba cuando le quitaban la nata a la leche, dormía mientras preparaban la mantequilla y fingía ayudarla. ¡Ah, fue una época muy feliz!

—No, nunca. Feliz no.

—Sí, lo fue.

—No veo qué felicidad puede haber en la monotonía de trabajar en una vaquería para ganarse la vida; las manos rojas y agrietadas, zuecos en los pies... Stephen, te confieso que me parece extraño considerarte a la luz de..., de haber sido tan tosco en tu infancia y haber hecho trabajos tan inferiores. —Stephen se apartó unos centímetros de ella—. Pero te amo igual —añadió ella acercándose más a él—, me importa muy poco el pasado, y me doy cuenta de tu valía por haber prosperado en el mundo.

—No fue mi valía; fue Knight quien me hizo prosperar.

—¡Ah, él, siempre él!

—Sí, sobre todo él. Y ahora, Elfride, entenderás por qué me enseñó por carta. Le conocí años antes de que se fuera a Oxford, pero mi instrucción iba muy atrasada para que, cuando se marchó, se le pasara por la cabeza ayudarme con los clásicos. Entonces me tuve que ir del pueblo y nos vimos muy poco; pero él mantuvo su sistema de dar clases por carta con extrema regularidad. Te contaré toda la historia, pero no ahora. No hay nada más que decir, aparte de dar nombres de personas, lugares y fechas. —Su voz se volvió tímidamente lenta.

—No; no te molestes en añadir más. Con lo que has dicho ya has demostrado ser un individuo digno y honesto; y tampoco es tan terrible. Se ha convertido en algo normal que los millonarios empezaran sus fortunas yéndose a Londres con sus

herramientas a la espalda y media corona en el bolsillo. Esos orígenes se están haciendo respetar —añadió con jovialidad—, y están adquiriendo el perfume de tener antepasados normandos.

—Ah, si ya hubiera hecho fortuna, no me importaría. Pero todavía no soy más que un hombre con futuro.

—Ya es bastante. ¿Y éste era nuestro gran problema?

—Me pareció que obraba mal si te dejaba amarme sin contarte mi historia; y al mismo tiempo temía hacerlo, Elfie. Me daba miedo perderte, y por lo que a eso respecta fui cobarde.

—¡Cómo se han disipado todos tus misterios tras esa explicación! Tu peculiar manera de jugar al ajedrez, la pronunciación del latín que mi padre observó, esa extraña mezcla de conocimientos librescos con una total ignorancia de cómo comportarte en sociedad quedan explicados en un momento. ¿Tiene todo esto algo que ver con lo que vi en casa de lord Luxellian?

—¿Qué viste?

—Vi tu sombra colocando un manto sobre los hombros de una mujer. Yo estaba en la puerta lateral; vosotros dos estabais en una habitación con la ventana encarada hacia mí. Un momento después nos encontramos.

—Era mi madre.

—¡Tu madre..., aquí! —Retrocedió para poder contemplarlo en silencio.

—Elfride —dijo Stephen—, iba a contarte el resto mañana..., lo estaba demorando..., aunque después de todo, debo contártelo ahora. El resto de mi revelación se refiere al lugar donde se hallan mis padres. ¿Dónde crees que viven? Los conoces, al menos de vista.

—¡Que los conozco! —dijo ella con sostenido asombro.

—Sí. Mi padre es John Smith, el maestro mampostero de lord Luxellian que vive junto a la tapia del parque, cerca del río.

—¡Oh, Stephen! ¿Es posible?

—Él construyó..., o ayudó en la construcción de la casa en que vives, hace años. Él levantó esos pilares de piedra que hay en la entrada de la casa del guarda del parque de lord Luxellian. Mi abuelo plantó los árboles que circundan tu jardín; mi abuela (que trabajaba con él en el campo) mantenía erguidos los árboles mientras él cubría las raíces de tierra: me lo contaron cuando era niño. También era el sepulturero, y cavó muchas de las tumbas que nos rodean.

—Y cuando la primera mañana posterior a tu llegada desapareciste de manera inexplicable, y de nuevo esta tarde, ¿fue para ir a ver a tus padres? Ahora lo entiendo; no es de extrañar que dieras la impresión de conocer el pueblo.

—No, no es de extrañar. Pero recuerda que no he vivido aquí desde que tenía nueve años. Luego fui a vivir con mi tío, que era albañil, cerca de Exonbury, para poder asistir durante el día a la escuela pública; por aquella época no había ninguna en esta remota costa. Fue allí donde conocí a mi amigo Knight. Y cuando tenía

quince años, y poseía ya cierta educación gracias al maestro (y sobre todo a Knight), me pusieron de aprendiz en el despacho de un arquitecto de esa ciudad porque me daba maña en el uso del lápiz. Fueron mis padres quienes pagaron mi aprendizaje, rechazando la ayuda de lord Luxellian, a quien le cae muy bien mi padre, sin embargo, y le tiene en gran consideración. Allí estuve hasta hace seis meses, cuando conseguí entrar de pasante, como se le llama, en un despacho de Londres. Y eso es todo lo que tengo que contar de mí.

—Y pensar que tú, el invitado que venía de Londres, el hombre de ciudad, había nacido aquí y había conocido este pueblo mucho antes que yo. ¡Qué raro, qué rarísimo me parece! —murmuró Elfride.

—El domingo pasado mi madre os hizo una reverencia a ti y a tu padre —dijo Stephen con una sonrisa de pesar ante lo incongruente de esa idea—. Y tu papá le dijo: «Me alegro de verla regularmente en la iglesia, Jane».

—Lo recuerdo, pero nunca he hablado con ella. Sólo llevamos aquí dieciocho meses, y la parroquia es tan grande.

—Y eso que tu padre —dijo Stephen con una triste risotada— cree que tengo «sangre azul», cosa que aún no se le ha ido de la cabeza. La primera noche que estuve aquí insistió en demostrar que procedo de una de las familias más antiguas del sudoeste de Inglaterra, por mi segundo nombre de pila; cuando la verdad es que me lo pusieron porque mi abuelo fue jardinero ayudante de la familia Fitzmaurice-Smith durante treinta años. Al ver tu cara, querida, no tuve valor para contradecirle y confesarle algo que me habría impedido trabar amistad contigo.

Elfride suspiró profundamente.

—Sí, ahora entiendo que esta diferencia podría ser un estorbo para nosotros —murmuró, y añadió en un susurro suave y triste—: No me habría importado si hubieran vivido lejos. Papá probablemente habría consentido que nos prometiéramos si tus padres hubieran habitado una aldea a cientos de kilómetros de distancia; la distancia mitiga los contrastes sociales. Pero esto no le gustará... ¡Stephen, oh, Stephen! ¿Qué puedo hacer?

—¿Hacer? —dijo él para probarla, aunque con pesadumbre—. Renuncia a mí; deja que vuelva a Londres y no pienses más en mí.

—No, no. ¡No puedo renunciar a ti! El que lo nuestro sea algo imposible hace que te quiera más... Pero ahora veo algo que al principio no se me ha ocurrido. Stephen, ¿por qué hemos de preocuparnos? ¿Por qué iba a oponerse papá? Un arquitecto de Londres es un arquitecto de Londres. ¿Quién va a indagar? Nadie. ¿Viviremos allí, verdad? ¿Por qué hemos de alarmarnos?

—Y Elfie —dijo Stephen, cuyas esperanzas se avivaron con las de ella—, a Knight tanto le da que yo no sea más que el hijo de un aldeano; dice que soy tan digno de su amistad como un lord; y si soy digno de su amistad, también soy digno de ti, ¿verdad, Elfride?

—No sólo nunca he amado a nadie antes que a ti —dijo ella en lugar de responder

—, sino que tampoco he tenido nunca una estrecha amistad como la tuya con Knight. Ojalá tú tampoco la hubieras tenido. Eso me rebaja.

—Elfride, no digas eso —dijo él en tono engatusador—. ¿Nunca has tenido ningún enamorado?

—Ninguno que yo haya reconocido como tal.

—¿Ningún hombre te ha amado?

—Sí, uno; dijo que me amaba mucho.

—¿Cuánto hace de eso?

—Oh, hace tiempo.

—¿Cuánto, querida?

—Doce meses.

—Eso no es mucho tiempo —replicó bastante decepcionado.

—He dicho hace tiempo, no mucho tiempo.

—¿Quiso casarse contigo?

—Creo que sí. Pero yo no veía nada en él. No era bastante para mí, ni aun cuando lo hubiera amado.

—¿Puedo preguntar qué era?

—Un granjero con muchas tierras.

—¡Un granjero con muchas tierras, y dices que no era bastante para ti! ¡Alguien mucho más rico que mi familia!. —A continuación añadió—: ¿Dónde está ahora?

—Aquí.

—¡Aquí! ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues quiero decir que está aquí.

—¿Dónde, aquí?

—Debajo de nosotros. Está bajo esta tumba. Murió, y estamos sentados sobre su tumba.

—Elfie —dijo Stephen poniéndose en pie y mirando la tumba—, ¡qué extraña y triste me parece esta revelación! Por un momento me ha dejado muy abatido.

—Stephen, yo no quería sentarme aquí, pero tú insististe.

—¿Nunca le diste esperanzas?

—Nunca, ni de mirada, palabra o señal —dijo ella solemnemente—. Murió de tisis, y lo enterraron el día que llegaste a nuestra casa por primera vez.

—Vámonos. No me gusta estar a su lado, aun cuando nunca lo amaras. Él te cortejó antes que yo.

—Te has molestado, y estás obrando de manera irracional —dijo Elfride haciendo medio puchero. Siguió a Stephen a pocos pasos de distancia—. Quizá debería habértelo dicho antes de que nos sentáramos. Sí, vámonos.

IX

«Su padre echaba chispas.»
WALTER SCOTT, *Marnaion*

Agobiados, en contra de su voluntad, por la perspectiva de inminentes complicaciones, Elfride y Stephen bajaron la colina de la mano. Se detuvieron en la puerta de la casa pensativos, como niños que llegan tarde a la escuela.

Las mujeres aceptan su destino con mejor disposición que los hombres. Elfride ya se había resignado a la abrumadora idea de los antecedentes de su enamorado; Stephen no había olvidado el insignificante agravio de que ella ya hubiera tenido otro admirador.

—¿Cuál era el nombre de ese joven? —preguntó Stephen.

—Felix Jethway; era hijo único de una viuda.

—Recuerdo a la familia.

—La madre ahora me odia. Dice que yo maté a su hijo.

Stephen se quedó pensativo mientras entraban en el porche.

—Stephen, sólo te amo a ti —dijo ella en un trémulo susurro.

Él apretó los dedos de ella, y aquella sombra insignificante se disipó, dejando paso de nuevo al problema más tangible que tenían entre manos.

El estudio era la única habitación donde se veía luz. Entraron, ambos con una actitud que procuraba ocultar el hecho inocultable de que nada había más importante que su amor recíproco. Elfride advirtió a un hombre, sentado de espaldas a ella, que hablaba con su padre. Se habría retirado, pero el señor Swancourt ya la había visto.

—Entra —dijo—. No es más que Martin Cannister, que ha venido a buscar una copia del registro para la pobre señora Jethway.

Martin Cannister, el sacristán y sepulturero, era uno de los personajes preferidos de Elfride, pues solía absorber su atención contándole sus extrañas experiencias al desenterrar, después de muchos años, los cadáveres de personas que había conocido, identificándolos por alguna pequeña señal (aunque en realidad casi nunca identificaba a ninguno). Tenía unos ojos despiertos y pequeños y una enorme papada, que en cierta medida compensaba la escasez de nariz.

La existencia de un trozo de papel en la mano de Cannister y varios chelines sobre la mesa delante de él denotaban que había concluido lo que se traían entre manos, y el tenor de la conversación indicaba que la atención de párroco y feligrés estaba centrada ahora en un resumen de las noticias del pueblo.

El señor Cannister se levantó y con el dedo se tocó la frente sobre el ojo en respetuoso saludo a Elfride, le dedicó medio saludo a Stephen (a quien, como ocurría con los demás habitantes del pueblo, tampoco había reconocido), volvió a sentarse y reinició su discurso.

—¿Dónde estaba, señor?

—En cuando clavabais la estaca —dijo el señor Swancourt.

—La estaca, desde luego. Pues, como estaba diciendo, Nat era el que clavaba la estaca, de este modo, por así decir. —En ese punto, el señor Cannister sostuvo su bastón escrupulosamente vertical con la mano izquierda y con la derecha dio un fuertísimo golpe sobre la empuñadura—. Y John procuraba que la estaca no se torciera, por así decir. —Y al decirlo le dio una ligera sacudida al bastón y miró fijamente a los diversos ojos ahora reunidos para comprobar que, antes de proseguir, el público comprendía de qué estaba hablando—. Bueno, pues cuando Nat le había dado a la estaca media docena de golpes, hizo una pausa de un par de segundos. John, creyendo que había acabado de clavarla, puso la mano sobre el extremo de la estaca para darle un tirón y ver si estaba bien clavada. —El señor Cannister extendió la mano sobre la empuñadura del bastón cubriéndolo por completo con la palma—. Bueno, pues, por así decir, Nat pensaba seguir dando más golpes, y cuando John puso la mano sobre la estaca, el gran mazo que manejaba Nat...

—¡Qué horror! —exclamó Elfride.

—El gran mazo ya bajaba, señor. Nat de pronto distinguió la mano, pero no pudo evitar el golpe a tiempo. Sobre la mano del pobre John Smith cayó el mazo, y le dejó la mano hecha papilla.

—¡Qué barbaridad! ¡Pobre hombre! —dijo el rector con una entonación parecida a la de los gemidos de los heridos en una interpretación al piano de la *Batalla de Praga*^[14].

—¿John Smith, el maestro mampostero? —exclamó enseguida Stephen.

—No hay otro; y Dios todopoderoso no ha creado a un hombre de mejor corazón.

—¿Cómo está ahora?

—He oído —dijo el señor Swancourt sin reparar en Stephen— que tiene un hijo en Londres, un joven muy prometedor.

—¡Oh, cómo debe de sufrir! —insistió Stephen.

—Un golpe con un mazo no es moco de pavo. En fin, señor, buenas noches, y a usted, señor; y a usted, señorita, naturalmente.

El señor Cannister había realizado imperceptibles movimientos de retirada, y cuando pronunció su despedida, ya estaba casi fuera de la estancia. Recorrió el vestíbulo, pasó más de un minuto intentando cerrar bien la puerta, y ya no le oyeron más.

Mientras tanto, Stephen se había vuelto y le había dicho al rector:

—¡Le ruego me excuse! Debo marcharme enseguida. John Smith es mi padre.

El rector, al principio, no lo entendió.

—¿Qué ha dicho? —interrogó.

—John Smith es mi padre —dijo Stephen lentamente.

Un rojo excesivo cubrió la cara del señor Swancourt; las líneas de sus rasgos quedaron más firmemente definidas y sus labios parecieron afinarse. Era obvio que

una serie de circunstancias, a las que hasta ese momento no había hecho caso, estaban encajando y formando, en la mente del señor Swancourt, una lúcida imagen de un modo tal que era superflua cualquier explicación adicional por parte de Stephen.

—Naturalmente —dijo el rector con una voz seca y sin inflexión.

Como el significado de esta palabra depende totalmente del tono que se le dé, fue como si el señor Swancourt no hubiera dicho nada.

—Ahora tengo que irme —dijo Stephen un tanto agitado y moviéndose como si no supiera si debía marcharse corriendo o quedarse un poco más—. A mi regreso, señor, ¿será usted tan amable de concederme unos minutos para que podamos hablar en privado?

—Naturalmente. Aunque, en vista de lo anterior, no creo que tengamos nada que tratar en privado.

El señor Swancourt se puso su sombrero de paja, cruzó la sala iluminada por la luz de la luna y salió por la puertaventana a la galería. Poco esfuerzo hacía falta para percibir lo que la lógica podría haber pronosticado de una mentalidad cuyos placeres se hallaban entre las genealogías, las buenas cenas y las reminiscencias patricias: que los prejuicios del señor Swancourt eran más fuertes que su generosidad, y que los minutos de Stephen como su amigo e igual estaban contados, o incluso habían cesado ya.

Stephen se movió como si fuera a seguir al rector, a continuación como si hubiera cambiado de idea, y sumido en total perplejidad, sin saber qué rumbo tomar, se dirigió torpemente hacia la puerta. Elfride le siguió a cierta distancia. Antes de haberse alejado dos metros de la puerta, Unity y Ann volvieron de su visita al pueblo.

—¿Sabéis algo de John Smith? El accidente no es tan grave como han contado, ¿verdad? —dijo Elfride intuitivamente.

—Oh, no; el médico dice que no es más que una magulladura.

—¡Eso me parecía! —exclamó Elfride alegremente.

—Dice que, aunque Nat cree que no frenó el mazo mientras bajaba, debió de hacerlo sin darse cuenta... y que lo frenó bastante; pues si le hubiese dado con toda su fuerza le habría destrozado por completo la mano, que en realidad sólo está amoratada.

—¡Doy gracias! —exclamó Stephen.

La perpleja Unity le miró con la boca más que con los ojos.

—Podéis retiraros —dijo Elfride en tono autoritario; y las dos doncellas se alejaron.

—Elfride, ¿me perdonas? —dijo Stephen con una leve sonrisa—. Un hombre hace lo que sea cuando está enamorado. —Con un roce ligero tomó los dedos de Elfride entre los suyos.

Elfride ladeó la cabeza al estilo de un personaje de Greuze^[15] y dirigió un tierno reproche a la duda de Stephen al tiempo que apretaba su mano. Stephen correspondió por triplicado a esa presión, y luego, apresuradamente, se encaminó a la casa de su

padre junto a la tapia de Endelstow Park.

—Elfride, ¿qué tienes que decir a esto? —preguntó su padre apareciendo inmediatamente después de la marcha de Stephen.

Con femenina prontitud, se aferró a cualquier detalle que la ayudara a defender su causa.

—Me lo había contado todo —balbució—, por lo que no es algo que se haya descubierto a pesar suyo. Iba a contártelo.

—¡Que venía a contármelo! ¿Y por qué no lo había dicho antes? Censuro tanto, si no más, que nos lo haya ocultado que el hecho en sí. Es como si se hubiera burlado de mí, y también de ti. Tú y él habéis estado juntos y establecido una relación que no apruebo en absoluto, totalmente indecorosa. Deberías haberte dado cuenta de que ésa no era una conducta apropiada. Una mujer ha de irse con mucho ojo de que no la vean a solas con un cualquiera.

—Tú nos has visto, papá, y no te he oído decir nada en contra.

—Desde luego, es culpa mía, culpa mía. ¡En qué diantres estaba pensando! Él, el hijo de un aldeano; y nosotros, los Swancourt, emparentados con los Luxellian. Hemos ido a menos a lo largo de los siglos, y creo que por fin hemos llegado a lo más bajo. ¡Me pregunto a quién invitaré la próxima vez!

Elfride se puso a llorar ante el cariz poco favorable que tomaban los acontecimientos.

—¡Oh, papá, papá, perdóname, y a él también! ¡Nos queremos tanto, papá, tanto! Y lo que él venía a preguntarte era si permitirías que nos prometiéramos hasta que él sea un caballero como tú. No tenemos prisa, papá; no queremos casarnos ahora; no hasta que él sea más rico. ¿Permitirás que nos prometamos, sólo porque yo le quiero y él me ama?

Esas palabras tocaron los sentimientos del señor Swancourt, cosa que le irritó.

—¡Desde luego que no! —replicó. Pronunció la prohibición de una manera alargada y sonora, por lo que el «no» sonó como un «¡nooooo!».

—¡No, no, no; no digas eso!

—¡Vaya! Menuda situación. Como si no fuera bastante que me hubieran engañado para tenerle de invitado..., el hijo de uno de mis campesinos..., ¡y ahora tengo que convertirle en mi yerno! Por todos los cielos, ¿estás loca, Elfride?

—Has visto que me ha escrito desde su primera visita, papá, y sabes que eran cartas... más o menos de amor; y desde que llegó me has dejado casi por completo a solas con él; y tú intuías, debías de haber intuido, en qué estábamos pensando y lo que hacíamos, y no le detuviste. Y si te cortejan existe la posibilidad de que te enamores, y tú sabías que eso podía ocurrir, papá.

El rector eludió esa estocada de sentido común.

—Ya que te pones tan insistente, te diré que intuí que podía surgir algún afecto infantil entre vosotros; confieso que no me molesté demasiado en evitarlo; pero tampoco lo he tolerado especialmente; y Elfride, ¿cómo vas a esperar que lo haga? Es

imposible; ningún padre de Inglaterra podría tolerar algo así.

—Pero es que él es el mismo de antes, papá; la misma persona a todos los efectos; ¿y cómo puede ser ahora menos conveniente para mí de lo que era antes?

—Parecía ser un joven bien relacionado, aunque con poca fortuna; pero si no tiene ninguna, es otro hombre.

—¿Hiciste alguna averiguación acerca de él?

—Me dejé guiar por la recomendación de Hewby. Debería habérmelo dicho. El mismo Stephen debería habérmelo! dicho; por supuesto. Considero que es de lo más deshonesto entrar en casa de alguien como un incalificable traidor.

—Pero él temía decírtelo, y yo también lo hubiera temido. Me amaba demasiado para arriesgarse. Y por lo que se refiere a hablar de sus amigos en su primera visita, no veo por qué iba, a hacerlo. Vino aquí por trabajo; no era asunto nuestro quiénes eran sus padres. Y sabía que si él te lo decía, nunca le invitarías, y quizá nunca volvería a verme. Y él quería verme. ¿Quién puede culparle por intentar por todos los medios estar junto a mí, la muchacha que ama? Todo vale en el amor. Es algo que te he oído decir a ti; y tú habrías hecho lo mismo que él..., cualquier hombre lo habría hecho.

—Y cualquier hombre, al descubrir lo que yo he descubierto, haría lo mismo que yo y enmendaría su error; es decir, se libraría de él en cuanto lo permitieran las leyes de la hospitalidad. —Sin embargo, en ese momento el señor Swancourt se acordó de que era cristiano—. De ningún modo quiero dar la impresión de que le echo de casa —añadió—, aunque imagino que tendrá el tacto suficiente como para darse cuenta de que no puede seguir aquí sin caer en el mal gusto.

—Se irá porque es un caballero. Ya ves lo correctos que son sus modales —prosiguió Elfride; aunque los modales de Stephen, al igual que las proezas de Euríalo^[16], resultaban atractivos a ojos de ella no por su propia excelencia, sino por el atractivo de la persona que los demostraba.

—Bah, cualquiera puede tener buenos modales si vive cierto tiempo en una ciudad y mantiene los ojos bien abiertos. y probablemente ha copiado sus ademanes de caballero de ir a los gallineros de los teatros y ver cómo escenifican modales de salón. Me recuerda una de las peores historias que he oído en mi vida.

—¿Qué historia es ésa?

—¡Oh, no, gracias! ¡No te contaría algo tan indecoroso por nada del mundo!

—Si su padre y su madre hubieran vivido en el norte o en el este de Inglaterra —insistió noblemente Elfride, aunque sus sollozos comenzaron a interrumpir su exposición—, en cualquier lugar que no fuera éste..., tú... sólo le hubieras tenido en cuenta... a él... y no a ellos. Su posición... habría sido... la que tuviera... debido a su profesión... y por completo... ajena... a la humilde categoría de su padre; con quien ahora ya no vive. Aunque John Smith ha ahorrado mucho dinero, y es más rico que nosotros, dicen, o no habría podido hacer que su hijo entrara de aprendiz en una profesión tan cara. Y es inteligente... y honorable... por parte de Stephen, ser lo

mejor de su familia.

—Sí. «Deja que una bestia mande en otros tan bestias, y tendrá un pesebre fijo en la mesa del rey^[17].»

—¡Me estás insultando, papá! —explotó Elfride—. ¡Me insultas, ya lo creo que sí! ¡Él es mi Stephen!

—Eso puede ser verdad o no, Elfride —replicó su padre de nuevo incómodamente agitado a su pesar—. Confundes probabilidades futuras con hechos presentes..., lo que el joven podría llegar a ser con lo que es. Debemos considerar lo que es, no aquello en lo que puede convertirle una improbable serie de éxitos en su profesión. En estos momentos no es más que el hijo de un trabajador de mi parroquia que a lo mejor (eso no lo sé) tiene dinero suficiente para comprar todos mis bienes; un joven que todavía no se ha abierto camino en la vida, al menos no hasta el punto de tener unos ingresos que merezcan ese nombre, y que, por tanto, tiene la misma posición que su padre; y ese joven quiere prometerse contigo. Su familia vive exactamente en la misma zona que nosotros, por lo que en todo el condado, que para nosotros es el mundo, serías conocida para siempre como la esposa de Jack Smith, el hijo del mampostero, y bajo ninguna circunstancia como la esposa de un profesional de Londres. De lo que se habla siempre es del inconveniente, no del hecho compensador. Venga, no digas más. Aunque te pases la noche argumentando y demuestres lo que quieras, no pienso desdecirme de mis palabras.

Elfride, en silencio y sin esperanza, miró por la ventana; tenía los párpados caídos y las mejillas húmedas.

—Yo lo considero una gran temeridad... y desearía llamarlo audacia... por parte de Hewby —prosiguió su padre—. Nunca había oído cosa tal. Enviarme a casa a un patán nacido en este mismo lugar. Naturalmente, tú fuiste tan engañada como yo. Por el momento, no te culpo. —Fue a buscar la carta original del señor Hewby—. He aquí lo que me dijo: «Muy señor mío: De acuerdo con su petición del 18 del corriente lo he dispuesto todo para hacer un informe pericial y levantar planos», etcétera. «Mi ayudante, el señor Smith»... «Ayudante», así es como le llamó, y naturalmente, lo que yo entendí es que era como una especie de socio. ¿Por qué no dijo «empleado»?

—En esa profesión no se utiliza la palabra «empleado». Stephen..., el señor Smith... me lo dijo. El señor Hewby sólo utilizó la palabra más común.

—¡Déjame seguir, por favor, Elfride! «Mi ayudante, el señor Stephen Smith, saldrá de Londres con el primer tren de la mañana... *Muchas gracias por su propuesta de darle alojamiento..., puede confiar en él plenamente*, y no dude de su discernimiento en materia de arquitectura eclesiástica.» Bueno, repito que el señor Hewby debería avergonzarse de darle tanta importancia a un pobre tipo como ése.

—Los profesionales de Londres —argumentó Elfride— nada saben de los padres de sus empleados. Tienen ayudantes que van a sus despachos y tiendas durante años, y ni saben dónde viven. Todo lo que les importa es lo que saben hacer y los beneficios que pueden aportar a la empresa. Y en él eso viene ayudado por su

facultad de ser una persona siempre agradable.

—El ser siempre agradable es más un defecto que una virtud. Demuestra que un hombre no tiene criterio suficiente para saber a quién despreciar.

—Demuestra que actúa movido por la fe y no por lo que ve, como aquellos de quienes tú te reclamas heredero.

—¡Supongo que eso también te lo ha dicho él! Sí, ya me hizo sospechar el ver su poca afición por las salsas. Si el paladar de un hombre no tiene gustos adquiridos, siempre dudo que sea un caballero. Un paladar sin educar es la señal que delata al arribista. ¡Y se me ocurrió sacarle mi botella de Martínez^[18] del 40, de las que sólo quedan once, a un hombre que no lo distinguiría del oporto más vulgar! Y luego está la cita en latín que supo rematar; quién no se la sabe, o yo, que no le he puesto el ojo encima a ningún autor clásico en los últimos dieciocho años, no la habría recordado. Bueno, Elfride, es mejor que te retires a tu habitación; con el tiempo se te pasarán estas tonterías.

—No, no, no, papá —se lamentó Elfride. A pesar de todas las desdichas que conllevaba ese desdichado amor, la peor de todas era imaginar que la pasión que las causaba podía cesar.

—Elfride —dijo su padre con desabrida cordialidad—, tengo un magnífico plan entre manos que ahora no puedo revelarte. Un plan que nos beneficiará a ambos. Es una oportunidad que ya se me presentó hace algún tiempo..., sí, se me presentó..., pero no me había dado cuenta de su valor hasta esta tarde, cuando tuvo lugar esa desagradable revelación. Sería una estupidez negarse a seguirlo.

—No me gusta esa palabra —replicó ella en tono cansino—. Ya has perdido demasiado con tus planes. ¿De qué se trata ahora, de esas condenadas minas?

—No, no son minas.

—¿Ferrocarriles?

—Nada de ferrocarriles. Es como esas misteriosas ofertas que vemos anunciadas, mediante las cuales un caballero sin cerebro puede ganar muchísimo en una semana sin riesgo ni complicaciones y sin mancharse las manos. Sin embargo, no pienso decirte nada hasta que todo esté atado, aunque de momento te diré esto, que pronto tendrás cosas más importantes en las que pensar que en ese Stephen Smith. Recuerda, no quiero enfadarme con ese joven, sino ser amable con él; sólo por ti lo consideraré, en cierto sentido, un amigo. Pero ya basta; en pocos días pensarás igual que yo. Y ahora vete a tu habitación. Unity te llevará la cena. No quiero que estés aquí cuando el señor Smith vuelva.

X

«Al abrigo de un árbol centenario.»
ROBERT BURNS, *La noche de sábado de un campesino*

Stephen dirigió sus pasos hacia la casa que había visitado hacía sólo dos o tres horas. Se acercó bajo el tupido follaje que crecía en los alrededores de Endelstow Park; el moteado de luces y sombras que proyectaba la luna recorría su cabeza y su espalda en un interminable jugueteo. Cuando cruzó el puente de tablas y entró por el portón del jardín, vio una figura iluminada que, desde la parcela cercada, se dirigía a la casa por el otro lado. Era su padre, con el brazo en cabestrillo, que dirigía un vistazo general al jardín iluminado por la luna, y en particular a la parcela de los nabos más jóvenes, antes de cerrar la puerta de la casa para la noche.

Saludó a su hijo con la energía habitual.

—¡Hola, Stephen! Dentro de diez minutos deberíamos estar en la cama. Supongo que vienes a ver qué me ha pasado, ¿verdad, muchacho?

El doctor había venido y se había marchado, y la herida de la mano se había diagnosticado como leve, aunque posiblemente se habría considerado un caso más grave de haber sido el señor Smith un hombre más importante. Las preguntas llenas de inquietud de Stephen hicieron expresar a su padre su pesar por las incomodidades que causaría al mundo que él no pudiera hacer nada en los dos o tres días siguientes, y nada dijo del dolor del accidente. Entraron juntos en la casa.

John Smith —de piel pardusca como el otoño y ropas blancas como el invierno— era un satisfactorio espécimen de un mampostero rural. En común con casi todos los artesanos rurales tenía demasiado individualismo para ser un típico «trabajador»: el que resulta de tanto rozarse —como si fueran guijarros de una playa— con los de un mismo gremio en las grandes ciudades y que metamorfosea la unidad Yo en una fracción de la unidad Clase.

No es la especialidad de su labor lo que distingue a los artesanos de las pequeñas poblaciones. Aunque, en sentido estricto, no era más que un mampostero, no le importaba manejar ladrillos si era lo que había que hacer ese día; o una pizarra o una baldosa si había que cubrir un techo antes de que vinieran las lluvias, y nadie había en los alrededores que supiera hacerlo mejor. De hecho, en un par de ocasiones, en lo más frío del invierno, cuando las heladas impiden de manera perentoria el uso de la llana y hacen que se hundan los cimientos, vuelen las piedras y se agriete el mortero, también taló y aserró árboles. Además llevaba años practicando la horticultura en su propia parcela, y, en caso de emergencia, podría haberse ganado la vida con esa profesión.

Probablemente, nuestro hombre no era un artesano tan experto en su campo como sus colegas de la ciudad. Pero era, desde luego, como ese torpe fabricante de clavijas

que hacía toda la clavija, razón por la que fue despreciado por Adam Smith y respetado por Macaulay^[19], y por ello era mucho más artista, sin embargo.

Al aparecer ahora en el interior de la casa, a la luz de las velas, su aspecto fornido y saludable era digno de verse. Tenía la barba tupida y enmarañada como un Hércules bien cincelado; llevaba las mangas de la camisa medio arremangadas, el chaleco desabrochado; la diferencia de tono entre la nivea tela y sus brazos y cara rubicunda contrastaba como el blanco de un huevo y la yema. La señora Smith, al oírles entrar, salió de la despensa.

La señora Smith era una matrona cuyo semblante apelaba más a la mente que al ojo, aunque no exclusivamente. Incluso ahora, en el prosaico ocaso de su vida, conservaba su lozanía, pero lo que indicaban primordialmente sus rasgos era un firme sentido común; en general, parecían llevar con ellos un comentario argumentativo acerca del mundo en general.

Los detalles del accidente fueron representados por el padre de Stephen de una manera dramática parecida a la de Martin Cannister, a la de otros individuos del vecindario y del mundo rural en general. La señora Smith exhibió sus sentimientos entre acto y acto, como el corifeo de la tragedia, para que la descripción fuera completa. La historia por fin concluyó, como ocurre incluso con las más largas, y Stephen dirigió la conversación por otros cauces.

—Bien, mamá, ahora ya lo saben todo de mí —dijo Stephen sin levantar la voz.

—¡Bien hecho! —replicó su padre—. Ahora ya estoy tranquilo.

—Me culpo, y nunca me perdonaré por ello, de no habérselo contado antes —añadió el joven.

En aquel momento, la señora Smith apartó su mente del tema anterior.

—No veo por qué tienes que afligirte, Stephen —dijo—. Dos personas que traban amistad de manera accidental no se cuentan, de buenas a primeras, la historia de sus familias.

—Desde luego, no has hecho nada malo —dijo su padre.

—No, pero debería haber hablado antes. En esa visita mía ha habido más de lo que pensáis... mucho más.

—No más de lo que yo creo —replicó la señora Smith contemplándole detenidamente. Stephen se sonrojó y el señor Smith miró a su hijo y a su esposa de manera alternativa en un estado de absoluta incomprensión.

—Es una muchacha bastante guapa —prosiguió la señora Smith—, y también muy distinguida e inteligente. Y aunque ella no me parece mal para ti, bueno, ¿para qué quieres una mujer? ¿No es un poco pronto?

John frunció los labios y arrugó la frente:

—¿Así que ésas tenemos, eh?

—Madre —exclamó Stephen—, ¡eso que dices es absurdo! ¡Criticar si ella es buena para mí o no, como si eso fuese algo que pudiera dudarse! Casarme con ella sería la gran bendición de mi vida, desde el punto de vista social y práctico, y desde

muchos otros. Pero me temo que no tendré esa suerte; ella está muy por encima de mí. Su familia no quiere a gañanes como yo.

—Pues si no te quieren, que los vea cadáveres antes de aceptarlos a ellos. Busca una familia que te quiera.

—Sí, pero yo nunca podría soportar el desagrado de ser bienvenido entre personas como a las que tú te refieres, mientras que entre familias de la clase social de ella sólo encontraré indiferencia.

—¿Cuál será la siguiente sandez que se te ocurra? —dijo su madre—. Y ya que hablamos de eso, ella no es muy superior a ti, ni tú inferior a ella. Siempre he procurado mantener la dignidad. Estoy segura de que jamás me paro más de un minuto a hablar con cualquier trabajador; nunca invito a nadie a nuestra fiesta de Navidad que no trabaje por cuenta propia. Y hablo a varios carruajeros que vienen a casa de milord sin decirles señor ni señora, y ellos lo aceptan callados como corderitos.

—Le hiciste una reverencia al rector, madre. Ojalá no la hubieras hecho.

—Pero fue antes de que él me llamara por mi nombre de pila, ¡de lo contrario poca reverencia hubiera obtenido de mí! —dijo la señora Smith torciendo el gesto y centelleando de irritación—. ¡Me regañas, Stephen, como si yo fuera tu peor enemigo! ¿Qué otra cosa podía hacer con ese hombre para librarme de él? Lo teníamos pegado como una lapa, hablándonos de lo importante que era, y de lo que ocurrió cuando estaba en la universidad, y no sé qué más; y la lengua le iba como una fregona por una vaquería; ¿verdad, John?

—No vas desencaminada —replicó su marido.

—Hoy en día las mujeres —prosiguió la señora Smith—, si se casan, deben esperar que su suegro sea de rango inferior a su padre. Los hombres han ascendido mucho, y las mujeres no se han movido. Cualquier hombre que conoces es de más postín que su padre; y tú estás en el mismo nivel que ella.

—Eso es lo que ella piensa.

—Con ello demuestra ser sensata. Sabía que ella quería pescarte, Stephen, lo sabía.

—¡Que quería pescarme! ¡Dios mío, y qué más!

—Y te vuelvo a repetir que no deberías tener tanta prisa, y esperar un par de años. Podrías encontrar algo mejor que la hija de un párroco arruinado.

—El hecho es, mamá —dijo Stephen con impaciencia—, que no sabes nada del asunto. Nunca encontraré nada mejor, porque no quiero, ni aunque viviera hasta los cien años. En cuanto a lo de que ella quería pescarme, no me gusta que lo digas, pues das a entender que es una intrigante y que yo soy un hombre por el que vale la pena intrigar, y en ambos casos la cosa no es sólo falsa, sino ridículamente falsa. ¿No es cierto, padre?

—Me temo que no entiendo lo bastante la cuestión como para emitir una opinión —dijo su padre con el tono de un zorro que ha pillado un resfriado y no puede

olfatear.

—Muy tímida tampoco debe de ser, considerando el poco tiempo que hace que la conoces —dijo su madre—. Bueno, creo que dentro de cinco años tendrás tiempo suficiente para pensar en estas cosas. Y la verdad es que ella puede permitirse esperar, y lo hará, créeme. Alguien que vive en un lugar tan remoto como éste debió de sentirse muy agradecida de que te fijaras en ella. De no haber aparecido tú, probablemente habría muerto soltera.

—Cuántas sandeces —dijo Stephen, aunque no en voz alta.

—Es una monada —prosiguió la señora Smith en un tono más agradable del que le había hablado hasta ahora a Stephen—. No tengo nada que decir en su contra, lo admito. A veces la veo engalanada como un caballo que va a la feria, y la admiro por ello. Es una perfecta dama. Pero la gente no puede evitar pensar que si la muchacha hubiera aprendido números en la escuela en lugar de letras, le habría ido mejor a su bolsillo; pues, como ya he dicho, está pasando por un momento muy delicado.

—¡Basta, madre, basta! —dijo Stephen reprobándola con una sonrisa.

—¡No pienso callarme! —dijo su madre con aspereza—. No leo los periódicos para nada, y sé que los hombres suben un peldaño al casarse. Los hombres de su clase, es decir, los párrocos, se casan con las hijas de los terratenientes; los terratenientes se casan con las hijas de los lores; los lores se casan con las hijas de los duques; los duques se casan con las hijas de las reinas. Todo caballero encuentra una dama de rango superior; y las damas de clase inferior permanecen solteras o se casan con alguien que no pertenece a su clase.

—Pero hace un momento has dicho, madre... —replicó Stephen, incapaz de resistir la tentación de desvelar la incoherencia de su madre. Pero se calló.

—¿Qué he dicho? —La señora Smith dispuso los labios para una nueva campaña.

Stephen, lamentando haber hablado, pues la consecuencia podía ser un volcán, se vio obligado a proseguir.

—Antes dijiste que yo era de su misma clase.

—¡Vaya, qué te parece! Alguien que es sangre de mi sangre, y mira con lo que me sale. Siempre encontrando defectos a todo lo que digo, Stephen. En eso eres exactamente igual que tu padre, que se pone de parte de cualquiera que no sea yo. Yo trabajo como una esclava y hago todo lo que puedo por vuestro bien, y cada vez que abro la boca vosotros estáis a la que salta. Tú eres de su misma clase, pero a esto los de su familia lo *llamarían* casarse con alguien que no pertenece a su clase. ¡No seas tan discutidor, Stephen!

Stephen mantuvo un discreto silencio, y en ello le imitó su padre, y durante unos minutos tan sólo se oyó el tictac del reloj de pared de esfera verde.

—Estoy segura —dijo la señora Smith en un tono más filosófico y como discurso final— de que si en mi época hubiera costado tanto encontrar un marido como hoy día, en que has de ponerlo en un altar para pillarlo, habría preferido comer raíces del campo antes de perder la dignidad casándome, o no hay pan en veinte hogazas.

La discusión fue abandonada en este punto y, como se hacía tarde, Stephen se despidió de sus padres, y su madre no lo hizo con menos afecto a pesar de su escaramuza; pues aunque Stephen y la señora Smith siempre andaban a la greña, jamás se habían enemistado.

—Y es posible —dijo Stephen— que me marche mañana; no lo sé. De modo que si no vengo a visitaros antes de mi regreso a Londres, no os alarméis, ¿de acuerdo?

—¿Pero no habías venido a pasar dos semanas? —dijo su madre—. ¿Y no tienes un mes de vacaciones? ¿No me digas que te echan?

—Nada de eso. Puede que me quede más tiempo y puede que me vaya. Si me marcho, mejor que no le digáis a nadie que he estado aquí, por ella. ¿A qué hora de la mañana pasa el carretero por Endelstow Lane?

—A las siete.

A continuación se marchó. Su idea era que si el rector le permitía prometerse, o albergar la esperanza de un compromiso, o en cierto modo pensar en su amada Elfride, a lo mejor se quedaría unos días más. Caso de que se lo prohibieran, se marcharía enseguida. Y esta última alternativa, incluso para un joven lleno de esperanza, parecía la más plausible.

Stephen regresó a la rectoría a través de los prados, igual que a la ida, rodeado por el suave murmullo del agua a través de pequeñas presas, la recatada luz de la luna, el refrescante olor del rocío que lo rodeaba. Era una hora en la que la simple contemplación es meditación, y la meditación, paz. Stephen era muy poco filosófico como para permitirse la oferta de la naturaleza. Su mentalidad estaba hecha de detalles muy simples; y ese tipo de mentalidad, aunque rara en la primavera de las civilizaciones, parece abundar cuando las naciones envejecen, la individualidad se desdibuja y la educación se extiende; es decir, su cerebro poseía una extraordinaria capacidad de recepción y no mucha creatividad. Asimilaba rápidamente cualquier saber que veía en torno a él, y como poseía una plástica adaptabilidad más común en los hombres que en las mujeres, cambiaba de color como un camaleón a medida que la sociedad en que se encontraba asumía un tono más elevado y artificial. No tenía muchas ideas originales, y sin embargo apenas había ninguna idea a la que él, tras el adiestramiento adecuado, no hubiera podido añadir algo.

Aquella noche no veía nada ajeno a él; y lo que veía en su interior era un hastío para su carne. Sin embargo, para un observador desapasionado, sus pretensiones con Elfride, aunque bastante prematuras, estaban lejos de ser absurdas —teniendo en cuenta cómo está el matrimonio hoy día—, a menos que la proximidad accidental de unos padres simples pero honestos hiciera que así lo fueran.

El reloj dio las once cuando entró en la casa. Desde que él se marchara, Elfride le había estado esperando sin moverse apenas. Antes de que él hablara con ella, Elfride le vio entrar en el estudio de su padre. Por algún medio, había conseguido la entrevista en privado que deseaba.

En ausencia de Stephen, a la excitable muchacha le había entrado un dolor de

cabeza nervioso, y lo único que podía hacer ahora era subir a su habitación, como había hecho antes. En lugar de echarse se sentó en la oscuridad sin cerrar la puerta, y con el corazón palpitándole con fuerza escuchaba todos los sonidos que llegaban de abajo. Los criados se habían ido a la cama. Finalmente oyó a los dos hombres salir del estudio y cruzar el comedor, donde la cena llevaba esperando más de una hora. La puerta de abajo quedó abierta, y pudo comprobar que durante la cena su padre y su enamorado no intercambiaron más que tópicos referentes a los pepinos y los melones, su cultivo y lo saludables que eran, pronunciados de manera rígida y formal. Lo cual parecía prefigurar un fracaso.

Poco después, Stephen se dirigió a su dormitorio, y casi de inmediato le siguió el padre de Elfride, que se retiró a sus aposentos. Poco dispuesta a encender ninguna luz, Elfride se desvistió a medias y se sentó en la cama, donde permaneció posiblemente una hora torturada por sus pensamientos. A continuación se levantó para cerrar la puerta antes de desvestirse, y vio un rayo de luz que barría el descansillo. Su padre tenía la puerta abierta: Elfride le oía roncar de manera regular. La luz procedía de la habitación de Stephen, y los apagados sonidos que de ella llegaban denotaban a las claras lo que estaba haciendo. En el perfecto silencio pudo oír el cerrarse de una tapa y el chasquido de un cierre: estaba cerrando su sombrerera. A continuación escuchó el abrocharse de unas hebillas y el chasquido de otra llave: estaba asegurando su portamanteo. Con gran aprensión abrió la puerta suavemente y fue hacia la habitación de él. Una sensación la invadía y le enturbiaba el juicio. Stephen, su apuesto y joven enamorado, se marchaba, y quizá no volviera a verle más que de manera clandestina, triste..., quizá nunca más. En cualquier caso, no podía seguir esperando a la mañana para saber el resultado de la entrevista, como había sido su intención. Se echó por los hombros una bata, golpeó suavemente la puerta de Stephen y susurró:

—Stephen.

Él apareció al instante, abrió la puerta y salió.

—Dime. ¿Tenemos esperanzas?

Él replicó con un susurro de zozobra, y le asomó una lágrima que no llegó a caer.

—No voy a considerar una propuesta tan absurda..., eso es lo que ha dicho tu padre. Yo me voy mañana. Habría venido a despedirme de ti.

—Pero no ha dicho que tuvieras que marcharte... Oh, Stephen, dime que no lo ha dicho.

—No, no con palabras. Pero no puedo quedarme.

—¡Oh, no, no te vayas! Ven y hablemos. Vamos a la sala de abajo unos minutos; si nos quedamos aquí puede oírnos.

Ella le precedió mientras bajaban la escalera, la vela en la mano; parecía anormalmente alta y delgada en aquella bata color paloma que llevaba. Elfride no se paró a pensar en el decoro ni en ninguna otra consideración referente a aquella entrevista a medianoche. Creía que estaba comenzando la tragedia de su vida y, casi

por primera vez, sintió que su existencia podía tener un aspecto grave, cuya sombra envolvía y hacía invisibles las delicadas gradaciones de la costumbre y el puntillo. Elfride abrió suavemente la puerta de la sala y los dos entraron. Cuando Elfride hubo colocado la vela sobre la mesa, él la rodeó con sus brazos, secó los ojos de ella con su pañuelo y le besó los párpados.

—Stephen, ha terminado..., la felicidad de nuestro amor ha terminado; ¡ya no volverá a salir el sol!

—Ganaré una fortuna, vendré por ti y serás mía. ¡Sí, serás mía!

—Papá nunca lo aceptará... ¡Nunca, nunca! No le conoces. Se mueve por sus prejuicios, ya sean a favor o en contra de algo. Los argumentos no hacen mella en él.

—No, yo no le veo así —dijo Stephen—. Si dentro de un tiempo me presento ante él como un hombre de reputación establecida, me aceptará. Sé que lo hará. No es una mala persona.

—No, no es mala persona. Pero acabas de decir «dentro de un tiempo», como si eso no fuera nada. Para ti, entre el jolgorio y el alboroto de la gran ciudad, será un tiempo relativamente breve, quizá; ¡pero para mí será como el triple! Cada verano será un año; cada otoño, un año; cada invierno, un año. ¡Oh, Stephen, y puede que incluso me olvides!

Olvidar: eso era y es, para una mujer enamorada, el auténtico escozor de la espera. El comentario despertó en Stephen el miedo inverso.

—Y a ti... a lo mejor te convencen de que me olvides, cuando el tiempo me haya desdibujado de tu recuerdo. Pues recuerda que tu amor por mí ha de ser alimentado en secreto; no podré venir a pasar aquí largas temporadas para darte mi apoyo. Las circunstancias siempre tenderán a borrar me de tu recuerdo.

—Stephen —dijo ella inmersa en sus propios celos y sin prestar atención a las últimas palabras de él—, donde vives hay hermosas mujeres. Sé que las hay, desde luego, y ellas pueden hacer que me olvides. —A sus ojos asomaron unas lágrimas mientras su imaginación pintaba su infidelidad—. Y no será culpa tuya —añadió mirando la vela con ojos compungidos—. ¡No! Pensarás que nuestra familia no te quiere, y me incluirás entre ellos. Y habrá un vacío en tu corazón, y otras lo ocuparán.

—Ni podría ni lo haría. Elfie, olvida todas tus aprensiones.

—Oh, sí, claro que ocurrirá —replicó ella—. Y tú las mirarás, y al principio no les prestarás atención, pero luego las mirarás y te parecerán interesantes, y al poco pensarás: «Ah, ellas están al corriente de la vida de la ciudad, de las reuniones y círculos sociales, y de cómo se comportan los nobles, y la pobre Elfie, con todo el lío que armó por mí, no sabe nada aparte de lo que ocurre en su casita y en unos cuantos acantilados y un trozo de mar muy lejano». Y entonces te interesarán cada vez más, y harán que me dejes por ellas, y serán crueles conmigo porque soy tonta y ellas son inteligentes y me odian. ¡Y yo también las odio; sí, las odio!

Sus impulsivas palabras tuvieron la capacidad de impresionar a Stephen, o, en todo caso, le hicieron reconocer la incertidumbre de todo lo que está por ocurrir. Y,

peor que el sentimiento general, era la tristeza que surgía de las características especiales de su caso. Por remoto que pueda encontrarse algo que deseamos, el simple hecho de haber entrado en el bosquecillo que a ello conduce nos anima, en cierta medida, a conseguirlo. Si el señor Swancourt hubiera aceptado un noviazgo de no menos de diez años, Stephen habría afrontado la espera con relativa alegría; Stephen y Elfride habrían sentido que se hallaban en el camino que conduce al jardín de Cupido. Pero ahora ni siquiera atisbaban la posibilidad de llegar al inicio de ese camino; aún tenían que alcanzar el cero de esperanza. El señor Swancourt tendría que revocar sus formidables palabras antes de que pudiera siquiera empezar la espera de la boda. Y eso era desesperante.

—Ojalá pudiésemos casarnos ahora —murmuró Stephen como una quimera imposible.

—Ojalá —dijo también ella, como si lo considerara un sueño imposible—. ¡Es lo único que siempre hace bien a los enamorados!

—Podríamos casarnos en secreto, ¿verdad, Elfie?

—Sí, en secreto; sin duda sería lo mejor —dijo ella, y añadió en tono reflexivo—: Todo lo que queremos es impedir que cualquier circunstancia futura pueda alterar nuestra intención de ser felices juntos, no empezar a serlo ahora.

—Exactamente —murmuró él con una voz y una actitud iguales a las de ella—. Casarnos y separarnos en secreto, y seguir viviendo como vivimos ahora; simplemente para que nadie pueda separarte de mí, cariño.

—Ni a ti de mí, querido.

—Ni a mí de ti. Es posible concebir una circunstancia lo bastante poderosa como para hacer que una mujer se case en contra de su voluntad; ninguna presión imaginable, ni la tortura ni el hambre, pueden hacer que una mujer, una vez casada con su enamorado, pueda ser la esposa de nadie más.

Hasta ese momento, la idea de un matrimonio inmediato y secreto había sido para ambos una hipótesis insostenible con la que eludir simplemente un momento de desdicha. Durante la pausa que siguió al último comentario de Stephen, una fascinante intuición, y enseguida una seductora convicción, centellearon en la mente de ambos. La intuición fue que ese matrimonio inmediato podía realizarse; la convicción, que ese acto, a pesar de su osadía, sus impredecibles resultados, su engaño, sería preferido por ambos a la vida que llevarían en cualquier otra situación.

Él habló primero, y su voz tembló con la magnitud de la idea que acariciaba:

—¡Qué fuertes nos sentiríamos, Elfride! Llevaríamos nuestras vidas separadas como antes, sin temer a la separación definitiva. ¡Oh, Elfride! ¡Piénsalo, piénsalo!

No hay duda de que el amor de la joven por Stephen había sido avivado por la oposición de su padre, ardiendo con una intensidad una docena de veces mayor de la que habría ardido por sí solo. Nunca se dieron condiciones más favorables para transformar el primer capricho pasajero de una chica por la hermosa cara de un muchacho —un capricho originado en la inexperiencia y alimentado por el

aislamiento— en una pasión desatada e irreflexiva lo bastante ardiente para hacer cualquier cosa. Todos los elementos estaban ahí, y el principal era la falta de esperanzas: un ingrediente siempre necesario para que los elementos unidos bajo el nombre de amor alcancen el grado de locura.

—¿Se lo diremos pronto a papá, verdad? —preguntó ella con timidez—. No hace falta que nadie más lo sepa. Entonces se convencerá de que con los sentimientos no se juega; cuando se alienta el amor, éste crece; si se le desanima, muere en un abrir y cerrar de ojos. Stephen, ¿no crees que si los matrimonios en contra del consentimiento paterno son siempre justificables, lo son más cuando esa relación ha sido favorecida hasta cierto punto, como ha sido nuestro caso, y luego ese favor ha sido retirado de repente?

—Sí. No es como si desde el principio hubiésemos actuado en oposición a los deseos de tu padre. ¡Piensa solamente, Elfie, en lo agradable que fue conmigo hace sólo seis horas! Me apreciaba, me halagaba, jamás puso objeciones a que estuviera a solas contigo.

—Yo creo que él ahora debe de apreciarte —afirmó Elfride—. Y si se enterara de que me pertenecías de manera irremediable, lo confesaría y te ayudaría. Oh, Stephen, Stephen —estalló Elfride de nuevo en sollozos al acordarse de él haciendo el equipaje—, ¡no puedo soportar que te vayas así! Es tan terrible. ¡Todas mis esperanzas desdichadamente abatidas en mi interior sin más!

Un impulso a actuar hizo enrojecer a Stephen.

—No quiero que dudes de mí... ¡Cuando piense en ti no quiero sentirme desdichado! —dijo—. ¡Seremos marido y mujer antes de que me marche!

Ella ocultó su cara en el hombro de él.

—¡Lo que sea para *asegurarnos*! —susurró ella.

—No quería proponértelo inmediatamente —añadió Stephen—. Me parecía..., me parece ahora... como si intentara pescarte..., una chica con una posición social mejor que la mía.

—¡No digas eso! ¿Crees que yo me hallo en mejor situación que tú? ¿De qué nos sirve lo que fuimos? Puede que así fuera hace tiempo; ahora no somos nada.

A continuación se pusieron a susurrar durante mucho rato con gran ardor; Stephen, vacilante, le proponía este y ese plan, Elfride los modificaba, respirando deprisa, con agitados sonrojos y unos ojos anormalmente brillantes. Cuando acabaron de trazar sus planes eran las dos de la mañana.

Ella le dijo a él que se fuera a dormir, y le dio una luz para subir a su cuarto. Se separaron con el acuerdo de no verse por la mañana. La puerta de Stephen llevaba ya un tiempo cerrada cuando oyó a Elfride entrar sigilosamente en su aposento.

XI

«Las jornadas dan fin con el encuentro de los enamorados.»
SHAKESPEARE, *Noche de epifanía*, II, III, 41

Stephen permaneció echado mirando la Osa Mayor; Elfride contempló el monótono paralelogramo de una persiana. Ninguno de los dos durmió esa noche.

A la mañana siguiente, temprano —es decir, cuatro horas después de su furtiva entrevista, justo cuando los criados más madrugadores dejaban oír ya su presencia—, Stephen Smith bajó las escaleras con el portamanteo en la mano. Durante toda la noche había tenido la intención de volver a ver al señor Swancourt, pero el tajante rechazo de la noche anterior prefiguraba una entrevista especialmente desagradable. Quizá había otra razón menos honesta. En todo caso, decidió posponerla. Cuanto pudiera haber de temor o falta de rectitud en esa decisión, no fue bastante para detenerle. Escribió una nota en su habitación, en la que simplemente expresaba que no se sentía feliz en la casa después del repentino veto del señor Swancourt a aquella relación que había favorecido apenas unas horas antes; constataba también la esperanza de que llegaría un día, y no sería lejano, en que volvería a sentirse complacido de ser el invitado del señor Swancourt.

Esperaba encontrar las habitaciones del piso de abajo con ese aspecto gris y tristón que las primeras horas del día dan a todo lo que queda oculto al sol. En el comedor estaba el desayuno en la mesa, y alguien se había servido ya.

Stephen entregó a la doncella su nota de despedida. Ésta le dijo que el señor Swancourt se había levantado y desayunado muy temprano. Que ella supiera, no pensaba salir.

Stephen bebió una taza de café, dejó la casa de su amor y tomó el camino que salía de la entrada. Era tan temprano que los lugares en sombra aún olían a noche, y los lugares soleados apenas habían tenido tiempo de percibir el sol. Los rayos horizontales hacían que cada pequeño hueco del terreno pareciera una depresión bien marcada. Incluso la acequia del sendero bastaba para proyectar sombra, y las mismísimas piedras del camino lanzaban una oscuridad ahusada hacia el oeste, tan larga como la clavija de Jéber^[20].

A poco más de cien metros de la residencia del párroco, el sendero cruzaba el camino real. Stephen llegó al punto de la intersección, se quedó inmóvil y en silencio. Sólo se oía la prolongada y susurrante línea del mar sobre la orilla adyacente. Miró su reloj y a continuación se subió a una verja y se sentó en ella, a la espera de la llegada del carretero. Mientras estaba allí sentado oyó ruedas procedentes de dos direcciones distintas.

Pronto reconoció el vehículo que se aproximaba por la derecha como el del carretero. Lo acompañaban los sonidos de la voz del propietario y el chasquido de su

fusta, diáfano en el sereno aire de la mañana, mediante el cual animaba a los caballos a subir la colina.

Las otras ruedas procedían del sendero que Stephen acababa de cruzar. Al observar más atentamente vio que avanzaban desde el predio de la antigua casa solariega que había junto a los terrenos de la rectoría. En ese momento, un carruaje abandonó el portón de entrada de la casa y apareció ante él. Era un sencillo vehículo de viaje, con escaso equipaje, al parecer perteneciente a una mujer. El coche llegó al cruce de las cuatro direcciones antes de que lo alcanzara el carretero y cruzó justo delante de él, avanzando por el sendero que había al otro lado.

Dentro del carruaje, Stephen distinguió a un dama anciana y a una joven que parecía ser su doncella. El camino que habían tomado conducía a Stratleigh, un pequeño abrevadero que se hallaba a unos veinte kilómetros al norte.

Oyó que el portalón de la casa solariega volvía a abrirse, y al levantar la mirada vio salir a otra persona, que se dirigía hacia la casa del párroco.

—¡Ah, ojalá fuera yo en esa dirección! —se dijo entre paréntesis.

El caballero era alto y se parecía al señor Swancourt en el perfil y el atuendo. Abrió el portón de la rectoría y entró. Sin duda era el señor Swancourt. Aquella mañana, en lugar de quedarse en casa, al señor Swancourt debía de habersele metido en la cabeza ir a despedir a su nueva vecina. Mucho debía de interesarle aquella nueva vecina para hacer algo semejante.

El vehículo del carretero se había detenido y Stephen le entregó el portamanteo y se subió a las varas.

—¿Quién es esa señora que iba en el carruaje? —preguntó con indiferencia a Lickpan, el carretero.

—Es la señora Troyton, señor, una viuda con un montón de dinero. Es la propietaria de la parte de Endelstow que no pertenece a lord Luxellian. Lleva aquí poco tiempo; la ley le dio la propiedad del lugar. El antiguo propietario era un individuo muy misterioso. Nunca vivió aquí. No se le veía casi nunca por estos pagos, sólo en el mes de septiembre, me parece.

Echó a andar a los caballos y el ruido dificultó la charla. Stephen se deslizó bajo el toldo y no tardó en sumirse en un ensueño.

Tres horas después de subir —a duras penas— colinas y de a bajarlas dando sacudidas, llegaron a St. Launce's, la población con mercado y la estación de ferrocarril más cercana a Eldelstow, y el lugar donde Stephen Smith había iniciado su viaje por las colinas durante la, para él, memorable noche de invierno de principios de ese mismo año. El carretero había llegado justo a tiempo para enlazar con un tren a punto de partir, al que Stephen se subió. Al cabo de dos o tres horas de viaje en tren a través de cortes verticales en roca metamórfica, a través de tupidos y verdes bosquecillos de roble, que se extendían sobre laderas y deliciosos valles, cañadas y quebradas, centelleantes de agua como la regada Ida^[21], se sumergió en medio de las quince mil personas que componían la ciudad de Plymouth.

Tras cargar un buen rato el equipaje lo dejó en la consigna y fue andando por Bedford Street hasta la iglesia de St. Andrew. Allí Stephen se paseó entre lápidas variopintas y miró por la ventana del presbiterio, soñando con algo que probablemente ocurriría junto al altar en el curso del mes siguiente. Dio media vuelta y subió el promontorio, contempló la magnífica extensión de mar y los grandes promontorios de tierra, pero sin distinguir ningún rasgo en concreto del variado panorama. Todavía seguía viendo la perspectiva interior: el suceso que tanto anhelaba en aquella iglesia. El amplio estrecho, el rompeolas, el faro en las remotas Eddystone, los oscuros barcos de vapor, los bergantines, las corbetas, las goletas flotando inmóviles o deslizándose en sutil movimiento eran el sueño entonces; el suceso soñado era la realidad.

Stephen no tardó en bajar el promontorio y regresar a la estación del ferrocarril. Compró un billete y se subió al tren de Londres.

* * *

Aquel día resultó irritante en la rectoría de Endelstow. Ni padre ni hija aludieron a la marcha de Stephen. La actitud del señor Swancourt hacia ella tenía que ver con la compungida amabilidad que surge de los celos referentes a la justicia o no de un acto anterior.

Ya sea por falta de capacidad de captar las cosas desde una perspectiva general, o por estar dotadas de un cierto estoicismo, las mujeres son más frías que los hombres en las situaciones críticas. Probablemente, al menos en el caso de Elfride, se trataba de ceguera con respecto a los planes que había trazado para su futuro lo que le permitió preguntarle a su padre, con una voz templada, si le concedería un día de recreo para poder ir a caballo hasta St. Launce's y luego a Plymouth.

Únicamente en una ocasión había ido sola a Plymouth, y fue a consecuencia de una inevitable dificultad. Al ser una chica de campo, y un jinete experto, por no decir alocado, fue su deseo galopar, sin el fantasma de un acompañante, los veinte o veintidós kilómetros de duro camino que había entre su casa y la estación de St. Launce's, dejar el caballo, completar la distancia en tren y regresar de la misma manera por la tarde. Entonces se decidió, sin embargo, que aunque había realizado el viaje sin más complicaciones no volvería a repetirlo sola.

Pero no hay que confundir a Elfride con una vulgar amazona. Las circunstancias de su solitaria y estrecha vida hacían imprescindible que trotara sola por la zona o no lo hiciera. La costumbre lo convirtió en algo perfectamente natural. A su padre, que había tenido otras experiencias, no le gustaba demasiado la idea de que un Swancourt, cuyo linaje podía trazarse claramente como un hilo en una madeja de seda, fuera correteando por las colinas como la hija de un granjero, aun cuando habitualmente él no le prestara demasiada atención. Pero como no podía permitirse pagarle una acompañante regular, y poseía ese inveterado hábito de hacer lo que fuera

para ahorrarse molestias, las circunstancias se hicieron costumbre. Y así, en las mentes de los aldeanos, anidó la idea de que las damas montaban a caballo sin acompañante, como la señorita Swancourt, exceptuando unas cuantas que a veces visitaban a lord Luxellian.

—No me gusta que vayas sola a Plymouth, y menos que vayas hasta St. Launce's a caballo. ¿Por qué no te vas en carruaje y te llevas al cochero?

—No me gusta que me vigilen tanto. —La compañía de Worm no habría interferido seriamente en sus planes, pero su deseo era ir sin él.

—¿Cuándo quieres ir? —dijo su padre.

—Pronto —fue lo único que respondió ella.

—Lo pensaré —dijo él.

Pasaron sólo unos días antes de que ella volviera a preguntar. Le había llegado una carta de Stephen. Un acuerdo entre ellos había dispuesto que la misiva llegara ese día. En ella Stephen mencionaba la fecha más temprana en que podía reunirse con ella en Plymouth. Su padre había ido a Stratleigh y regresado de un inusual buen humor. Era una buena oportunidad; y desde la expulsión de Stephen el párroco se había permitido hacer pequeñas concesiones, para evitar así otras mayores y relacionadas con ese enamorado de Elfride caído en desgracia.

—El jueves que viene me marcho en una dirección diferente —dijo su padre—. De hecho, me iré de casa la noche antes. Puedes escoger el mismo día, pues me parece que quieren levantar las alfombras, o algo así. Como ya te he dicho, no me gusta que te vean en la ciudad sola a caballo; pero ve si quieres.

El jueves de la semana posterior. Su padre había mencionado el mismo día que indicaba Stephen en su carta como la fecha más temprana en que podían encontrarse; habrían pasado quince días desde que se marchara de Endelstow. Quince días, ese periodo de tiempo que ha adquirido una individualidad tan interesante a partir de su relación con las leyes que regulan el matrimonio en Inglaterra^[22].

Miró a su padre de una manera tan extraña que, al darse cuenta de su propia mirada, palideció de vergüenza. También el párroco parecía confuso. ¿En qué estaba pensando él?

Parecía como si un poder externo a Elfride le facilitara las cosas al disponer que el señor Swancourt tuviera la intención de marcharse de viaje la noche anterior al día en que ella tenía pensado realizar su plan. Su padre rara vez hacía viajes prolongados; rara vez dormía fuera de casa, excepto, quizá, la noche siguiente a una remota visita pastoral. Bueno, Elfride no pensaba mostrarse demasiado curiosa en relación al porqué de esa oportunidad, ni tampoco él, como habría sido natural, procedió a explicarlo de *motu proprio*. Hasta entonces no había existido reserva entre ellos, aunque tampoco se tenían un exceso de confianza. Pero la divergencia de sentimientos en relación a Stephen había producido un extrañamiento que en aquel momento llegaba al punto de la reticencia incluso en los temas domésticos más vulgares.

Elfride se sentía casi inconscientemente aliviada, convenciéndose de que la reserva de su padre en relación al motivo de su viaje justificaba que ella mantuviera en secreto el motivo del suyo, un secreto que en su caso había sido una decisión previa. Tan ansiosa se muestra una conciencia joven a la hora de encontrar una excusa que poca importancia tiene que se le haya ocurrido a posteriori.

Elfride pasó las dos semanas que faltaban paseando sola entre los árboles y arbustos, entregándose a veces a optimistas ensoñaciones; pero las más de las veces la asaltaban las dudas. Todas las flores parecían tristes de color; sus mascotas parecían mirarla con nostalgia, como si ya no mantuvieran la misma amistosa relación que antes. Llevaba alhajas melancólicas; contemplaba las puestas de sol y hablaba con hombres y mujeres. Era la primera vez que tenía un mundo interior separada del visible que la rodeaba. Deseaba que su padre, en lugar de prestarle aun menos atención de lo habitual, intentara un acercamiento, sólo una palabra; entonces ella se lo contaría todo y se arriesgaría a disgustar a Stephen. Y así, al volver a pensar en el joven, lo veía de nuevo en su fantasía, de pie tocándola, los ojos llenos de triste afecto, renunciando sin esperanza a su pretensión porque ella había renunciado a la suya, y Elfride no podía echarse atrás.

El miércoles, Elfride iba a recibir otra carta. Había resuelto, que su padre viera la llegada de ésta fueran cuales fueran las consecuencias, pero el miedo a perder a su enamorado a causa de ese gesto de honestidad le impidió seguir su resolución. Cinco minutos antes de la llegada del cartero, salió sigilosamente y lo recibió en el camino de entrada, en una curva cerrada que impedía que se les viera desde la rectoría. El hombre le entregó la misiva con una sonrisa, y se disponía a entregarle otra, una circular de algún comerciante.

—No —dijo Elfride—, ésta llévela a la casa.

—Vaya, señorita, hace usted lo mismo que ha hecho su padre estos últimos quince días.

Elfride no comprendió.

—Pues que viene a este rincón, y me coge una carta cada mañana, todas escritas por la misma mano, y deja que las otras se las lleve a la casa. —A continuación el cartero se alejó.

En cuanto hubo doblado la esquina, Elfride oyó, a su espalda, cómo su padre salía a recibir al cartero y hablaba con él. Había salvado su carta por dos minutos. Escuchó como su padre, de manera bien audible, realizaba exactamente el mismo ceremonial del que ella se había culpado.

Esa sigilosa conducta de su padre era, cuando menos, peculiar.

* * *

Dada una chica impulsiva e inconsecuente, cuya vida interior ha sido desatendida por su único progenitor, y las fuerzas que actúan dentro de ella, y que procedemos a

enumerar, determinemos una resultante:

El primer amor, marcado por un miedo mortal a separarse de su objeto.

La inexperiencia, que impulsa un deseo frenético de evitar que ocurra lo que acabamos de mencionar.

Dudas respecto al decoro, contrarrestadas por la esperanza de ser perdonada al final.

Indignación ante la incoherencia del padre al haber alentado primero aquella relación para luego prohibirla.

Una estremecedora tendencia a desobedecer, superada por una grave incapacidad para admitir que podía romper con la palabra dada a un hombre que, en esencia, la había venerado desde un principio.

La bendita esperanza de que la oposición alteraría un juicio erróneo.

Una viva fe en que las cosas se arreglarían y todo acabaría bien.

Probablemente, después de todo, ello no hubiera tenido ninguna consecuencia de no ser por los siguientes comentarios realizados una mañana durante el desayuno.

Su padre había recuperado el buen humor de antes. Se sonreía contándose historias demasiado malas para repetir en voz alta, y llamó a Elfride granujilla por haber escondido unos gatitos ciegos que deberían haber sido ahogados. Tras las palabras de su padre, ella le dijo de pronto:

—Si el señor Smith ya hubiera formado parte de nuestra familia, no te habría disgustado descubrir que no era de buena familia.

—¿Te refieres a formar parte de nuestra familia por matrimonio? —replicó sin prestar atención, y siguió pelando su huevo.

El escarlata que se acumuló en la cara de Elfride indicó que eso era lo que quería decir tanto como la réplica afirmativa.

—Tendría que haberme aguantado, sin duda —observó el señor Swancourt.

—¿De modo que no habrías entrado en un estado de incurable melancolía y te lo habrías tomado lo mejor posible?

Desde que era una adolescente, la mente errática de Elfride acostumbraba a desconcertar a su padre proponiéndole hipótesis basadas en premisas absurdas. La actual parecía haberse forjado en el molde de las anteriores —sin tener nada que ver con las circunstancias presentes—, y él respondió con su habitual complacencia.

—Si hubiéramos quedado irremediablemente emparentados, yo, desde luego, y cualquier persona sensata, debería aceptar que no hay manera de cambiar ese hecho; desde luego, no me invadiría una incurable melancolía. No creo que haya nada en el mundo que pudiera provocármela. Y tampoco permitiré que nada te la provoque a ti.

—Yo tampoco, papá —exclamó Elfride con una serena alegría que complació a su padre.

Desde luego, poco debía de pensar el señor Swancourt que semejante alegría procedía de la intención de lanzarse de cabeza a la insensata acción que había planeado.

Por la noche, el señor Swancourt fue en carruaje a Stratleigh solo, algo muy inhabitual en él. Mientras lo despedía en la puerta, Elfride estuvo de nuevo a punto de confesárselo todo.

—¿Por qué vas a Stratleigh, papá? —dijo ella, mirándole con nostalgia.

—Te lo diré mañana, cuando vuelva —dijo él de buen talante—, no antes, Elfride. Así no dirás lo que no sabes, y por ello podré confiar en ti, gentil Elfride.

Ella contuvo sus palabras, dolida.

—Entonces yo también, cuando vuelva, te contaré por qué he ido a Plymouth —murmuró.

La jovialidad del señor Swancourt quitó importancia a las palabras de su hija, y su indiferencia la hizo ser más resuelta en sus proyectos.

Era un típico ocaso de septiembre: fragmentos de nubes azul oscuro sobre un cielo amarillo naranja. Esos ocasos solían tentar a Elfride a caminar hacia ellos, al igual que toda cosa hermosa nos invita a acercarnos. Atravesó la parcela hasta el seto de alheña, trepó en mitad de él y se reclinó sobre las tupidas ramas. Tras pasarse un buen rato mirando hacia poniente se culpó por no mirar hacia oriente, donde estaba Stephen, giró la cabeza. Al final sus ojos se posaron en el suelo.

Una peculiaridad era observable debajo de ella. Un campo verde se extendía a cada lado del seto; el de un lado pertenecía al terreno beneficioso, el del otro era parte de las tierras de la casa solariega colindante. En el lado de la rectoría vio una vereda cuyo rasgo distintivo y totalmente excepcional consistía en que, sólo tenía diez metros de largo y terminaba súbitamente a los dos lados.

Una vereda que de pronto comenzaba y de pronto acababa, que venía de ninguna parte y acababa en ninguna parte, era algo que nunca había visto.

Aunque pensándolo bien, sí lo había visto. Había visto una vereda exactamente igual hollada delante de unos barracones por un centinela.

Y este recuerdo explicaba el origen de ese camino. Su padre lo había formado caminando arriba y abajo, y ella, en una ocasión, le había visto hacerlo.

Sentada sobre el seto como lo estaba ahora, sus ojos dominaban los dos lados. Y pocos minutos más tarde, Elfride contempló el lado de la casa solariega.

Había otra vereda como la anterior. En longitud era como la primera, y comenzaba y acababa exactamente delante del principio y final de la de su vecino, aunque era más fina y menos marcada.

Dos razones podían explicar esa diferencia. Éste podría haber sido hollado por alguien de un peso similar al otro que hubiera caminado un número menor de veces; o bien podría haber caminado las mismas veces, aunque siendo de peso menor.

Probablemente un caballero de Scotland Yard, de haber pasado en aquel momento, habría considerado esta última alternativa como la más probable. Elfride pensó lo contrario, si es que dedicó al asunto algún pensamiento. Pero su gran Mañana era ahora inminente; todos los pensamientos inspirados por visiones fortuitas llegaban sólo a los rincones inferiores del cerebro antes de ser eliminados del todo.

Finalmente Elfride se vio obligada a razonar sobre su empresa. Todo lo que atinó a percibir de ese asunto, una vez eliminada la emoción que llevaba aparejado, no fue más que esto:

- «Pongamos una hora y tres cuartos para llegar a caballo a St. Launce's.
- »Pongamos media hora en el Falcon para cambiarme el vestido.
- »Pongamos dos horas esperando un tren que me lleve a Plymouth.
- »Pongamos que llegue con una hora de anticipación antes de las doce.
- »Tiempo total desde que salgo de Endelstow hasta las doce, cinco horas.
- »Por tanto, tendré que ponerme en camino a las siete».

* * *

A los criados, aquella galopada matinal no les pareció sorprendente ni inaudita. La monotonía de la vida que asociamos con personas de escasos ingresos que habitan en lugares donde no se oye el pitido del ferrocarril tiene una excepción que eclipsa la experiencia de quienes moran en los grandes núcleos urbanos... y esa excepción es el viajar. Cada desplazamiento es más o menos una aventura; necesariamente hay que elegir horas aventureras para la salida más vulgar. La señorita Elfride tenía que salir temprano, eso era todo.

Elfride nunca salía a caballo sin traer algo a casa, algo que encontraba o que compraba. Si iba a la ciudad o al pueblo, solían ser libros. Si a las colinas, los bosques o la costa, eran musgos maravillosos, ramillas anormales, un pañuelo lleno de conchas húmedas o algas.

En una ocasión en que los caminos estaban embarrados y Pansy caminaba junto a ella por la calle de Castle Boterel en día de feria, un paquete junto al pecho y otro bajo el brazo, le ocurrió un accidente y los paquetes se le cayeron. A un lado de ella, tres novelas besaron el barro; al otro, numerosas madejas de lana policroma lo absorbieron. Unas mujeres desagradables le sonrieron a través de las ventanas, los hombres miraron a su alrededor y un muchacho que cuidaba un puesto de pan de jengibre mientras el propietario ausente se emborrachaba soltó unas buenas carcajadas. Los ojos azules de Elfride se tornaron zafiros, y sus mejillas enrojecieron de vejación.

Después de ese infortunio, su ingenio se puso en acción y dio en inventar un dispositivo de pequeñas correas alrededor de la silla, mediante el cual transportar con total seguridad bastantes cosas dentro de un pequeño radio. Allí colocó, antes de salir aquella mañana, un vestido de calle sencillo y oscuro y varias prendas más. Worm le abrió el portalón y Elfride desapareció.

Una de las mañanas más resplandeciente del verano la iluminaba. El brezo tenía su color más púrpura, la aulaga su mejor amarillo, los saltamontes chirriaban como si fueran pájaros, las serpientes siseaban como pequeños motores, y Elfride al principio se sintió animada. Sentada cómodamente sobre Pansy, con su ortodoxo atavío de

montar y un sombrero anodino, se la veía tal como se sentía. Pero el mercurio de aquellos días tenía la costumbre de caer inesperadamente. Al principio sólo un minuto de cada diez sentía una especie de depresión. Luego una gran nube, que había estado flotando por el norte como un vellón negro, llegó y se colocó entre ella y el sol. Contribuyó a lo que ya era inevitable, y Elfride se hundió en una uniforme tristeza.

Se volvió y miró hacia atrás. Se hallaban ahora en una altiplanicie cuya altitud aún le permitía ver el mar que había junto a Endelstow. Miró el lugar con añoranza.

Durante ese ligero cambio de ánimo, Pansy había seguido avanzando, y a Elfride le pareció absurdo desviar la dirección de la cabeza de la yegua. «Sin embargo», se dijo, «si tuviera una madre en casa daría media vuelta.»

Y haciendo uno de esos furtivos movimientos mediante los cuales las mujeres permiten que sus corazones engañen a sus mentes, hizo dar la vuelta al caballo y, de manera casi inconsciente, fue a medio galope hacia su casa durante más de un kilómetro. Entonces, siguiendo el inveterado hábito de valorar aquello a que hemos renunciado nada más elegir la alternativa, se acordó del abandonado Stephen, y volvió a dar la vuelta y puso de nuevo rumbo a St. Launce's.

Sus pensamientos volvieron a pugnar de manera desafortunada sumiéndola en la desdicha. Alterada y temblorosa, soltó las riendas sobre el lomo y juró que iría allí donde el caballo la llevara.

Pansy aflojó el paso y se puso a pasear con su agitada carga durante tres o cuatro minutos. Pasado ese tiempo llegaron a una senda que quedaba a la derecha y descendía una ladera hasta una charca de agua. El pony se detuvo, miró la charca, avanzó hacia ella y se detuvo a beber.

Elfride miró su reloj y descubrió que si quería llegar a St. Launce's con tiempo suficiente para cambiarse el vestido en el Falcon y tener alguna opción de coger el tren a Plymouth, —sólo había dos— tenía que ponerse en marcha enseguida. Estaba impaciente. Parecía que Pansy jamás fuera a parar de beber; y el reposo de la charca, los indolentes movimientos de los insectos y las moscas, el plácido agitarse de los lirios, los esqueletos de las hojas, que parecían encaje genovés, durmiendo plácidamente en el fondo, en contraste con el torbellino de su interior, hacían aumentar su impaciencia.

Pansy al final se dio media vuelta y subió de nuevo la cuesta hasta el camino. Una vez allí, se quedó atravesado, mirando arriba y abajo. El corazón de Elfride latía erráticamente y pensaba: «Los caballos, si se los deja a su aire, van allí donde mejor les dan de comer. Pansy irá a casa».

Pansy puso rumbo a St. Launce's.

En casa, durante el verano, Pansy tenía poca hierba que comer. Tras cada viaje a St. Launce's siempre le daban una ración de maíz para que aguantara el viaje de regreso. Por tanto, ahora que estaba a más de medio camino, prefería ir a St. Launce's.

Pero Elfride no se acordaba de eso. Lo único que le importaba era que aquella acción imprudente no era responsabilidad suya. Sus cambios de humor no la dejaban pensar y le parecía indispensable adherirse al programa. Las razones se mezclan de una manera tan extraña que, más que por su promesa a Stephen, más incluso que por su amor, se veía obligada a actuar por la necesidad de mantenerse fiel a sí misma, tal como había prometido en el inane voto de hacía diez minutos.

Ya no vaciló más. Pansy, como el corcel de Adonis, se puso en marcha como si ella le dictara los pasos. Pronto los pintorescos gabletes y el amasijo de tejados de St. Launce's se extendieron ante ella y, bajando la colina, entró en el patio del Falcon. La señora Buckle, la propietaria, acudió a la puerta a recibirla.

Los Swancourt eran allí muy conocidos. Padre e hija habían realizado la transición de ropa de montar a la guisa corriente de viajero en ferrocarril en ese establecimiento en más de una ocasión.

Menos de un cuarto de hora tardó Elfride en aparecer de nuevo en la puerta en su traje de calle, y a continuación se dirigió a la estación. No le había hablado a la señora Buckle de sus intenciones, y se suponía que salía de compras.

Una hora y cuarenta minutos más tarde estaba en la estación de Plymouth, entre los brazos de Stephen. No en el andén, sino refugiados en una sala de espera desierta.

La cara de Stephen no auguraba nada bueno. Se le veía pálido y abatido.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella.

—No podemos casarnos hoy, Elfie. Debería haberlo sabido y quedarme aquí. En mi ignorancia, no lo hice. Tengo la licencia, pero sólo puedo utilizarla en mi parroquia de Londres. Llegué la noche pasada, como sabes.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó ella sin expresión.

—Sólo podemos hacer una cosa, cariño.

—¿Qué?

—Ir a Londres en el tren que sale ahora y casarnos allí mañana.

—¡Pasajeros del tren de las 11.05 ocupen sus asientos! —dijo la voz del jefe de estación en el andén.

—¿Irás, Elfride?

—Iré.

Al cabo de tres minutos el tren se puso en marcha, llevando a Stephen y a Elfride.

XII

«¡Adieu!, grita ella, y agita su mano de azucena.»
JOHN GAY, *El adiós del dulce William a Susan la de ojos negros*

Las nubes deshilachadas de la mañana se hicieron más grandes y se unieron, el sol se ocultó tras ellas y ya no salió más ese día, y la tarde concluyó con ráfagas de lluvia. Las gotas golpeaban la ventanilla del vagón de Elfride y Stephen como perdigones.

El viaje de Plymouth a Paddington, aunque se tome el expreso más veloz, siempre ofrece la oportunidad para que la pasión se enfríe. El entusiasmo de Elfride se había evaporado, y permaneció sentada en una especie de estupor durante la segunda mitad del viaje. La sacó de él el estruendo metálico del laberinto de raíles sobre el que circularon al entrar en la estación.

—¿Esto es Londres? —dijo Elfride.

—Sí, querida —dijo Stephen en un tono de tranquilidad que estaba lejos de sentir. Para él, al igual que para ella, la realidad difería enormemente de lo imaginado.

Miró por la ventanilla, aunque ésta estaba recorrida de gotas, y sólo pudo ver las farolas, que acababan de encender, parpadeando en la húmeda atmósfera, e hileras de horrendos cañones de chimenea de zinc en pálido relieve contra el cielo. Se retorció inquieta, como cuando un pensamiento ocupa nuestra mente y su expresión en palabras ha de causar mucho dolor. Elfride no sabía más de la mala reputación que lo que sabía la nativa ave salvaje de los efectos del primer disparo de Robinson Crusoe. Pero cada vez imaginaba más y más lo que podía ser.

El tren se detuvo. Stephen soltó la suave mano que había estrechado todo el viaje y procedió a ayudarla a bajar al andén. El apearse sobre suelo extraño pareció ser todo lo que ella necesitaba para completar la decisión que había en su interior. Miró a su prometido con una expresión desesperada.

—Oh, Stephen —exclamó—. ¡Soy tan desgraciada! ¡Debo volver a casa enseguida..., enseguida! Perdona mi lamentable vacilación. ¡No me gusta estar aquí..., que sea yo... o tú!

Stephen pareció perplejo y no dijo nada.

—¿Me permitirás volver a casa? —imploró Elfride—. No tienes por qué molestarte acompañándome. No seré una carga para ti; sólo di que no te importa que vuelva, que no me odiarás por ello. ¡Stephen! Es mejor que vuelva; no te quepa duda, Stephen.

—Pero ahora no podemos volver —dijo él en tono de reprobación.

—¿Debo volver! ¡Volveré!

—¿Cómo? ¿Cuándo quieres partir?

—Ahora. ¿No podemos irnos enseguida?

El muchacho miró el andén con una expresión de impotencia.

—Si debes irte y te parece mal quedarte, querida —dijo con tristeza—, lo harás. Harás lo que sea tu deseo, Elfride. Pero ¿de verdad prefieres irte ahora a quedarte hasta mañana y marcharte siendo mi esposa?

—Sí, sí. Quiero irme ahora. ¡Debo hacerlo! ¡Debo hacerlo! —gritó Elfride.

—Deberíamos haber hecho una de estas dos cosas —respondió Stephen en tono sombrío—: O no haber empezado todo esto, o no haber regresado sin estar casados. No me gusta decirlo, Elfride, te aseguro que no me gusta, pero debes saber que si regresas sin estar casada, tu buen nombre puede verse comprometido a los ojos de las personas que se enteren del hecho.

—No se enterarán, y yo debo irme.

—¡Oh, Elfride! Me culpo por haberte traído.

—Nada de eso. Yo soy mayor que tú

—Sólo un mes, ¿y qué es un mes? Pero tanto da eso ahora. —Miró a su alrededor—. ¿Hay tren a Plymouth esta noche? —le preguntó a un jefe de tren. Éste pasó de largo y no respondió.

—¿Hay algún tren a Plymouth esta noche? —le preguntó Elfride a otro.

—Sí, señorita; el de las 8.10. Sale en diez minutos. Pero está en el andén equivocado; sale del otro lado. Hay que cambiar en Bristol y coger el correo nocturno. Bajen esa escalera, crucen la vía por debajo.

Bajaron la escalera —Elfride primero— que llevaba al mostrador de venta de billetes y subieron a un vagón en el que había un revisor de pie junto a la puerta.

—Muestren sus billetes, por favor.

Les encierran con llave; los hombres que hay por el andén aceleran su velocidad hasta que vuelan arriba y abajo como lanzaderas en un telar; un silbido; se ondea una bandera; un grito humano; un gruñido de vapor; y hacia Plymouth van de nuevo, y justo captan estas palabras mientras se alejan:

—¡Estos dos jovencitos han estado a punto de escaparse de casa, y no me equivoco!

Elfride consiguió decir:

—¿Tú también vienes, Stephen? ¿Por qué?

—No te abandonaré hasta que no te vea a salvo en St. Launce's. No me creas peor de lo que soy, Elfride.

Y toda la noche la pasaron en el traqueteo del tren, volviendo por donde habían venido. El tiempo aclaró y las estrellas brillaban encima de ellos. Los dos o tres pasajeros que había en el compartimento se pasaron casi todo el viaje sentados con los ojos cerrados. Stephen echó alguna cabezada; sólo Elfride permaneció despierta y palpitante hora tras hora.

El día comenzaba a romper y reveló que estaban cerca del mar. Unas rocas rojas pendían sobre ellos y, alejándose en la distancia, se tornaban lívidas en la atmósfera gris azul. Salió el sol y mandó penetrantes rayos de luz hacia sus caras cansadas. Otra

hora y el mundo comenzaría su bullicio. Aún esperaron un poco, y el tren aminoró la velocidad cuando avistaron el andén de St. Launce's.

Elfride sintió un estremecimiento y reflexionó con tristeza.

—No veía las consecuencias —dijo—. Las apariencias apuntan en mi contra. Si alguien me descubre, supongo que quedaré deshonrada.

—Las apariencias serán falsas, ¿y qué puede importar, aunque lo sean? Tarde o temprano seré tu marido, de eso no hay duda, y eso probará tu pureza.

—Stephen, debería haberme casado contigo cuando llegamos a Londres —dijo ella con firmeza—. Era mi única defensa segura. Ahora me doy cuenta de algunas cosas que no vi ayer. Mi única oportunidad es que no me descubran, y debemos hacer todo lo posible para que así sea.

Se aparearon del tren. Elfride se cubrió la cara con un grueso velo.

Una mujer de párpados rojos y escamosos y ojos refulgentes estaba sentada en un banco junto a la puerta de la oficina. Clavó los ojos en Elfride con una expresión cuya fuerza no se podía poner en duda, aunque su significado no era claro; a continuación observó el vagón del que habían bajado. Parecía leer una historia siniestra en esa escena.

Elfride retrocedió y miró a otro lado.

—¿Quién es esa mujer? —dijo Stephen—. No te quitaba ojo.

—La señora Jethway..., una viuda y madre del joven en cuya tumba nos sentamos la otra noche. Stephen, es mi enemiga. ¡Ojalá Dios hubiera tenido compasión de mí y me hubiera permitido ocultarme de ella!

—No pierdas la esperanza —la reconvino él—. No creo que nos haya reconocido.

—Ojalá que no.

Stephen adoptó una actitud más enérgica.

—Y ahora vamos a desayunar.

—¡No, no! —imploró ella—. No puedo comer. Debo volver a Endelstow.

En aquel momento era como si Elfride se hubiera vuelto diez años mayor que Stephen.

—No has tomado nada desde la taza de té de ayer por la noche en Bristol.

—No puedo comer, Stephen.

—¿Vino y una galleta?

—No.

—¿Ni té ni café?

—No.

—¿Un vaso de agua?

—No. Quiero algo que haga a la gente fuerte y enérgica para el presente, que tome prestadas fuerzas del mañana para utilizarlas hoy..., dejando el mañana sin ninguna, si a eso vamos; e incluso que arranque toda la vida del mañana con tal de que me permita volver a casa ahora. Brandy, eso es lo que quiero. ¡Los ojos de esa mujer me han corroído el corazón!

—No sabes lo que dices; y me entristeces, querida. ¿Ha de ser brandy?

—Sí, por favor.

—¿Cuánto?

—No lo sé. Nunca he bebido más de una taza de té de una vez. Todo lo que sé es que lo quiero. No lo traigas del Falcon.

La dejó en un prado y se dirigió a la posada más cercana en aquella dirección. Al poco regresó con un pequeño frasco casi lleno, y algunas rebanadas de pan con mantequilla, delgadas como obleas, en una bolsa de papel. Elfride dio un par de sorbos.

—Me va a los ojos —dijo cansada—. No puedo tomar más. Sí, lo haré; cerraré los ojos. Ah, me va a los ojos por una ruta interior. No lo quiero, tíralo.

Sin embargo, pudo comer y comió. Su principal preocupación era cómo sacar el caballo de los establos del Falcon sin levantar sospechas. No permitió que Stephen la acompañara al pueblo. Ahora actuaba a partir de conclusiones a las que había llegado sin ayuda de él: el poder de Stephen sobre ella parecía haberse evaporado.

—Es mejor que no te vean conmigo, incluso aquí, donde no soy muy conocida. Hemos empezado actuando furtivamente como ladrones y debemos acabar igual cueste lo que cueste. Hasta que se lo haya contado yo misma a papá, sería terrible que lo descubriera.

Caminando y hablando de manera tan pesimista esperaron hasta casi las nueve, hora a la que Elfride consideró que podía aparecer en el Falcon sin causar mucha sorpresa. Detrás de la estación de ferrocarril estaba el río, sobre el que se extendía un viejo puente de la época Tudor en el que la carretera se bifurcaba en dos direcciones, una rodeaba las afueras de la población y serpenteaba hasta unirse de nuevo con el camino real que llevaba a Endelstow. Stephen se sentó junto a ese camino y esperó a que Elfride regresara del Falcon.

Permaneció sentado como quien posa para un retrato, inmóvil, contemplando los cuadros de luces y sombras que se proyectaban sobre los troncos de los árboles, los niños que jugaban delante de la escuela antes de entrar para las clases de la mañana, los segadores que había en un campo lejano. La certeza de la posesión se había frustrado, y no había nada que pudiera mitigar la pesadumbre del joven, que aumentaba al pensar en la inminencia de la separación.

Al final ella se acercó trotando, con un aspecto más parecido al de la romántica mañana de su visita al acantilado, pero desprovista del fulgor que la había rodeado entonces. Sin embargo, el verse relativamente inmune a cualquier otro riesgo y contrariedad la había serenado considerablemente. La facilidad de Elfride para sentirse herida era sólo sobrepasada por su facilidad para curarse, hecho que, de manera justa o injusta, es considerado por algunos como un indicador de lo efímero de los sentimientos en general.

—Elfride, ¿qué te han dicho en el Falcon?

—Nada. Nadie pareció sentir la menor curiosidad. Sabían que solía ir a Plymouth,

y que a veces me quedaba allí a pasar la noche en casa de la señorita Bicknell. Supongo que eso es lo que han supuesto.

Y ahora separarse era como una muerte para esos niños, pues era imperativo que se separaran enseguida. Stephen caminó a su lado durante más de un kilómetro. Durante el camino, dijo con tristeza:

—Elfride, han pasado veinticuatro horas y no nos hemos casado.

—Pero tienes la seguridad de que lo haremos.

—¿Y cómo la tengo?

—¡Oh, Stephen, y me preguntas que cómo la tienes! ¿Crees que podría casarme con otro hombre habiendo llegado tan lejos contigo? ¿No te he demostrado, sin que exista sombra de duda, que no puedo ser de nadie más? ¿No me he comprometido contigo de manera irremediable? El orgullo no ha significado nada comparado con mi gran amor. Has malinterpretado mi regreso, y no puedo explicártelo. No estaba bien que me fuera contigo; y aunque habría sido peor llegar más lejos, quizá habría resultado una buena táctica. Pero ten segura una cosa, que en cuanto tengas un hogar para mí, por pobre y humilde que sea, podrás venir a buscarme y estaré dispuesta a irme contigo. —Y añadió amargamente—: En cuanto mi padre se entere de lo de hoy, a lo mejor le doy una alegría si me marcho.

—¡A lo mejor entonces insiste en que nos casemos de inmediato! —respondió Stephen viendo un rayo de esperanza en el mismísimo centro del remordimiento de Elfride—. Espero que lo haga, aunque debemos estar separados hasta que tenga un hogar para los dos, como era nuestra intención.

Elfride no contestó.

—No pareces la misma de ayer, Elfride.

—Ni lo soy. Pero adiós. Ahora vete. —Y frenó el caballo para despedirse—. Oh, Stephen —gritó—. ¡Me siento tan débil! No sé cómo enfrentarme a él. Después de todo, ¿no podrías venir conmigo?

—¿Quieres que vaya?

Elfride se paró a pensar.

—No, no servirá de nada. Es mi necedad lo que me hace decir tales cosas. Pero él te mandará llamar.

—Dile —prosiguió Stephen— que actuamos así por desesperación. Dile que no deseamos que nos favorezca, sólo que nos trate con justicia. Si te dice: cástate ahora, tanto mejor. Si no, dile que todo esto puede arreglarse con su promesa de permitir que seas mi esposa cuando yo sea lo bastante bueno para ti..., cosa que podría ocurrir pronto. Dile que no tengo nada que ofrecerle a cambio de su tesoro... y que más lo siento yo; pero todo el amor, y toda la vida, y todo el trabajo de un hombre honesto será tuyo. En cuanto al mejor momento de decir todo esto, lo dejo a tu criterio.

Sus palabras alegraron lo bastante a Elfride como para bromear con su situación.

—Y si me cuentan cosas malas de ti, Stephen —dijo ella sonriendo—, bueno, la flor de azahar^[23] deberá salvarme como salvó a las vírgenes en la época de San Jorge

del venenoso aliento del dragón. Venga, perdóname por mi atrevimiento; me voy.

A continuación el muchacho y la chica se entretuvieron con palabras de media despedida.

—¡Esposa mía, Dios te bendiga hasta que volvamos a encontrarnos!

—¡Hasta que volvamos a encontrarnos, adiós!

Y el pony se puso en marcha y ella no le habló más. Stephen vio cómo la figura de Elfride iba menguando, y su velo azul se tornó gris: lo vio con la angustiosa sensación de una muerte lenta.

Después de separarse así del mejor hombre que había conocido en su vida, Elfride espoleó al caballo, y de vez en cuando alguna lágrima esporádica caía de sus ojos al camino. Lo que ayer parecía tan deseable, tan prometedor, incluso una nimiedad, ahora adquiriría el carácter de tragedia.

Elfride vio las rocas y el mar de las inmediaciones de Endelstow y exhaló un suspiro de alivio.

Mientras pasaba junto a un campo que había detrás de la casa del párroco, oyó las voces de Unity y de William Worm. Estaban colgando una alfombra en un tendedero. Unity pronunciaba una frase que concluyó con las palabras: «...Cuando la señorita Elfride regrese».

—¿Cuándo se espera que vuelva?

—No hasta la noche. Está a salvo en casa de la señorita Bicknell, bendita sea.

Elfride rodeó la puerta. No llamó con los nudillos ni tiró de la campana, y al no ver a nadie que se hiciera cargo del caballo, Elfride lo llevó al patio, le quitó la brida y la silla, lo condujo hasta el cercado y lo dejó allí. A continuación Elfride entró sigilosa en la casa y miró en todas las habitaciones de la planta baja. No vio a su padre.

Sobre la repisa de la chimenea de la sala había una carta dirigida a ella. La letra era de su padre. La cogió y la leyó mientras subía a cambiarse de atuendo.

Stratleigh, jueves

Querida Elfride: Pensándolo bien, no volveré hoy, sino que me quedaré en Wadcombe. Llegaré a casa mañana por la tarde y traeré a alguien conmigo. Un abrazo, con prisas,

C. S.

Tras asearse rápidamente, se sintió reanimada, aunque seguía sufriendo dolor de cabeza. Al salir por la puerta se encontró a Unity en lo alto de la escalera.

—¡Oh, señorita Elfride! ¡Pensé que era su fantasma! No sabíamos que no pensaba venir a pasar la noche. No dijo nada de quedarse.

—Quería volver por la noche, pero hice un cambio de planes. Luego me

arrepentí. Papá estará enfadado, supongo.

—Mejor que no se lo diga, señorita —dijo Unity.

—Temo hacerlo —murmuró Elfride—. Unity, ¿se lo dirás cuando vuelva?

—¡Qué! ¿Y meterla en un lío?

—Lo merezco.

—Desde luego que no lo haré —dijo Unity—. No tiene la menor importancia, señorita Elfride. Me digo, el amo se toma un día de fiesta, y porque últimamente no ha sido amable con la señorita Elfride, ella...

—Le imita. Bueno, como quieras. ¿Te importaría traerme algo de comer?

Tras satisfacer su apetito, que el aire fresco del mar había despertado en su victoria sobre una mente agitada, se puso el sombrero y se dirigió al jardín y al cenador. Se sentó e inclinó la cabeza en un rincón. Allí se quedó dormida.

Medio despierta, miró apresuradamente la hora. Llevaba dormida tres horas. En ese mismo momento oyó el abrirse del portón y unas ruedas que cruzaban la entrada; probablemente la había despertado algún ruido anterior de la misma procedencia. A continuación le llegó la voz de su padre llamando a Worm.

Elfride se dirigió hacia la casa a través de unos arbustos. Oyó que alguien conversaba con su padre, y no era ninguno de los criados. Su padre y el desconocido reían juntos. Hubo un susurro de seda, y el señor Swancourt y su acompañante, o acompañantes, entraron al parecer en la casa, pues dejó de oírlos. Elfride había dado media vuelta para meditar acerca de quién podían ser esos amigos, cuando oyó pisadas y su padre exclamó tras ella:

—¡Elfride, estás aquí! ¡Espero que te fuera bien el viaje!

Elfride sintió un peso en el corazón y no dijo nada.

—Ven al cenador un momento —prosiguió el señor Swancourt—. Te contaré lo que te había prometido.

Entraron en la glorieta y se apoyaron sobre la nudosa carpintería de la barandilla.

—Y ahora —dijo su padre radiante—, adivina lo que tengo que decirte. —Parecía contemplar su propia existencia con tanta atención que ni vio ni se interesó por el aspecto de su hija.

—No sé, papá —dijo con tristeza.

—Inténtalo, querida.

—Preferiría no hacerlo, papá.

—Estás cansada. Se te ve agotada. El trayecto a caballo ha sido excesivo para ti. Bueno, por eso me marché: ¡para casarme!

—¡A casarte! —balbució Elfride, y apenas pudo reprimir un involuntario: «Y yo también». Al cabo de un instante, su decisión de confesarlo todo pereció como una burbuja.

—Sí. ¿Y con quién dirías? Con la señora Troyton, la nueva propietaria de la finca

que hay al otro lado del seto, y de la vieja casa solariega. Tomamos la decisión definitiva hace un par de días, cuando fui a Stratleigh. —Bajó la voz hasta adquirir un furtivo tono de alegría—. En cuanto a tu madrastra, verás que no es ninguna preciosidad, aunque sí una persona muy sensata. Para empezar, es media docena de años mayor que yo.

—Olvidas que ya la conozco. Vino un día de visita; nosotros habíamos ido a su casa y ella estaba fuera.

—Claro, claro. Bueno, sea cual sea su físico, es una mujer como pocas. Últimamente ha heredado una renta de tres mil quinientas libras al año, además de sus propiedades... y, por cierto, una parte importante del legado le ha llegado en concepto de satisfacción de viudedad, como se le llama.

—¡Tres mil quinientas al año!

—Y una gran..., en fin, de buen tamaño... mansión en la ciudad, y un árbol genealógico tan largo como mi bastón; aunque eso parece ser un asunto poco claro...; ha salido a la luz desde que la familia se hizo rica; pero la gente hace estas cosas hoy día, igual que construyen ruinas en terrenos vírgenes y fabrican antigüedades en Birmingham^[24].

Elfride sencillamente escuchó y no dijo nada.

Su padre prosiguió en tono más calmo y menos solemne.

—Sí, Elfride, ella es rica en comparación con nosotros, aunque no esté muy bien relacionada. Sin embargo, ella te introducirá un poco en el mundo. Vamos a cambiar su casa de Baker Street por una en Kensington, y lo haremos por ti. Dice que ahora todo el mundo vive ahí. Por Pascua iremos a la ciudad para pasar los tres meses de rigor... Por entonces tendré un coadjutor, desde luego. Elfride, yo ya no estoy para amores, y lo sabes, y honestamente te confieso que me he casado pensando en ti. Y sólo Dios sabe por qué una mujer de su posición se ha arrojado en mis brazos. Imagino que es demasiado mayor y feúcha para interesar a los hombres de ciudad. Con tu belleza, si juegas bien tus cartas, podrías casarte con quien quisieras. Desde luego, habrá que echarle un poco de ingenio, pero no hay nada que te impida encontrar un marido con título nobiliario. Lady Luxellian no era más que la hija de un terrateniente. Bueno, ¿ves lo absurdo que era ese capricho tuyo? Pero vamos, ella está dentro, esperando verte. Además, es una mujer muy simpática —añadió el rector mientras caminaban hacia la casa—. La cortejé a través del seto de alheña que hay allá: bueno, no sólo allí, pero solíamos ir allí por las noches... casi todas las noches, al final. Pero no hace falta que te cuente los detalles ahora; todo fue terriblemente prosaico, te lo aseguro. Al final, aquel día que la vi en Stratleigh decidimos casarnos, así de pronto.

—Y no me dijiste ni una palabra —replicó Elfride, aunque ni en su tono ni en su pensamiento hubo reproche. De hecho, su sentimiento era todo lo opuesto al reproche. Se sentía aliviada e incluso agradecida. Si alguien no te otorga su confianza, ¿por qué ha de esperar la tuya?

Su padre creyó que la frialdad de su hija era un velo de cortesía bajo el que ocultaba su impresión de haber sido tratada injustamente.

—No has de culparme sólo a mí —dijo el rector—. Había varias razones para mantener el secreto. Una era el reciente fallecimiento de su pariente el testador, aunque eso nada tenía que ver contigo. Pero recuerda, Elfride —añadió en un tono más rígido—, que te habías mezclado de una manera muy necia con esas gentes inferiores, los Smith, justo cuando la señora Troyton y yo comenzamos a entendernos, por lo que decidí no contarte nada. ¿Cómo iba a saber yo lo lejos que habías llegado con ellos y con su hijo? Por lo que yo sé, podrías haber acabado yendo a tomar el té con ellos cada tarde.

Elfride se tragó sus sentimientos lo mejor que pudo, y de manera lánguida, aunque sin tapujos, hizo una pregunta.

—¿Besaste a la señora Troyton en el jardín hace tres semanas? ¿Aquella tarde que entré en tu estudio y acababas de encenderlas velas?

El señor Swancourt se puso rojo y pareció avergonzado, como es habitual con los enamorados de mediana edad cuando los pillan con triquiñuelas propias de jovencitos.

—Bueno, sí, creo que sí —tartamudeó—. Fue sólo para complacerla, ya sabes. —Y recuperando el dominio de sí, rió de buena gana.

—¿Y a eso se refería tu cita de Horacio?

—Sí, a eso.

Entraron en el salón por la galería. En aquel momento, la señora Swancourt bajó las escaleras y entró en la misma estancia por la puerta.

—Charlotte, ésta es mi pequeña Elfride —dijo el señor Swancourt con ese afecto añadido en el tono que adoptaba hacia los parentescos recién formados.

La pobre Elfride, sin saber qué hacer, no hizo nada; pero permaneció receptiva ante lo que pudiera llegar a su vista, oído y tacto.

La señora Swancourt avanzó hacia ella, tomó la mano de su hijastra y la besó.

—¡Ah, querida! —exclamó cordial—. Qué poco te imaginabas, cuando le enseñaste el invernadero a una anciana desconocida hace un mes o dos y me señalaste las flores que había con tanta gracia, que pronto estaría aquí de manera muy distinta. Y yo tampoco, te lo aseguro.

La nueva madre había sido descrita con gran fidelidad por el señor Swancourt. Físicamente no era atractiva. Era de tez oscura —muy oscura—, corpulenta, y con un abundante residuo de cabellos en la proporción de media docena de blancos y media docena de negros, aunque éstos eran muy negros. Hasta aquí no era una mujer guapa. Pero había más. Hasta el crítico más superficial podía ver que no hacía ningún esfuerzo para ocultar su edad. A primera vista parecía tener cincuenta y cinco años, y al contemplarla de cerca no se la veía mayor.

Otro rasgo aún más irresistible tenía que ver con las comisuras de su boca. Antes de que la señora Swancourt hiciera cualquier observación, temblaban levemente: no

adelante y atrás, señal de nerviosismo; ni hacia la mandíbula, signo de determinación; sino visiblemente hacia arriba, precisamente en la curva que se utiliza para representar alegría en las caricaturas de los escolares. Sólo este elemento de su cara expresaba el interior de la mujer, pero era inconfundible. Manifestaba un humor subjetivo y también objetivo, capaz de escrutar, bajo una luz cómica, tanto las peculiaridades de su yo como las de las demás personas.

Y no era eso todo lo que se podía decir de la señora Swancourt. Le había tendido a Elfride unas manos cuyos dedos casi no se podían doblar de tantos anillos como llevaban, *signis auroque regentes*^[25], como la túnica de Helena. Estas hileras de anillos no las llevaba, al parecer, por vanidad. Casi todos eran antiguos e insulsos, aunque unos pocos resultaran todo lo contrario.

MANO DERECHA

1.º Un ónice oval de engaste sencillo que representaba la cabeza de un diablo. 2.º Una piedra de jaspe verde burilada con vetas rojas. 3.º Totalmente de oro, una figura de un horroroso grifo. 4.º Un enorme diamante verde mar con pequeños diamantes alrededor. 5.º Una antigua cornalina que llevaba burilada la figura danzante de un sátiro. 6.º Una alianza angulosa grabada con cabezas de dragones. 7.º Un carbunclo facetado acompañado de diez diminutas esmeraldas centelleantes.

MANO IZQUIERDA

1.º Un estelión amarillo rojizo. 2.º Un pesado anillo esmaltado en varios colores que exhibía un jacinto. 3.º Un zafiro color amatista. 4.º Un rubí esmerilado rodeado de diamantes. 5.º El anillo grabado de una abadesa. 6.º Una oscura piedra burilada.

* * *

Aparte de este pintoresco despliegue de metal y piedras, la señora Swancourt no llevaba más adorno.

Dos meses antes, al conocerse, Elfride había quedado favorablemente impresionada por la señora Troyton; pero que una mujer la agradara como compañía fugaz era diferente a aceptarla como madrastra. Sin embargo, la indecisión de sus sentimientos duró un instante. Elfride decidió que aún le caía bien.

La señora Swancourt era una mujer de mundo por lo que se refería a conocimientos, aunque no en cuanto a acción, como su matrimonio sugería. Elfride y la mujer pronto quedaron inextricablemente enzarzadas en una conversación y el señor Swancourt las dejó solas.

—¿Y qué se puede hacer aquí? —dijo la señora Swancourt tras comentar un poco la boda—. Sé que montas a caballo.

—Sí, monto a caballo. Pero no mucho, porque a papá no le gusta que vaya sola.

—Debes encontrar a alguien que te cuide.

—Y leo, y escribo mucho.

—Deberías escribir una novela. Lo que suelen hacer las personas que viven demasiado al margen del mundo como para vivir una novela es escribir una.

—Ya lo he hecho —dijo Elfride mirando a la señora Swancourt con cierta vacilación, como si no estuviera muy segura de hacer el ridículo.

—Eso está bien. Bueno, ¿y de qué trata, querida?

—De... bueno, es una novela ambientada en la alta Edad media.

—Como no sabes nada de la época actual, que todo el mundo conoce, has elegido, para ir más segura, una época de la que ni tú ni los demás saben nada. Es eso, ¿no? No, no. No hablaba en serio, querida.

—Bueno, he tenido la oportunidad de estudiar arte y costumbres medievales en la biblioteca y el museo privado de Endesltow House, y se me ocurrió que podría intentar escribir una novela. Ya sé que estos temas no están de moda; pero me interesaba, la verdad es que me interesaba mucho.

—¿Cuándo va a salir?

—Oh, nunca, imagino.

—Pamplinas, hija mía. Publícala, sea como sea. Todas las señoras lo hacen hoy en día; no para ganar dinero, como puedes imaginar, sino como garantía de que sus futuros maridos las respetarán intelectualmente.

—Pues las señoras hemos tenido una idea excelente.

—Aunque me temo que es un poco como la triste estratagema de lanzar hogazas a los sitiadores por encima de las paredes del castillo; sugiere desesperación más que una mente bien amueblada.

—¿Alguna vez lo ha intentado?

—No, estaba demasiado ocupada incluso para eso.

—Papá dice que ningún editor querrá mi libro.

—Eso habrá que verlo. Te doy mi palabra, querida, de que el año que viene, por estas mismas fechas, estará publicado.

—¿De verdad? —dijo Elfride en parte radiante de alegría aunque por dentro se sintiera bastante triste—. Yo pensaba que la inteligencia era el requisito indispensable, incluso aunque fuera el único, para ser admitida en la república de las letras. A una criatura vulgar como yo pronto la expulsarían.

—Oh, no. Una vez entras en ella, eres como una gota de agua en un trozo de cristal de roca: el medio dignifica tu vulgaridad.

—Será una gran satisfacción —murmuró Elfride, y se acordó de Stephen y se dijo que ojalá ella pudiera ganar una gran fortuna escribiendo novelas, casarse con él y vivir felices.

—Y luego nos iremos a Londres y a París —dijo la señora Swancourt—. He hablado de ello con tu padre. Pero primero tenemos que trasladarnos a la casa solariega, y hemos pensado instalarnos en Torquay mientras tenga lugar la mudanza. En el entretanto, en lugar de irnos de luna de miel él y yo solos, hemos venido a recogerte y los tres nos iremos a Bath a pasar dos o tres semanas.

Elfride asintió de buen humor, incluso contenta; pero comprendió que, después de este matrimonio, su padre y ella dejarían de mantener para siempre esa estrecha relación que habían mantenido hasta hacía unas semanas. Ahora era imposible contarle la historia de su alocada fuga con Stephen Smith.

Éste aún gozaba de un lugar privilegiado en su corazón. Su ausencia le había hecho recuperar esa aureola de santidad de la que se había visto casi privado a causa de su actitud de reproche durante el lamentable viaje de vuelta de Londres. El embeleso a menudo se enfría al entrar en contacto con lo que lo provoca, sobre todo bajo condiciones difíciles. Y esa última experiencia con Stephen había deslucido bastante la figura de éste. Su mismísima amabilidad al dejarla marchar la veía como un defecto. Elfride, como todas las de su sexo, adoraba la fuerza bruta en el hombre, aunque fuera mal dirigida; y en aquella crítica disyuntiva que se había dado en Londres, la única oportunidad de Stephen de seguir conservando el ascendiente sobre ella que su cara —y no su inteligencia— había adquirido, habría sido haciendo algo que, para empezar, era demasiado joven para atreverse a hacer: arrastrarla por la muñeca hasta el comulgatorio de un altar y obligarla a casarse por la fuerza. Las mentes sensibles suelen considerar que las acciones resueltas a menudo son absurdas; pero la decisión, aunque suicida, siempre tiene más atractivo para una mujer que el más inequívoco éxito fabiano^[26].

Sin embargo, algunas de las circunstancias desagradables de aquel momento estaban ahora en el olvido y Stephen había recuperado gran parte de sus colores vistosos.

XIII

«Compuso muchos proverbios.»
Eclesiastés 12, 9

Londres en octubre: han transcurrido dos meses en nuestra historia.

Bede's Inn tiene la siguiente peculiaridad: su entrada principal se abre a una bulliciosa calle que delata sólo riqueza y respetabilidad, mientras que su entrada trasera desemboca en una abarrotada y miserable red de callejas como las que se encuentran en cualquier metrópolis. Las consecuencias morales son, en primer lugar, que quienes ocupan las habitaciones de esa posada pueden contemplar en abundancia los hábitos y solaces de la humanidad descamisada con sólo asomarse por una de las ventanas traseras; y, en segundo, que pueden oír saludables aunque desagradables recordatorios de lo que es la sociedad en la forma de una voz desabrida, un paso desigual, el eco de un golpe o una caída, que se originan en la persona de un borracho o de alguien que maltrata a su mujer, mientras cruza o se inmiscuye en la tranquilidad de la plaza. Personajes de esta laya a menudo atraviesan la posada procedentes de una pequeña zorrera de una calleja en la parte de atrás, aunque nunca se quedan.

Casi no hace falta decir que todas estas escenas y movimientos propios de la posada en su mayoría siguen un orden regular. En la hermosa mañana de octubre en que seguimos a Stephen Smith hasta ese lugar, un plácido portero se halla sentado en un taburete bajo un sicómoro que hay en el medio, con un pequeño bastón en la mano. Observamos una gruesa capa de hollín sobre las ramas, que cuelga de ellas en copos como en una chimenea. La negrura de estas ramas no mejora el árbol —al que sus ramas han abandonado casi por completo—, pero en primavera su verde y lozana belleza se duplica a causa del contraste. Tras la verja hay un jardín de respetables dalias y crisantemos donde un hombre barre las hojas.

Stephen elige una puerta y sube una vieja aunque ancha escalera de madera con balaústres moldeados y pasamanos, que en una casa solariega serían considerados un ejemplo digno de observar de la artesanía del Renacimiento. Llega a una puerta de la primera planta sobre la que hay pintadas en letras negras las palabras: «Señor Henry Knight», y donde se sobreentiende, aunque no se exprese, «abogado». El muro es grueso y hay puertas en su cara interior y exterior. La exterior está entreabierta. Stephen avanza hacia la otra y llama.

—¡Adelante! —se oyó desde lejanas profundidades.

Había primero una antesala, separada de la estancia interior por un arco revestido de madera de dos o tres metros de ancho. De este arco colgaban unas cortinas verde oscuro que convertían en misterio todo lo que había detrás del arco, a excepción del espasmódico roce de un cálamo. En la antesala se agrupaban un caótico amasijo de objetos, principalmente viejos grabados y cuadros enmarcados que se apoyaban en la

pared como las pizarras de techar en el patio de un albañil. Todos los libros visibles eran folios demasiado grandes para que alguien los robara, y había algunos horizontales sobre una pesada mesa de roble, en un rincón, otros estaban en el suelo, entre los cuadros, mezclándose con viejos abrigos, sombreros, paraguas y bastones.

Stephen apartó la cortina y ante él apareció un hombre escribiendo frenéticamente como si su vida dependiera de ello... como así era.

Era un hombre de treinta años enfundado en una chaqueta moteada, de pelo castaño oscuro, barba ensortijada y un bigote crespo que se inmiscuía en la barba a cada lado de la boca y, como siempre, ocultaba la verdadera expresión de ese órgano bajo un aspecto crónico de impasibilidad.

—Ah, mi querido amigo. Sabía que eras tú —dijo Knight levantando la vista con una sonrisa y tendiéndole la mano. En ese momento se vieron la boca y los ojos de Knight. Eran hermosos y parecían más jóvenes y lozanos que la frente y la cara a la que pertenecían, teñidos por la inconfundible palidez del pensamiento. La curva de la boca no había perdido rotundidad a causa de las firmes angulosidades de la edad madura; y los ojos, aunque agudos, permeaban más que penetraban; lo que habían perdido de su viveza juvenil tras doce años de duro estudio otorgaba una serenidad a su mirada que le sentaba muy bien.

Una dama habría dicho que la habitación olía a tabaco; un hombre habría dicho que no.

Knight no se levantó. Miró un reloj que había en la repisa de la chimenea y a continuación regresó a su carta, señalando una silla.

—Bueno, me alegro de que hayas venido. Hasta ayer mismo no regresé a la ciudad; ahora, Stephen, concédeme diez minutos; tengo el tiempo justo para llegar a la última recogida del correo. A las once seré todo tuyo.

Stephen se sentó como si ese tipo de recibimiento no fuera nuevo, y la pluma de Knight siguió subiendo y bajando como un barco en una tormenta.

Cicerón decía que la biblioteca era el alma de la casa; aquella casa era toda un alma. Partes del suelo, la mitad de las paredes estaban ocupadas por estantes de tamaño ordinario y extraordinario; el espacio restante, junto con ménsulas, mesas rinconeras, etcétera, lo ocupaban vaciados, estatuillas, medallones y placas de diversos tipos compradas por su propietario en sus viajes por Francia e Italia.

El sol de la tarde entraba en la habitación por una ventana que estaba casi en la esquina y que daba a un patio. En la ventana había un acuario. Se trataba de un paralelepípedo que, durante casi todas las horas del día, recibía apenas luz suficiente para las criaturas vivas que contenía; pero durante unos minutos, por las tardes, como ahora, un errante y amable rayo de sol iluminaba y calentaba el pequeño mundo que había dentro, momento en que los zoófitos multicolores abrían y estiraban los brazos, las algas adquirían una rica transparencia, las conchas relucían con un amarillo más dorado y la tímida comunidad expresaba su alegría con más claridad que si lo dijera con palabras.

Al cabo de los diez minutos prescritos, Knight arrojó su pluma, llamó al mozo para que llevara las cartas al correo y, nada más cerrarse la puerta, exclamó:

—Bueno, gracias a Dios ya he acabado. Y ahora, Stephen, acerca la silla y cuéntame que has hecho todo este tiempo. ¿Has seguido con el griego?

—No.

—¿Cómo es eso?

—No he tenido tiempo.

—Eso es una tontería.

—Bueno, he hecho muchas cosas. Y una de ellas realmente fuera de lo corriente.

Knight se volvió completamente hacia Stephen.

—¡Ajá! Veamos, deja que te mire a la cara, haga mis cábalas y deduzca lo que ha pasado.

Stephen se puso más rojo.

—Vaya, Smith —dijo Knight tras haberle sujetado fuertemente por los hombros y escrutado atentamente su cara en silencio durante un minuto—, te has enamorado.

—Bueno..., el hecho es que...

—Venga, cuéntamelo todo. —Pero al ver que Stephen parecía bastante afligido, se expresó en un tono más amable—. Smith, me conoces muy bien, o al menos deberías conocerme, y sabes que si decides relatarme detalladamente todo lo que te ocurre, te escucharé; si no, soy el último hombre en el mundo que quisiera oírlo.

—Sólo le diré esto: me he *enamorado* y quiero casarme.

Knight puso una expresión ominosa mientras esas palabras salían de los labios de Stephen.

—No me juzgue antes de haber oído más —exclamó Stephen ansioso, al ver el cambio de semblante de su amigo.

—No te juzgo. ¿Lo sabe tu madre?

—Nada concreto.

—¿Y tu padre?

—No, pero escuche. La joven...

—Vamos, eso es muy poco galante. Aunque quizá entiendo un poco tu estado de ánimo, así que adelante. Tu novia...

—Su posición social es bastante más elevada que la mía.

—Como debe ser.

—Y su padre se opone totalmente, dada mi situación.

—Un caso corriente.

—Y ahora viene la cuestión sobre la que quiero que me aconseje. En su casa ha ocurrido algo que hace que sea totalmente imposible que yo vuelva a visitarla. De modo que lo mantenemos en secreto. Mientras tanto, un arquitecto de la India le ha escrito al señor Hewby para pedirle si podía encontrarle un ayudante dispuesto a ir a Bombay para dibujar los planos para los ingenieros. Me ofrece trescientas cincuenta rupias al mes, que son unas treinta y cinco libras. Hewby me ha mencionado, y he

visitado al doctor Wray, que dice que me aclimataría sin ponerme muy enfermo. Mi pregunta es: ¿usted iría?

—Te refieres a que es un posible camino para conseguir a la joven.

—Sí. Había pensado que podría ir y ganar un poco de dinero, y luego regresar y pedir su mano. Tengo la opción de ejercer por cuenta propia al cabo de un año.

—¿Te será fiel?

—¡Oh, sí! Para siempre..., ¡toda su vida!

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, ¿cómo se saben esas cosas? Lo será, desde luego.

Knight se inclinó hacia atrás en su silla.

—Verás, Stephen, aunque la conozco perfectamente tal como existe en tu corazón, no la conozco en carne y hueso. Todo lo que quiero saber es: si no confiaras plenamente en su fidelidad, ¿te irías a la India?

—No; no iría si no fuera por ella.

—Bueno, muchacho, me pones en una situación muy embarazosa. Si te expreso mis verdaderos sentimientos, heriré los tuyos; si no, se resentirá mi buen juicio. Y recuerda, además, que yo no sé mucho de mujeres.

—Pero ha tenido algunas relaciones, aunque me ha contado muy poco de ellas.

—Y sólo espero que sigas prosperando hasta que te cuente más.

Stephen puso cara de disgusto ante esas palabras.

—Nunca he tenido ninguna relación seria —prosiguió Knight—. No he encontrado ninguna mujer que valiera la pena. Ni una vez he llegado a prometerme en matrimonio.

—Pues escribe como si hubiese estado prometido cientos de veces, si me permite que se lo diga —dijo Stephen en tono ofendido.

—Sí, es posible, mi querido Stephen, pues cuando alguien escribe sobre una cosa, es que sólo la conoce a medias. Los que la conocen de verdad no se toman esa molestia. Todo lo que sé de las mujeres, o de los hombres, no es más que un montón de generalidades. Hago lo que puedo, y de vez en cuando levanto la mirada y le echo un vistazo a la agitada superficie de la humanidad que queda entre el horizonte y yo, como lo haría un cuervo; no más.

Knight hizo una pausa como si hubiera perdido el hilo y Stephen miró con afectuoso respeto a aquel maestro cuya inteligencia, creía, era capaz de engullir de un bocado todo lo que había en su mente.

Existía afecto, aunque no una gran camaradería intelectual, entre Knight y Stephen Smith. Knight había conocido a su joven amigo cuando no era más que un mozalbete de mejillas color cereza, se había interesado por él, había adoptado el papel de mentor y generosamente le había ayudado a adentrarse en el mundo de los libros, y su relación fue estrechándose hasta desembocar en amistad. Y aunque Smith no era exactamente el tipo de hombre que Knight hubiera elegido como amigo —ni siquiera para un grupo de una docena de amigos—, había, en cierto modo, amistad

entre ellos. Las circunstancias, como siempre, habían desempeñado un papel determinante. ¿Cuántos de nosotros pueden decir de nuestro íntimo *alter ego*, por no hablar de los simples conocidos, que es el hombre que hubiéramos elegido como encarnación del resultado neto de sumar todo lo que amamos en la naturaleza humana, los principios que mantenemos, y restar todo lo que odiamos? El hombre es algo que llegamos a conocer por la simple yuxtaposición física mantenida durante largo tiempo, y le entregamos nuestra confianza, e incluso nuestro afecto, de manera provisional.

—¿Y qué piensa de ella? —se aventuró a decir Stephen tras ese silencio.

—Teniendo en cuenta que he de juzgar sus méritos fiándome de tus palabras —dijo Knight—, tal como hacemos con los poetas romanos, de quienes lo único que sabemos es que existieron, sigo pensando que no te será fiel caso de que, pongamos, pases tres años en la India.

—¡Lo será! —gritó Stephen como un poseso—. Esa muchacha es todo distinción y honor. Y ninguna mujer de esa clase, tras haberse entregado a un hombre tal como ella se ha entregado a mí, podría casarse con otro.

—¿De qué manera se ha entregado? —preguntó Knight con curiosidad.

Stephen no respondió. Knight veía su amor de manera tan escéptica que de nada serviría decir lo que había tenido intención de decir.

—Bueno, no me lo digas —dijo Knight—. Pero estás dando por sentado lo que es, imagino, inevitable en el amor.

—Y le diré más —añadió el joven—. ¿Recuerda lo que me dijo en una ocasión acerca de cómo las mujeres reciben un beso, verdad? Que en lugar de dejarnos seducir por la fascinación de su comportamiento en ese instante, deberíamos dudar de ellas inmediatamente si vemos que su azoro es de algún modo afectado; que la torpeza y la turbación son lo verdaderamente seductor de ese momento, pues nos dan a entender que somos los primeros en esa suerte.

—Es cierto, desde luego, aunque no sabía que lo había dicho —murmuró Knight meditabundo.

A menudo ocurría que el discípulo recordaba las lecciones del maestro mucho después de que el propio maestro las hubiese olvidado.

—¡Bueno, pues así me ocurrió con ella! —gritó Stephen triunfante—. Estaba tan azorada que no sabía lo que hacía.

—¡Espléndido, espléndido! —manifestó Knight apaciguador—. Todo lo que tengo que decirte es que, si te parece que en Bombay tienes una buena oportunidad para iniciar tu carrera, no hay razón para que no vayas sin ponerte a pensar qué motivos exactamente te han llevado allí. Los hombres nunca acaban de saber en qué opiniones se basan sus actos, ni qué significan éstos.

—Sí; iré a Bombay. Escribiré una nota aquí, si no le importa.

—Consúltalo con la almohada, es lo mejor que puedo recomendarte... y escríbela mañana. Mientras tanto, acércate a esa ventana, siéntate tras ella y contempla el

Espectáculo de la Humanidad. Esta noche ceno fuera y tengo la ropa dentro del portamanteo. La he traído para ahorrarme la molestia de bajar a Richmond y tener que volver.

A continuación Knight se dirigió al centro de la estancia y abrió el portamanteo, y Stephen se acercó a la ventana. El rayo de sol había ido subiendo al tiempo que se desplazaba a un lado, para luego desaparecer; los zoófitos dormían: la tristeza del crepúsculo invadía la habitación. Y ahora otro volumen de luz brillaba sobre los cristales.

—¡Fíjate! —dijo Knight—. ¿Hay en toda Inglaterra otro espectáculo igual a éste? Me siento aquí y lo observo todas las noches antes de irme a dormir. Abre la ventana suavemente.

Debajo de ellos había una calleja que llegaba hasta el muro, y desde allí doblaba y pasaba bajo un arco, con lo que la ventana de Knight quedaba justo encima del ángulo y dominaba una perspectiva longitudinal de la calleja. Una multitud —la mayoría eran mujeres— trajinaba, bullía, iba arriba y abajo. Las farolas de gas brillaban en los puestos de los carniceros e iluminaban los pedazos de carne con manchas de naranja y bermellón, como los atrevidos colores de los últimos cuadros de Turner^[27], mientras el murmullo de voces de todo tono y talante era a esta selva humana lo que el susurro de un arroyo a un bosque natural.

Pasaron casi diez minutos. Knight se acercó a la ventana.

—Bueno, ahora llamaré un coche de punto y me perderé calle abajo en dirección a Berkeley Street —dijo abotonándose el chaleco y lanzando de una patada su traje de estar por casa a un rincón del cuarto. Stephen se levantó para marcharse.

—¡Cuánta literatura! —observó el joven recorriendo la habitación con la mirada como si morar allí para siempre hubiera de ser el mayor placer de su vida, aunque intuyendo que era ya hora de marcharse. Sus ojos se posaron en una pila de periódicos, revistas y volúmenes recién adquiridos encuadernados en verde y rojo.

—Sí —dijo Knight mirando también y exhalando un suspiro de agotamiento—, supongo que un día de éstos tendré que deshacerme de algunos. Mi querido Stephen, no tengas prisa, puedes quedarte unos minutos más si quieres; todavía no estoy listo. Échales un vistazo a esos libros mientras me pongo el abrigo, caminaré un rato contigo.

Stephen se sentó junto a la butaca y comenzó a hojear los libros. Entre ellos encontró una novela breve en un volumen, *El castillo de la corte del rey Arturo*, de Ernest Field.

—¿Va a reseñar éste? —preguntó Stephen con aparente indiferencia y sosteniendo la efusión de Elfride.

—¿Cuál? ¡Ah, ése! Puede..., aunque ahora no escribo muchas reseñas ligeras. Pero a lo mejor vale la pena.

—¿Qué quiere decir?

A Knight no le gustaba que le preguntaran qué quería decir.

—¡Qué quiero decir! Pues que la mayoría de libros que se publican no son ni lo bastante buenos ni lo bastante malos para merecer una reseña, y que ese libro sí la merece.

—¿Por lo bueno o por lo malo? —dijo Stephen con cierta aprensión por la cuenta que le traía a Elfride.

—Por lo malo. Parece escrito por una adolescente.

Stephen no dijo nada más. No se atrevía a hablar sinceramente de Elfride tras habersele escapado que ella se le había entregado; y aparte de eso, la severa —casi empecinada— honestidad de Knight a la hora de escribir sus críticas resultaba inaccesible a los humildes deseos de un joven amigo como Stephen.

Knight ya estaba a punto para salir. Apagó el gas, cerró la puerta y los dos se perdieron calle abajo.

XIV

«Retocemos mientras sea mayo.»
THOMAS GRAY, *Oda a la primavera*

Han transcurrido tres cuartos de año. En lugar del paisaje otoñal que sirvió de marco a las escenas anteriores, nos hallamos en pleno estallido del verano del año siguiente. Stephen se halla en la India, trabajando como un esclavo en un despacho de Bombay; de vez en cuando recorre el país por motivos profesionales, y se pregunta por qué la gente que ha estado allí más tiempo que él se queja tanto del efecto del clima sobre su constitución. Nunca tuvo un joven inicio más prometedor que el que se le presentaba ahora a Stephen. Y el hecho era que, en medio del excepcional apogeo de prosperidad que se había iniciado en Bombay unos años atrás, Stephen había llegado justo a tiempo. La construcción y la ingeniería participaban del impulso general. La especulación prosperaba a grandes velocidades día tras día, y la única contingencia desagradable de todo aquello era la posibilidad de una quiebra.

Elfride no llegó a contarle a su padre la escapada de veinticuatro horas con Stephen, ni él se enteró, que ella supiera, por otra vía. Constituyó una molestia y una aflicción secreta durante un breve tiempo, y la marcha de Stephen contribuyó a aumentar su pesar. Pero Elfride poseía una habilidad especial para desembarazarse de las molestias tras un periodo decente. Mientras un carácter más lento se empapa lentamente de la desdicha, ella había engullido el sufrimiento de un trago y ya había recuperado la alegría. Podía mudar la tristeza y reemplazarla por una esperanza con la misma facilidad que una lagartija renueva un miembro enfermo.

Y en aquellos días se le habían presentado dos magníficas distracciones. Una era la publicación de su novela, y la subsiguiente espera de comentarios en la prensa que, aunque hasta ese momento habían resultado bastante breves, habían servido para desviar sus pensamientos. La otra había sido trasladarse de la rectoría a la casa de la señora Swancourt, más amplia y con vistas al mismo valle. Al señor Swancourt al principio le desagradó la idea de verse trasplantado a suelo femenino, pero las obvias ventajas de acceder a tal dignidad le conciliaron con el cambio. De modo que se tomó una medida radical; las dos mujeres se quedaron en Torquay, como habían quedado, y el rector iba y venía.

La señora Swancourt orientaba las ideas de Elfride en una dirección aristocrática, y ésta comenzó a perdonar a su padre por haber hecho un matrimonio de conveniencia. Desde luego, en un sentido mundano, el tener una bella cara jamás le resultó más útil a ningún hombre.

* * *

La nueva casa de Kensington estaba a punto, y todos se encontraban en Londres.

Los arbustos de Hyde Park habían sido trasplantados, como era costumbre, las sillas estaban alineadas, el césped perfectamente recortado, y se había dado a las veredas el aspecto de ser azotadas por una fuerte tormenta; los desocupados llamaban a los carruajes, los que tenían prisa, sus caballos, y el Drive and Row^[28] era de nuevo una arboleda de recreo durante una hora. Contemplemos el espectáculo a las seis de esta tarde de verano, en esta atmósfera enmarcada en forma de melón bajo un cielo violeta. El carruaje de los Swancourt formaba parte de la hilera de vehículos.

La señora Swancourt era una persona locuaz e incisiva, y su voz suave y musical —su único punto hermoso— impedía que llegara a aburrir.

—Bueno —le dijo a Elfride quien, como Eneas en Cartago, no dejaba de admirar la vistosa escena—, descubrirás que el hecho de no tener compañía, contrariamente a los demás, nos proporciona una extraordinaria capacidad para leer los rasgos de nuestros semejantes. Me encanta escuchar cuando estoy en lugares como éste... No las historias que cuentan las lenguas de mis vecinos, sino sus caras; la ventaja de todo ello es que, me halle en Row, Boulevard, Rialto o Prado, todas hablan el mismo idioma. He adquirido cierta destreza en esta práctica por haber sido durante muchos años una mujer fea y solitaria, y porque nadie me informaba de nada; algo que no ha de extrañarte si tienes en cuenta un caso semejante: con qué exactitud te dirán la hora personas que no llevan reloj.

—¡Ah, ya lo creo! —corroboró el señor Swancourt—. Conozco campesinos en Endelstow y otras granjas que han ideado completos sistemas de observación a ese fin. Por medio de las sombras, los vientos, las nubes, el movimiento de las ovejas y los bueyes, el canto de los pájaros o de los gallos y cientos de otras cosas que ven y oyen totalmente desconocidas para las personas que llevan relojes en los bolsillos, son capaces de decirte la hora, con un error no mayor de diez minutos, en cualquier momento. Esto me recuerda una vieja historia que me temo es mala, demasiado mala para contarla. —El rector negó con la cabeza y rió para sí.

—¡Cuéntala..., venga! —dijeron las mujeres.

—No debería.

—Eso es absurdo —dijo la señora Swancourt.

—Hubo una vez un hombre que, mediante el mismo meticuloso sistema de observación, estuvo engañando a la gente durante más de dos años haciéndoles creer que tenía un barómetro escondido, tanta era su exactitud a la hora de pronosticar los cambios de tiempo mediante los rebuznos de su asno y el humor de su mujer.

Fuera o no la historia que el señor Swancourt tenía en mente, Elfride se rió.

—Justo —dijo la señora Swancourt—. Y de la misma manera que aquellos que aprenden las señales de la naturaleza, yo he aprendido el lenguaje de su hermana ilegítima: la artificiosidad; y unos ojos que mienten, el desprecio de la punta de la nariz, la indignación de la melena, la carcajada de las ropas, el cinismo de las pisadas y las diversas emociones que se expresan en la manera de hacer girar un bastón, de quitarse el sombrero, de subir la sombrilla, de llevar el paraguas se han convertido

para mí en el abecedario.

A continuación le dijo a Elfride:

—Fíjate en esa madre del tipo hermana de su hija que hay en ese carruaje. —La señaló girando apenas los ojos—. La manera en que está tan pendiente de su posición social, tal como delata su cara, es de lo más humillante para alguien que ama nuestro país. Resulta difícil de creer, no te parece, que los miembros del Gran Mundo, que se creen tan por encima de los humildes, puedan ser tan ignorantes en relación con los instintos elementales de la reticencia.

—¿Cómo?

—Bueno, llevan en la cara, tan claramente como sobre una filacteria, la inscripción: «Se lo ruego, mire el blasón que hay en la puerta de mi carruaje».

—Vamos, Charlotte —dijo el rector—, ves tanto en las caras como el señor Puff en la manera de asentir de lord Burleigh^[29].

Elfride no podía sino admirar la belleza de las demás mujeres, sobre todo puesto que, en esta época del año, ella y las demás chicas que conocía siempre habían estado demasiado bronceadas o mostraban en el dorso de la mano arañazos de zarzas.

—¡Y qué hermosas flores y hojas llevan en sus capotas! —exclamó.

—Sí —replicó la señora Swancourt—. Algunas de ellas tienen incluso un color más asombroso que si fueran reales. Mira esa bella rosa que lleva esa mujer que está al otro lado de la barandilla. Sobre el tallo se han introducido zarcillos de viña como una mejora sobre las espinas, y todas crecen de una manera tan natural sobre su oído..., y digo que *crecen* consciente del término que utilizo, pues el rosa de los pétalos y el rosa de sus hermosas mejillas parecen igualmente obra de la naturaleza a ojos del observador menos atento.

—¡Pero alábalas un poco, lo merecen! —dijo la generosa Elfride.

—Bueno, lo haré. Fíjate en cómo la duquesa de... se mece adelante y atrás en su asiento sirviéndose del balanceo de su landó, mirando a su alrededor sólo cuando es proyectada hacia adelante, con un pasivo orgullo que le impide resistirse a la fuerza de la circunstancia. Mira el hermoso puchero de las bocas de aquella familia, sin rastro alguno de ser un gesto estudiado de antemano, tan bien lo hacen. Mira con qué recato se cierran los puños que sostienen los parasoles; el menudo pulgar alerta, surgiendo erecto contra el mango de marfil, como si nada se le ocultara, el satén del parasol haciendo juego invariablemente con la tez de la cara que tiene debajo, como quien no quiere la cosa, lo que hace que resulte todo tan atractivo. Ahí está el libro rojo^[30] en el asiento de enfrente, que proclaman lo abundantes que son sus relaciones. Y admiro especialmente el aspecto de esa mujer con tantas hijas que hay al otro lado; me refiero a su aspecto de no darse cuenta de que los viandantes miran a sus hijas, y por encima de todo el aspecto de las muchachas, que clavan su mirada en las profundidades de los ojos de los hombres guapos con esa expresión de no saber si están observando unos ojos masculinos o las hojas de los árboles. Aquí tienes mis alabanzas. Pero sólo estoy bromeando, niña, ya lo sabes.

—¡Puf! ¡Qué calor hace! —dijo el señor Swancourt como si su mente se hallara a gran distancia de cuanto veía—. Mi reloj se ha calentado tanto que casi no puedo tocarlo para mirar la hora y todo huele como el interior de un sombrero.

—¡Cómo te miran los hombres, Elfride! —dijo la señora Swancourt—. Me temo que me vas a eclipsar.

—¿Eclipsar?

—Igual que un diamante eclipsa a un ópalo en el mismo engaste.

—He observado que hay varias damas y caballeros que me miran —dijo Elfride con ingenuidad, mostrando su satisfacción al ser observada.

—Querida niña, hoy en día ya no hay que decir «caballeros» —respondió su madrastra en un tono de pícaro inquietud que tan bien casaba con su fealdad—. Hemos rebajado a los «caballeros» a la clase media baja, donde aún puede oírse la palabra en los bailes de los tenderos y las reuniones sociales de provincias, según creo. Pero aquí ya no se estila.

—¿Qué debo decir, pues?

—Siempre «damas y hombres».

En aquel momento apareció, en medio de la hilera de vehículos que se movía en dirección contraria, un carruaje cuya superficie mostraba un tono de vivo añil parecido a un cielo de medianoche y cuyas ruedas y bordes se habían perfilado con delicadas líneas de azul ultramar; las libreas de los sirvientes eran azul oscuro con encaje plateado, y los pantalones de un neutro rojo. Todo ello formaba una unidad orgánica y se movía tras un par de caballos color castaño oscuro, que avanzaban con un trote de fría concentración, muy elegante, y de vez en cuando sacudían diversos puntos de su superficie venosa como si estuvieran muy por encima de aquel oficio.

En ese carruaje iba un caballero cuya única característica señalable era que parecía un viajante comercial afable y de clase superior. Junto a él había una dama de ojos y tez lechosos, que pertenecía a esa clase de mujeres «interesantes», cuando esa clase roza ya lo enfermizo y su mayor placer es, al parecer, no disfrutar de nada. Delante de esa pareja se sentaban dos niñas tocadas con sombreros blancos adornados con plumas azules.

La dama vio a Elfride, sonrió e inclinó la cabeza; a continuación tocó el codo de su marido, quien se volvió y recibió el saludo que devolvió Elfride quitándose el sombrero de manera galante. Las dos niñas saludaron con la mano a Elfride y rieron joviales.

—¿Quién es?

—Yo diría que lord Luxellian, ¿no? —dijo la señora Swancourt, que, junto con el rector, les había dado la espalda hasta ese momento.

—Sí —replicó Elfride—. Es el único hombre que he visto por aquí que considero más apuesto que papá.

—Gracias, querida.

—Sí, pero tu padre es mucho mayor. Cuando lord Luxellian tenga unos cuantos

años más, no será ni la mitad de guapo que nuestro hombre de la casa.

—También te doy las gracias a ti, querida —dijo el señor Swancourt.

—Mira —exclamó Elfride aún mirándolos—. ¡Cómo me quieren las pequeñas! De hecho, una de ellas me hace señas para que vaya.

—No hace ni un momento hablábamos de brazaletes. Mira el de lady Luxellian —dijo la señora Swancourt en el momento en que la baronesa levantó el brazo para que una de las niñas se apoyara—. Le resbala por el brazo. Demasiado grande. Los brazaletes han de llevarse en la muñeca; me asombra que las mujeres no tengan mejor gusto.

—No es culpa de ella —objetó Elfride—. Es que se le ha adelgazado el brazo, pobrecilla. No sabes lo mucho que ha cambiado en estos últimos doce meses.

Los carruajes estaban ahora más cerca y hubo un intercambio de saludos entre las dos familias. A continuación los Luxellian se pararon bajo los plátanos, justo detrás del carruaje de los Swancourt. Lord Luxellian se apeó y se acercó con una carcajada musical.

Era su atractivo como hombre. La gente le apreciaba por su risa y olvidaba que carecía de talento. La gente se acordaba del señor Swancourt por su manera de ser, de Stephen Smith por su cara, de lord Luxellian por su carcajada.

El señor Swancourt expresó algunas observaciones amistosas; entre otras cosas, mencionó el calor.

—Sí —dijo lord Luxellian—, esta tarde pasamos junto al escaparate de un peletero y lo que vimos nos dio un sofoco tal que nos alegramos mucho al alejarnos. ¡Ja, ja, ja! —Se volvió hacia Elfride—. Señorita Swancourt, no la había visto ni hablado con usted desde que su hazaña literaria se hizo pública. No tenía ni idea de que estuviera tomando notas en el tranquilo Endelstow, y de haberlo sabido, mis amigos y yo nos hubiésemos comportado de manera intachable. ¡Swancourt, no me dijo usted nada!

Elfride se azoró, se sonrojó, se rió, dijo que no merecía la pena mencionarlo, etcétera, etcétera.

—Bueno, creo que en *El Presente* no la trataron con justicia. Escribir una reseña tan sesuda acerca de una bagatela elegante como *El castillo de la corte del rey Arturo* fue algo absurdo.

—¿Qué? —dijo Elfride abriendo los ojos—. ¿Me han hecho una crítica en *El Presente*?

—Sí. ¿Es que no la vio? Bueno, salió hace cuatro o cinco meses.

—No, no la vi. ¡Y cuánto lo siento! Mis editores no se han portado muy bien. Prometieron enviarme todas las críticas que aparecieran.

—Ah, entonces me temo que le he traído una noticia desagradable, y que sus editores, por cortesía, se la habían evitado. Debieron de pensar que no valía la pena enviársela para no afligirla innecesariamente.

—Oh, no; me alegro de que me lo haya dicho, lord Luxellian. Ha sido muy

amable por su parte. ¿Tan mal me tratan en esa reseña? —preguntó con voz trémula.

—No, no. No exactamente, aunque casi he olvidado qué decía exactamente. Era simplemente... severa, diría yo..., poco generosa, se podría añadir. Pero la verdad es que mi memoria no me permite hablar con gran conocimiento de causa.

—Iremos a las oficinas de *El Presente* ahora mismo a conseguir un ejemplar; ¿te importa, papá?

—Si tan impaciente estás, querida, iremos, o enviaremos a buscar un ejemplar. Pero podemos esperar a mañana.

—Y ahora hágame un pequeño favor, Elfride —dijo lord Luxellian afectuosamente, como si lamentara haberle comunicado aquella noticia—. En realidad he venido como mensajero de mis pequeñas Polly y Katie para pedirle que venga a nuestro carruaje a pasar un rato con ellas. Yo voy a dar una vuelta por Picadilly, y mi esposa se quedará sola con ellas. Me temo que son unas niñas muy malcriadas; y yo les he medio prometido que usted iría.

Bajaron el estribo y Elfride cambió de coche, para gran alegría de las pequeñas y para interés de los paseantes de piel rojiza y largo cuello, que contemplaron como de pasada la operación llevándose el bastón a los labios, con alguna esporádica risa en lo hondo de sus gargantas y en sus ojos, sin que la boca expresara nada ante ese trasvase de vehículo. Lord Luxellian le dijo al cochero que se pusiera en marcha, levantó el sombrero, puso una sonrisa que erró su destino y fue a parar a un completo desconocido, quien, perplejo, le hizo una inclinación de cabeza. Lord Luxellian miró a Elfride detenidamente.

La mirada fue masculina, franca y de verdadera admiración; el fugaz tributo que cualquier honesto inglés rendiría a la belleza sin avergonzarse y sin permitir que afectara mínimamente a sus obligaciones emocionales como padre y cabeza de familia. A continuación lord Luxellian giró sobre sus talones y caminó reflexivo hasta el otro extremo del paseo.

El señor Swancourt se había apeado con Elfride; entró en el Row unos minutos para hablar con un amigo que había visto; su esposa quedó como única habitante del carruaje.

Mientras todo esto tenía lugar, entre los espectadores que había en el paseo había un hombre un tanto distinto al resto. Tras la multitud, detrás de las sillas, apoyado contra el tronco de un árbol, miraba a Elfride con sereno y crítico interés.

Tres detalles delataban enseguida a la mirada experta que esa persona no era un pura sangre del Row. Primero, un par de arrugas rebeldes en la cintura de su levita, que denotaba que no había maldecido lo suficiente a su sastre como para hacerlo ascender de tendero a las ortodoxas y fuertes exigencias de la fina artesanía. Segundo, el estado un tanto desaliñado de su paraguas, provocado por el hábito de su dueño de apoyarse pesadamente sobre él y de utilizarlo como bastón en lugar de dejar que la punta tocara el suelo en un coqueto beso, como haría un auténtico hombre del Row. Tercero, y la principal razón —que, por mucho que lo intentaras, no podías evitar

suponer al mirarle a la cara—, que sus ojos delataban una mente refinada, en lugar de una piel refinada y nada más, que es, por derecho, la marca distintiva del Row.

Lo más probable, de no haberse quedado la señora Swancourt sola en el carruaje bajo el árbol, es que el hombre hubiera permanecido en su apartado retiro. Pero al verla se acercó al vehículo, se detuvo bajo la verja y permaneció junto a la portezuela.

La señora Swancourt se lo quedó mirando un cuarto de minuto y a continuación le tendió la mano soltando una carcajada.

—¡Vaya, Henry Knight..., ya lo creo que eres tú! Mi primo..., segundo..., tercero..., cuarto..., ni lo sé. Pero pariente mío, en cualquier caso.

—Sí, uno de los que aún quedan vivos. Desde donde me encontraba, no estaba seguro de que fueras tú.

—No te veía desde que te fuiste a Oxford, ¡calcula cuántos años! Supongo que te habrás enterado de que me casé.

Ese comentario inició un diálogo referente a asuntos familiares de nacimientos, muertes y alianzas que no merece la pena detallar. Al poco Knight preguntó:

—Entonces esa joven a la que vi cambiar de carruaje es tu hijastra, ¿no?

—Sí, Elfride. Tienes que conocerla.

—¿Y quién era la dama que había en el carruaje en el que ha entrado Elfride? Se la veía pálida y desdibujada, como si apenas fuese el reflejo de sí misma en un estanque.

—Era lady Luxellian; Elfride dice que está muy débil. Mi marido está lejanamente emparentado con ellos; pero no tenemos mucha intimidad debido a... Sin embargo, Henry, tienes que venir a visitarnos, desde luego. Estamos en el 24 de Chevron Street. Ven esta semana. Sólo nos quedaremos en la ciudad una semana o dos más.

—Vamos a ver. Mañana tengo que ir a Oxford, donde pasaré varios días, por lo que, me temo, me perderé el placer de verte en Londres este año.

—Entonces ven a Endesltow; ¿por qué no vuelves con nosotros?

—Me temo que si voy antes de agosto tendré que abandonaros al cabo de un par de días. Pero estaré encantado de ir a veros a principios de mes, y podría quedarme un par de semanas. Había pensado ir a pasar el verano al oeste.

—Muy bien. Que no se te olvide nuestro pacto. ¿Por qué no te esperas y conoces al señor Swancourt? No tardará ni diez minutos en volver.

—No, te ruego me excuses. Esta tarde debo pasar por mis habitaciones antes de volver a casa; de hecho, en estos momentos debería estar allí...; tengo tantos asuntos que atender. Se lo dirás a tu marido, ¿verdad? Adiós.

—Y enseguida que puedas, haznos saber el día de tu llegada.

—Lo haré.

XV

«Una voz errante.»
WORDSWORTH, *Al cuco*

Aunque nuestros pesares no desaparecen porque los confiemos a meros conocidos, sí conseguimos aliviar así ciertos malos humores. Entre éstos se cuenta la irritación, un tipo de molestia que, como un riachuelo, se va haciendo menos profundo por la simple operación de irlo ensanchando.

En la tarde del día siguiente al encuentro en el parque, Elfride y la señora Swancourt conversaban en la salita de esta última. Estaban tratando el tema más importante del día.

Elfride acababa de recibir una cariñosa carta de Stephen Smith procedente de Bombay que le habían mandado desde Endelstow. Pero lo único que merece la pena mencionar de esa carta es que Stephen, con una imprudente aunque excusable confianza en los tiempos futuros, se dirigía a ella, muy animado, como su futura y querida esposa.

Probablemente, la manera más rápida y segura de saber si un hombre es confiado o cauteloso sea la siguiente: ¿utiliza la palabra esposa al escribirle a su prometida?

Elfride se había llevado la epístola a su habitación, había leído un trozo, había guardado el resto para mañana, no queriendo ser tan derrochadora que consumiera todo ese placer de una vez. Sin embargo, no pudo resistir el deseo de disfrutar un poco más, de modo que volvió a sacar la carta, y a pesar de sus recelos referentes a la prodigalidad, la devoró entera. Al final volvió a leerla detenidamente y se la colocó en el bolsillo.

¿Qué era eso? Una revista, también dirigida a Elfride, que había pasado por alto en sus prisas por abrir la carta. Era un ejemplar atrasado de *El Presente*, el que contenía la reseña de su libro, que le remitían tal como había solicitado.

Elfride la leyó rápidamente, quedó muy encogida, y a continuación se dirigió, con la publicación en la mano, a la salita de la señora Swancourt para aliviar o al menos modificar su irritación mediante el sagaz juicio de su madrastra.

Ahora miraba desconsoladamente por la ventana.

—No te preocupes, mi niña —dijo la señora Swancourt tras leer minuciosamente el artículo—. Esta reseña no me parece tan terrible, después de todo. Además, ya nadie se acuerda de ella. Estoy segura de que el principio te deja bastante bien. Escucha, suena mejor si lo lees en voz alta que si analizas en silencio: «*El castillo de la corte del rey Arturo*. Novela. Por Ernest Field. En la creencia de que por unas horas íbamos a escapar de la monótona repetición de los fastidiosos detalles de la sociedad moderna, los análisis de personajes interesantes y las tramas artificiosas de las novelas que quieren sobrecogernos a toda costa, tomamos este volumen en

nuestras manos con una sensación de placer. Estábamos dispuestos a engañarnos con la fantasía de que era posible decir algo nuevo de las torres de homenaje, las cadenas y las armaduras, las mejillas surcadas de profundas cicatrices, las tiernas doncellas disfrazadas de pajes, cosas de las que hace tiempo no oíamos hablar». Esto es un buen principio, en mi opinión, y hay que sentirse orgullosa de que lo diga alguien que nunca te ha visto.

—Sí —murmuró Elfride con tristeza—. ¡Pero sigue, sigue leyendo!

—Bueno, debo reconocer que lo que sigue no es muy amable —dijo la señora Swancourt, y siguió leyendo—: «Pero en lugar de todo eso nos hallamos en manos de una joven recién llegada a la madurez, a juzgar por la boba artimaña que adopta en la primera página para ocultar su sexo».

—¡No soy «boba»! —exclamó Elfride indignada—. Podría haberme llamado cualquier cosa menos eso.

—Claro que no lo eres. Bueno: «En manos de una joven... cuyos capítulos nos cuentan simplemente imposibles justas, nos hablan de torres y escapadas, y todo parece una insulsa copia de escenas parecidas de las historias del señor G. P. R. James ^[31] y de las partes más inverosímiles de Ivanhoe. El cebo resulta tan artificial que ni los peces más crédulos pican». Querida, tampoco me parece que te puedas quejar de estas palabras, pues sólo prueban que eres lo bastante inteligente como para hacerle pensar en sir Walter Scott, que ya es mucho.

—Ah, claro. ¡Yo no soy capaz de escribir una novela, pero sí puedo hacerle pensar en aquellos que saben! —Elfride intentó lanzar esas palabras de manera sarcástica a un enemigo invisible, pero como su capacidad satírica era la de un palomo, simplemente cayeron en un murmullo de sus labios, que ahora formaban un puchero.

—Desde luego: y eso ya es algo. Tu libro es lo bastante bueno como para ser malo tal como suele serlo la literatura; y hay algo peor que ser atacado, y es ser objeto de la triste indiferencia: «Para que hoy día las novelas históricas lleguen a interesar al lector, es indispensable que éste se halle bajo la guía de esa especie casi extinta que es el escritor de leyendas, el cual, además del instinto investigador de la antigüedad y una fe inquebrantable en la gloria medieval, ha de poseer una inventiva en la que la sutilidad del sentimiento se vea enormemente superada por la capacidad de reflejar en los diversos episodios la amplia variedad de las pasiones humanas». Bueno, toda esta efusión no se refiere a ti, Elfride, no la ha puesto más que para llenar espacio. Veamos dónde vuelve a hablar de ti... De hecho, no es hasta el final. Aquí es donde te despacha: «Pero regresando a la obrita que hemos utilizado como pretexto para este artículo, nada más lejos de nuestra intención que menospreciar las habilidades de la autora. Posee cierta versatilidad que le permite utilizar con eficacia un estilo narrativo propio, que podríamos definir como un murmullo de delicadas nimiedades sentimentales, ese don peculiar que tienen aquellos para quienes el trato social en época de paz es como el pan de cada día. Aquí, donde las cuestiones de la

experiencia doméstica y los detalles naturales que hacen real a la gente pueden introducirse sin anacronismos demasiado estridentes, la autora se muestra esporádicamente acertada; y, en general, nos parece justificado afirmar que el libro aguanta una lectura sólo por aquellas partes que nada tienen que ver con la historia». Bueno, supongo que esto lo dice con intención satírica, pero no pienses más en ello, querida. Son las siete. —La señora Swancourt llamó a la doncella.

El ataque nos estimula más que la adhesión. La carta de Stephen sólo hablaba de la unidad con ella; la reseña era todo lo contrario. Y un desconocido que no tenía ni nombre ni apariencia, ni edad ni forma, sólo una poderosa voz, es naturalmente una novedad más interesante. Cuando Elfride se quedó dormida aquella noche, seguía amando al autor de la misiva, pero pensaba en el autor del artículo.

XVI

«Entonces la imaginación actúa, como sólo ella sabe hacerlo.»
TENNYSON, *In Memoriam*

Mas o menos tres semanas después, la familia Swancourt se hallaba sentada tranquilamente en la sala de estar de The Crag, la casa de la señora Swancourt en Endelstow, charlando y repasando a sus anchas los dos meses anteriores que habían pasado en Londres: algo tremendamente fatigoso incluso para las personas cuyos conocidos pueden contarse con los dedos de una mano.

Aquella breve estancia en Londres en compañía de una experta en la vida social como su madrastra había hecho que Elfride se fuera dando cuenta de que su noviazgo con Stephen parecía emocionalmente inconsistente y de que la había hecho retroceder varios años hacia su infancia. En relación con nuestras experiencias mentales, al igual que en la observación visual, nuestro propio progreso se entiende como una mengua de aquello de lo que nos alejamos.

Elfride estaba sentada en una silla baja y reflexionaba sobre su romance con melancólico interés por primera vez desde que leyera los comentarios sobre su libro aparecidos en *El Presente*.

—¿Todavía pensando en ese crítico, Elfride?

—No en él personalmente, sino en su opinión. La verdad es que, al volver a leer mi libro después de todo este tiempo, creo que valoró bastante bien una parte de él.

—¡No, no, nada de arredrarse ahora! Imagínate que, entre toda la gente que hay en el mundo, la autora se pasara al enemigo. ¿Cómo van a luchar los hombres de Monmouth^[32] si Monmouth se da a la fuga?

—No me paso al enemigo. Pero creo que tenía razón en algunas cosas, aunque se equivocara en otras. Y como en cierto modo merece mi respeto, tanto más lamento que en un par de casos malinterprete mis motivos. Es más irritante ser malinterpretada que tergiversada; y él me malinterpreta. No puedo sentirme tranquila mientras una persona se va a descansar noche tras noche atribuyéndome intenciones que jamás tuve.

—No conoce tu nombre, ni nada de ti. Y estoy segura de que ya se ha olvidado completamente de la existencia de tu libro.

—A mí también me gustaría aclararle un par de cosas —dijo el rector, que hasta ahora había permanecido en silencio—. Ya veis, los críticos siguen escribiendo y no hay manera de corregirlos ni de discutir con ellos, por lo que nunca mejoran.

—¡Papá —dijo Elfride animándose— escríbele!

—Me gustaría escribirle y echarle la vista encima —dijo el señor Swancourt.

—¡Hazlo! Y dile que la joven que escribió el libro no adoptó un seudónimo masculino por vanidad ni engreimiento, sino porque consideró presuntuoso publicarlo

con su nombre, y que lo que le interesaba no era el relato en sí mismo, sino endulzar un poco la historia para la gente joven, para que ésta pudiera llegar a interesarse por lo que ocurría en su país hace cientos de años y se sintiera tentada a sumergirse más profundamente en el tema. Hay tanto que explicar. ¡Ojalá pudiera escribirle yo misma!

—Te diré lo que haremos, Elfie —respondió el señor Swancourt poseído por una suerte de bucólico humor ante la idea de criticar al crítico—. Escribes una carta exponiendo los puntos en los que está equivocado, y yo la copiaré y la enviaré como mía.

—¡Sí, ahora mismo! —dijo Elfride poniéndose en pie de un salto—. ¿Cuándo la enviarás, papá?

—Supongo que dentro de un par de días —replicó su padre. Calló y bostezó ligeramente; y tal como suele ocurrirle a la gente mayor comenzó a enfriarse su entusiasmo, ahora que había llegado el momento de principiar la tarea—. Aunque la verdad, no sé si vale la pena —añadió.

—¡Oh, papá! —dijo Elfride muy decepcionada—. Dijiste que lo harías, y ahora te echas atrás. ¡Eso no es justo!

—¿Y cómo vamos a enviársela si no sabemos a quién?

—Si de verdad queréis enviar esa carta, nada más fácil —dijo la señora Swancourt acudiendo al rescate de su hijastra—. Dirigís el sobre a: «El director de *El Presente*, para entregar al crítico de *El castillo de la corte del rey Arturo*».

—Sí, supongo que le llegará.

—¿Y por qué no escribes tú misma la respuesta, Elfride? —preguntó la señora Swancourt.

—Podría hacerlo —dijo ella vacilante—, y enviársela de manera anónima: eso sería tratarle como él me ha tratado a mí.

—¡De ninguna manera!

—Pero no quiero que sepa mi nombre. ¿Y si solamente pusiera mis iniciales? Cuanto menos saben de ti, más piensan en ti.

—Sí, podrías hacer eso.

Elfride no esperó ni un momento para ponerse a la labor. El único deseo que había experimentado en las últimas dos semanas parecía pronto a realizarse. Como suele ocurrir con las mentes sensibles y aisladas, el incesante pensar sobre el mismo tema había magnificado hasta proporciones colosales el espacio que ella creía ocupar o haber ocupado en la mente del crítico. De noche o a mediodía, no dejaba de intentar discernir con claridad cómo debía de verla ese hombre en cuanto que mujer, sin tener en cuenta su faceta de escritora: si realmente la despreciaba; si la tenía en más o en menos que a cualquier otra joven que jamás se hubiera acercado a las llamas de la crítica. Ahora experimentaría la satisfacción de que él supiera que ella tenía la firme intención de cruzarse en su camino, de importunarle y de enseñarle quizá a no menospreciarla tanto.

Cuatro días después llegó un sobre dirigido a la señorita Swancourt con una letra desconocida en el sobre.

—¡Oh! —exclamó Elfride, y se le encogió el corazón—. ¿Será de ese hombre? ¿Me echará un sermón por mi impertinencia? ¡También hay una con la misma letra para la señora Swancourt! —Temía abrir las dos cartas—. ¿Y cómo sabe mi nombre? No; ha de ser otra persona.

—¡Tonterías! —dijo su padre ceñudo—. Ha visto tus iniciales, y ha consultado el listado de residentes. Aunque no se habría tomado la molestia de buscar tu nombre de no haberse mostrado despiadado contigo. Me parece que le escribiste con más aspereza que la que exigía una simple discusión literaria. —Esta oportuna frase fue introducida para, fuera cual fuera el resultado de ese intercambio epistolar, dejar a salvo el buen criterio del rector.

—Bueno, allá voy —dijo Elfride rasgando impaciente el sello.

—Naturalmente —exclamó la señora Swancourt levantando la mirada de la carta dirigida a ella—. Christopher, cuando mencioné que había visto a ese pariente mío lejano, Harry Knight, se me olvidó decirte que le invité a pasar con nosotros el tiempo que quisiera. Y ahora dice que aparecerá cualquier día de agosto.

—Escríbele y dile que venga el primero de mes —replicó el rector.

La señora Swancourt siguió leyendo.

—Por todos los santos... y eso no es todo. De hecho es él quien escribió la crítica del libro de Elfride. ¡Pero esto es absurdo! No tenía ni idea de que escribiera reseñas ni de que tuviera nada que ver con *El Presente*. Él es abogado... y pensé que sólo escribía en publicaciones trimestrales. ¡Bueno, Elfride, hay que ver qué enredo has montado! ¿Qué dice tu carta?

Elfride había apartado la carta de sus ojos con un rubor de descontento en la cara.

—No lo sé. ¡La idea de que sepa mi nombre y todo sobre mí...! Bueno, no dice nada en particular, sólo esto:

MI QUERIDA SEÑORA: Aunque lamento mucho que mis observaciones le parecieran intempestivas, me resulta un placer descubrir que han provocado una réplica tan ingeniosamente argumentada. Por desgracia, ha pasado mucho tiempo desde que escribí esa reseña, y mi memoria no es capaz de encontrar nada que decir en mi defensa, aun suponiendo que quede algo por decir, cosa dudosa. Por la carta que le he escrito a la señora Swancourt averiguara que, contrariamente a lo que imaginábamos, no somos unos desconocidos. Puede que tenga el placer de verla pronto, y entonces cualquier discusión que quiera usted proponer recibirá la atención que merece.

—Hay cierto sarcasmo en sus palabras..., lo sé.

—Oh, no, Elfride.

—Y sin embargo, sus observaciones no me parecieron intempestivas... Quiero decir que no se lo expresé así en mi carta.

—Piensa que estás que te subes por las paredes —dijo el señor Swancourt riendo entre dientes.

—Y vendrá aquí y me verá, y descubrirá que la conversación de esa autora es tan deleznable como impertinente su carácter. ¡Cómo desearía no haberle escrito nunca!

—No te preocupes —dijo la señora Swancourt riéndose también con leves sacudidas—, todo esto hará que vuestro encuentro sea de lo más cómico, y permitirá que tu padre y yo tengamos un papel secundario. ¡Y pensar que los tres hemos embestido contra Harry Knight! La idea no se me va de la cabeza.

El rector se acordó de inmediato de que ése era el nombre del preceptor y amigo de Stephen Smith; pero como había dejado de interesarse por ese asunto, no hizo ningún comentario, absteniéndose de aludir a todo lo que pudiera recordarle el desagradable (para él) error que había cometido en relación con la pobre posición y ascendencia de Stephen. Naturalmente, Elfride también se había dado cuenta, lo que añadía una complicación de la que su madrastra nada sabía.

El identificar a Knight en poco aumentó su atractivo a ojos de Elfride, aunque doce meses atrás sólo le hubiera interesado conocerle por su condición de amigo de Stephen. Por suerte para Knight, esa razón para darle la bienvenida había empezado a resultarle incómoda en un momento en que ya no era necesaria, pues ahora Knight le interesaba por sí mismo.

* * *

Estas coincidencias, junto con todo lo relacionado con Knight, hacían que Elfride prácticamente no pensara en otra cosa que en él. Como era su costumbre cuando se hallaba ante un dilema, se ponía a caminar sola entre las matas de laurel y allí, de pie e inmóvil, partiendo una hoja sin arrancarla del tallo, evocaba las frecuentes palabras de Stephen en alabanza de su amigo y deseaba haberlas escuchado con más atención. Y, sin soltar la hoja, se sonrojaba al imaginar la vergüenza que pasaría cuando se conocieran y Knight le soltara alguna por haber sido tan impertinente —pues eso era lo que pensaba ahora al escribirle.

Luego se ponía a pensar en cuál sería la apariencia de ese hombre: ¿sería alto o bajo, de piel clara u oscura, alegre u hosco? Se lo habría preguntado a la señora Swancourt, pero temía que ésta le respondiera con alguna burla. Al final Elfride exclamaba: «¡Oh, hay que ver qué azote es para mí ese crítico!». Entonces volvía la cara allí donde imaginaba que estaba la India y murmuraba para sí: «Ah, mi maridito, ¿qué estarás haciendo ahora? Déjame ver, ¿dónde estas, al sur, al este, dónde? Tras esa colina, ¡pero qué lejos!».

XVII

«Le dio la bienvenida con voz entrecortada.»

WALTER SCOTT, *La doncella de Neidpath*

—¡Bueno, pues éste es Henry Knight! —dijo un día la señora Swancourt.

Miraban desde un rincón en saledizo rodeado de rocas no lejos de The Craggs, que casi quedaba flotando sobre ese valle, ya descrito que desembocaba en el mar y en el puerto de Castle Boterel. La escarpadura de piedra sobre la que se encontraban tenía el perfil de la cara de un hombre, y la cubría, a moda, de barba, aulaga. Para impedir que la gente que trabajaba en los campos de arriba cayera rodando por estas prominencias y hondonadas, se había hecho crecer un seto en la cima que en ese momento les hacía ese amable servicio a Elfride y su madre.

Apoyándose en el seto y estirando el cuello para ver por encima de la aulaga, Elfride contempló al individuo señalado., Caminaba sin prisas por el verde sendero que había abajo junto al arroyo, con una cartera colgando junto a su cadera izquierda, un recio bastón en la mano y un sombrero de Holanda cruda y ala ancha en la cabeza. La cartera era vieja y gastada, y la superficie de la piel estaba raída y agrietada.

Knight había llegado a las colinas de Castle Boterel montado en lo alto de un desvencijado ómnibus, y había preferido recorrer andando los tres kilómetros que le quedaban hasta el valle dejando el equipaje en la estación para que se lo llevaran más tarde.

Le seguía como podía un muchacho al que Knight le había preguntado el camino a Endelstow; y por esa ley natural de la física que hace que los cuerpos menos pesados graviten alrededor de los de más masa, el chaval no había dejado a Knight, y trotaba como un perrillo sin perderle los talones, silbando mientras caminaba, con la mirada fija en cómo subían y bajaban las botas de Knight.

Cuando llegaron justo delante de donde Elfride y la señora Swancourt estaban emboscadas, Knight se detuvo y dio media vuelta.

—Escucha, chico —dijo.

El chaval separó los labios, abrió los ojos y nada respondió.

—Aquí tienes seis peniques a condición de que, hasta que lleguemos a lo alto del valle, no te acerques a menos de veinte metros de mis talones.

El mozo, que al parecer ni se había dado cuenta de que no perdía de vista los talones de Knight, tomó los seis peniques mecánicamente y Knight siguió su camino absorto en sus pensamientos.

«Una hermosa voz», se dijo Elfride, «¡pero menudo carácter!»

—Ahora hemos de entrar en casa antes de que suba la cuesta —dijo la señora Swancourt en voz baja. Y las dos tomaron un atajo cruzando una cerca por la escalerilla, entraron en el jardín por una puerta lateral y a continuación en la casa.

El señor Swancourt se había ido al pueblo con el coadjutor, y Elfride se sentía demasiado nerviosa para esperar la llegada de su invitado en la sala con la señora Swancourt. De modo que cuando su madrastra entró en la estancia, Elfride adujo que acababa de ver una nueva variedad de crisantemo carmesí y se quedó entre los arriates de flores.

Pero se dijo que, después de todo, nada ganaba con eso; y a los pocos minutos volvía a entrar en la casa por la puerta lateral acristalada. Recorrió el pasillo y entró en la sala. No había nadie.

En un ángulo del aposento había una ventana que daba directamente al invernadero octogonal que cercaba la esquina del edificio. Oyó voces en el invernadero: la de la señora Swancourt y la del desconocido.

Le había imaginado un brillante conversador. Para su sorpresa, le oyó hacer preguntas a la manera de un aprendiz en relación con flores y arbustos que Elfride conocía desde hacía años. Cuando al cabo de unos minutos él enlazó varias frases seguidas, Elfride se dijo que las pronunciaba de manera tan categórica que parecía como si, contrariamente a las de ella misma y a las de Stephen, no las acabara de elaborar en ese mismo momento, sino que las sacara de un gran almacén de frases hechas. Ahora se acercaban a la ventana para volver a entrar.

—Ésta es una variedad de color carne —dijo la señora Swancourt—. Pero las adelfas, aunque son una planta muy voluminosa, de tan sensibles no hay manera de podarlas. Gigantes con una sensibilidad de jovencita. ¡Oh, aquí está Elfride!

A Elfride se la veía tan culpable y alicaída como lady Teazle^[33] al caer la cortina. La señora Swancourt la presentó con cierta comicidad, y al cabo de un momento Knight se colocó junto a la joven.

Una amalgama de instintos reprimió en Elfride las convencionales sonrisas de cortesía y hospitalidad; y, para que su situación fuera aún más incómoda, la señora Swancourt enseguida los dejó solos para ir a buscar a su marido. El señor Knight, sin embargo, no parecía nada incómodo, y dijo con toda naturalidad:

—Bueno, señorita Swancourt, por fin la conozco. Cuando estaba en Londres se me escapó por unos minutos.

—Sí. Me enteré de que había visto a la señora Swancourt.

—Y ahora crítico y criticada están por fin cara a cara —añadió despreocupadamente.

—Sí, aunque el hecho de que sea usted pariente de la señora Swancourt le quita hierro al asunto. Qué raro se me hace pensar que sean ustedes de la misma familia. — Elfride comenzaba a recuperar el dominio de sí, y miraba a Knight a la cara—. Simplemente deseaba que usted conociera mis verdaderas intenciones al escribir el libro..., lo deseaba con todas mis fuerzas.

—Comprendo perfectamente ese deseo; y me alegró que mis comentarios dieran en el blanco. Me temo que es algo que casi nunca consigo.

Elfride se contuvo. Ahí estaba él, aferrándose a sus opiniones con firmeza, como

si la cortesía y la amistad no exigieran de inmediato que renunciara a ellas.

—¡Por culpa de lo que escribió me he sentido muy molesta y apenada! —murmuró Elfride abandonando de pronto ese hablar por hablar típico de dos personas que acaban de conocerse y asumiendo la actitud de indignación propia de un niño hacia un maestro demasiado severo.

—En este caso, ése es el objeto de una crítica honesta. No causar un pesar innecesario, sino: «Apenar, pero sin causar daño^[34]». Creo que eso es lo que una poderosa pluma escribió una vez a los gentiles. ¿Va usted a escribir otra novela?

—¿Escribir otra? —dijo Elfride—. ¿Para que alguien pueda condenarla ayudándose de las Sagradas Escrituras como usted hace, señor Knight?

—La próxima vez puede que le salga mejor —dijo él sin perder la compostura—. Y creo que será así. Pero le aconsejaría que se ciñera a las escenas domésticas.

—Gracias. ¡Pero nunca más!

—Bueno, puede que tenga razón. Que una joven se dedique a escribir no es, de ningún modo, lo mejor que se puede decir de ella.

—¿Y qué es lo mejor?

—Prefiero no decirlo.

—Ah, lo sabe. Entonces dígalo, por favor.

—Bueno —era evidente que no era eso lo que Knight iba a decir—, supongo que lo mejor que se puede decir es que se ha casado.

Elfride vaciló.

—Y cuando está casada, ¿qué? —dijo al fin, con objeto de que la discusión nada tuviera que ver con su persona.

—Pues entonces no oír nada más de ella. Es lo mismo que Smeaton dijo de su faro: la mayor alabanza que se puede hacer de él, pasada ya la novedad de la inauguración, es que nada ocurra que lo ponga en boca de todos^[35].

—Entiendo —dijo Elfride en voz baja y pensativa—. Aunque claro, con los hombres es otra cosa. ¿Por qué no escribe usted novelas, señor Knight?

—Porque no le interesarían a nadie.

—¿Por qué?

—Por varias razones. Para empezar, si quieres que tu novela sea popular, es juicioso que omitas tus verdaderos pensamientos.

—¿Le parece eso realmente necesario? Bueno, estoy segura de que, con un poco de práctica, usted podría hacerlo —dijo Elfride con un aire ex cátedra, como alguien que habla a partir de su experiencia artística—. Seguro que enseguida se haría un nombre.

—Hoy día hay tanta gente que se hace un nombre, que me parece más distinguido permanecer en la sombra.

—Ahora, hablando en serio, ¿por qué no escribe usted un libro en lugar de artículos sueltos? —insistió Elfride.

—Como veo que quiere hacerme hablar de mí, le hablaré en serio —dijo Knight

tan divertido por el catequismo de su joven amiga como interesado en su apariencia física—. Como ya le he dicho, no siento ese deseo. Y si lo tuviera, sería incapaz de concentrarme lo suficiente. Todos tenemos una reserva de energía, y hemos de usarla como mejor podamos. Y cuando la energía se ha ido gastando semana a semana, trimestre a trimestre, como ha sido mi caso en los últimos diez años, ya no quedan en el molino las reservas necesarias para completar un libro. Cuando uno tiene costumbre de obtener resultados rápidos, se hace difícil sostener una fe en el futuro.

—Sí, le entiendo. ¿De modo que por eso ha decidido escribir de manera fragmentaria?

—No, yo no escogí hacerlo en el sentido de elegir una profesión entre todas las que hay en el mundo. Me vi obligado de manera accidental. Aunque tampoco tengo nada que objetar a ese accidente.

—¿Y por qué no tiene nada que objetar? Quiero decir, ¿por qué se toma las cosas con tanta calma? —A Elfride le daba un poco de apuro interrogarle de esa forma, pero tan intensa era la curiosidad que le despertaba el señor Knight literario, que no podía parar de preguntar.

Desde luego, a Knight no le importaba ser franco con ella. Todos tenemos en mente ejemplos de hombres —no carentes de sensibilidad— que son habitualmente reticentes, pero que, cuando encuentran a un interlocutor que no pretende aprovecharse de ellos ni rivalizar con ellos ni condenarlos, se vuelven francos y disfrutan enormemente de esa franqueza que tenían aletargada.

—Bueno, si no me importó verme obligado por un accidente —replicó— fue porque, cuando uno decide su profesión, a veces es mejor una limitación fortuita que la libertad absoluta.

—Ya veo... Si es que he entendido lo que significan todas estas generalidades.

—Bueno, lo que quiero decir es que cuando el trabajo de uno tiene unos cimientos arbitrarios, que no se pueden alterar por mucho que les demos vueltas, deja la atención libre para poder concentrarla en el propio trabajo, con lo que éste sale enormemente beneficiado.

—La comprensión lateral aumenta la altura, como se diría en esa lengua —replicó maliciosamente Elfride—. Y supongo que donde no existen límites, como en el caso de un hombre rico con un gusto variado que desea hacer algo, lo mejor es elegir un límite de manera caprichosa que no tener ninguno.

—Sí —dijo él pensándose un poco—. Puedo darle la razón en eso.

—Bueno —prosiguió Elfride—, pues yo creo que lo mejor para la naturaleza de un hombre es no hacer nada de particular.

—Hay casos en los que uno se ve obligado a ello.

—Sí, sí. Yo me refería a cuando la única razón que le obliga es deleitarse en la fama futura. Últimamente no dejo de pensar en que es preferible disfrutar ahora de una nimia felicidad que estar pendiente de una inmensa dicha en el futuro, y no gozar de ninguna en el momento.

—Bueno, eso es lo mismo que he dicho yo como principio rector de todos los emprendedores efímeros como yo.

—Oh, siento haberle parodiado —dijo Elfride un tanto confusa—. Sí, es a lo que usted se refería al mencionar que no quería ser famoso. —A lo que añadió, con una presta convicción típica de su manera de pensar—: Hay mucha poquedad en intentar ser grande. Un hombre debe tenerse en alta consideración, y ser lo suficientemente vanidoso como para creer en sí mismo, antes de intentarlo.

—Pero puede no ser bueno que un hombre tenga una elevada opinión de sí mismo, sobre todo si queda probado que se ha equivocado. Además, no deberíamos concluir que un hombre que se esfuerza denodadamente por tener éxito es muy consciente de su mérito. Puede que se dé cuenta de que el éxito poco tiene que ver con el mérito, y sus razones sean precisamente su humildad.

La manera en que Knight trataba a Elfride la estaba exasperando. Daba la impresión de que él no deseaba que le dieran la razón, y cada vez que eso ocurría, Knight cambiaba de parecer. «Ah», pensaba ella en su fuero interno, «no tendré nada que hacer con un hombre así, aunque sea nuestro invitado.»

—Creo que descubriré —prosiguió Knight continuando la conversación más para acabar de expresar sus pensamientos que para captar la atención de ella— que, en nuestra época, el seguir adelante es para los hombres una simple cuestión de instinto. De pronto se dan cuenta, sin premeditación, de que han comenzado a intentarlo, y se dicen: «Ya que lo he intentado un poco, voy a seguir un poco más». Siguen porque han empezado.

Elfride, a su vez, no prestaba mucha atención a sus palabras en ese momento. Sin tener conciencia de ello, estaba haciendo algo peculiar: cogía cualquier punto de los comentarios de su interlocutor que pudiera interesarle, le daba vueltas y se ponía a pensar en qué opinaba ella sobre la cuestión, sin atender a lo que él pudiera decir a continuación. En tales ocasiones, escrutaba a su interlocutor con toda naturalidad, ¡y eso sí que reclamaba la presencia de un pintor! Sus ojos parecían mirarte y ver más allá de lo que eras en ese momento: tu futuro y más allá incluso de tu futuro: tu eternidad; y no es que la leyera, simplemente miraba de una manera inusual, inconsciente, con la mente aún concentrada en su pensamiento original.

Así es como miraba a Knight.

De pronto Elfride se dio cuenta de lo que estaba haciendo y quedó consternada.

—¿Por qué me miraba tan fijamente? —preguntó él.

—Pensaba en lo inteligente que es usted —dijo ella con una falta de premeditación que resultó asombrosa en su honestidad y simplicidad.

Desasosegada por haber hablado sin pensar, se levantó y se acercó a la ventana, pues había oído las voces de su padre y de la señora Swancourt que se acercaban por la terraza.

—Aquí están —dijo Elfride.

Knight salió al jardín detrás de ella, quien se quedó en el borde de la terraza cerca

de la balaustrada de piedra y miró en dirección al sol, que asomaba por un calvero del bosque, en . aquel momento hermosa como el valle de Tempe^[36], hacia el que se dirigía su padre.

Knight no pudo evitar mirarla. El sol se hallaba a diez grados del horizonte, y su tibia luz inundaba la cara de Elfride y convertía el vivo rosa de sus mejillas en un intenso bermellón, y sólo se veía el tono natural de su piel allí donde la mejilla caía hacia la sombra. Cada vez que la brisa soplaba o cesaba, los extremos de sus cabellos se agitaban suavemente o colgaban sobre los hombros. Los flecos y cintas de su vestido, movidos por la misma brisa, lamían como lenguas las partes que los rodeaban y aleteaban hacia adelante surgiendo de los sombríos pliegues que, de este modo, obtenían su porción del lustroso resplandor naranja del sol.

El señor Swancourt le lanzó a Knight un grito de bienvenida desde unos treinta metros, y tras unas palabras preliminares pasaron a una profundísima conversación acerca del magnífico linaje de los Knight, y salieron a la luz algunas teorías relacionadas con la genealogía y el matrimonio. Mientras tanto llegó el portamanteo de Knight y todos se retiraron a vestirse para la cena, que aquel día se había retrasado una hora con respecto al horario habitual.

La llegada de alguien era un acontecimiento importante en la vida de Elfride, ahora que volvían a estar en el campo, y la de Knight era sin duda de lo más fascinante. Y aquella noche, por primera vez, se fue a la cama sin pensar en Stephen.

XVIII

«Él oyó sus suspiros musicales.»
SHELLEY, *La revuelta del islam*

La vieja torre de la iglesia de Endelstow Oeste había llegado a las últimas semanas de su existencia. Iba a ser reemplazada por una nueva, construida a partir del proyecto del señor Hewby, el arquitecto que había mandado a Stephen. Tablas y postes habían llegado a la iglesia, habían incrustado barras de hierro en la venerable grieta que descendía del campanario hasta los cimientos, habían bajado las campanas, los búhos habían abandonado el hogar de sus ancestros, y seis iconoclastas ataviados de fustán blanco, para quienes el edificio en grietas era una especie de ídolo pagano, habían tomado habitación en el pueblo antes de comenzar a quitar las piedras. Eso fue el día después de la llegada de Knight. Para disfrutar por última vez de la vista que se veía desde lo alto en dirección al mar, el rector, la señora Swancourt, Knight y Elfride subieron a la sinuosa torrecilla: el señor Swancourt avanzando con sonoros jadeos, su mujer sufriendo en silencio, aunque no menos. Habían alcanzado la cima cuando una gran nube pálida que, sin la menor duda, transportaba lluvia, truenos y relámpagos, fue vista avanzando desde el norte.

Los dos cautos mayores sugirieron un retorno inmediato, y sin dilación lo pusieron en práctica.

—Hay que ver, ojalá no hubiera subido —exclamó la señora Swancourt.

—Nosotros bajaremos más lentos que vosotros —dijo el rector volviendo la cabeza—, de modo que no empecéis a descender hasta que nosotros estemos casi abajo, o nos atropellaréis y nos partiremos el cuello en la oscuridad de la torre.

Por consiguiente, Elfride y Knight esperaron sobre el emplomado hasta que se despejara la escalera. Aquella mañana Knight no estaba muy locuaz. Elfride se sentía bastante molesta porque él no le hacía caso, pensando que no la consideraba una digna interlocutora. Mientras Knight observaba la llegada de la nube, ella se dirigió al otro lado de la torre y allí realizó una vertiginosa proeza que había llevado a cabo el año anterior. Se trataba de andar sobre el parapeto de la torre, que carecía de almenas o pináculos y presentaba una superficie llana de medio metro de anchura formando una línea recta en los cuatro puntos cardinales. Sin ponerse a reflexionar sobre lo que estaba haciendo, se subió al parapeto y comenzó a andar.

—Estamos abajo, primo Henry —gritó la señora Swancourt en dirección a la torre—. Venid cuando queráis.

Knight se volvió y vio a Elfride iniciar su paseo sobre el parapeto. La sangre le inundó la cara con una mezcla de preocupación y cólera ante aquella imprudencia.

—¡Desde luego, la creía más sensata! —exclamó.

Ella se sonrojó un poco y siguió andando.

—¡Señorita Swancourt, insisto en que baje de ahí! —profirió Knight.

—Bajaré enseguida. No pasa nada. Lo he hecho muchas veces.

En aquel momento, a causa de la leve zozobra producida por las palabras de Knight, el pie de Elfride quedó atrapado en una zona de hierba que había en la junta de dos piedras y casi perdió el equilibrio. Knight saltó hacia ella con una expresión de horror. Por lo que pareció una intervención especial de la considerada Providencia, Elfride se tambaleó hacia el parapeto interior en lugar de hacia el exterior, y fue a parar sobre el emplomado que quedaba más o menos medio metro por debajo de la altura del muro.

Knight la agarró como si fuera un torno de banco y dijo:

—¡Que haya tenido que conocer a una mujer lo bastante estúpida para hacer algo así! ¡Dios bendito, debería avergonzarse!

La proximidad de la Sombra de la Muerte había mareado a Elfride, que ahora estaba pálida como un cadáver. En ese estado, y muy afectada por las palabras de él, se desvaneció mientras él la tenía en sus brazos.

Los ojos de Elfride no permanecieron cerrados más de cuarenta segundos. Los abrió, y al instante recordó la postura en que se encontraba. La cara de él ya no reflejaba cólera ni severidad, sino lástima. Sus palabras de vigor la habían asustado y ahora luchaba por soltarse.

—Si se sostiene en pie, adelante —dijo Knight, y la soltó—. No sé si reírme de su travesura o reprenderla por su estupidez.

Elfride de inmediato se desmoronó y Knight volvió a levantarla.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó.

Elfride emitió un murmullo incoherente e intentó sonreír; apartando la cara, dijo:

—Sólo estoy asustada. Suélteme. ¡Suélteme!

—Pero si no puede andar —dijo Knight.

—No lo sabe. ¿Cómo va a saberlo? Le he dicho que sólo estoy asustada —respondió ella con petulancia, y se llevó la mano a la frente. Entonces Knight vio que tenía un profundo corte en la muñeca y sangraba; al parecer había rozado un saliente del emplomado. También Elfride pareció darse cuenta entonces y por un momento casi volvió a desmayarse. Knight la vendó rápidamente con su pañuelo y, para acabar de arreglarlo, la nube de tormenta que habían estado contemplando comenzó a derramar gotas de lluvia. Knight levantó la mirada y vio al rector avanzando hacia la casa a grandes zancadas y a la señora Swancourt caminando junto a él como un pato.

—Ya que está mareada, será mejor que la baje —dijo Knight—, o al menos entremos y protejámonos de la lluvia. —Pero como ella no dejaba que la levantara, no pudo llevarla más de cuatro o cinco pasos.

—Esto es absurdo, totalmente absurdo —exclamó él dejándola en el suelo.

—¡Desde luego! —murmuró ella con lágrimas en los ojos—. ¡Yo le digo que no quiero que me lleve en brazos, y usted dice que es absurdo!

—Y lo es.

—¡No, no lo es!

—Yo creo que es absurdo. En cualquier caso, el origen de todo esto.

—No estoy de acuerdo. Y no tiene por qué enfadarse tanto conmigo; no lo merezco.

—Desde luego que sí. Merece usted la enemistad de los príncipes, como se dijo de alguien. Y ahora, ¿quiere entrelazar las manos en mi nuca para que pueda bajarla sin hacerle daño?

—No y no.

—Más vale que lo haga, o procederé.

—¿Qué quiere decir?

—No le daré oportunidad de oponerse.

Elfride echó la cabeza hacia atrás.

—Y ahora, estése quieta cuando la coja.

—No puedo.

—Pues sométase en silencio.

—Me da igual, me da igual —murmuró Elfride en tono lánguido y con los ojos cerrados.

El la cogió en brazos, entraron en la torrecilla y con pasos lentos y cautos bajaron la escalera de caracol. A continuación, con la suavidad de una madre, Knight se ocupó del corte de Elfride. Mientras limpiaba la herida y volvía a vendarla, la cara de Elfride pasó de una dolida indiferencia a algo parecido a un tímido interés, todo ello salpicado de pequeños temblores y estremecimientos más bien insignificantes.

En el centro de sus pálidas mejillas apareció un circulillo rojo del tamaño de una hostia y siguió creciendo. Por un momento, Elfride pensó que Knight reemprendería su sermón acerca de lo estúpida que era, pero él no volvió a mencionarlo.

—Prométame que jamás volverá a caminar sobre el parapeto.

—Pronto lo derribarán, así que se lo prometo. —Al cabo de un momento, Elfride añadió en tono más bajo y en serio—: Usted conoce, al igual que todo el mundo, la extraña sensación de que cierta escena de nuestra vida se está repitiendo o se repetirá.

—¿Quiere decir que es un momento que ya hemos vivido?

—O volveremos a vivir. Bueno, pues en la torre experimenté la sensación de que esa escena volverá a ocurrir entre nosotros.

—¡Dios no lo quiera! —dijo Knight—. Prométame que jamás volverá a caminar por ese lugar bajo ningún concepto.

—Se lo prometo.

—Que eso ya ha ocurrido antes, lo sabemos. Que no volverá a ocurrir, usted lo ha prometido. Por tanto, no piense más en esa estúpida fantasía.

Había comenzado a llover con fuerza pero sin relámpagos. Al cabo de unos minutos la tormenta había parado.

—Y ahora cójame del brazo, por favor.

—Oh, no, no es necesario.

Esa nueva muestra de obstinación se debía a que él había vuelto a utilizar el adjetivo «estúpido» en relación con ella.

—Pamplinas, es absolutamente necesario; enseguida volverá a llover y usted aún no se ha recuperado. —Y sin más Knight le cogió la mano, la colocó bajo su brazo y la sostuvo con tanta fuerza que ella no podría haberla quitado sin gran esfuerzo. Elfride se sintió por primera vez en su vida como un potro con ronzal, pero temía enfurecerse, por lo que se sintió muy aliviada cuando divisó el carruaje doblando la esquina.

La caída que había sufrido en la techumbre fue explicada con cierto detalle al entrar en la casa, aunque ni Elfride ni Knight mencionaron cómo se había originado el accidente. Durante el resto de la tarde no se vio a Elfride; pero a la hora de cenar apareció tan radiante como siempre.

En la sala, después de estar en compañía del señor y la señora Swancourt durante una hora, Knight se encontró de nuevo con Elfride, quien había estado examinando un problema de ajedrez de una revista ilustrada.

—¿Le gusta el ajedrez, señorita Swancourt?

—Sí, es mi juego científico favorito; de hecho, el único. ¿Usted juega?

—He jugado, aunque no últimamente.

—Rétale, Elfride —la animó el rector—. Mi hija juega muy bien para ser una mujer, señor Knight.

—¿Jugamos? —preguntó tímidamente Elfride.

—Desde luego. Estaré encantado.

Comenzó la partida. El señor Swancourt ya no se acordaba de que Elfride había jugado con Stephen Smith un año antes. Elfride sí; pero había comenzado a adoptar como máxima la indudable verdad de que la necesidad de seguir fiel a Stephen sin levantar sospechas dictaba un comportamiento veleidoso de manera casi tan imperativa como la propia veleidad; un hecho, sin embargo, que otorgaba una enorme ventaja a esa última cualidad caso de que llegara a aparecer.

Knight, por uno de esos descuidos que a veces afectan a los mejores jugadores, colocó su torre en manos de uno de los peones. Era la primera ventaja de Elfride. Se la vio triunfante, incluso implacable.

—¡Por todos los santos! ¿En qué estaba pensando? —dijo Knight sin perder la calma; y luego apartó toda preocupación por ese accidente.

—Pieza soltada, pieza jugada, ¿verdad, señor Knight? —dijo Elfride en tono persuasivo.

—Sí, desde luego —dijo el señor Knight, aunque sin embargo se acordó de las dos o tres veces en que le había permitido a Elfride cambiar la jugada, tras asegurarle ella que ese movimiento era una total metedura de pata.

Elfride comió sin piedad la desdichada torre y prosiguió la partida, con la consiguiente ventaja de la joven. Pero él ganó un intercambio de piezas, recuperó su posición y empezó a ponerla en apuros. Elfride se aturulló y colocó su reina en la fila

de la torre que le quedaba a Knight.

—¡Vaya, qué tontería! Le juro que no había visto su torre. ¡Naturalmente, sólo un estúpido habría puesto la reina ahí a sabiendas!

Elfride habló con tono alterado, medio esperando que su antagonista le diera la oportunidad de rectificar el movimiento.

—Tiene toda la razón —dijo Knight con serenidad, y extendió el brazo hacia su regia víctima.

—No es muy cortés aprovecharse de ese fallo —dijo Elfride con cierta irritación.

—Pieza soltada, pieza jugada. ¿No es eso lo que ha dicho antes? —le replicó suavemente Knight, y sin compasión se apoderó de la reina.

Elfride estuvo a punto de hacer un puchero, pero le dio vergüenza; casi tenía lágrimas en los ojos. Había estado pensando y pensando con tanta —tantísima— concentración que tenía la cabeza hecha un remolino, y le parecía que, después de todo, era cruel que él la tratara así.

—Creo que es... —comenzó a decir Elfride.

—¿Qué?

—... desagradable aprovecharse de un error como ése.

—Yo he perdido una torre por un error aún más tonto —dijo el enemigo en un tono inexorable, sin levantar los ojos.

—Sí, pero... —No obstante, como la lógica de él era incontestable, Elfride simplemente dejó constancia de su protesta—. No soporto la despiadada actitud de los clubs y los jugadores profesionales como Staunton y Morphy^[37]. ¡Como si realmente importara si ya has soltado una pieza o no!

Knight sonrió de manera tan implacable como antes, y siguieron jugando en silencio.

—Jaque mate —dijo Knight.

—Juguemos otra partida —dijo perentoriamente Elfride; se la veía bastante acalorada.

—Encantado —dijo Knight.

—Jaque mate —dijo Knight al cabo de cuarenta minutos.

—Otra partida —dijo ella muy decidida.

—Le doy un alfil de ventaja —le dijo Knight muy amablemente.

—No, gracias —contestó Elfride en un tono que pretendió ser de cortés indiferencia pero que, de hecho, resultó muy displicente.

—Jaque mate —dijo su oponente sin la menor emoción.

¡Qué diferente el estado de ánimo que experimentaba Elfride en ese momento y el de cuando cometió errores a propósito para que Stephen Smith pudiera ganar!

Era hora de acostarse. Furiosa —le palpitaban tanto las sienas que parecía que el cerebro se le iba a salir de la cabeza—, se fue a su dormitorio torturada por la idea de haber sido derrotada una y otra vez habiendo sido ella la agresora. Después de dos o tres años de haber disfrutado de la reputación de ser una jugadora excelente en el orbe

de la mente de su padre —que constituía casi todo el mundo de Elfride—, el fiasco resultaba intolerable pues, por desgracia, la persona que más se obstina en creer en una falsa reputación es siempre la que la posee, que es quien mejor debería saber que no es cierta.

Una vez en la cama no hubo sueño que la aliviara pues éste era como ese amigo veraniego que huye al menor asomo de nube. Tras estar despierta hasta las dos, se le ocurrió una idea. Se levantó sin hacer ruido y fue a la biblioteca a buscar el volumen de Práctica del Ajedrez^[38]. Regresó a su dormitorio y se quedó sentada en la cama estudiando el libro hasta que dieron las cinco y los párpados comenzaron a pesarle. En ese momento apagó la luz y volvió a echarse.

—Estás pálida, Elfride —dijo la señora Swancourt a la mañana siguiente durante el desayuno—. ¿Verdad, primo Harry?

Una chica, aunque se encuentre perfectamente, no puede evitar ponerse enferma cuando, obedeciendo a algún comentario, así la ven todos los ojos que hay sentados a una mesa. Todos miraban a Elfride. Sin duda estaba pálida.

—¿Estoy pálida? —dijo con una leve sonrisa—. Esta noche no he dormido mucho. No podía librarme de los ejércitos de alfiles y caballos por mucho que lo intentara.

—No es bueno jugar al ajedrez antes de acostarse, sobre todo para la gente excitable como usted, querida. No vuelva a jugar nunca a esas horas.

—A partir de ahora jugaré más temprano. Primo Knight —dijo ella imitando a la señora Swancourt—, ¿me haría usted un favor?

—Aunque me pida la mitad de mi reino.

—Juguemos otra partida.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo, en cuanto hayamos desayunado.

—Tonterías, Elfride —dijo su padre—. Te vas a convertir en una esclava de ese juego.

—¡Quiero jugar, papá! De verdad, no soporto haber sido derrotada de manera tan ignominiosa. Y al señor Knight no le importa. ¿Qué mal puede haber en ello?

—Pues juguemos si usted lo desea —dijo Knight.

Así pues, una vez concluido el desayuno, los combatientes se retiraron al silencio de la biblioteca y cerraron la puerta. Elfride intuía vagamente que su conducta era muy poco ajustada a las convenciones y al comedimiento. Y peor aún, imaginó que en la cara de Knight veía una expresión un tanto divertida ante su manera de obrar.

—Supongo que me considera estúpida —dijo ella con desconsideración—. Pero, al menos por una vez, quiero jugar lo mejor que sé y ver si puedo derrotarle.

—Desde luego: nada más natural. Aunque me temo que no es el plan que suelen adoptar las mujeres de mundo tras una derrota.

—¿Por qué?

—Porque saben que, después de una derrota, lo más sensato es borrar el recuerdo

de haber sido derrotada, y a eso dedican por completo su atención.

—O sea, que me he vuelto a equivocar.

—Quizá me complazca más su error que su acierto.

—No sé si habla en serio o se ríe de mí —dijo ella, lanzándole una mirada de incertidumbre, aunque más inclinada a aceptar la interpretación más halagadora—. Estoy casi segura de que me considera una vanidosa por creer que puedo derrotarle. Bueno, pues si lo piensa, le digo que no es pecado la vanidad en este caso.

—Bueno, quizá no. Pero tampoco es virtud.

—¡Oh, sí en la batalla! El valor de Nelson reside en su vanidad^[39].

—¡Desde luego! Y también causó su muerte.

—¡No, no! Pues está escrito en el libro del profeta Shakespeare:

*¿Tener miedo y que te maten? Nada peor puede ocurrirte en combate;
¡Pero luchar y morir, es la muerte destruyendo a la muerte!...*^[40]

Dicho esto, los dos se sentaron y comenzó la partida. Elfride salió. Avanzó el juego. El corazón de Elfride le latía con tanta violencia que no podía estarse quieta. Lo que más temía era que él lo oyera. Y él lo descubrió al final, pues las pulsaciones hicieron palpar unas flores que había sobre la mesa.

—Creo que es mejor que lo dejemos —dijo Knight lanzándole una amable mirada—. Sé que esto es excesivo para usted. Anotemos la posición y acabaremos en otro momento.

—No, por favor, no —imploró ella—. No descansaré hasta que no conozca el desenlace. Le toca mover.

Pasaron diez minutos.

De pronto Elfride se puso en pie de un salto.

—¡Sé lo que está haciendo! —exclamó. La cólera coloreó sus mejillas, sus ojos mostraron indignación—. ¡Se le ha ocurrido dejarme ganar para complacerme!

—No me importa admitir que es cierto —respondió Knight flemático, y lo pareció aún más en contraste con la agitación de Elfride.

—No debe hacerlo. No pienso tolerarlo.

—Muy bien.

—No, eso no servirá de nada. Insisto en que me prometa no hacer algo tan absurdo. ¡Eso es insultarme!

—Muy bien, señora. No haré algo tan absurdo. Usted no ganará.

—¡Eso habrá que verlo! —replicó ella con orgullo, y prosiguió la partida.

Lo único que se oía era el tictac de un curioso reloj que había en lo alto de una estantería. Pasaron diez minutos; él mata el caballo de Elfride, ella captura el de él y parece el mismísimo Radamantis^[41].

Transcurren otros diez minutos; ella le come un peón y tiene ventaja y hace

ostentación de ello de manera muy llamativa. Otros cinco minutos; él le come el alfil; ella iguala la situación comiéndole también el alfil.

Tres minutos más; a ella se la ve osada y le come la reina: a él se le ve tranquilo y come la de ella.

Pasan ocho o diez minutos; él come un peón; ella exclama «¡bah!», pero no puede comerle ni un peón en represalia.

Al cabo de diez minutos, él come otro peón y dice: «Jaque!». Ella se sonroja, salva la situación comiéndole el alfil, y pone una expresión de triunfo. Él de inmediato le come el alfil: ahora se la ve sorprendida.

Cinco minutos más; con un movimiento enérgico, captura el único alfil que le queda a Knight; él contraataca comiéndose el último caballo de Elfride.

Dos minutos; él le da jaque; la mente de Elfride se halla en un estado de enorme tensión, se cubre la cara con la mano.

Y aún cinco minutos más; Knight le come la torre y le vuelve a dar jaque. Literalmente, Elfride tiembla, pues teme que él se anticipe a la artera sorpresa que le tiene reservada con otra sorpresa igual de artera.

Cinco minutos:

—Jaque mate en dos jugadas! —exclama Elfride.

—Si puede —dice Knight.

—¡Oh! lo he calculado mal; ¡qué cruel!

—Jaque mate —dice Knight, y logra la victoria.

Elfride se levantó y dio media vuelta sin permitir que él le viera la cara. Una vez en el vestíbulo echó a correr escaleras arriba y entró en su habitación. Tras arrojar sobre la cama, lloró amargamente.

* * *

—¿Dónde está Elfride? —dijo su padre a la hora del almuerzo. Knight aguardó ansioso la respuesta. Había esperado volver a verla antes de comer.

—No se encuentra bien, señor —fue la réplica.

La señora Swancourt se puso en pie, salió del comedor y subió al aposento de Elfride.

En la puerta estaba Unity, que ahora ocupaba una posición intermedia entre doncella de Elfride y criada.

—Duerme profundamente, señora —susurró Unity.

La señora Swancourt abrió la puerta. Elfride estaba echada en la cama completamente vestida, la cara caliente y roja, los brazos extendidos a los lados. A intervalos de un minuto se agitaba inquieta de un lado a otro, y gimoteaba de manera confusa palabras utilizadas en el ajedrez.

A la señora Swancourt le gustaba hacer de médico, y le tomó el pulso. Vibraba como la cuerda de un arpa, a la velocidad de casi ciento cincuenta pulsaciones por

minuto. Tras colocar suavemente a Elfride en una posición más cómoda, volvió a bajar al comedor.

—Ahora duerme —dijo la señora Swancourt—. No parece estar muy bien. Primo Knight, ¿en qué estabas pensando? Su tierna inteligencia no soporta que la estrujen como si fuera tu gran cerebro. Deberías haberle prohibido terminantemente que volviera a jugar.

Lo cierto es que la experiencia del ensayista con la naturaleza de las jóvenes era mucho menos amplia de lo que su conocimiento abstracto de ellas pudiera llevar a creer. Podía agruparlas en máximas como un experto, pero en la práctica no sabía nada.

—Lo siento mucho —dijo Knight sintiéndolo aún más de lo que expresaba—. ¡Pero creo que la joven sabe perfectamente lo que le conviene!

—¡Válgame Dios, eso es justamente lo que no sabe! Nunca piensa en esas cosas, ¿verdad, Christopher? Su padre y yo tenemos que estarle encima y hacerla obedecer, igual que si fuera una niña. Dice cosas dignas de un epigramático francés y se comporta como un petirrojo en un invernadero. Pero creo que haré venir al doctor Granson..., mal no le hará.

De inmediato enviaron a un hombre a caballo a Castle Boterel, y el caballero conocido como doctor Granson acudió esa misma tarde. Éste afirmó que el sistema nervioso de Elfride estaba bastante alterado; le recetó un bebedizo para aliviarla y dio orden de que bajo ningún concepto volviera a jugar al ajedrez.

A la mañana siguiente, Knight, muy molesto consigo mismo, esperó con una curiosa mezcla de sentimientos que ella entrara a desayunar. Las criadas entraban para los maitines a intervalos irregulares, y siempre que una de ellas aparecía, Knight no podía evitar volver la cabeza con la esperanza de que fuera Elfride. El señor Swancourt comenzó la lectura sin esperarla. A continuación alguien entró sigilosamente; Knight levantó levemente la mirada: no era más que la ayudante del cocinero. Knight se dijo que la lectura de oraciones era un latazo.

Salió solo, y casi por primera vez reconoció que conversar con los atractivos de la naturaleza no era una cuestión de soledad. Al volver a acercarse a la casa advirtió que su joven amiga cruzaba la cuesta por una vereda que conducía a la que él había estado siguiendo en un ángulo de la parcela. Allí se encontraron. Elfride se sentía a la vez exultante y avergonzada: toparse con él le produjo el efecto de entrar en una catedral.

Knight llevaba su cuaderno en la mano y de hecho, cuando se vieron el uno al otro, estaba escribiendo. Dejó una frase a la mitad y afectuosamente preguntó por el estado de salud de Elfride. Ella dijo que se encontraba perfectamente, y la verdad era que jamás había tenido mejor aspecto. Su salud no era tan inconsecuente como sus actos. Tenía los labios rojos, sin el lustre que dan las cerezas, y su rojez limitaba con una piel clara mediante una línea claramente definida, carente de la menor irregularidad. En conjunto, parecía la última persona en el mundo que se dejaría

afectar por una derrota ajedrecística, pues tenía un aspecto demasiado efímero para jugar.

—¿Está tomando notas? —preguntó con una presteza que tenía que ver no tanto con su interés en el tema como con un deseo de que él no se pusiera a hablar de ella.

—Sí, estaba escribiendo una entrada. Y con su permiso, la acabaré. —Knight se quedó inmóvil y escribió. Elfride permaneció un momento a su lado y a continuación siguió andando.

—Me gustaría ver todos los secretos que contiene ese cuaderno —le dijo jovialmente volviendo la cabeza.

—No creo que lo encontrara muy interesante.

—Seguro que sí.

—Entonces no tengo más que decir.

—Pero primero le haría esta pregunta. ¿Se trata de un libro de simples anotaciones referentes a sus viajes y gastos y todo eso, o es un cuaderno de reflexiones?

—Bueno, a decir verdad, no es exactamente ni una cosa ni otra. En su mayor parte son apuntes para artículos y ensayos, inconexos y deshilvanados, que no pueden interesar a nadie más que a mí.

—¿Contienen entonces el embrión de los pensamientos que luego desarrollará?

—Sí.

—Si resultan interesantes cuando se amplían al tamaño de un artículo, ¡lo que deben de ser en su forma concentrada! Puro espíritu destilado con una enorme graduación alcohólica antes de rebajarlo para que sea adecuado para el consumo humano: «palabras que queman^[42]», sin duda.

—O más bien como un globo antes de que lo hinchen: flojos, informes, inertes. Casi ni podría leerlos.

—¿Puedo intentarlo? —Le dirigió una mirada persuasiva—. Así es como escribí mi pobre novela..., quiero decir a fragmentos, al aire libre... y me gustaría ver si su manera de entrar las cosas es la misma que la mía.

—Desde luego, es una petición embarazosa. Pero ya que me lo ha pedido con tanta franqueza, creo que no puedo negarme, aunque...

—Me considera una maleducada por pedírselo. ¿Pero acaso no me justifica el que usted escribiera en mi presencia, señor Knight? Si yo hubiera dado con su libro por casualidad, habría sido muy diferente; pero usted se ha quedado delante de mí y me ha dicho: «Perdone un momento», sin importarle si me molestaba o no, y ha seguido escribiendo, para luego decirme que no se trata de cosas privadas sino de ideas públicas.

—Muy bien, señorita Swancourt. Si de verdad quiere verlo, aténgase a las consecuencias. Recuerde que mi consejo es que no toque mi cuaderno.

—Y ahora que me ha advertido, ¿tengo su permiso?

—Sí.

Elfride vaciló un instante, miró la mano de Knight que sujetaba el cuaderno, soltó una carcajada y tras decir: «Debo verlo», se lo quitó de entre los dedos.

Knight deambuló hacia la casa, dejando a Elfride en la vereda, pasando páginas. Cuando llegó al portillo, vio que ella se había movido, y esperó allí hasta que apareció.

Elfride había cerrado el cuaderno, y lo transportaba desdeñosamente por una esquina, cogido entre el índice y el pulgar; en su cara había una expresión de enfado. En silencio le tendió el volumen, sin levantar la vista a más altura que la mano que sujetaba el cuaderno.

—Cójalo —dijo Elfride enfurruñada—. No quiero leerlo.

—¿Ha podido entenderlo? —preguntó Knight.

—Todo lo que he visto. Pero no deseo leer más.

—¿Por qué, señorita Swancourt?

—Pues porque no quiero..., eso es todo.

—Le advertí que no lo hiciera.

—Sí, pero poco imaginé que hablaba de mí.

—Su nombre no se menciona ni una vez en este cuaderno.

—Mi nombre no, ya lo sé.

—Ni se la describe, ni hay nada que permita que alguien la reconozca.

—Excepto yo misma. ¿Qué es esto si no? —exclamó Elfride quitándole el cuaderno y abriéndolo por una de sus páginas—. siete de agosto. Eso fue anteayer. Pero no lo leeré —dijo Elfride cerrando el cuaderno con altivez—. ¿Por qué iba a hacerlo? Nadie me mandaba pedirle que me enseñara su diario, me lo tengo merecido.

Knight apenas recordaba lo que había escrito y lo abrió para hacer memoria. Se encontró con los siguientes párrafos:

7 de agosto. La chica entra en la adolescencia y empieza a ser consciente de sí misma. Tras un cierto intervalo pasado en infantil desesperanza, esa conciencia empieza a actuar. Simple, joven, inexperta al principio. Cualquier persona observadora puede decir con exactitud la edad que tiene esa conciencia por la habilidad adquirida en ese arte necesario para que tenga éxito, que es el arte de ocultarla. Generalmente comienza con actos cuyo fin es llamar la atención. El método adoptado depende en cada caso del carácter, la clase social, la residencia de la joven que lo pone en práctica. Las chicas de ciudad profieren alguna paradoja moral sobre los hombres libertinos o el amor. Las de campo adoptan el método más contundente de subirse a un horrible parapeto, silbar o helarte la sangre dando la impresión de que arriesga el cuello. (Mem. Sobre Endelstow Tower).

Por supuesto, una inocente vanidad es el origen de este comportamiento. Miradme, dicen estas jóvenes principiantes del artificio femenino, sin

*reflexionar acerca de si les conviene o no mostrar tanto de sí mismas.
(Amplificar y corregir para el ensayo sobre el Artificio sin arte).*

—Sí, ahora lo recuerdo —dijo Knight—. Sin duda estas notas fueron inspiradas por su maniobra en la torre de la iglesia. Pero no debe darles mucha importancia a estas observaciones hechas al acaso —añadió para animarla al ver que ella se sentía ofendida—. Una simple fantasía que se me pasó por la cabeza adquiere para usted una importancia facticia, pues se convierte en permanente al quedar escrita. Todos los seres humanos piensan cosas tan horribles como ésa de las personas que más quieren en el mundo, aunque como jamás toman forma sobre el papel, es como si nunca hubieran existido. Me atrevería a decir que usted misma debe de haber pensado algo desagradable de mí, que parecería igual de terrible si estuviese escrito. Le reto a que me lo diga ahora.

—¿Lo peor que he pensado de usted?

—Sí.

—No debo.

—Oh, sí.

—Pensé que era bastante cargado de espaldas.

Knight enrojeció levemente.

—Y que el pelo le ralea en la coronilla.

—¡Ja, ja, ja! Dos defectos imposibles de erradicar —dijo Knight, y en su carcajada resultó perceptible cierto horror—. A ojos de una mujer son muchos peores que el que la consideren vanidosa, supongo.

—Ah, eso está muy bien —dijo Elfride, demasiado inexperta para darse cuenta de su sarcasmo y por tanto poco dispuesta a olvidar sus notas—. Aludía a mí en esa entrada como si yo fuera una niña. Todo el mundo hace lo mismo. No puedo entenderlo. Soy toda una mujer, ya lo sabe. ¿Qué edad cree que tengo?

—¿Qué edad? Yo diría que diecisiete. Todas las chicas tienen diecisiete años.

—Se equivoca. Soy mucho mayor. ¿Qué mujeres le gustan más, las que parecen más jóvenes o las que parecen mayores?

—Así de pronto yo diría que las que parecen mayores.

Elfride, por tanto, no se contaba entre ellas.

—Bueno, es bien sabido —dijo Elfride con vehemencia, y había algo conmovedor en su inmenso afán, que sus palabras expresaban sin artificio, de que la tuviera en alta consideración— que cuanto más tarda en desarrollarse un carácter, más rico es. Los jóvenes que se hacen hombres y mujeres antes de la edad correspondiente son unos don nadie cuando esos que iban retrasados alcanzan su pleno apogeo.

—Sí —dijo Knight pensativo—. Hay algo de razón en esas palabras. Pero a riesgo de ofenderla, debo recordarle que da usted por sentado que la mujer que parece más joven de lo que es todavía no ha llegado al límite de sus posibilidades. Puede que

su retraso no sea debido a que es lenta en desarrollarse, sino a que ya haya agotado su capacidad para desarrollarse.

Elfride pareció decepcionada. Ya habían entrado en la casa. La señora Swancourt, cuya mayor afición era ejercer de casamentera por cualquier medio que fuera honesto, tenía un plan referente a esa pareja. La habitación matinal, en la que ambos esperaban encontrarla, estaba vacía; por la razón ya mencionada, la anciana dama había salido por una puerta mientras ellos entraban por otra.

Knight se acercó a la chimenea y sin prestar atención observó dos retratos enmarcados en marfil.

—Aunque estas damas sonrosadas tenían unos rasgos muy rudimentarios, a juzgar por lo que veo aquí —observó—, poseían unas melenas incuestionablemente hermosas.

—Sí, y eso lo es todo —dijo Elfride posiblemente consciente de la suya propia, o quizá no.

—No todo; aunque desde luego sí es mucho.

—¿Qué color le gusta más? —se aventuró a preguntar Elfride.

—La melena es algo que depende más de la abundancia que del color.

—Dadas dos melenas igual de abundantes, ¿puedo preguntarle qué color de pelo prefiere?

—El negro.

—Me refiero en las mujeres —dijo ella encajando el comentario casi sin inmutarse con la esperanza de que él la hubiera malinterpretado.

—Y yo también —contestó Knight.

Era imposible que no supiera de qué color tenía el pelo Elfride. En las mujeres que lo llevan sin rizar, un hombre puede pasarlo por alto si no es muy observador. Pero el suyo siempre llamaba la atención. Veías su pelo igual que veías su sexo, y sabías que era de un castaño claro. Comprendió que Knight, perfectamente consciente de ello, tenía un gusto independiente en la materia.

Elfride estaba inmensamente ofendida. Sólo podía sentirse molesta por la honestidad de las opiniones de Knight, y lo peor era que, cuanto más adversas a ella eran, más las respetaba. Y ahora, como un jugador temerario, arriesgó su último y mejor tesoro. Sus ojos: ahora lo eran todo.

—¿Qué color de ojos prefiere, señor Knight? —dijo ella lentamente.

—¿Honestamente, o quiere un cumplido?

—Honestamente, desde luego. ¡No quiero cumplidos de nadie!

Y sin embargo Elfride pensaba todo lo contrario: que un cumplido o una palabra de aprobación de ese hombre sería como un pozo para un árabe famélico.

—El color avellana —dijo él con serenidad.

Elfride había vuelto a jugar y había perdido.

XIX

«El amor era el siguiente paso.»
DRYDEN, *El banquete de Alejandro*

Knight jamás utilizaba en su conversación esas ligeras familiaridades que, mediante sensatos toques de epigramática adulación, borran el recuerdo que tiene una mujer de las opiniones abstractas de su interlocutor. De modo que no volvió a hablarse del pelo, los ojos o el desarrollo. La mente de Elfride estaba impregnada con la conciencia de su propia insignificancia hasta un extremo que la hacía sentirse incómoda, y esa incomodidad quedaba delatada en su cara. La parte final de la conversación, de una manera discreta pero implacable, sólo había servido para menospreciarla; como defensa, se aferró de buena gana a la admiración que sentía Stephen por ella. Él jamás habría sido tan desagradable como para admirar un carácter y unos rasgos que no fueran los de ella. Ciertamente, Stephen le había declarado su amor: el señor Knight nunca había hecho nada parecido. Pero eso tampoco arregló nada, y no se le borró la sensación de verse insignificante a ojos de Knight. Si hubiese ocurrido lo contrario: que Stephen la hubiera amado contraviniendo sus gustos y Knight se mostrara indiferente aun cuando se pareciera a su ideal, eso habría engendrado pensamientos más risueños. Tal como estaban las cosas, la admiración de Stephen quizá tenía sus raíces en una ceguera resultado de la pasión. A lo mejor cualquier hombre exigente no podía sino condenarla.

Durante el resto del sábado ambos se vieron más o menos obligados a permanecer en compañía de los mayores y no tuvieron ninguna conversación privada. Aquella noche, mientras Elfride estaba en cama, no dejaba de pensar en lo mismo. En un momento pensaba que era malintencionado por parte de Knight hablarle de manera tan concluyente, y al siguiente le parecía un ejemplo de honestidad.

—¡Realmente no soy nadie! —decía Elfride suspirando—. A la gente como él, que conoce el gran mundo, le trae sin cuidado cómo soy de aspecto o de carácter.

Es posible que un hombre que se haya infiltrado de tal modo en la mente de una mujer esté ya a medio camino de alcanzar su corazón; la distancia entre ambos lugares es proverbialmente corta.

—¿De verdad te marchas esta semana? —le preguntó la señora Swancourt a Knight la tarde siguiente, que era domingo.

Caminaban despacio por la cuesta que llevaba a la iglesia, donde se iba a celebrar un último servicio a esa hora excepcional de la tarde, en lugar de más temprano, como era habitual, antes de la demolición de las partes ruinosas.

—Mi intención es ir de Cork a Bristol —replicó Knight—, y desde allí llegar a Dublín.

—Pues pásese por aquí cuando vuelva y quédese un poco más —dijo el rector—.

Una semana no es nada. Casi ni nos hemos dado cuenta de que ha llegado. Me viene al recuerdo una historia, pero es demasiado...

El rector calló de pronto. Se le había olvidado que era domingo, y probablemente habría seguido con su manera de pensar de día laborable si la brisa no hubiera cambiado de dirección y no le hubiese dejado ver el faldón de la toga de su colegio. Enseguida desvió la corriente de su relato con la destreza que la ocasión exigía.

—La historia del levita que viajó a Belén de Judá^[43], de la que saqué mi texto del penúltimo domingo, me viene que ni pintada —añadió con el tono de un hombre que, lejos de haber pretendido contar una historia de día laborable hace sólo un momento, no había pensado más que en cuestiones dominicales durante varias semanas—. ¿Qué sacó de tanto desasosiego? De haber permanecido en la ciudad de los jebuseos y no haber estado tan ansioso por llegar a Guibeá, no le habría surgido ninguna dificultad.

—Pero ya había perdido cinco días —dijo Knight cerrando los ojos al encomiable desvío del rector—. Su fallo fue en comenzar ese proceso de demora.

—Cierto, cierto, mi ejemplo no es bueno.

—Pero sí lo es la hospitalidad que dio lugar a la historia.

—Entonces has de pasar por aquí a la vuelta —le insistió la señora Swancourt, pues había distinguido un imperceptible ensombrecerse del gesto de su hijastra al anunciar Knight su marcha.

Knight les medio prometió pasarse durante el viaje de regreso; pero la incertidumbre con la que habló fue suficiente para que Elfride sintiera un arrepentido interés por todo lo que él hizo en las pocas horas que le quedaban. Aquel día el coadjutor ya había oficiado dos veces en las dos iglesias, el señor Swancourt se había encargado de la totalidad de las vísperas y Knight se encargó de las lecturas. El sol entraba por la ruinosa ventana occidental e iluminaba a todos los asistentes con un resplandor dorado, al igual que a Knight durante su lectura. Elfride, en el órgano, lo contemplaba con una palpitante tristeza alimentada por el hecho de hallarse muy alejada del ámbito de Knight. Mientras él leía con voz pausada el capítulo señalado^[44] —un fragmento de la historia de Elías— y alcanzaba el magnífico clímax del viento, el terremoto, el fuego y el susurro de una brisa suave, su voz profunda resonaba con aparente ignorancia de la existencia de Elfride, hasta el punto que su presencia le inspiró a ésta una desamparada sensación de inaccesibilidad que su ausencia apenas sería capaz de provocar.

Al mismo tiempo, mientras volvía la cara para captar el esplendor del sol poniente cuando caía sobre el cuerpo de Knight, una mujer sentada en la galería de poniente llamó la atención de Elfride. Era el pálido y árido semblante de la viuda Jethway, a quien Elfride había visto muy poco desde su regreso con Stephen Smith. Los ingresos de esta desdichada mujer eran mínimos, y parecía pasarse la vida yendo del cementerio de Endelstow al del pueblo cerca de Southampton, donde estaban enterrados sus padres.

Hacía bastante tiempo que no acudía a esa iglesia, y ahora existía, al parecer,

alguna razón para haber elegido ese asiento. Desde la ventana de la galería se veía claramente la tumba de su hijo: era el objeto más cercano en una perspectiva limitada, en su parte más exterior, por el inmutable horizonte del mar. También los rayos de sol bañaban su cara, vuelta ahora hacia Elfride con una dura y rencorosa expresión que la solemnidad del lugar elevaba a una trágica dignidad que no poseía intrínsecamente. La muchacha recuperó su actitud normal con una desazón añadida.

Las emociones de Elfride eran acumulativas y al cabo de un rato se manifestaban de improviso. Una levedad era suficiente para liberarlas: un poema, un atardecer, un acorde musical bien interpretado, una vaga fantasía eran los factores que normalmente las provocaban. Su afán por conseguir el respeto de Knight, que se estaba convirtiendo en un incipiente deseo de que la amara, hizo que la coyuntura del momento fuera suficiente. Mientras se arrodillaba antes de abandonar el templo, cuando los rayos del sol tocaban ya el tejado y la parte inferior de la iglesia estaba en sombras, no pudo evitar pensar en el morboso poema de Coleridge «Las tres tumbas^[45]», y estremeciéndose mientras se preguntaba si la señora Jethway la estaría maldiciendo, se echó a llorar como si se le partiera el corazón.

Salieron de la iglesia justo cuando el sol se ocultaba, dejando el paisaje como un estrado desde el que ha estado hablando un orador elocuente y lo único que puede hacer el público es levantarse y volver a casa. El señor y la señora Swancourt cogieron el carruaje, Knight y Elfride prefirieron caminar, tal como la experta casamentera había imaginado. Bajaron juntos la colina.

—Me ha gustado su lectura, señor Knight —se oyó decir Elfride—. Lee usted mejor que papá.

—Alabaré a cualquiera que me alabe. Usted tocó de manera excelente, señorita Swancourt, y muy correctamente.

—Correctamente..., sí.

—Debe de suponer una gran satisfacción para usted participar activamente en el servicio.

—Me gustaría poder tocar con más sentimiento. Pero no tengo una buena selección musical, ni sacra ni laica. Ojalá tuviera una estupenda biblioteca musical, bien elegida, y las únicas piezas que me enviaran fueran las de auténtico mérito.

—Me alegra oírle expresar ese deseo. Es extraordinario que haya tantas mujeres que no aman honestamente la música como fin, sino como medio, aun dejando aparte a las mujeres vacías como una cáscara. La aman mayormente por lo accesorio. No he conocido a ninguna mujer que ame la música igual que diez o doce hombres que conozco.

—¿Cómo distinguiría usted a las mujeres que son vacías como una cáscara y las que no?

—Bueno —dijo Knight tras reflexionar un momento—, a las que son vacías como una cáscara no les interesa nada que sea serio. He aquí un ejemplo: conocí a un hombre que estaba muy interesado por una joven; de hecho, iban a casarse.

Aparentemente a ella le gustaba la poesía, y él le propuso que eligiera entre dos ediciones de poetas ingleses que ella profesaba desear por encima de todo. El le dijo: «¿Cuál de las dos preferirías que te enviara?». Y ella le contestó: «Un par de hermosos pendientes de Bond Street, si no te importa, serían más hermosos que ambas ediciones». De esa chica yo digo que es vacía como una cáscara, pues dentro no tiene más que vanidad; y me atrevería a decir que lo mismo piensa usted.

—Oh, sí —replicó Elfride con cierto esfuerzo.

Al haber entrevisto la cara de ella mientras hablaban y observar que su intento por sonar sincera había quedado en nada, Knight pareció tener sus dudas.

—Y usted, señorita Swancourt, ¿bajo ninguna circunstancia habría preferido las joyas?

—No, creo que no —tartamudeó Elfride.

—Le plantearé la misma pregunta —dijo el inflexible Knight—. ¿Cuál de estas dos cosas de igual valor preferiría: la selecta biblioteca musical de la que me ha hablado antes, encuadernada en piel, caja de nogal, en perfecto complemento, o un par de los pendientes más hermosos de los escaparates de Bond Street?

—La música, desde luego —replicó Elfride con forzada convicción.

—¿Está segura del todo? —insistió él sin dar su brazo a torcer.

—Del todo —balbució Elfride—, siempre y cuando pudiera comprarme luego los pendientes.

Knight, de manera muy poco inocente, disfrutaba enormemente discutiendo con esa criatura tan tornadiza, cuya excitable naturaleza hacía que ese ejercicio resultara cruel.

Él la miró de manera bastante extraña y dijo:

—¡Vaya, vaya!

—Perdóneme —dijo ella con una leve risa y un poco asustada, y sonrojándose hasta las orejas.

—Ah, señorita Elfride, ¿por qué no lo dijo desde el principio, con la misma firmeza con que lo habría dicho cualquier mujer: soy tan mala como ella y elegiré lo mismo?

—No lo sé —replicó Elfride apenada y con una sonrisa de desasosiego.

—Pensaba que a usted le gustaba muchísimo la música.

—Y me gusta, creo. Pero la prueba es muy severa..., muy dolorosa.

—No lo entiendo.

—La música no sirve para nada, o mejor dicho...

—¡Hay que ver lo que ha dicho, señorita Swancourt! Bueno, yo...

—¡Usted no lo entiende! ¡No lo entiende!

—¿Y para qué sirve esa baratija?

—¡No, no, no! —exclamó ella irascible—. No comprende lo que quiero decir. Prefiero la música, sólo que me gustan...

—Más los pendientes... ¡confiéselo! —dijo él en un tono irritante—. Bueno, creo

que debería haber tenido usted el valor moral de confesarlo de buen principio, sin fingir una elevación que yo no podría alcanzar.

Como suele decirse de los soldados franceses, Elfride mostraba su peor cara cuando estaba a la defensiva. De modo que fue casi con lágrimas en los ojos que respondió desesperada:

—Lo que quiero decir es que en estos momentos prefiero los pendientes porque el año pasado perdí mi par favorito, y papá dijo que no me compraría más, ni dejaría que yo comprara otro par, porque era muy descuidada; y ahora me gustaría tenerlos, o al menos unos parecidos... Eso es lo que quería decir..., ni más ni menos que eso, señor Knight.

—Creo que he sido desabrido y grosero con usted —dijo Knight con una expresión de pesar al ver lo mucho que la había alterado—. Y ahora, hablando en serio, estoy seguro de que si las mujeres supieran lo mucho que afean su aspecto con tales aditamentos no los querrían ver ni en pintura.

—¡Eran unos pendientes preciosos y me sentaban muy bien!

—No si hubieran sido esas cosas vulgares y horribles que las mujeres se cuelgan hoy día de las orejas, y que parecen el regulador de una máquina de vapor o un par de balanzas, cadenas y horcas de oro, paletas de pintor y péndulos de compensación y sabe el cielo qué cosas más.

—No, los míos no eran así. Eran tan bonitos... como esto —dijo con viva animación. Y con la punta de su parasol hizo un dibujo ampliado de sus llorados pendientes, a una escala más propia de una gigante de setecientos metros de altura.

—Sí, muy bonitos, mucho —dijo Knight secamente—. ¿Y cómo perdió ese par de objetos tan bonitos?

—Sólo perdí uno. Nadie pierde los dos al mismo tiempo.

Elfride hizo este último comentario con azoro y un nervioso movimiento de los dedos. Al imaginar que los había perdido mientras Stephen Smith intentaba besarla por primera vez en el acantilado, no hemos de extrañarnos de su confusión. La pregunta la había incomodado, y no hubo una respuesta directa.

Knight no pareció notar su turbación.

—Oh, nadie pierde los dos..., entiendo. Y, sin duda, el hecho de que los perdiera hace que en su elección no haya ni asomo de vanidad.

—Como nunca sé si habla en serio, tampoco lo sé ahora —dijo Elfride lanzando una mirada inquisitiva a la cara barbada del oráculo. Y acudió valientemente a su propio rescate—: Si realmente le parezco vanidosa, le diré que sólo soy vanidosa en mi manera de ser, no en el fondo de mi corazón. Las mujeres peores son las vanidosas en el fondo de sus corazones, no en su manera de ser.

—Una hábil distinción. Bueno, estas últimas son las más censurables de todas —dijo Knight.

—La vanidad, ¿es un pecado mortal o venial? Usted sabe lo que es la vida: dígame.

—Estoy muy lejos de saber lo que es la vida. Hacerse una idea cabal de la vida es una empresa demasiado ardua como para poder llevarla a cabo durante el breve intervalo que se nos concede.

—Y el hecho de que a una mujer le gusten las joyas, ¿cree que hace que la vida de una mujer sea, en su sentido más elevado, un fracaso?

—No hay ninguna vida que sea un fracaso completo.

—Ya sabe lo que quiero decir, aun cuando mis palabras sean tópicas y mal elegidas —dijo ella con impaciencia—. Porque pronuncie tópicos no ha de suponer que sólo tengo pensamientos vulgares. Mi pobre arsenal de palabras es como un número limitado de toscos moldes en los que tengo que fundir mis materiales, buenos y malos; y la novedad o delicadeza de la sustancia a menudo se pierde por lo tosco y trillado de la forma.

—Muy bien, me creeré esa ingeniosa representación. Por lo que se refiere al tema que estamos tratando (las vidas que son un fracaso), no debe preocuparse por la suya. La vida de cualquiera puede ser romántica, extraña e interesante tanto si uno fracasa como si triunfa. La única diferencia es que en la historia faltará el último capítulo. Si un hombre con poder intenta hacer un hecho importante y no lo consigue por accidente, sin que sea su culpa, hasta ese momento su historia será la de un gran hombre que ha hecho una gran proeza. El mundo es caprichoso: los detalles de la época escolar de un hombre serán una novela interesante o no significarán nada en absoluto en proporción al renombre que ese individuo haya conseguido posteriormente.

Caminaban entre la puesta de sol y la salida de la luna. Con la caída del sol había surgido una luna casi llena. Las sombras procedentes del resplandor de poniente se iban ya desdibujando, pues la luna creaba otras rivales y más nítidas procedentes de la dirección opuesta.

—En cierto modo, considero mi vida un fracaso —dijo Knight tras un silencio durante el cual había observado el antagonismo de las sombras.

—¡Usted! ¿Cómo es posible?

—No lo sé exactamente. Pero en cierto modo no he conseguido lo que quería.

—¿De verdad? Yo creo que lo triste no es no haberlo conseguido, sino tener esa sensación. ¿Acierto?

—En parte, aunque no del todo. Pues la sensación de poseer una profunda experiencia sirve más o menos de consuelo a la gente que es consciente de haber ido por donde no le convenía. Por contradictorio que pueda parecer, hay algo que es totalmente cierto: la gente que siempre ha ido por donde quería sabe mucho menos lo que es ir por el buen camino que la gente que no lo ha seguido. Sin embargo, no es mi deseo que se congele en pleno verano si seguimos por éste.

—Todavía no me ha dicho si soy realmente vanidosa.

—Si digo que sí la ofenderé; si digo que no pensará que le miento —contestó él mirándola a la cara con curiosidad.

—Ah, bien —replicó ella con cierta congoja—. «Lo que está profundo, profundo, ¿quién lo alcanzará^[46]?». Supongo que a usted debo tomármelo como a la Biblia, intentar entender y alcanzar lo que pueda y en virtud de ello, tragarme el resto como un terrón por la simple fe. Considéreme vanidosa, si quiere. La grandeza mundana precisa mucha insignificancia para desarrollarse, y una debilidad más o menos no es motivo de pesar.

—Por lo que se refiere a las mujeres, no lo sé —respondió Knight sin pensar—, pero sin duda es una desgracia para un hombre que ha de ganarse la vida nacer de una naturaleza verdaderamente noble. Un alma elevada llevará a un hombre al asilo para pobres; por lo que quizá hace usted bien en tomar el partido de la vanidad.

—No, no, no es eso lo que yo hago —dijo Elfride con pesar—. Señor Knight, cuando se haya ido, ¿me enviará algo que haya escrito? Creo que me gustaría saber si escribe usted como me ha hablado hoy, o de mejor talante. ¿Cuál es su verdadero yo: el cínico que ha sido esta tarde o el lúcido filósofo que había sido hasta ahora?

—¿Cuál? Usted lo sabe tan bien como yo.

La conversación los detuvo en el jardín y en el pórtico hasta que las estrellas comenzaron a titilar. Elfride echó la cabeza hacia atrás y dijo:

—Hay una brillante estrella justo sobre mí.

—Todas las estrellas que brillan están sobre alguna parte.

—¿Ah, sí? Por supuesto. ¿Dónde está ésa? —Y la señaló con el dedo.

—Está posada como un halcón blanco probablemente sobre las islas de Cabo Verde, o por ahí, más o menos.

—¿Y ésa?

—Justo sobre la fuente del Nilo.

—¿Y aquélla solitaria de aspecto sereno?

—Mira al polo norte, y su horizonte es ni más ni menos que el ecuador. Y esa que vemos ahí ociosa, que parece a poca altura del suelo, a la que casi hemos dado la vuelta, está en la India... sobre la cabeza de un joven amigo mío que muy posiblemente mira esa estrella en nuestro cenit, a poca altura sobre su horizonte, y la ve señalando el lugar donde mora su verdadero amor.

Elfride le lanzó una mirada recelosa a Knight. ¿Se refería a ella? Elfride no podía verle la cara, pero no parecía haberlo dicho con esa intención.

—Esa estrella está sobre *mi* cabeza —dijo Elfride con cierta vacilación.

—Y sobre la de cualquier inglés.

—Entiendo. —Soltó un suspiro de alivio.

—Creo que los padres de mi amigo nacieron en este condado. No los conozco, aunque he mantenido correspondencia con mi amigo durante muchos años, hasta hace muy poco. Por suerte o por desgracia para él, se enamoró y se fue a Bombay. Desde entonces he sabido muy poco de él.

Knight no dijo más, y aunque Elfride, por un momento, pensó en aprovechar las lecciones de honestidad que él acababa de impartirle, la carne fue débil y su intención

se disipó en el silencio. Parecía haber un reproche en las palabras inopinadas de Knight, y sin embargo ella no veía que hubiera incurrido en ninguna deslealtad.

XX

«Un lejano amor en la colina.»
TENNYSON, *In Memoriam*

Knight dejó atrás la parroquia de Endelstow y se dirigió a Cork.

Un día de ausencia se sumaba a otro e iban siendo una carga para su corazón. Llegó hasta los lagos de Killarney, paseó entre sus exuberantes bosques, contempló la infinita variedad de islas, colinas y valles, escuchó los maravillosos ecos de ese romántico lugar; pero en conjunto no disfrutó de la gloria y el ensueño que anteriormente encontraba en sus regiones favoritas.

La presencia femenina de Elfride no le había afectado de manera perceptible mientras estaba con ella. No se había dado cuenta de que la entrada de la muchacha en su mundo le había añadido algo a su persona; pero ahora que ella estaba ausente, era consciente de que le habían quitado algo muy importante. Lo superfluo se había convertido en una necesidad, y Knight estaba enamorado.

Stephen se enamoró de Elfride al mirarla: Knight al dejar de hacerlo. Cuándo o cómo el espíritu penetró en él, no lo sabía: estaba seguro de que al marcharse de Endelstow no había sentido esa tristeza exquisitamente delicada y conmovedora propia de tales separaciones. ¿Había comenzado a amarla cuando ella le miró fijamente tras el suceso de la torre? El simplemente la había considerado débil. ¿Había dado en amarla mientras ella estaba en el jardín resplandeciendo al sol de la tarde? Entonces había juzgado su tez agradable, nada más. ¿Fue la conversación de Elfride lo que plantó la semilla? Sus palabras le habían parecido ingeniosas, muy encomiables en una joven, pero no dignas de mención. ¿Tenía el ajedrez algo que ver en todo eso? Desde luego que no; en ese momento no la había considerado más que una niña engreída.

La experiencia de Knight desmentía totalmente la suposición de que el amor siempre llega a través de las miradas y el tacto de los dedos; que, como la llama, se hace palpable al momento de ser generado. Y no fue hasta que se separaron y ella quedó sublimada en la memoria de Knight, que éste le prestó la debida atención.

De ese modo, tras haber reunido pasivamente imágenes de ella sobre las que su mente no actuó hasta que ella ya no estuvo ante él, pareció que se enamoraba del alma de Elfride, que temporalmente se había separado de su cuerpo para acompañarle en su viaje.

Ella le dominaba ahora de manera tan imperiosa que Knight, acostumbrado al análisis, casi temblaba ante el posible resultado de que se introdujera esa nueva fuerza entre las que componían su vida normal, perfectamente equilibradas. Le entró un desasosiego; a continuación, en el placer de pensar en ella, se olvidó de todos los demás temas secundarios.

Sin embargo, podría decirse que Knight la amaba más filosófica que románticamente.

Recordó su actitud hacia él. Una simplicidad rayana en la coquetería. ¿Había flirteado con él? Por muy suspicaz que quisiera mostrarse, tal teoría era insostenible. La interpretación había sido demasiado buena para no ser sino real. Había tenido esos defectos sin los cuales nada es genuino. Ninguna actriz con veinte años de experiencia, ninguna mujer de nuca pelada cuya puesta de largo se perdiera en la noche de los tiempos podría haber interpretado ante él el papel de la ingenua Elfride tal como ella lo vivía. Tenía esas pequeñas astucias que en parte componen la ingenuidad.

Hay solteros por naturaleza y solteros de circunstancias: las solteronas lo son también de los dos tipos, aunque algunos opinen que sólo lo son por circunstancias. Sin embargo, Knight había sido considerado un soltero por naturaleza. ¿Qué le estaba pasando? Le resultaba muy extraño mirar sus teorías acerca del amor y leerlas a la luz de esa nueva experiencia para darse cuenta de que sus frases significaban mucho más de lo que él había creído que significaban cuando fueron escritas. La gente a menudo descubre la fuerza verdadera de una máxima vieja y trillada cuando se topa con ella por un suceso azaroso; pero Knight jamás había oído hablar de un hombre que comprendiera el auténtico alcance de sus propios epigramas por tales medios.

Había un aspecto del asunto que le satisfacía enormemente. Había nacido en él el convencimiento de que había de ser el primero que ocupara el corazón de una mujer. Había descubierto en su interior que si alguna vez se decidía a casarse debía ser con la certeza de que no saldrían a relucir cartas antiguas e inconvenientes, ni habría inclinaciones de cabeza ni sonrojos causados por algún desconocido con el que se encontraran por casualidad. Los sentimientos de Knight eran simplemente los normales en un hombre de su edad que ama de verdad, quizá un tanto exagerados a causa de su profesión. Cuando los hombres aman por primera vez como muchachos, es con el mismísimo centro de sus corazones, y nada más les interesa. Con los años, otras facultades intentan acompañar a la pasión, hasta que a la edad de Knight también interviene el entendimiento. También se puede prescindir de él. Un hombre enamorado que utiliza la inteligencia para medir su posición es como alguien que calcula la longitud de un barco a partir de la luz que hay en el tope.

Knight deducía del comportamiento inexperto de Elfride que era una certeza que también era inexperta en el amor, lo cual era sólo una inferencia. *Incrédules les plus crédules*^[47]. «Elfride», se dijo, «no había mirado a ningún hombre hasta que me vio a mí.»

No podía olvidar lo severo que se había mostrado con ella porque prefería el adorno a la edificación, y desde entonces la había excusado cientos de veces diciéndose que era natural que una mujer amara los adornos, y que resultaba necesaria una cierta vanidad para completar el delicado y fascinante tinte de la mente femenina. De modo que, tras una semana de ausencia, que le había llevado de

Killarney a Dublín, decidió atajar el regreso, volver a Endelstow, y comprometerse haciendo realidad la hipotética oferta de aquel domingo al atardecer.

A pesar de que Knight había elaborado sobre el papel muchas teorías acerca de la etiqueta y las costumbres modernas en general, le faltaba ese especial gramo de práctica, y ahora Knight no recordaba si se consideraba correcto regalar a una joven adornos personales antes de haberse iniciado el noviazgo. Pero el día antes de salir de Dublín buscó afanosamente alguna joyería de primera categoría en la que compró lo que consideró que mejor sentaría a Elfride.

Fue con una sensación de lo más inusual y embarazosa que, tras entrar y cerrar la puerta de su habitación, se sentó, abrió el estuche de piel y sostuvo ante sus ojos aquellas frágiles piezas de orfebrería. Muchas cosas le resultaban ya muy vistas a ese hombre de letras, pero eso era algo totalmente nuevo, y manipuló como si fuera un niño un producto de la civilización que sus dedos nunca habían tocado. De pronto se le metió en la cabeza que aquel diseño no le sentaría bien a Elfride, y se levantó muy excitado y cruzó la calle para cambiarlo por otro. Tras mucho escoger, un proceso durante el cual su mente quedó tan confundida que sus facultades críticas en relación con los objetos artísticos parecían haberle abandonado del todo, Knight se llevó otro par de pendientes. Los tuvo en su poder toda la tarde hasta que, tras contemplarlos unas cincuenta veces con creciente recelo, consideró que ese par era peor que el primero y se dijo que no podría dormir hasta haber recuperado los que había comprado antes. Totalmente irritado consigo mismo por haberlos cambiado, de nuevo se dirigió a la tienda pero, al llegar a la puerta, tanto le avergonzó entrar de nuevo y causar más molestias que se dirigió a otra, compró otro a un precio muy superior, pues le parecieron los más adecuados, preguntó a los orfebres si aceptarían el otro par a cambio, y se le dijo que no aceptaban artículos comprados en otra tienda, pagó lo que le pidieron y salió de allí con los dos pares de pendientes preguntándose qué diantres haría con el que le sobraba. Casi deseaba perderlos, o que se los robaran, y de pronto le abrumó la idea de que, como hombre competente que era, con ideas concretas sobre economía, necesitaba venderlos en alguna parte, cosa que al final hizo por cuatro perras. Mezclada con la penosa sensación de haber perdido todo el día recorriendo la ciudad con esa nueva y extraordinaria tarea, y de haber perdido varias libras a causa de su torpeza, había cierta satisfacción por haber salido de su ignorancia antediluviana en relación con el tema de las joyas de las mujeres y por haber conseguido por fin unos objetos realmente artísticos. Durante el resto del día inspeccionó los adornos de todas las mujeres que veía por la calle con el ojo enormemente experto de un tasador.

A la mañana siguiente, Knight estaba de nuevo cruzando el canal de St. George —no regresaba a Londres por la ruta de Holyhead, como tenía planeado, sino por Bristol—, aprovechando la invitación del señor y la señora Swancourt a volver a visitarlos de camino a casa.

Adelantémosle y veamos qué hace Elfride.

La pasión imperante en las mujeres —fascinar e influir en aquellos que son más poderosos que ellas—, aunque ya operaba en Elfride, carecía decididamente de propósito. Desde el principio había querido que su amigo Knight tuviera buena opinión de ella; ahora deseaba mucho más que ese elemental ingrediente de amistad, y sus miedos le impedían pensar. En su deseo de complacer, inicialmente, a esa clase superior de hombre que había conocido, no existía deslealtad hacia Stephen Smith. No podía —pocas mujeres pueden— comprender el posible alcance de un asunto que había nacido como algo insignificante.

Las cartas que recibía de Stephen eran necesariamente pocas, y su fidelidad se aferraba a la última que había recibido como un náufrago a un madero. La joven se convencía de que el derecho que tenía Stephen a casarse con ella, obtenido (en su opinión) mediante la fuga, era algo que la alegraba. Se engañaba diciendo: «Quizá, si no me hubiera comprometido, podría enamorarme del señor Knight».

Todo ello hizo que la semana que Knight estuvo ausente le resultara triste y desagradable. No olvidaba a Stephen en sus oraciones y releía sus antiguas cartas, en realidad como una medicina, aunque se obligaba a creer que lo hacía por gusto.

Las cartas eran cada vez más esperanzadoras. Él le contaba que cada día, al acabar su trabajo, era consciente de haber eliminado una piedra más de la barrera que los separaba. A continuación le pintaba imágenes de la buena pareja que harían algún día. La gente se volvería y diría: «¡Qué alhaja se ha llevado!». Elfride no tenía que entristecerse por ese loco intento de fuga que habían protagonizado (Elfride manifestaba repetidamente que eso la apenaba). A pesar de lo que pudiera pensar cualquier otra persona que se enterara del hecho, él conocía perfectamente el recato de su carácter. Lo único que Elfride podía reprocharse —y poco— era no haberle escrito con el fervor acostumbrado durante su estancia en Londres. La viveza de esa carta parecía proceder de pensamientos que nada tenían que ver con él.

* * *

La intención de Knight de volver pronto a Endelstow no había sido muy firme al principio, al igual que su promesa de hacerlo. Era un hombre que cumplía siempre lo que decía. El rector se quedó sorprendido al verle tan pronto; la señora Swancourt no. Cuando Knight se reunió con ellos tras anunciarse su llegada, descubrió que tenían intención de ir a St. Leonards para pasar unos días a fin de mes.

La primera velada que pasó en su casa no ofreció ningún momento propicio para entregarle a Elfride lo que tanto le había costado conseguir. Su mente no dejaba de imaginar oportunidades para hacerlo. Tras una semana de nubes, la mañana siguiente parecía que iba a ser soleada, y se decidió que irían en coche a Barwith Strand, un lugar de hermosas vistas que ni la señora Swancourt ni Knight habían visto. Knight olió de lejos ocasiones románticas y previó que podía llegar una antes de la noche.

Viajaron por un camino que discurría junto a unas colinas de verde neutro,

recorridas de setos que parecían maromas en un muelle. De vez en cuando se interrumpía la tierra y aparecía el mar azul, salpicado de retazos de blanco y de una solitaria vela blanca, todo ello a punto de desbordarse sobre un claro horizonte que parecía una línea dibujada con regla de ladera a ladera de las colinas. A continuación descendieron por un desfiladero en el que unas rocas color chocolate formaban una pared a ambos lados, desde las cuales se proyectaba una densa y quebrada sombra sobre la mitad del camino. Un chorro de agua fresca brotaba de grietas esporádicas, y tras golpear sobre unas anchas hojas verdes, discurría como un riachuelo al pie de la pendiente. Unos descuidados rizos de brezo colgaban de la frente de cada pendiente y en diversos puntos una zarza sobresalía de la roca, rozando sus tocados como una garra.

Ascendieron la última cima y la bahía que había de ser el fin de su peregrinaje se extendió de pronto ante ellos. El azul del océano se hacía más profundo a medida que se acercaba al pie de los peñascos, donde terminaba en una franja de blanco, silencioso a esa distancia aunque moviéndose y agitándose como un cubrecama sobre un durmiente inquieto. Las sombreadas depresiones de las rocas púrpura y marrones habrían podido calificarse de azules si el mar que había junto a ellas no se hubiese apropiado tan por completo de ese tono.

Dejaron el carruaje en una pequeña casita a la que había adosado un cobertizo, y un palafrenero y el cochero llevaron el cesto de provisiones hasta la orilla.

Knight encontró su oportunidad.

—No he olvidado su deseo —comenzó a decir cuando quedaron apartados de sus amigos.

Elfride le miró como si no comprendiera.

—Y le he comprado éstos —añadió sacando torpemente el estuche y abriéndolo mientras lo acercaba a Elfride.

—Oh, señor Knight —dijo Elfride un tanto confusa y ruborizándose intensamente—, no pensé que hablara en serio. Pensé que era una simple suposición. No los quiero.

Un pensamiento que acababa de atravesar su mente dio a la respuesta un tono más tajante del que de otro modo habría pretendido Elfride. Mañana llegaba carta de Stephen.

—¿No piensa aceptarlos? —replicó Knight, y se sintió menos dueño de ella que hasta entonces.

—Mejor que no. Son hermosos..., más hermosos que cualquier otro pendiente que haya visto —respondió ella en tono muy serio, casi sin poder apartar los ojos de la tentación, igual que Eva pudo mirar la manzana—. Pero no quiero aceptarlos, si tiene usted la amabilidad de perdonarme, señor Knight.

—Cómo no —dijo el señor Knight, quien se quedó de una pieza ante el inesperado sesgo de los acontecimientos.

Hubo un silencio. Knight mantenía abierto el estuche, mirando pesaroso las

relucientes formas que tanto le había costado conseguir; les daba vueltas y las mantenía en alto como si, al percibir que ella fuera a despreciar su regalo, se esforzara por admirarlas él mismo.

—Cierre el estuche y no me los deje ver más... ¡por favor! —dijo ella riendo y con una curiosa mezcla de renuencia y súplica.

—¿Por qué, Elfie?

—Para usted no soy Elfie, señor Knight. Oh, porque si me los sigue enseñando los querré. ¡Ya ve lo tonta que soy al decir eso! Pero tengo una razón para no aceptarlos... ahora. —Tardó un momento en pronunciar la última palabra, como para dar a entender que su renuncia no era definitiva, pero de algún modo se le acabó escapando y desmintió todo el resto.

—¿Los aceptará algún día?

—No quiero.

—¿Por qué no quiere, Elfride Swancourt?

—Porque no. No me gusta aceptarlos.

—Leo en ello un hecho que me aflige —dijo Knight—. Puesto que le gustan, la aversión que pueda sentir hacia ellos en realidad la siente hacia mí.

—No, no es eso.

—Entonces, ¿qué? ¿Me aprecia?

Elfride se sonrojó y miró a lo lejos con una expresión de lúcida crítica en relación con su respuesta.

—Le aprecio bastante —murmuró suavemente al fin.

—Pero no mucho.

—¿Cómo voy a apreciarle mucho si es usted tan brusco conmigo y me dice cosas tan duras? —replicó Elfride evasiva.

—Supongo que me considera un carcamal.

—No, yo no... Lo que quiero decir es que... no sé lo que le considero. Vamos a ver a papá —replicó Elfride expresándose de manera atropellada.

—Bueno, le diré lo que pretendía al comprar este regalo —dijo Knight con una compostura que pretendía evitar que Elfride pudiera pensar que él era lo que era: su enamorado—. Era lo menos que podía hacer como muestra de cortesía. Elfride se quedó perpleja ante tan lúcida afirmación.

Knight añadió, mientras guardaba el estuche:

—Me pareció, como le habría parecido a cualquier otra persona, que las palabras que pronuncié el otro día acerca de su elección fueron odiosas e injustas y me dije que una disculpa debía asumir una forma práctica.

—Le entiendo.

Elfride lamentaba —y no sabía decir por qué— que Knight adujera razón tan legítima. Era una decepción que el motivo de ese regalo fuese tan frío y que pudiera explicarse a cualquiera sin provocar una sonrisa. De haber sabido Elfride que se lo ofrecía con ese espíritu, sin duda lo habría aceptado. Y lo tentador del regalo era que

quizá él creyera que ella podía considerarlos como la prenda de un enamorado, lo que resultaría bochornoso caso de no ser así.

La señora Swancourt se acercó a donde estaban sentados con la intención de seleccionar una roca plana sobre la que extender el mantel, por lo que la conversación que mantenían Knight y Elfride quedó momentáneamente archivada. Él, sin duda, consideró su rechazo como consecuencia de la timidez de una chica que se enfrentaba a una situación totalmente nueva, por lo que en general podía soportar que la cosa empezara así. Si le hubiesen dicho a Knight que se trataba de una lucha entre una antigua fidelidad y un nuevo amor, aunque quizá eso no hubiese garantizado su victoria, sí le habría quitado los deseos de asegurarla.

Al mismo tiempo, durante toda la tarde se manifestó en ellos una actitud más cohibida. Cambió la marea y tuvieron que abandonar el lugar y subir un poco más. El día se deslizaba hacia su fin con la serena y soñadora pasividad habitual en tales ocasiones, cuando todo lo que se ha hecho y pensado procura evitar más actos y pensamientos. Asomándose indolentes sobre el borde de un risco, contemplaron cómo la piedra donde habían comido quedaba gradualmente inundada y el mar engullía las migas y las sobras. El rector sacó una lección moral de la escena; Knight le replicó en el mismo tono. Y entonces las olas comenzaron a llegar impetuosas, y las lenguas verdes y azules del agua subieron las pendientes y se metamorfosearon en espuma por un golpe descuidado cayendo hacia atrás blancas y lánguidas y dejando atrás a las que las seguían.

Lo siguiente que ocurrió fue la llegada de un fuerte chaparrón que los hizo refugiarse en una cueva poco profunda. Después engancharon los caballos al carro y emprendieron la vuelta a casa. Cuando llegaron a las alturas superiores, el cielo estaba claro de nuevo y los rayos del atardecer tocaban directamente el camino húmedo que habían seguido para subir la colina. Los surcos que había formado el carruaje en el ascenso —un par de canales liliputienses— brillaban como lingotes de oro adelgazándose a lo lejos. Sobre estos surcos regresaron y la noche cayó sobre el mar.

La noche se hizo fría y no había luna. Knight estaba sentado al lado de Elfride, y cuando la oscuridad hizo que la posición de cada uno quedara en la incertidumbre, se acercó aún más. Elfride se apartó.

—Espero que no le importe —susurró él.

—Oh, por supuesto, es lo menos que puedo hacer como muestra de cortesía —dijo ella acentuando las palabras para que él reconociera la expresión que había pronunciado antes.

Los dos se veían en un delicado equilibrio entre dos posibilidades. Así llegaron a casa.

A Knight, esta amable experiencia le resultaba deliciosa. Para él eran unos momentos inocentes, unos momentos que, aunque quizá no tengan gran importancia, rara vez se repiten en la vida de un hombre y poseen un encanto especial cuando se

los considera en retrospectiva. No se siente profunda —e inconvenientemente— enamorado, y le arrulla la apacible sensación de poder disfrutar de la cosa más trivial como si fuera un niño. El movimiento de una ola, el color de una piedra, cualquier cosa, era bastante para que allí se precipitaran los indolentes pensamientos que Knight sentía aquel día. Incluso los tópicos que les había sermoneado el rector —principalmente porque parecía que la proximidad de un hombre de las aptitudes de Knight se lo exigía de algún modo desde el punto de vista profesional— fueron engullidos sin masticar. La presencia de Elfride no sólo le hacía tolerar ese tipo de charla a causa de las necesidades de la cortesía, sino que también le prestaba atención, aceptaba esas ideas con la fantasía de que eran correctas y necesarias y se permitía ese pensamiento conservador de que la apariencia de las cosas lo era todo.

Aquella noche, al entrar en su habitación Elfride encontró un paquete dirigido a ella sobre el tocador. No sabía cómo había ido a parar allí. Temblando deshizo los pliegues del papel blanco que lo envolvía. Sí, era el tesoro de un estuche de piel en cuyo interior estaban los preciados adornos que había rechazado durante el día.

Elfride se los acercó a la cara por un momento, se miró en el espejo, se sonrojó intensamente y los apartó. Toda la noche alimentaron sus sueños. Nunca había visto nada tan precioso, y nunca le resultó más claro que una mujer honesta tenía el deber de rechazarlos. Por qué no le resultaba ya tan claro que ese deber exigía también una conducta más vigorosamente coordinada, que lo digan aquellos que la diseccionan.

La mañana siguiente relumbró sobre ella como un espectro. Era el día que llegaba carta de Stephen y tenía que salir al encuentro del cartero: hacer furtivamente algo que nunca le había gustado para conseguir un fin que ahora había cesado de desear.

Pero fue.

Había dos cartas.

Una era del banco de St. Launce's, en el que ella tenía un pequeño depósito; probablemente era algo referente al interés. Se la puso en el bolsillo, bajó las escaleras y salió de la casa para que nadie la observara y abrió la de Stephen temblando. ¿Qué era lo que decía?

Tenía que ir al banco de St. Launce's y recoger una suma de dinero que, según una notificación recibida, deberían pagarle. La suma era de doscientas libras.

No había cheque, ni orden de pago, ni nada que pareciera una garantía. De hecho, toda la información era ésta: el dinero estaba ahora en el banco de St. Launce's a su nombre.

Al momento abrió la otra carta. Contenía un resguardo de depósito del banco por la suma de doscientas libras que ese día habían sido añadidas a su cuenta. La información de Stephen, por tanto, era correcta, y la transferencia estaba hecha.

«Este dinero es lo que he ahorrado en un año», decía la carta de Stephen, «¿y qué más adecuado y agradable para mí que entregártelo a fin de que lo guardes para tu propio uso? Yo tengo mucho, aparte de éste. No dejes que críe moho en el banco, haz que tu padre lo invierta en tu nombre en valores seguros. Es un pequeño presente de

alguien que es algo más que tu prometido. Creo que tu padre ahora pensará, Elfride, que mis pretensiones de conseguir tu mano son algo más que el sueño de un estúpido muchacho indigno de consideración racional.»

Con natural delicadeza, Elfride, al mencionarle el matrimonio de su padre, había obviado toda alusión a los recursos pecuniarios de su esposa.

A continuación, Stephen abandonaba tan prosaico tema y proseguía, a su manera un tanto adolescente:

¿Recuerdas, querida, la primera mañana de mi llegada a tu casa, cuando tu padre leyó en las oraciones el milagro de la curación del paralítico, cuando se le dice que se levante de la cama y eche a andar? Yo sí, y ahora comprendo toda la fuerza de ese pasaje. La esterilla más pequeña le sirve de cama al oriental, y ayer vi a un nativo llevar a cabo esa misma acción^[48], y por eso te lo menciono. Pero tú eres más leída que yo y quizá lo sabías de hace tiempo... Un día compré unos pequeños ídolos nativos para enviarte como curiosidad, pero al averiguar que habían sido fabricados en Inglaterra y los habían traído a la India tras hacer que parecieran antiguos, los tiré disgustado.

Esto me recuerda que, para construir nuestros edificios, nos vemos obligados a importar todos los herrajes de Inglaterra. A la hora de erigir un edificio hay que preverlo todo. Antes de comenzar, hay que encargar todas las columnas, los cerrojos, goznes y tornillos necesarios. No podemos ir a la calle de al lado, como en Londres, y comprarlos por la mañana para la tarde. El señor L. dice que alguien tendrá que ir pronto a Inglaterra a supervisar la selección de un importante pedido de este tipo. Ojalá me escojan a mí.

Delante de Elfride estaba el resguardo del depósito correspondiente a las doscientas libras y al lado el elegante regalo de Knight. Elfride se quedó fría..., a continuación la sangre acaloró sus mejillas. Si destruyendo aquel trozo de papel hubiera podido olvidarse para siempre de la transacción, habría sacrificado de buena gana el dinero que representaba. Pero el caso es que no sabía qué hacer con ninguna de las dos cosas. Casi temía la yuxtaposición de los dos artículos: tan opuestos eran los intereses que representaban, que había que esperar poco menos que una milagrosa repulsión entre ambos.

Aquel día no se la vio mucho. Por la noche tomó una decisión y obró en consecuencia. Selló el paquete —con una lágrima de pesar cerró el estuche sobre las bellas formas que contenía—, escribió el nombre de Knight y lo dejó sobre la escribanía de éste. Y le escribió una carta a Stephen en la que hacía constar que no entendía muy bien cómo había de considerar el dinero enviado, aunque declarando que estaba dispuesta a cumplir su promesa de casarse con él. Tras haber escrito la carta, demoró el envío... aunque se decía, con todo el vigor de que era capaz, que

había que hacerlo.

Pasaron varios días. Elfride recibió otra carta de la India. Como llegó de manera inesperada, su padre la vio, aunque no hizo ningún comentario. El porqué ella no lo supo. Esta vez las noticias la llenaron de desasosiego. Stephen, tal como había deseado, era el elegido como la persona más idónea para ejecutar la aludida supervisión de los herrajes. Una vez completada esa misión, tendría tres meses de vacaciones. Decía en su carta que saldría al cabo de una semana, y que aprovecharía la oportunidad para plantearle a su padre que permitiera el noviazgo. Luego venía una página que expresaba la alegría de él y de ella ante esa reunión, y finalmente le informaba de que escribiría a los consignatarios pidiéndoles que la avisaran por medio de un telegrama cuando el barco que le llevaba a casa fuera avistado... sabiendo con qué ilusión acogería Elfride esa nueva.

Ahora Elfride vivía y se movía como en un sueño. Knight, al principio, se había enojado por su insistente rechazo del regalo, tanto por el hecho como por la manera de rehusarlo. Pero comprobó que Elfride comenzaba a tener mal aspecto y su irritación menguó hasta ser simple perplejidad.

Knight ya no se quedaba en la casa durante horas seguidas, como antes, sino que la convirtió en centro para las excursiones que hacía por la zona, obedeciendo a su afición a las antigüedades y a la geología. De buena gana habría mostrado sus cartas y se habría marchado, pero no podía. Y, de este modo, aprovechándose de los privilegios de ser pariente, entraba y salía de la casa cuando se le antojaba..., pero nunca iba muy lejos.

—No deseo quedarme otro día si mi presencia le resulta desagradable —le dijo a Elfride una tarde—. Al principio daba usted a entender que yo era severo con usted; y ahora que soy amable me trata injustamente.

—No, no. No diga eso.

La manera en que se habían conocido había hecho que se trataran el uno al otro de una manera peculiar y poco corriente, hablando principalmente de lo que les diferenciaba y les alejaba sin dejar lugar a lo que podrían haber tenido en común.

—Estoy decidido a marcharme y no volver a molestarla nunca más —añadió Knight.

Ella no dijo nada, pero la elocuente expresión de sus ojos y la palidez de su cara fueron suficientes para reprocharle su brusquedad.

—¿Quiere que me quede, entonces? —preguntó Knight en tono más amable.

—Sí —dijo ella. La fidelidad a su antiguo amor y la sinceridad con el nuevo luchaban en bandos opuestos, y prevaleció, sin virtud, la verdad.

—Entonces me quedaré un poco más —dijo Knight.

—No se ofenda si paso mucho tiempo sola, ¿me lo promete? Puede que ocurra algo, puede que quiera contarle algo.

«Pura coquetería», se dijo Knight, y se marchó con el corazón más alegre. El secreto de leer las enigmáticas fuerzas que operan en las mujeres en ciertos

momentos, que para algunos hombres resulta un instinto certero, es propio de mentes menos directas y honestas que la de Knight.

La tarde siguiente, a eso de las cinco, antes de que Knight hubiera regresado de un paseo por la costa, un hombre apareció en la casa. Era un mensajero procedente de Camelton, una población que estaba a unos cuantos kilómetros, hacia la que el ferrocarril había avanzado durante el verano.

—Telegrama para la señorita Swancourt, y hay que pagarle tres chelines y seis peniques al recadero especial.

La señorita Swancourt envió el dinero, firmó el papel y abrió la carta con mano temblorosa. Decía:

Johnson, Liverpool, a la señorita Swancourt, Endelstow, cerca de Castle Boterel.

Amaryllis avistado desde Holyhead, a las cuatro. Se espera que atraque y desembarque a sus pasajeros en Canning's Basin a las diez de mañana.

Su padre la hizo ir a su despacho.

—Elfride, ¿quién te ha enviado este mensaje? —preguntó suspicaz.

—Johnson.

—¿Y quién es Johnson, por amor de Dios?

—No lo sé.

—¡No me vengas con que no lo sabes! ¿Quién lo sabe, entonces?

—Jamás había oído hablar de él.

—Una historia bastante singular, ¿no crees?

—No lo sé.

—¡Vamos, señorita! ¿Qué es ese telegrama?

—¿De verdad quieres saberlo, papá?

—Quiero saberlo.

—Recuerda que ya soy una mujer adulta.

—Bueno, ¿qué es?

—Y como soy una mujer, y no una niña, creo que puedo tener algún secreto.

—Y parece que lo tienes.

—Por regla general, las mujeres tienen secretos.

—Pero no te los guardes. Habla.

—Si ahora no me apremias, te doy mi palabra de que te lo explicaré todo antes de una semana.

—¿Tu palabra de honor?

—Mi palabra de honor.

—Muy bien. Tengo una sospecha, sabes, y me gustaría equivocarme. Últimamente no me gusta tu comportamiento.

—He dicho al acabar la semana, papá.

Su padre no contestó y Elfride salió del cuarto.

De nuevo comenzó a estar pendiente del cartero. Tres mañanas después éste le trajo una carta de Stephen escrita en Inglaterra. No decía gran cosa, pues había sido escrita con prisas; pero lo que decía no era moco de pavo. Le comunicaba Stephen que, tras haber cumplido con su misión en Liverpool, llegaría a casa de su padre, Endelstow Este, a las cinco o las seis de esa misma tarde; que tras el crepúsculo iría andando a la villa de al lado y se reuniría con ella, si Elfride estaba de acuerdo, en el porche de la iglesia, como la otra vez. Le proponía este plan porque no le parecía aconsejable aparecer formalmente en su casa a una hora tan tardía, pero que no podría dormir sin haberla visto. Los minutos se le harían horas hasta que la tuviera en sus brazos.

Elfride se mantenía inamovible en su opinión de que el honor la obligaba a verse con él. Probablemente, los deseos de evitarle otorgaban un peso adicional a ese convencimiento, pues Elfride era, de forma notoria, una de esas personas que suspiran por lo inalcanzable y para quienes, de manera superlativa, una esperanza es placentera porque no es una posesión. Y sabía demasiado bien que su mente propendía a exagerar ese defecto.

De modo que durante el día contempló fijamente la cara de su deber; leyó la astringente aunque depresiva oda de Wordsworth dedicada a esa Deidad; se entregó a Su guía; y seguía sintiendo el peso de los deseos fortuitos.

Pero comenzó a contemplar con cierto placer melancólico el sacrificio que hacía al casarse con un hombre al cual su sentido del decoro obligaba a considerar el único marido posible. Se vería con Stephen y haría todo cuanto estuviera en su mano para casarse con él. Para evitar cambiar de opinión, de inmediato envió una nota a la casa del padre de Stephen, para que éste la encontrara a su llegada, en la que fijaba la hora para la entrevista.

XXI

«¡Sobre tus frías piedras grises, oh mar!»
Tennyson, *Rompe, rompe, rompe*

Stephen había dicho que vendría por Bristol y que de allí tomaría un vapor hasta Castle Boterel, a fin de evitar el largo trayecto a través de las colinas de St. Launce's. Ignoraba que ahora la línea de ferrocarril llegaba hasta Camelton.

Durante la tarde, a Elfride se le ocurrió que desde cualquier acantilado de la costa sería posible divisar el vapor unas horas antes del ataque.

Había acumulado la suficiente fuerza religiosa para realizar un acto de supererogación: éste fue ir a esperar que pasara el barco que traía a su futuro marido.

Había nubes en el cielo. La amenaza de lluvia solía ser motivo de que Elfride cambiara de planes, y aunque a menudo se convencía de que el tiempo sería bueno una vez pasadas las nubes, ese pensamiento jamás provocaba ningún resultado práctico. No, su estado de ánimo era tal que el cielo húmedo armonizaba con él.

Tras subir y cruzar una colina que había detrás de la casa, Elfride llegó a un pequeño arroyo. Lo utilizaba para guiarse hasta la costa. Era más pequeño que el de su propio valle y corría a más altura. Los arbustos flanqueaban ese cauce poco profundo, pero en el fondo, por donde discurría el agua, había una suave alfombra verde de unos dos o tres metros de ancho.

En invierno el agua cubría la hierba; pero ahora, en verano, fluía como un canal en el medio.

Elfride tenía la sensación de que unos ojos la observaban. Se volvió, y ahí estaba el señor Knight. Había llegado al valle por la ladera de la colina. Elfride sintió un escalofrío de placer, y, de manera díscola, permitió que existiera.

—¡En qué absoluta soledad la encuentro!

—Voy hacia la costa siguiendo el arroyo. Creo que desemboca no muy lejos, en un hilo plateado de agua, sobre una cascada de gran altura.

—¿Por qué carga con ese pesado telescopio?

—Para ver el mar —dijo ella con un hilo de voz.

—Se lo llevaré hasta que lleguemos. —Y lo cogió de las manos de ella, que no se resistieron—. No puede haber más de un kilómetro y medio. Mire, ahí está el mar. — Señaló una pequeña porción de un uniforme color gris lodoso que se recortaba contra el cielo.

Elfride ya había escrutado la breve superficie visible del océano sin ver barco alguno.

Siguieron andando juntos, a veces con el riachuelo entre ellos —pues no era más ancho que una zancada—, a veces más cerca. La alfombra verde se volvía cenagosa, y se mantuvieron a más altura.

Una de las dos lomas entre las que caminaban menguó y se hizo insignificante. La que tenían a mano derecha aumentaba de altura mientras avanzaban y acababa en un borde nítidamente recortado contra la luz, como si lo hubieran aserrado. Un poco más allá, el lecho del arroyuelo finalizaba del mismo modo.

Habían llegado a un talud que les llegaba a la altura del pecho y les impedía ver el valle. Había desaparecido completamente. En su lugar aparecía el cielo y una atmósfera sin límites; y perpendicularmente debajo de ellos —pequeña y remota— se veía la ondulada superficie del Atlántico.

Allí moría el regajo. Llegaba al precipicio y se dispersaba en rocío a mitad de camino, cayendo como lluvia sobre los salientes y convirtiéndolos en diminutos prados de hierba. En la parte de abajo, las gotas de agua empapaban los detritos del acantilado. Tal era el poco glorioso final del río.

—¿Qué está buscando? —dijo Knight siguiendo la dirección de los ojos de Elfride.

Ella contemplaba intensamente un objeto negro —más próximo a la orilla que al horizonte— cuya parte superior emitía una neblina que se extendía como gasa sobre el mar.

—El *Puffin*, un pequeño vapor que en verano va de Bristol a Castle Boterel —dijo Elfride—. Creo que es ése..., mire. ¿Me da el catalejo?

Knight sacó el telescopio, anticuado pero potente, y se lo entregó a Elfride, que ahora ponía una expresión apesadumbrada.

—Ahora no puedo sostenerlo —dijo ella.

—Apóyelo en mi hombro.

—Es demasiado alto.

—Debajo de mi brazo.

—Demasiado bajo. Mejor será que mire usted —murmuró débilmente Elfride.

Knight se llevó el telescopio al ojo y barrió el mar hasta que el *Puffin* entró en su campo de visión.

—Sí, es el *Puffin*, una pequeña embarcación. Veo perfectamente su mascarón de proa: un pájaro con el pico tan grande como la cabeza.

—¿Puede ver la cubierta?

—Espere un momento; sí, con toda claridad. Y puedo ver las formas negras de los pasajeros contra su superficie blanca. Uno de ellos le ha cogido algo a otro..., una copa, creo..., sí, es una copa... y la levanta en esta dirección. A juzgar por ello, creo que nos ven perfectamente, recortados contra el cielo. Ahora parece que les empieza a llover, se ponen los impermeables y abren los paraguas. Se van abajo... todos menos el que ha levantado la copa. Es un joven delgado, y sigue mirándonos.

Elfride palideció y movió su piececillo inquieta. Knight bajó el catalejo.

—Creo que es mejor que regresemos —dijo—. La nube que tienen sobre ellos pronto nos alcanzará. Vaya, tiene usted mala cara. ¿Por qué?

—Hay algo en el aire que me afecta la cara.

—Estas mejillas tan blancas son muy fastidiosas, me temo —replicó Knight amablemente—. Hubiera dicho que este aire las pondría más sonrosadas que nunca... ¿eh, niña mimada de la Naturaleza?

A Elfride le volvió el color.

—Después de todo, a este lado aún nos queda más por ver —dijo Knight.

Elfride le volvió la espalda al bote y a Stephen Smith y vio, aún a mayor altura de la que ellos se encontraban, la cara vertical de la colina a la derecha, que no se proyectaba hacia el mar tanto como la cuenca del valle, sino que formaba la espalda de una pequeña bahía, por lo que quedaba como una pared cóncava curvándose desde donde estaban ellos hacia la izquierda.

La composición de la inmensa colina quedaba revelada hasta sus entrañas en su extremo desgarrado. Consistía en una vasta estratificación de pizarra gris negruzca que en toda su altura no variaba ni con un leve matiz.

Con los acantilados y montañas pasa lo mismo que con las personas; poseen lo que denominamos presencia, que no es necesariamente proporcional a su volumen real. Un pequeño acantilado puede impresionar enormemente; uno grande puede dejar indiferente. Depende, al igual que con los hombres, del semblante del acantilado.

—No soporto mirar ese acantilado —dijo Elfride—. Posee una horrorosa personalidad y me hace estremecer. Vámonos.

—¿Podrá llegar hasta allá arriba? —dijo Knight—. Si es así, subiremos ese sendero que corre sobre la adusta cara de nuestro amigo.

—Póngame a prueba —dijo Elfride desdeñosamente—. He subido cuestas más empinadas que ésa.

Había un sendero de hierba donde se encontraban, colocado como protección para caminantes desprevenidos, y desde allí serpenteaba por el interior de un talud hasta la cumbre del precipicio enfilando entonces la colina en dirección tierra adentro.

—Coja mi brazo, señorita Swancourt—dijo Knight.

—Voy mejor así, gracias.

Cuando habían recorrido una cuarta parte de la cuesta, Elfride se detuvo para tomar aliento. Knight le tendió el brazo.

Ella lo aceptó, y juntos subieron el resto de la pendiente. Al llegar arriba se sentaron a descansar de mutuo acuerdo.

—¡Cielo santo, menuda altura! —dijo Knight contemplando la extensión de océano que había entre Cam Beak y Tintagel. Desde donde estaban, la cascada parecía de una altura insignificante.

Elfride miraba hacia la izquierda. El vapor volvía a verse perfectamente, y como nada más había en la vasta superficie del mar, parecía hallarse más cerca de la orilla.

—Sobre ese borde —dijo Knight—, donde parece que no haya nada, se mueve una masa compacta. El viento azota la cara de la roca, la asciende, se alza como una fuente hasta una altura superior a la que nos hallamos nosotros, se dobla encima de

nuestras cabezas en un arco y se dispersa a nuestras espaldas. De hecho, es como una cascada invertida... tan perfecta como las cataratas del Niágara..., pero que, en lugar de caer, sube y lleva aire en lugar de agua. Mire.

Knight arrojó un trocito de pizarra sobre el talud apuntando hacia el acantilado. Al llegar al borde, ascendió en el aire como un pájaro, volvió hacia atrás y aterrizó en el suelo a su espalda. No soplaban nada de aire donde ellos se encontraban.

—Un bote cruza el Niágara justo al pie de la cascada, donde el agua está muy quieta, y la masa caída se curva debajo de él. Nos hallamos exactamente en la misma posición con respecto a la catarata atmosférica que tenemos aquí. Si retrocede cincuenta metros desde el acantilado, se hallará en medio de un fuerte viento. Y me atrevería a decir que sobre el talud hay una pequeña corriente hacia atrás.

Knight se levantó y se inclinó sobre el talud. En cuanto asomó la cabeza, pareció que algo aspiraba su sombrero, que le resbaló sobre la frente en dirección al mar.

—Éste es el remolino hacia atrás, como ya le he dicho —gritó, y desapareció sobre el pequeño terraplén a la busca de su sombrero.

Elfride esperó un minuto; no volvía. Esperó otro, no había señales de él.

Cayeron unas gotas de lluvia; al momento un repentino chaparrón.

Elfride se puso en pie y miró sobre el talud. Al otro lado había un metro o dos de terreno llano, luego una empinada y breve pendiente y por fin el borde del precipicio.

En la pendiente estaba Knight, el sombrero sobre la cabeza. Se apoyaba en las manos y en las rodillas, e intentaba escalar hacia el terreno llano. La lluvia había mojado la superficie pizarrosa de la escarpa. Y esa leve capa lienta y superficial hacía que el terreno fuese más resbaladizo que si se hallase totalmente empapado, por lo que Knight no podía permanecer de pie. La sustancia interior era aún dura, pero estaba lubricada por esa película de humedad.

—Me resulta difícil volver —dijo Knight. Elfride sintió como un peso en el corazón.

—¿Podrá? —preguntó desesperada.

Knight intentó subir con denuedo durante dos o tres minutos, y el sudor comenzó a empaparle la frente.

—No, no puedo —respondió.

Elfride, tras retorcer sus pensamientos, se obligó a negar que Knight pudiera estar en peligro. Pero debía intentar ayudarlo. Se aventuró sobre la peligrosa escarpa ayudándose del telescopio cerrado y le dio la mano antes de que él viera lo que estaba haciendo.

—¡Elfride! ¿Por qué lo ha hecho? —dijo Knight—. Me temo que sólo ha conseguido ponerse en peligro.

Y como para probar esa afirmación, mientras intentaba ayudarlo, los dos resbalaron y él volvió al lugar donde estaba antes. Knight tenía el pie apoyado en un saliente de roca cuarzosa que sobresalía como un diente del borde del precipicio. Sosteniéndose ahí, Knight sujetó a Elfride, cuya cabeza había quedado a poco más de

treinta centímetros por debajo del inicio de la pendiente. Elfride había soltado el catalejo, que rodó hasta el borde y desapareció en el abismo del cielo.

—Agárrese a mí con fuerza —dijo Knight.

Elfride le puso los brazos alrededor del cuello agarrándose con tanta fuerza que, mientras él permaneciera así, era imposible que ella cayera.

—No se ponga nerviosa —dijo Knight—. Mientras estemos sobre este bloque, nos hallamos totalmente a salvo. Espere un momento mientras pienso qué debemos hacer ahora.

Volvió la mirada hacia las vertiginosas profundidades que había debajo de ellos y calibró la situación.

Dos miradas le pusieron al corriente con espantosa nitidez. A menos que llevaran a cabo la proeza de subir la pendiente con la precisión de máquinas, se despeñarían y se verían engullidos por el remolino de aire.

Para ello era necesario que recuperara el aliento y las fuerzas perdidas en los esfuerzos anteriores. De modo que permaneció inmóvil y miró al enemigo cara a cara.

Los habitantes de las poblaciones vecinas creían que la cima de esa terrible fachada natural se hallaba a mil setecientos metros sobre el nivel del mar. Pero las mediciones habían probado que sólo eran mil seiscientos veinticinco.

Es decir, casi tres veces la altura de Flamborough, una vez y media la del South Foreland, doscientos cincuenta metros más que Beachy Head —el promontorio más elevado del lado este o sur de la isla—, el doble de la altura de St. Aldhelm's, el triple que el Lizard y justo el doble que la de St. Bee. Se sabe que hay un punto de la costa oeste del litoral que lo sobrepasa en altitud, pero menos de un metro. Se trata del Great Orme's Head, en Caernavorshire.

Y hay que recordar que el acantilado presenta un rasgo del que algunos de éstos carecen: es totalmente perpendicular desde el nivel de media marea.

Sin embargo, este terraplén no forma ningún cabo: más bien delimita una ensenada en la que el promontorio que hay a cada lado es mucho más bajo. De hecho, lejos de ser saliente, su sección horizontal es cóncava. El mar, avanzando en dirección a las costas de Norteamérica, ha engullido una sima en mitad de la colina, y el gigante, discreto y abrigado en una ensenada, se yergue detrás de sus pigmeos soportes. Y no menos singular es el hecho de que ni la colina, ni la sima ni el precipicio tienen nombre. Y por ello, el precipicio podría llamarse el acantilado Sin Nombre.

Además de su elevación, había un factor añadido que lo hacía más terrorífico: su negrura. Y sobre esta oscura cara, el azote de diez mil vientos de poniente había formado una especie de capa reluciente que producía un efecto visual parecido al encerado de las uvas negras. Además, esa capa parecía flotar en la atmósfera e inspiraba terror por todos sus poros.

—Este trozo de cuarzo en el que estoy apoyando el pie se halla en el mismísimo

saliente del acantilado —dijo Knight rompiendo el silencio tras su estoica meditación—. Lo que va a hacer usted es lo siguiente. Suba por mi cuerpo hasta que tenga los pies sobre mis hombros: entonces creo que podrá escalar hasta terreno llano.

—¿Y qué hará usted?

—Esperaré mientras va a buscar ayuda.

—Es lo que debería haber hecho de buen principio, ¿verdad?

—Yo estaba resbalando, y sin su peso con toda probabilidad no me habría parado. Pero no hablemos más. Sea valiente, Elfride, y escale.

Elfride se preparó para subir y dijo:

—Este es el momento que preví en la torre. ¡Sabía que llegaría!

—No es momento de supersticiones —dijo Knight—. Sáquese todo eso de la cabeza.

—Lo haré —dijo ella con humildad.

—Ahora ponga un pie en mi mano, luego el otro en la otra. Bien hecho. Agárrese a mi hombro.

Elfride llevó el pie al estribo que él había formado con la mano y subió a altura suficiente para ver la superficie natural de la colina sobre el talud.

—¿Puede llegar a terreno llano?

—Me temo que no. Lo intentaré.

—¿Qué ve?

—El ejido en declive.

—¿Y sobre él?

—Brezo color púrpura y un poco de hierba.

—¿Nada más? ¿No ve a nadie?

—Ni un alma.

—Intente subir un poco más. ¿Ve esa mata de armeria que hay encima de usted? Agárrese a ella, pero no se fíe mucho. Luego ponga el pie en mi hombro, creo que así llegará arriba.

Con un temblor en los labios, ella hizo exactamente lo que él le decía. Knight le habló con una serenidad y una solemnidad tan extraordinarias que se le contagiaron y le dieron un coraje del que carecía. Elfride pegó un salto desde el hombro de Knight y llegó arriba.

A continuación se volvió y le miró.

Por mala suerte, la fuerza hacia abajo del brinco, añadida al peso de él, había sido excesiva para el diente de cuarzo sobre el que su pie se apoyaba. Era originariamente una prominencia ígnea que sobresalía de las enormes masas de estratos negros, que desde entonces habían ido desgastándose en los lados del fragmento ajeno a través de siglos de escarcha y lluvia, y ahora quedaba sin mucho apoyo.

El saliente se movió. Knight agarró una mata de armeria con cada mano.

La roca cuarzosa que había sido su salvación era ahora menos que inútil; desapareció rodando, perdiéndose en el mismo abismo del cielo que había engullido

el telescopio.

Una de las matas a las que se había agarrado se desarraigó y Knight comenzó a seguir al cuarzo. Fue un momento terrible. Elfride emitió un gemido apenas audible de angustia, inclinó la cabeza y se cubrió la cara con las manos.

Entre la pendiente cubierta de matas y la gigantesca roca perpendicular había una serie de bordes recortados por la acción de los elementos que formaban una cara aún más abrupta que la pendiente. Mientras Knight se deslizaba muy lentamente sobre ésta, hizo un último y desesperado intento de agarrarse a la vegetación inferior: el último puñado de hierba reseca antes de que la roca apareciera en toda su desnudez. Eso impidió que siguiera bajando. Knight estaba ahora literalmente suspendido por los brazos, pero la inclinación de la cornisa era suficiente para aliviar sus brazos de una parte del peso, aunque estaba lejos de ofrecer una superficie adecuadamente plana en la que apoyarse.

A pesar de toda esta horrible tensión de cuerpo y mente, Knight encontró tiempo para dar gracias. Elfride estaba a salvo.

Se hallaba tendida en el suelo de lado y por encima de él, los dedos entrelazados. Al ver que Knight había dejado de resbalar, se puso en pie de un salto.

—¡Voy corriendo a pedir ayuda para salvarle! —gritó—. ¡Oh, ojalá hubiera muerto yo! ¿Por qué se ha esforzado tanto por salvarme? —Y dio media vuelta para echar a correr en busca de auxilio.

—Elfride, ¿cuánto tardará en ir corriendo a Endelstow y volver?

—Tres cuartos de hora.

—Es demasiado; mis manos no aguantarán ni diez minutos. ¿No hay nadie que viva más cerca?

—No, a no ser que por casualidad pase alguien.

—No llevaría nada consigo que pudiera salvarme. ¿Hay en el ejido algún palo o estaca?

Elfride miró a su alrededor. En el ejido no había más que brezo y hierba.

Los dos pasaron un minuto —quizá más— pensando. De pronto, la expresión de desolación y congoja abandonó la cara de Elfride. Desapareció de su vista sobre el talud.

Knight se sintió en presencia de la encarnación de la soledad.

XXII

«Así son las mujeres.»

Los bravíos acantilados, sea cual sea su tremenda altitud, son tan comunes como las aves marinas a lo largo de la costa que va de Exmor a Land's End, pero este aventajado espécimen era el más tremendo de todos ellos. Sus cumbres no son lugares seguros para hacer experimentos científicos sobre las corrientes de aire, como había descubierto Knight para su consternación.

Todavía se agarraba a la cara de la escarpa; no con la frenética fuerza de la desesperación, pero sí con una resuelta determinación a aguantar todo lo que pudiera a fin de que Elfride tuviera el mayor tiempo posible para llevar a cabo su plan, fuera cual fuese.

Se reclinó en íntima proximidad con el mundo en sus orígenes. Ni una brizna de hierba ni un insecto que recordaran el presente se hallaban entre él y el pasado. El inveterado antagonismo de estos negros precipicios con todos los que luchan por la vida encontraba su plena expresión en la escasez de matas de hierba, líquenes o algas en sus salientes exteriores.

Knight meditó acerca del significado de la apresurada desaparición de Elfride, pero no pudo evitar la instintiva conclusión de que sus esperanzas eran muy escasas. Por lo que podía juzgar, la única oportunidad de salir de allí era con ayuda de una cuerda o una estaca; y la probabilidad de que alguien trajera una de las dos cosas era muy poca. El terreno sobre esas colinas estaba tan abandonado que no había cercas en kilómetros a la redonda, a excepción de algún terraplén o una pared seca, y rara vez pasaba nadie, como no fuera con el propósito de recoger o contar el ganado, que allí encontraba escasos medios de subsistencia.

Al principio, cuando la muerte parecía improbable porque nunca le había visitado antes, Knight no podía pensar en el futuro, ni en nada relacionado con su pasado. Sólo podía contemplar severamente el traidor intento de la naturaleza de poner fin a su vida, y luchar para frustrarlo.

Como la cara interior del segmento del acantilado formaba un enorme cilindro, limitado por el cielo en la parte de arriba y por el mar en la de abajo, que rodeaba la bahía hasta crear casi un semicírculo, Knight podía ver la cara vertical curvándose a cada lado de él. Miró la fachada en toda su profundidad y se hizo una cabal idea de lo que le amenazaba. Todos sus rasgos eran terribles y sus entrañas tenían la hostil forma de la desolación.

Por una de esas familiares conjunciones de elementos con que el mundo inanimado seduce la mente del hombre cuando éste se halla en momentos de incertidumbre, delante de los ojos de Knight había un fósil incrustado que sobresalía muy levemente de la roca. Era una criatura con ojos. Los ojos, muertos y pétreos,

incluso le miraban. Era uno de esos crustáceos llamados trilobites. Separadas sus vidas por millones de años, Knight y ese animal insignificante se habían encontrado para morir en el mismo lugar. Era el único ejemplo que tenía ante sus ojos de algo que había estado vivo y tuvo un cuerpo que salvar, como él mismo en ese momento.

La criatura representaba un tipo inferior de existencia animal, pues nunca en sus años vanales aquellas superficies planas marcadas de innumerables capas pizarrosas habían conocido una inteligencia digna de ese nombre. Zoófitos, moluscos, mariscos eran las mentes superiores de esos tiempos antiguos. Los inmensos periodos de tiempo que representaba cada formación nada sabían de la dignidad del hombre. Había habido épocas espléndidas, pero también otras míseras, y míseras también eran sus reliquias. En su muerte, Knight iba a estar con los pequeños.

Knight era un buen geólogo, y tal es la supremacía del hábito sobre las circunstancias como pionero de los pensamientos del hombre que, en esa terrible coyuntura, su mente encontró tiempo para hacerse una idea, mediante una instantánea observación, de las variadas escenas que habían ocurrido entre la época de esa criatura y la suya. No hay otro lugar como un paisaje de grietas para provocar esas imaginaciones.

El tiempo se desplegaba ante él como un abanico. Se vio a sí mismo en un extremo de los años, cara a cara con el inicio de los tiempos y todos los siglos intermedios simultáneamente. Hombres feroces, cubiertos con pellejos de animales, que para defenderse y atacar llevaban grandes palos y lanzas puntiagudas, surgían de la roca como los fantasmas ante el condenado Macbeth. Vivían en hondonadas, bosques, chozas de barro..., quizá en cuevas de las rocas cercanas. Tras ellos había una franja más antigua. No había hombres en ella. Sólo formas elefantinas, el mastodonte, el hipopótamo, el tapir, antílopes de tamaño monstruoso, el megaterio y el milodón: todo, por el momento, en yuxtaposición. Más atrás, y solapados por éstos, había pájaros de grandes picos y criaturas parecidas a cerdos grandes como caballos. Todavía más sombríos eran los siniestros perfiles cocodrilescos: el caimán y otras burdas formas, que culminaban en un colosal lagarto, el iguanodonte. Plegados detrás había formas de dragones y nubes de reptiles voladores, y aun debajo había peces de desarrollo inferior, y así sucesivamente, hasta que las escenas de los fósiles que se le enfrentaban reflejaban la época moderna.

Todas esas imágenes pasaron ante el ojo interior de Knight en menos de medio minuto, y a continuación se puso a considerar de nuevo el presente. ¿Iba a morir? La imagen mental de Elfride en el mundo, sin él para quererla, le golpeaba el corazón como un látigo. Había esperado que ella lo salvara, ¿pero qué podía hacer una chica? No se atrevía a moverse ni un milímetro. ¿De verdad la Muerte estiraba su brazo? La sensación anterior, de que era imposible morir, era ahora más débil.

Sin embargo, Knight no se soltaba del acantilado.

Para esos individuos reflexivos y curtidos que habitan el sudoeste de Inglaterra y pasan casi todos sus días y sus noches al aire libre, la Naturaleza parece guardar

estados de ánimo distintos de los poéticos: una preferencia por ciertos hechos en ciertos momentos sin ley o estación aparente que los explique. Se lee a la Naturaleza como una persona de carácter peculiar; como alguien que no derrama amabilidad y crueldad a partes iguales, ni imparcialmente ni en orden, sino despiadadas calamidades o tremendas prodigalidades en un capricho desgobernado. El caso del hombre es siempre el del favorito del despilfarrador o el del que recibe una pensión del avaro. En sus momentos más hostiles, la Naturaleza parece divertirse felinamente con sus ardidés, engendrados por el placer que sabe que le proporcionará engullir a la víctima.

Knight siempre había encontrado absurdo este modo de pensar... hasta ahora. Primero fue escupido sobre una roca. Nuevos tormentos siguieron. La lluvia arreció y le persiguió con tan excepcional insistencia que llegó a creer que la causa era que él se hallaba en tan lamentable estado. En la manera de llover en esa escena podía observarse un estado de cosas totalmente nuevo. En lugar de hacia abajo, llovía hacia arriba. El fuerte aire ascendente llevaba las gotas de lluvia escarpa arriba, y alcanzaba a Knight con tal velocidad que se clavaban en su carne como frías agujas. Cada gota era prácticamente una saeta, y se le hundía en la piel. Las saetas de agua parecían levantarlo sobre sus puntas; jamás lluvia hacia abajo tuvo tan torturante efecto. Al poco estaba empapado, excepto en dos lugares: en la parte superior de sus hombros y en la copa de su sombrero.

El viento, aunque no intenso en otros lugares, era allí fuerte. Tiraba de su chaqueta y la levantaba. Casi siempre acostumbramos a considerar toda oposición que no es animada como la de la impasible e inexorable mano de la indiferencia, que acaba antes con nuestra paciencia que con nuestras fuerzas. Allí, en cualquier caso, la hostilidad no asumía esa forma lenta y repugnante. Era un agente cósmico, activo, azotador, impaciente por conquistar: determinación; no un insensato que se interpone en el camino.

Knight había sobreestimado la fuerza de sus manos. Ya estaban muy débiles. «No volverá; hace diez minutos que se ha ido», se dijo.

Su error se originaba en la extraordinaria compresión de experiencias de aquellos momentos: sólo hacía tres minutos que se había marchado.

«Unos minutos más y será mi fin», pensó.

A continuación tuvo otro ejemplo de la incapacidad de la mente de hacer comparaciones en esos momentos.

«Ésta es una tarde de verano», se dijo, «y jamás en mi vida había visto una lluvia tan fuerte y fría en una tarde de verano.» De nuevo se equivocaba. La lluvia era normal en cantidad y el aire, en temperatura. Era, como suele ocurrir, la amenazante actitud en que le abordaban lo que magnificaba sus poderes. De nuevo miró hacia abajo: el viento y las saetas de agua le levantaron el bigote, golpearon sus mejillas, sus párpados, sus ojos. Esto es lo que vio abajo del todo: la superficie del mar, bajo sus pies; de hecho a ciento noventa o más de doscientos metros. El mar habría sido de

un azul neutro de haber tenido el observador mejores auspicios: ahora sólo veía algo negro. Esa estrecha franja blanca era espuma, la conocía bien; pero el embravecido reventar de las olas era tan lejano que parecía sólo un latido y sus salpicaduras apenas eran audibles. Una franja blanca en un mar negro: su paño mortuorio y el ribete.

En cierto modo, el mundo para él estaba del revés. La lluvia venía de abajo. Bajo sus pies había un espacio aéreo y lo desconocido; sobre él estaba el suelo firme y familiar, y encima todo lo que más amaba.

La despiadada Naturaleza tuvo entonces dos voces, y sólo dos. La más próxima era la voz del viento en sus oídos, subiendo y bajando mientras le azotaba y le empujaba intensa o suavemente. El segundo y lejano era el gemido de ese océano insondable que había abajo, que frotaba su flanco incansable contra el acantilado Sin Nombre.

Knight se agarraba con perseverancia. ¿Tenía alguna fe en Elfride? Quizá. El amor es fe, y la fe, como una flor que hemos cortado, vive sin raíces.

Nadie habría esperado que el sol brillara en una tarde como ésa. Sin embargo apareció, abajo sobre el mar. No con su natural orla dorada, barriendo los extremos más lejanos del paisaje, ni con ese extraño resplandor blanco que a veces adquiere como alternativa al color, sino como un manchón rojo sobre un suelo plomizo: una cara rojiza que tenía la mirada lasciva de un borracho.

Casi todos los hombres que tienen cerebro lo saben, y pocos son lo bastante necios como para ocultarse ese hecho a sí mismos o a los demás, aun cuando hacer ostentación pueda considerarse engreimiento. Knight, sin dejarlo entrever demasiado, sabía que su intelecto estaba por encima de la media. Y pensaba —no podía evitar pensarlo— que su muerte supondría una pérdida para el mundo; que ese experimento mortal debería haber sido llevado a cabo con una vida que tuviera menos potencial para desarrollarse.

Algunas personas, cuando las posee el resentimiento, imaginan que las inexorables circunstancias intentan frustrar siempre las pretensiones de la inteligencia. Dejas de desear una posición largamente disputada, cambias de táctica, y al poco te arrojan el premio, al parecer por decepción al no poder seguir incitando tu deseo.

Knight dejó de pensar en la vida y pasó a contemplar el valle de las sombras^[49] y el futuro desconocido que había al otro lado. No le seguiremos hasta las sombrías profundidades de esas especulaciones. Baste contar lo que siguió.

En aquel momento en que ya no le dedicaba más pensamientos a la vida, algo alteró el perfil del talud que había sobre él. Apareció una forma redondeada. Era la cabeza de Elfride. Knight se dispuso de inmediato a volver a abrazar la vida.

La expresión de una cara entregada a la soledad total, cuando un amigo la ve por primera vez, es conmovedora en su patetismo. Cuando remamos hacia un buque faro o hacia un faro rodeado por el mar en el que, sin inmediato horror a la muerte, los habitantes experimentan la melancolía de la monótona reclusión, la agradecida

elocuencia de sus rostros al saludar, expresión de su agradecimiento por la visita, es suficiente para suscitar la emoción del observador más indiferente.

Cuando Knight levantó la mirada hacia Elfride, su expresión fue un ejemplo de ello, más exagerado incluso. Las arrugas de su cara se habían transformado en surcos, y todas le daban las gracias de manera visible. Sus labios dibujaron la palabra «Elfride», aunque la emoción no produjo ningún sonido. Su ojos eran indescriptibles en su combinación de todos los matices de la elocuencia, desde el profundo cariño del enamorado hasta la gratitud del ser humano porque alguien de su propia especie se haya acordado de él.

Elfride había regresado. Knight no sabía cuál era su plan. Quizá lo único que podría hacer sería contemplar su muerte. A pesar de todo había vuelto y no le había abandonado del todo, y eso ya era mucho.

Era una asombrosa novedad ver a Henry Knight —para quien Elfride no era más que una niña, a la que había sacudido igual que un árbol sacude el nido de un pájaro, sobre la que había impuesto su autoridad haciéndola llorar amargamente ante su propia insignificancia— con ese gesto de agradecimiento al ver su cara. Ella le miró, y su cara relucía de lluvia y lágrimas. Él le sonrió débilmente.

«¡Qué tranquilo está!», se dijo Elfride. «¡Qué hombre tan noble y sobresaliente; no ha perdido los nervios!» En aquel momento habría muerto diez veces por él.

Entonces distinguió la forma del vapor deslizándose: no le prestó más atención.

—¿Cuánto más puede aguantar? —pronunciaron los pálidos labios de Elfride; el viento le llevó a Knight las palabras.

—Cuatro minutos —dijo Knight con un hilo de voz más delgado que el de ella.

—¿Y con esperanzas de que le salven?

—Siete u ocho.

Knight acababa de observar que Elfride llevaba entre las manos un atado de tela blanca, y que se la veía más delgada. Qué extraordinariamente fina y flexible era Elfride en ese momento; parecía doblarse bajo los leves golpes de las saetas de lluvia mientras éstas le golpeaban los costados y el pecho y se astillaban para rociar su cara. No hay como estar bien empapado para que se reduzcan las protuberancias de la ropa, y la de Elfride se le ceñía a la piel como un guante.

Sin hacer caso del ataque de las nubes más que para levantar una mano y secarse la lluvia cuando le inundaba los ojos, se sentó y comenzó a desgarrar su ropa interior en tiras. Las anudó por los extremos y posteriormente las entrelazó como los ramales de una cuerda. En un breve espacio de tiempo, había creado una perfecta cuerda de unos seis o siete metros de longitud.

—¿Puede esperar mientras la envuelvo? —dijo Elfride mirándole con angustia.

—Sí, pero no por mucho tiempo. La esperanza me ha dado nuevas fuerzas.

Elfride volvió a concentrarse en su labor: desgarró el material que quedaba en fragmentos estrechos y ahusados, anudó cada uno igual que antes, pero a menor escala, y enrolló la larga cuerda así formada alrededor de la cuerda de tela, la cual, sin

esta envoltura, tenía tendencia a ensancharse.

—Ahora —dijo Knight quien, tras contemplar atentamente la actividad de Elfride, no sólo había comprendido su plan sino que ahora la aconsejaba— puedo resistir tres minutos más. Utilícelos para poner a prueba la resistencia de los nudos, uno por uno.

Elfride obedeció enseguida, y para probarlos puso el pie en la cuerda entre nudo y nudo mientras tiraba con las manos. Uno de los nudos se deshizo.

—¡Imagínese! Si no llega a preverlo, se habría roto —exclamó Elfride llena de aprensión.

Volvió a atar los dos extremos. La cuerda era ahora segura en todas sus partes.

—Cuando la haya bajado —dijo Knight recuperando su posición de autoridad—, regrese al extremo de la pendiente y aléjese todo lo que le permita la cuerda. Entonces échese y agarre el extremo con las dos manos.

Se le había ocurrido un plan más seguro para salvarse, pero tenía la desventaja de que podía poner en peligro la vida de Elfride.

—Me he atado la cuerda alrededor de la cintura —gritó ella— y me echaré directamente sobre el talud, y también la agarraré con las manos.

Eso era lo que había pensado Knight, pero no se había atrevido a sugerírselo.

—Cuando esté detrás del talud tiraré de ella tres veces —prosiguió Elfride—, será la señal de que estoy lista. ¡Por favor, vaya con cuidado, con mucho cuidado, se lo suplico!

Dejó caer la cuerda sobre él para ver qué longitud sería necesaria utilizar en ese lado del talud, dio media vuelta y desapareció igual que había hecho antes.

La cuerda llegó a los hombros de Knight. Al cabo de unos instantes se agitó por tres veces.

Knight esperó unos segundos y la agarró.

La inclinación de esa parte superior del precipicio, hasta la longitud de poco más de medio metro, aunque no servía para escalar a pura mano, era de un valor inestimable. No más de la mitad del peso de Knight se apoyaba totalmente en la cuerda. Media docena de extensiones de sus brazos, que alternó con el agarro de sus pies, le llevaron a nivel del suelo.

Estaba salvado, y había sido Elfride.

Extendió los miembros entumecidos como alguien que acaba de despertarse, y saltó sobre el talud.

Al verle, Elfride se puso en pie de un salto casi con un chillido de alegría. Los ojos de Knight se encontraron con los de ella y, con suprema elocuencia, en aquel breve instante la mirada de cada uno expresó una emoción largamente ocultada. Movidos por un impulso que ninguno de los dos pudo resistir, se lanzaron el uno en brazos del otro.

En el momento del abrazo, los ojos de Elfride se dirigieron involuntariamente hacia el *Puffin*. Había doblado el cabo y ya no se lo veía.

La tremenda euforia que sentía Elfride por haber librado de la muerte al hombre que veneraba la sacudió hasta el centro de su alma. Sintió también que acababa de desafiar el deber que tenía con Stephen, y que había sido infiel a su promesa. Pero todos los nervios de su voluntad se sometían ahora a sus sentimientos: la volición como poder rector la había abandonado. Permanecer pasiva, como permanecía ahora, rodeada por los brazos de Knight la colmaba por completo: era una gloriosa coronación a todos los años de su vida. Quizá él sólo estaba agradecido y no la amaba. Poco importaba: era infinitamente mejor ser la esclava de un gran hombre que la reina de uno ínfimo. Ésta era la sensación, aunque no acabara de tomar la forma de pensamiento acabado, que recorría la impresionable alma de Elfride.

Si consideramos la actitud de ambos, es imposible que dos personas estuvieran más cerca de besarse de lo que estuvieron Knight y Elfride durante aquellos momentos de impulsivo abrazo bajo el aguacero. Sin embargo, no se besaron. El carácter de Knight era tal que no le permitía aprovecharse de la confesión apasionada que Elfride, en un momento de descuido, había hecho tácitamente.

Elfride recobró el dominio de sí y lentamente se soltó.

El aflojó el abrazo a regañadientes y a continuación la miró de pies a cabeza. Parecía pequeña como un niño. Entonces comprendió de dónde había sacado la tela para la cuerda.

—¡Elfride, mi Elfride —exclamó con gratitud y asombro.

—Creo..., creo... que ahora debo dejarle —dijo ella, y su cara se sonrojó el doble, con una expresión en la que había alegría y vergüenza—. Sígame, pero a cierta distancia.

—La lluvia y el viento le atravesarán la ropa; el frío la matará. ¡Dios la bendiga por esta devoción! Póngase mi chaqueta.

—No; entraré en calor corriendo.

Lo único que había entre Elfride y la lluvia eran sus diáfanos prendas exteriores. Se había abierto una puerta en la inteligencia de una mujer, y ésta había conseguido salir. Junto al talud, mientras Knight permanecía colgado de aquel precipicio que daba vértigo esperando la muerte, Elfride se había quitado toda la ropa y sólo había vuelto a ponerse el cuerpo exterior y la falda. El resto estaban en el suelo en forma de cuerda.

—Estoy acostumbrada a ir mojada —añadió Elfride—. Muchas veces me he quedado empapada montando a Pansy. ¡Adiós hasta que volvamos a encontrarnos, vestidos y en nuestro sano juicio, en casa junto al fuego!

Entonces echó a correr como una liebre bajo el chaparrón; o quizá como un faisán cuando se aleja correteando con la cola baja y se le ocurre volar, pero no lo hace. Al poco ya no se la veía.

Knight se sentía incómodo, mojado y helado, aunque rebosante de pasión. Apreciaba en mucho el recato de Elfride al no permitir que él la acompañara yendo tan ligera de ropa, aunque le pareció una terrible pérdida verse privado de su

compañía aunque sólo fuera por media hora.

Knight recogió aquel anudado y entrelazado plumaje de ropa blanca, bordados y encaje, y lo rodeó con sus brazos. En el suelo distinguió un sobre mojado y arrugado. Al intentar devolverle su forma original, del interior cayó un trozo de papel, que el viento arrancó de la mano de Knight. Voló hacia la izquierda, luego a la derecha; fue flotando hacia el borde del precipicio, donde fue lanzado hacia arriba. Se agitó en el aire, y a continuación regresó por encima de la cabeza de Knight, quien siguió el papel y lo cogió. Acto seguido lo miró para ver si valía la pena haberlo recuperado.

El papel era un resguardo bancario por valor de doscientas libras, que habían pasado a engrosar el saldo de la señorita Swancourt y que su propietaria, falta de sentido práctico, ni recordaba llevar en su poder.

Knight lo dobló con el mayor cuidado, teniendo en cuenta lo húmedo que estaba, se lo puso en el bolsillo y fue tras los pasos de Elfride.

XXIII

¿Hay que olvidar que nos conocimos?»
BURNS, *Auld Lang Syne*

En aquel momento Stephen Smith ya había pisado el muelle de Castle Boterel y respirado el aire de su tierra natal. Los cambios más notables que mostraba su aspecto eran: la piel más oscura, un bigote más pronunciado y una barba incipiente.

A pesar de la lluvia, que había amainado un poco, cogió una pequeña maleta y, dejando el resto del equipaje en la posada, subió las colinas rumbo a Endelstow Este. Este lugar se encontraba en un valle, más en el interior que su homónimo del oeste, y aunque estaban muy cerca ambos tenían poco en común. Endelstow Este era más boscoso y fértil, podía jactarse de poseer la mansión y el parque de lord Luxellian y carecía de esas colinas abiertas y peladas que daban aquel aire de desolación a la proximidad de la costa, a excepción, por supuesto, del pequeño valle en que se hallaba la rectoría y la vieja casa de la señora Swancourt, The Craggs.

Stephen casi había llegado a la cima de la colina cuando la lluvia volvió a arreciar y, a la búsqueda de refugio momentáneo, subió un empinado sendero que se adentraba en densos bosques de avellanos en su parte inferior. Más arriba desembocaba en un saliente que quedaba justo encima del camino de portazgo, y lo cubría la cara superior de una roca vaciada por los siglos, sobre la que había matas. Por alguna razón decidió cobijarse de la tormenta en aquel refugio y, volviendo la cara a la izquierda, estudió el paisaje como si fuera un libro.

Contemplaba el valle en el que estaba la residencia de Elfride. Desde su punto de observación, la perspectiva mostraba la siguiente peculiaridad: todo lo que quedaba en primer plano se veía luminoso y lo que estaba al fondo de un color apagado, y todo lo que quedaba en medio parecía sumergirse en la superficie del campo, perdiéndose de vista. En contacto aparente con los árboles y los arbustos que había a su lado surgía la lejana extensión, rematada de pronto por el borde de una serie de acantilados que culminaban en aquel gigantesco sin nombre: pequeño y sin relevancia visto desde ahí. La hoja de una rama que estaba junto al codo de Stephen tapaba toda una colina en la zona más lejana; un manojo verde de nueces ocultaba toda una altiplanicie, y el gran acantilado quedaba superado por un diminuto risco en el terraplén más cercano a él. Stephen había visto todo esto cientos de veces, pero jamás lo había contemplado con tanto cariño como ahora.

Avanzando un poco más en esa dirección podía ver la torre de Endelstow Oeste, bajo la cual iba a verse con Elfride aquella noche. Y al mismo tiempo observó, viniendo de las colinas que llevaban a los acantilados, un punto blanco en movimiento. Parecía ser una gaviota que volara baja, pero al final resultó ser una forma humana que corría a gran velocidad. La forma avanzaba veloz, indiferente a la

lluvia que había hecho detenerse a Stephen en su camino; descendió la colina cubierta de brezo, entró en el valle y desapareció.

Mientras meditaba sobre el significado de ese fenómeno, le sorprendió ver entrar en su campo de visión otro punto que se movía procedente del mismo lugar que el anterior, aunque muy distinto del primero, pues éste era totalmente negro. A paso lento y regular siguió el mismo trayecto, y no hubo duda alguna de que se trataba de la forma de un hombre. También él descendió gradualmente de los niveles superiores y se perdió en el valle que había abajo.

La lluvia había vuelto a amainar y Stephen regresó al camino. Delante de él vio a dos hombres y un carro. Un alto seto los ocultó de pronto. Justo antes de que volvieran a aparecer ante sus ojos, oyó las voces de los hombres.

—No debe de estar lejos, si dices que llegaba hoy —dijo una voz de tenor, que Stephen reconoció al instante como la de Martin Cannister.

—Eso creo —dijo la otra voz, que pertenecía al padre de Stephen.

Stephen dio un paso al frente y se topó de cara con ellos. Su padre y Martin iban andando, vestidos con su segundo mejor traje, y junto a ellos avanzaba un caballo gris y un carro ligero de colores vivos.

—¡Muy bien, señor Cannister, aquí está el hombre extraviado! —exclamó el joven Smith saludando enseguida al viejo estilo—: Padre, aquí estoy.

—Muy bien, hijo; me alegro mucho —replicó John Smith, rebosante de alegría al ver al joven—. ¿Cómo estás? Venga, vamos a casa, no nos quedemos en medio de la lluvia. Este tiempo ha de ser terrible para alguien que acaba de llegar de una nación tan calurosa como la India, ¿no te parece, vecino Cannister?

—Cierto, cierto. Pero antes habrá que ir a buscar tus bártulos. Cajas, enormes fardos y espléndidos e indescritibles paquetes, no me cabe duda.

—Poco hay de eso —dijo Stephen riendo.

—Hemos traído el carro con la idea de llegar a Castle Boterel antes de que desembarcaras —dijo su padre—. «Engancha el caballo», dice Martin. «De acuerdo», digo yo, y lo hemos hecho de inmediato. Pero ahora quizá sea mejor que Martin vaya con el carro a buscar las cosas y tú y yo vayamos andando a casa.

—Llegaré al mismo tiempo que vosotros. Peggy aún anda ligera, aunque, como todos nosotros, nota ya el paso del tiempo.

Stephen le dijo a Martin dónde encontraría su equipaje, y a continuación prosiguió el camino a casa en compañía de su padre.

—Como has venido un día antes de lo que esperábamos —dijo John—, lo encontrarás todo hecho un desastre, señor... ¡Hay que ver, le digo «señor» a mi propio hijo! Pero estás hecho un hombre, Stephen. Esta mañana hemos matado el cerdo pensando que tendrías hambre y agradecerías un buen bocado de carne fresca. Y no lo cortaremos hasta esta noche. Sin embargo, podemos hacer una buena cena de carne frita con un poco de mostaza y unas cuantas patatas nuevas, que bajaremos con un trago de la mejor cerveza. Tu madre ha estado fregando el suelo porque venías, ha

quitado el polvo de los muebles del dormitorio y ha comprado una nueva jofaina y una jarra a una vendedora de loza ambulante que apareció por casa, ha restregado las palmatorias y limpiado las ventanas. Y no sé qué más. Nunca había visto un revuelo semejante.

Durante el resto del viaje la conversación siguió de este talante, además de las preguntas que hizo Stephen acerca de la salud de su madre. Cuando se acercaron al río y a la casa que había detrás, pudieron oír el reloj del maestro mampostero dando las horas transcurridas del día a intervalos de un cuarto de hora, durante los cuales la imaginación de Stephen dibujó el dedo índice de su madre acompañando el minuterero en sus vueltas por la esfera.

—El reloj se ha parado esta mañana y al parecer tu madre lo está poniendo en hora —dijo su padre, y atravesaron el jardín hasta la puerta.

Cuando hubieron entrado, y Stephen saludó efusivamente a su madre —que llevaba un vestido de algodón de fondo azul oscuro sobre el que se desperdigaban multitud de lunas nuevas y llenas, estrellas, planetas y algún trazo con aspecto de cometa para diversificar la escena—, oyeron el traqueteo de las ruedas del carro procedente del exterior, y Martin Cannister apareció en el umbral en forma de un par de piernas debajo de una gran caja, el cuerpo apenas visible. Cuando hubieron descargado el equipaje, y Stephen subió a cambiarse de ropa, la señora Smith pareció recuperar el hilo de una antigua conversación.

—Desde luego, nuestro reloj no vale nada —dijo volviéndose hacia él e intentando poner en marcha el péndulo.

—¿Se ha vuelto a parar? —preguntó Martin.

—Desde luego —contestó la señora Smith al estilo de ciertas matronas, para las que la armonía del tema con una actitud despreocupada es más recomendable que su pertinencia a la ocasión—. John gastaría varias libras al año en este trasto, en hacerlo limpiar, cuando puedes arreglarlo tú mismo. «El reloj se ha vuelto a parar, John», le digo. «Más vale hacerlo limpiar», dice él. Eso son cinco chelines. «El reloj chirría de nuevo, John», le digo. «Más vale hacerlo limpiar», vuelve a decir. «El reloj atrasa, John», le digo. «Mejor hacerlo limpiar», repite. Si le hubiera hecho caso, las ruedas estarían más lisas que un esqueleto, y te aseguro que podríamos haber comprado uno precioso con esfera de porcelana con todo el dinero que en estos años hemos tirado detrás de este viejo trasto de esfera verde. Ah, Martin, debes de estar empapado. Mi hijo ha subido a cambiarse. John llevaba toda la ropa mojada, pero dice que eso no es nada. Algunas criadas de la señora Swancourt han estado aquí..., vienen a protegerse de la lluvia cuando salen a dar un paseo... y te aseguro que llevaban las capotas hechas un desastre.

—¿Cómo estáis todos? Venimos de Castle Boterel, pero con tanto correr y pararnos para protegernos de la tormenta, no sé dónde tengo la cabeza. ¡Fff, fff, fff, este ruido de pescado friéndose de la mañana a la noche! —dijo en ese momento una voz quebrada en la puerta.

—¿Quién está ahí? —exclamó para sí la señora Smith, y al darse la vuelta vio a William Worm, que intentaba exhibir una faz amable y amistosa extendiendo sobre su cara una amplia sonrisa que nada tenía que ver con el humor en que se encontraba. Detrás de él había una mujer que casi le doblaba en tamaño, que se cubría con un paraguas. Era la señora Worm, la mujer de William.

—Entra, William —dijo John Smith—. No cada día matamos un cerdo. Y usted también, señora Worm. Bienvenidos. Desde que no estás con el párroco Swancourt, William, no se te ve mucho el pelo.

—No, pues a decir verdad, desde que me encargo de la barrera del portazgo, no he salido mucho, y además ya no tengo el deber de ir a la iglesia los domingos, como cuando trabajaba para la familia del párroco. Sin embargo, nuestro chico ya es capaz de encargarse de la barrera, y le he dicho a mi mujer: «Barbara, vamos a visitar a John Smith».

—Siento oír que te duele tanto la cabeza.

—Ay, te aseguro que este ruido de pescado friéndose es todo el día y toda la noche. Y a veces no es sólo pescado, sino lonchas de bacón y cebollas. Ay, oigo la grasa hincharse y chisporrotear como algo de lo más natural, ¿verdad, Barbara?

La señora Worm, que todo este tiempo había estado ocupada cerrando el paraguas, corroboró esa afirmación y ahora, al entrar en la casa, se mostró como una mujer de cara ancha, aspecto plácido, con una verruga en la mejilla de cuyo centro salían unos cuantos pelos.

—¿Nunca ha intentado curar ese ruido, señor Worm? —preguntó Martin Cannister.

—Ay, bendito sea, lo he intentado todo. La Providencia es misericordiosa, creo, y esperaba que ya se hubiera enterado de mi dolencia, después de tantos años viviendo con la familia de un párroco, pero no parece querer aliviarme. ¡Ay, un pobre hombre como yo y la vida no me da más que problemas!

—Cierto, por desgracia. Siempre hay que estar atento, o no te vienen más que desgracias.

—Quítese el bonete y el manto, señora Worm —dijo la señora Smith—. Todo está ya hecho un lío, pues mi hijo ha llegado de la India un día antes de lo esperado y el matarife vendrá enseguida a trocear el cerdo.

La señora Barbara Worm, que no deseaba sacar ningún indigno provecho de observar a esas personas en semejante desbarajuste, se quitó el bonete y el manto con los ojos fijos en las flores que había en la parcela delante de la puerta.

—¡Qué hermosos lirios tigrados! —dijo la señora Worm.

—Sí, están muy bien, pero tengo que protegerlos de los niños que vienen por aquí. Se comen las bayas de los tallos y dicen que son grosellas. Los niños son muy fantasiosos.

—Y sus bocas de dragón están estupendas. 312

—Bueno, la verdad —respondió la señora Smith abordando el tema de manera

didáctica— es que parecen más personas que flores. Pero quedan bastante bien con el resto, y no necesitan muchos cuidados. Y lo mismo puede decirse de estas ruedas de molinero. Es una flor que me gusta mucho, aunque sea tan sencilla. John dice que le dan igual las flores, pero es que los hombres no tienen ojo para las cosas hermosas. Dice que su flor favorita es la coliflor. Y le aseguro que en primavera tiemblo, pues es un asesinato con todas las de la ley.

—¡No diga eso, señora Smith!

—John escarba las raíces, ya sabe. Mete su azadón entre las raíces, los bulbos, todo lo que no sobresalga del suelo, y acaba cortándolo todo a trocitos. El otoño pasado fui a trasplantar unos tulipanes y me encontré los bulbos boca abajo y los tallos retorcidos. John les había dado la vuelta en primavera, y las astutas criaturas pronto averiguaron que el cielo no estaba donde debía.

—¿Qué son esas flores tan lozanas que hay bajo el seto?

—¿Eso? ¡Oh, esas horribles escaleras de Jacob! En lugar de elogiarlas, estoy furiosa con ellas porque enseguida crecen donde no quieres ni verlas. No es que estén mal, pero no me gustan las plantas que no necesitan cuidados. Por mucho que cave, las arranque, las quite, siempre hay demasiadas. Les corto las raíces: vuelven a brotar el triple de fuertes. Las tiro al otro lado del seto; ahí crecen, y me miran a la cara como un perrillo que has echado de casa, y en una semana o dos vuelven a estar igual que antes. La escalera de Jacob aquí, la escalera de Jacob allá. Las planto donde nada crece, y en un mes las tiene a montones. John preparó una camada de estiércol el verano pasado y dijo: «María, si hay flores o algo parecido que no quieras, puedes plantarlas alrededor del montón de estiércol para que no quede tan a la vista, aunque no creo que aquí crezca nada de mucho valor». Y me dije: «Ahí están las escaleras de Jacob, las pondré allí, donde no pueden hacer ningún daño», y así lo hice. Y crecieron y crecieron, en el estiércol y fuera de él, cubriéndolo casi todo. Cuando John quiso utilizar el estiércol en el jardín dijo: «¡Malditas sean estas escaleras de Jacob, María! Se han tragado lo mejor de mi estiércol y ahora vale menos que arena». Y desde luego que se lo habían comido todo esos voraces mortales. Si quiere saber la verdad, creo que en el fondo de sus almas las escaleras de Jacob son una mala hierba y no una flor.

Robert Lickpan, el matarife, llegó en aquel momento. El animal cebado, que colgaba en la trascocina, fue partido de arriba abajo por la columna vertebral mientras la señora Smith se dedicaba a preparar la cena.

Mientras el matarife cortaba y troceaba, fue corriendo la cerveza y Worm y el matarife escucharon la descripción de John Smith de su encuentro con Stephen, que relató con los ojos fijos en el mantel a fin de que no hubiera nada en el mundo exterior que interrumpiera sus esfuerzos por dibujar la escena en todos sus detalles.

Stephen bajó a mitad de narración, y tras la breve interrupción ocasionada por su entrada y los saludos, John Smith continuó como si su hijo no hubiera estado allí y nada supiera de lo ocurrido, y también se la contara a él.

—«Ay», dije al verle entre las zarzas, «es mi chaval, lo sé porque anda igual que su abuelo», pues la verdad es que cada zancada me recuerda a mi pobre padre. Pero no acababa de estar seguro del todo. Me acerqué un poco y dije: «Es mi chaval, pues sé que lleva una maleta negra, como la de cualquier viajero». Sin embargo, por ese camino pasa mucha gente y hay más de un viajero. Pero no le quitaba ojo, y le dije a Martin: «Es mi chaval, le conozco por la manera de girar el bastón y por esa manera de andar tan familiar». Entonces me acerqué más y dije: «Muy bien». Ya podía jurar que era él.

A continuación se criticó el aspecto de Stephen.

—De cara se le ve mucho más flaco que cuando le vi en casa del párroco y no le conocí —dijo Martin.

Y otro, sin apartar los ojos de la cara de Stephen, dijo:

—Yo le habría reconocido en cualquier parte. Tiene la misma nariz que su padre.

—Es algo que me han dicho a menudo —dijo Stephen con modestia.

—Y desde luego, es más alto —dijo Martin repasando a Stephen de arriba abajo.

—Yo creía que eran de la misma estatura —contestó Worm.

—Bendito seas, eso es porque es un poco más grueso. —Y todos los ojos se posaron en la cintura de Stephen.

—Puede que yo no sea más que un temblor con patas, pero lo admito —dijo William Worm—. Y también hemos de recordar que llegó como un forastero y un peregrino a casa del párroco Swancourt, ¡y después de tantos años no le conoció ni un alma! Ah, la vida es extraña, Stephen, aunque supongo que ahora debo llamarte «señor».

—Oh, no es necesario —replicó Stephen, aunque decidiendo, en su fuero interno, evitar la proximidad de ese amigo de la familia en cuanto hubiera solicitado la mano de Elfride.

—Ah, bueno —dijo Worm meditabundo—, algunos no hubieran aceptado un trato menos respetuoso que el de señor. Hay personas y personas.

—Y cerdos y cerdos —observó John Smith mirando la carcasa demediada que colgaba en la trascocina.

El comentario pareció invitar a Robert Lickpan, el jifero, a entrar en la conversación.

—Sí, ellos también tienen sus peculiaridades —observó de entrada—. He conocido a muchos con un genio de todos los demonios.

—No lo dudo, maestro Lickpan. —La respuesta de Martin expresaba que sus convicciones, no menos que su educación, exigían la réplica.

—Sí —prosiguió el jifero con el tono de alguien acostumbrado a que le escuchen—. Conocí uno que era sordomudo y no había manera de saber qué le ocurría. Comía bien cuando veía el abrevadero, pero cuando estaba de espaldas, ya podías pasarte el día dando golpes con el cubo, que el pobre no oía nada. Podías burlarte de él a sus espaldas, y no se enteraba más que el pobre sordo de Grammer Bates. Pero engordaba

bien, y cuando le matamos no vi cerdo que mejor se abriera en canal, y resultó un bocado muy tierno, mucho; una carne tan buena como la que más; podías sorber la carne por el cañón de una pluma.

»Y aun conocí otro —añadió el matarife, tras dejar que le bajara por el gaznate una pinta de cerveza y depositar la jarra, con precisión matemática, justo en el lugar del que la había levantado— que se volvió loco.

—¡Qué triste! —murmuró la señora Worm.

—¡Sí, pobrecillo, así fue! Se volvió tan loco como pudiera volverse cualquier cristiano. De pequeño era muy melancólico, y de ninguna manera fue jamás un cerdo optimista. Era el cerdo de Andrew Stainer.

—Me acuerdo bien de ese cerdo —atestiguó John Smith.

—Y también fue un estupendo cerdo para matanza. ¿Y ya sabéis lo que pasa con los del granjero Buckle? Todos ellos sufren de reumatismo, debido a esa húmeda pocilga en la que viven cuando son unos lechoncillos.

—Bueno, y ahora pesémoslo —dijo John.

—Si no fuera un ejemplar tan magnífico, podríamos pesarlo entero: pero es mejor que lo pesemos a mitades. John, ¿te acuerdas de mi vieja chanza?

—Desde luego, aunque la primera vez que la oí fue hace algunos años.

—Sí —dijo Lickpan—, podría decir que ese viejo chiste se ha contado en mi familia durante generaciones. Mi padre lo contó en las matanzas de cerdos durante más de cuarenta y cinco años: el tiempo que se dedicó a esa profesión. Y me dijo que se lo había contado su padre cuando era niño, quien también lo contaba en cada matanza, y en aquellos días, una matanza era una matanza.

—Desde luego que lo era.

—Nunca he oído ese chiste —dijo la señora Smith con cierta timidez.

—Ni yo —intervino la señora Worm, que al ser la otra señora que había en la sala se sentía obligada, por las leyes de la cortesía, a estar de acuerdo en todo con la señora Smith.

—Pues claro que lo habéis oído —dijo el jifero mirando con escepticismo a las dos matronas—. De todos modos, no es gran cosa... no voy a decir que lo sea. Comienza así: «Bob te dirá cuánto pesa tu cerdo», digo yo. Todos los allí presentes creen que me refiero a mi hijo Bob, como es natural; pero el secreto es que me refiero al *bob*^[50] de la romana. Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! —rió Martin Cannister, que acababa de oír esta broma por centésima vez.

—Ju, ju, ju! —rió John Smith, que la había oído por milésima vez.

—Je, je, je! —rió William Worm, que jamás la había oído, aunque temía confesarlo.

—Tu abuelo, Robert, debió de ser un tipo muy espabilado para inventarse este chiste —dijo Martin Cannister pasando a un plácido tono de satisfacción crítica.

—No era tonto, desde luego. Y ya ves, como todos los primogénitos de los

Lickpan se han llamado Robert, todos han sido Bobs, por lo que hemos podido seguir con la chanza hasta el presente.

—Con el pobre Joseph, vuestro hijo segundo, nunca podréis contarlo, lo que es una desgracia —dijo la señora Worm pensativa.

—No, es verdad. Sí, el abuelo era un tipo listo, como he dicho; pero conocí a otro aún más listo: mi tío Levi. Tío Levi hizo una caja de rapé que sus amigos jamás sabían abrir. La solía llevar a las bodas, bautizos, funerales y siempre que había alguna reunión festiva, y ponía a prueba a todo el mundo. Esta extraordinaria caja de rapé tenía un resorte en la parte posterior que se empujaba y estiraba, una bisagra que parecía ser la tapa; una vara corredera en una punta, un tornillo en la otra y muescas y extraños botones por todas partes. Uno lo probaba con el resorte, otro con el tornillo, otro con la vara corredera; pero por mucho que lo intentaban, la caja no se abría. Y no podían abrirla y no la abrían. Y ahora, ¿cuál dirías que era el secreto de la caja?

Todos pusieron una expresión de que ni uniendo sus pensamientos lo adivinarían.

—Bueno, pues que la caja no se abría de ninguna manera. No estaba hecha para abrirse, y ya podían haberlo intentado hasta el juicio final, que no habría pasado nada, pues la caja estaba pegada en todo su contorno.

—Un hombre muy profundo el que hizo esa caja.

—Sí. Así era el tío Levi.

—Ya lo creo. Me acuerdo perfectamente de ese hombre. El hombre más alto que he visto nunca.

—Y tan alto que era. Después de dar el estirón, ya no pudo volver a dormir en ninguna cama. No había ninguna que fuera lo suficientemente larga. Cuando vivía en aquella casita junto al estanque, cada noche dejaba abierta la puerta del dormitorio y los pies le asomaban hasta el descansillo.

—Ahora ya está muerto, como los peores, pobrecillo —observó Worm para llenar el silencio que siguió al fin del monólogo de Robert Lickpan.

Una vez pesado y cortado el animal, Stephen contó sus viajes muy animado; y al final, los primeros frutos de la matanza del día, encebollados, fueron servidos, las piezas humeantes y siseantes hasta que llegaban a la boca.

Hay que admitir que el elegante hijo de la casa pareció un tanto fuera de lugar en el curso de esas operaciones. Tampoco era su mente lo bastante filosófica como para permitirle estar cómodo con los viejos amigos de su padre. No había vivido muchos años en aquella casa, prácticamente jamás desde su infancia. La presencia de William Worm era lo que más le incomodaba, pues aunque Worm ya no trabajaba en la casa del señor Swancourt, el tratar de manera tan íntima a un antiguo servidor de esa casa le recordaba a Stephen cómo le había clasificado el rector antes de su marcha de Inglaterra. La señora Smith se daba perfecta cuenta de que aquella coincidencia era muy poco deseable. Le habló a Stephen en privado.

—Estoy por encima de estas personas, Stephen, pero ¿qué puedo hacer? Y tu padre es tan tosco que se mezcla con ellos más de lo necesario.

—No te preocupes, mamá —dijo Stephen—; lo aguantaré.

—Cuando ya no estemos al servicio de milord y nos mudemos (como espero que haremos pronto), las cosas serán muy diferentes. Estaremos entre gente nueva, tendremos una casa más grande, y espero que nos traten con gente más fina.

—¿Sabes si la señorita Swancourt está en casa? —preguntó Stephen.

—Sí, tu padre la vio esta mañana.

—¿La veis a menudo?

—Casi nunca. El señor Glim, el coadjutor, aparece de vez en cuando, pero los Swancourt sólo pisan el pueblo cuando lo atraviesan con su coche. Ahora cenán más a menudo en casa de milord. Ah, esta mañana un muchacho te trajo esta nota.

Stephen, impaciente, cogió la nota y la leyó mientras su madre le observaba. Leyó lo que Elfride había escrito y enviado antes de dirigirse al acantilado aquella tarde:

Sí; nos encontraremos en la iglesia a las nueve. E. S.

—No sé, Stephen —dijo su madre poniendo énfasis en sus palabras—, si aún te acuerdas de la señorita Elfride, pero si yo fuera tú, dejaría de interesarme por ella. Dicen que no verá un penique del dinero de la anciana señora Swancourt.

—Veo que hace una noche hermosa; voy a salir a dar una vuelta —dijo Stephen eludiendo la pregunta directa—. Es probable que cuando vuelva las visitas se hayan ido y podamos hablar con más intimidad.

XXIV

«Brisa, pájaro y flor confiesan la hora.»
WALTER SCOTT, *County Guy*

La lluvia había cesado desde la puesta de sol, pero había nubes, y la luz de la luna, amortiguada y difusa por su velo neblinoso, se distribuía sobre la tierra en un gris leve.

Una oscura figura salió de la casa de John Smith, situada junto al río, y ascendió rápidamente hacia Endelstow Oeste con un paso vivo. Abandonando pronto los niveles inferiores, dobló un recodo, siguió un camino de carros y vio la torre de la iglesia a la que se dirigía recortándose claramente contra el cielo. No pasó ni media hora desde que saliera de casa y ya se encontraba cruzando la cerca del cementerio.

El recinto agreste e irregular era, como siempre, parte integral de la vieja colina. La hierba era aún larga, las tumbas habían adquirido la forma precisa que los años transcurridos eligieron para perder el aspecto ortodoxo que les habían dado Martin Cannister y el abuelo de Stephen antes que él.

Un sonido penetró el aire procedente de donde estaba Castle Boterel. Era el reloj de la iglesia del pueblo, que daba la hora de manera nítida en la silenciosa atmósfera como si procediera de la torre que tenía al lado, la cual, envuelta en su silencio solitario, no emitía ninguna señal de vida.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve. —Stephen contó meticulosamente las campanadas, aunque sabía perfectamente el número de antemano. Era la hora que Elfride había considerado más conveniente para encontrarse.

Stephen se quedó de pie junto a la puerta del porche y escuchó. Podía oír la más leve respiración de cualquiera que estuviera dentro del porche; no había nadie. Tras pasó la entrada, se sentó en el banco de piedra y esperó con el corazón latiendo con fuerza.

Los tenues sonidos sólo acentuaban el silencio. El susurro del vaivén del mar, a lo lejos, en la costa, era el más importante. Un sonido menor era el susurro de una lejana chotacabras. Entre los más leves había el suave posarse de fragmentos de telaraña que flotaban en el aire, un sapo que trabajaba humildemente sobre la hierba que había cerca de la entrada, el crujido de una hoja seca que un gusano intentaba introducir en la tierra, una ráfaga de aire que se acercaba cada vez más y expiraba a sus pies, bajo la carga de una semilla alada.

Y entre todos estos sonidos no oyó el único que le importaba: las pisadas de Elfride.

Durante un cuarto de hora Stephen permaneció así sentado, concentrado, sin mover un músculo. Pasado ese tiempo se dirigió a la fachada occidental de la iglesia.

Al doblar la esquina de la torre, una forma blanca le miró a la cara. Stephen retrocedió del sobresalto, pero recobró el dominio de sí. Era la tumba del joven Jethway, que parecía tan nueva como el día que la colocaron; la piedra pálida en la que fue labrada destacaba claramente entre las losas azul oscuro de las canteras locales de las que estaban hechas el resto de las lápidas.

Se acordó de la noche que estuvo sentado en ella con Elfride, y recordó su pesar ante el hecho de que alguien le hubiera rendido homenaje antes que él, aun sin el consentimiento de ella. Pero la terrible angustia que sentía en aquel momento redujo esa sensación a nimiedad sentimental; y caminó sobre las tumbas hasta el borde del cementerio, donde, en pleno día, podía verse la rectoría y la residencia actual de los Swancourt. No se oía pisada alguna procedente del sendero que de allí venía, pero una luz brillaba en una ventana de la mencionada casa.

Stephen sabía que no podía haber error con respecto a la hora o el lugar, y que no había dificultad alguna en acudir a la cita. Siguió esperando, y pasó de la impaciencia a un estado de ánimo que perdió la noción del tiempo. El reloj de Castle Boterel le sacó de su ensueño:

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, DIEZ.

¡Qué alegría al oír antes las campanadas, y qué tristes le parecían ahora!

Dejó el cementerio por el lado opuesto al que había entrado y salió al camino. Lentamente se acercó al portón de la casa de Elfride. Lo abrió suavemente y recorrió el camino de grava hasta la puerta. Ahí se detuvo durante varios minutos.

Al cabo de ese tiempo, las palabras murmuradas por una voz de hombre llegaron a sus oídos a través de la ventana abierta que había tras la esquina de la casa. A ella respondió una clara y leve carcajada. Era la risa de Elfride.

Stephen era consciente de que un dolor le roía el corazón. Se retiró por donde había venido. Hay desengaños que nos retuercen, y otros que nos infligen una herida cuya marca nos llevamos a la tumba. Éstas son tan agudas que ninguna futura satisfacción del mismo deseo puede borrarlas: quedan grabadas como una pérdida permanente de felicidad. Así era la de Stephen ahora: la aureola coronadora del sueño había sido el encuentro furtivo; y si Elfride hubiera ido a su encuentro sólo diez minutos después de que él se marchara, el desengaño habría sido aún reconocible.

Cuando el joven llegó a su casa, encontró una carta que había llegado en su ausencia. Creyendo que contenía alguna explicación a la ausencia de Elfride, aunque incapaz de concebir ninguna que pudiera justificarla, abrió con premura el sobre.

Pero el papel no era ningún recado de Elfride, sino el resguardo del depósito de doscientas libras. En el dorso había un cheque, en el que ella había escrito la misma suma, pagable al portador.

Stephen quedó perplejo. Intentó adivinar los motivos. Considerando lo poco que sabía de las últimas acciones de Elfride intuyó con bastante sagacidad que, entre el envío de la nota por la mañana y el silencioso rechazo de su regalo por la noche, algo había hecho cambiar por completo la actitud de Elfride hacia él.

No sabía qué hacer. Ahora le parecía absurdo ir a ver al padre de ella por la mañana, como era su intención, y pedirle su mano, con la posibilidad de que la propia Elfride no se pusiera de su lado. Sólo una cosa parecía prudente. Esperar a ver qué traían los días; realizar sus encargos en Birmingham; luego regresar, averiguar qué había ocurrido e intentar verla; quizá la sorpresa de Elfride ante su reticencia le hiciera manifestar su afecto tan decididamente como en los viejos tiempos.

Este acto de paciencia sólo era posible en un hombre del carácter de Stephen. Nueve de cada diez habrían obrado con precipitación, se habrían presentado ante ella por las buenas o por las malas y provocado alguna catástrofe. Quizá para bien, quizá para mal.

A la mañana siguiente salió para Birmingham. Poco hubiera importado que se demorara un día más; pero no podría descansar hasta que no hubiera empezado y terminado el programa que se había propuesto. La actividad física a veces elimina el aguijón de la ansiedad tan completamente como si desapareciera la causa que la provoca.

XXV

Mi amigo íntimo en quien yo confiaba.»
SALMO 41, 9

Durante aquellos días de ausencia, Stephen vivió bajo estados de ánimo alternos. Siempre que sus emociones estaban activas, sufría. Siempre que no sufría, los negocios que tenía entre manos arrancaban de su mente por pura fuerza toda profunda reflexión sobre el tema de Elfride y el amor.

Cuando, a final de la semana, emprendió el camino de retorno, prácticamente había tomado la decisión de visitarla y verla cara a cara. En esta ocasión también siguió su ruta favorita; tomó el pequeño vapor que en verano iba de Bristol a Castle Boterel; el tiempo que hubiera ganado en velocidad yendo en tren lo hubiera perdido en los empalmes y en la ruta tortuosa del ferrocarril.

Era una hermosa y callada tarde de principios de septiembre cuando Smith volvió a poner pie en la pequeña población. Paseó un poco por el muelle antes de subir las colinas, pues se había formado la intención romántica de volver a su casa pasando por la de Elfride, aunque no deseaba vagar por la zona hasta que las sombras de la noche le ocultaran a los ojos de los demás.

De este modo esperó la llegada de la noche, contempló la plácida escena, sobre la que la pálida luminosidad de poniente proyectaba un triste color monocromo que lentamente quedaba oscurecido por el crepúsculo. Apareció una estrella, y otra, y otra. Titilaban entre las jarcias y las vergas de dos bergantines carboneros que había a su lado, como si fueran pequeños faroles suspendidos de las cuerdas. Los mástiles se mecían soñolientos con el infinitesimal flujo de la marea, que chasqueaba y gorgoteaba en los agujeros y rincones del espigón del puerto.

El crepúsculo era ya lo bastante pronunciado para el propósito de Stephen; y en el momento en que, con el corazón lleno de congoja, estaba a punto de ponerse en marcha, un pequeño bote en el que iban dos personas apareció en mitad de la bahía con la ligereza de una sombra. El bote llegó ante él, pasó a su lado y alcanzó el desembarcadero que había en la otra punta. Uno de los ocupantes era un hombre, tal como Stephen había deducido de su agilidad con los remos. Cuando la pareja subió los peldaños del desembarcadero y pudo verlos con más claridad, distinguió que el segundo personaje era una mujer; también que llevaba un ornamento blanco —al parecer una pluma— en su sombrero o capota, y esa porción blanca era lo único que quedaba claramente visible de su atuendo.

Stephen se quedó un tanto rezagado para que pasaran de largo y a continuación emprendió su camino, olvidándose de esa circunstancia. Tras cruzar el puente, evitando la carretera principal, tomó el sendero que llevaba por el valle hasta Endelstow Oeste; en ese momento oyó el chasquido del portillo unos cuantos metros

por delante de él. Cuando Stephen lo alcanzó y lo pasó, oyó otro chasquido similar de otra verja, aún más adelante. No había duda de que una o varias personas le precedían en ese sendero, aunque sus pisadas eran inaudibles a causa de la blanda alfombra de hierba. Stephen aceleró un poco el paso y distinguió dos formas. Una de ellas lucía en lo alto la pluma blanca que había observado en el sombrero de la mujer del muelle: eran la pareja que había visto en el bote. Stephen se rezagó un poco más.

Desde el fondo del valle del que procedía esa vereda, junto a la margen del escaso riachuelo, salía otro sendero que subía la pendiente de la colina que quedaba a la izquierda. Este sólo llevaba a la residencia de la señora Swancourt y a un par de casitas vecinas. Numerosos trechos carecían de hierba, y Stephen se dijo que la pareja de delante había tomado esa ruta para evitar el ruido esporádico de las losas sueltas que había de vez en cuando. Stephen subió en la misma dirección, pero por alguna razón poco clara dio en caminar pisando más suavemente que los que iban delante de él. De manera inconsciente, su mente se preguntaba quién podía ser esa mujer. ¿Una invitada de la casa, una criada, Elfride? Se lo planteó sin ambages: esa mujer, ¿podía ser Elfride? Una posible razón para no haber acudido a la cita se le apareció con dolorosa fuerza.

Entraron en los jardines de la casa por un portillo lateral, desde donde el sendero, ahora ancho y bien cuidado, serpenteaba caprichosamente a través de los arbustos hasta un pabellón octogonal llamado el Belvedere a causa de la amplia vista que de la zona adyacente permitían sus verdes asientos. El sendero dejaba atrás esa edificación y seguía hasta la residencia de la señora Swancourt y, por el otro lado, hasta la casita del jardinero, siguiendo desde ahí, agreste y descuidado, hasta Endelstow Este; por lo que Stephen no vaciló a la hora de atravesar el portillo y entrar en un paseo que poco podía considerarse privado.

Imaginó que la puerta se abría y se cerraba de nuevo tras él. Se volvió, pero no vio a nadie.

La pareja del bote llegó hasta la glorieta. Uno de ellos habló.

—Me temo que nos reprenderán por llegar tan tarde.

Stephen reconoció la voz al instante, más rica y sonora de lo que la recordaba. «¡Elfride!», susurró para sí, y se agarró con fuerza a un árbol joven para apaciguar la agitación que su presencia le causaba. El corazón no quería latirle; Stephen evitaba la verdad que había estado persiguiendo.

—Vuelve a levantarse la brisa; ¡cómo susurra el fresno! —dijo Elfride—. ¿No lo oyes? Me pregunto qué hora es.

Stephen soltó el árbol.

—Traeré una cerilla y te lo diré. Entra en la glorieta; allí no hace aire.

La cadencia de la otra voz —su peculiaridad— afectó a Stephen igual que le habían afectado, al regresar a su país de origen, las notas de los pájaros del norte, como algo de siempre, natural, que ahora se revive, y que no le había parecido especialmente natural hasta el momento de revivirlo tras su ausencia.

La pareja entró en el Belvedere. La parte inferior estaba formada de tablas de madera clavadas en diagonal, y en la superior había ventanas.

Se oyó el rascar de una cerilla, y un resplandor surgió en el interior de la edificación. La luz hizo nacer oscilantes sombras de hojas, de tallos, lustrosas vetas, puntos, destellos e hilos de plateado resplandor de toda variedad y duración imaginables. Despertó mosquitos, que volaron hacia ella, reveló relucientes hilos de telaraña, perturbó a los gusanos de tierra. Stephen prestó atención a esos fenómenos. En el interior de la glorieta vio un cuadro intensamente iluminado.

En primer lugar, la cara de su amigo y preceptor, Henry Knight; entre ambos se había producido un extrañamiento, no por ninguna causa definida aparte de la ausencia, el paso de los años y la divergencia de intereses.

A continuación, la estrella particular de Stephen: Elfride, que tenía una cara mucho más de mujer que cuando él la llamaba suya, pero cuyos rasgos eran tan nítidos y saludables como siempre. Tampoco había cambiado su abundante y hermoso pelo, exceptuando una leve modificación en su peinado en deferencia a los cambios de la moda.

Las frentes de ambos estaban muy juntas, casi tocándose, y los dos tenía la vista baja. Elfride miraba su reloj, Knight sostenía la cerilla con una mano y con la izquierda le rodeaba el talle. Parte de la escena llegó a ojos de Stephen a través de los listones horizontales de madera que cruzaban sus formas como las costillas de un esqueleto.

El brazo de Knight ciñó aún más la cintura de Elfride.

—Son las ocho y media —dijo ella en una voz baja que poseía una música peculiar, que al parecer procedía del estremecimiento de placer ante esa nueva prueba de ser amada.

La llama menguó, se apagó, y todo quedó envuelto en una oscuridad de apariencia mucho más densa que la que reinaba antes de la iluminación. Stephen, con el ánimo hecho trizas y el corazón dolorido, dio media vuelta. Al volverse, al otro lado, tras la glorieta, vio un sombrío perfil. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad. ¿Se trataba de una forma humana o de un opaco arbusto de enebro?

Los enamorados se pusieron en pie, pasaron junto a unas matas de durillo y siguieron el camino hacia la casa. La borrosa figura se había movido y ahora pasó delante de Smith. Iba tan tapada esa persona que sólo se podía decir de ella que era una forma. La forma avanzó sin ruido.

Stephen dio un paso al frente, temiendo que pretendiera causar daño a la pareja.

—¿Quién va? —dijo.

—No se preocupe por quién soy —respondió un débil susurro en el interior de aquellos pliegues—. ¡Lo que yo soy, que lo sea ella! Quizá yo conocía bien..., ¡ah, demasiado bien!..., a un joven cuyo lugar usted ocupó, al igual que ahora ese hombre ocupa el suyo. ¿Va a permitir que esa muchacha le destruya el corazón, le lleve a la tumba prematuramente, como hizo con el que le precedió a usted?

—Usted es la señora Jethway, creo. ¿Qué hace aquí? ¿Y por qué habla de este modo tan alocado?

—Porque mi corazón está desolado, y a nadie le importa. ¡Que sufra como yo la que me ha causado tanto dolor!

—¡Silencio! —dijo Stephen, devoto de Elfride a su pesar—. ¡Ella nunca haría daño a nadie a sabiendas, nunca! ¿Cómo ha llegado usted aquí?

—Los vi aparecer por el sendero, y quería saber si la mujer era ella. ¿Puedo evitar que me produzca aversión cuando pienso en el pasado? ¿Puedo evitar mirarla cuando me acuerdo de mi hijo? ¿Puedo evitar desear su mal si deseo el bien de mi hijo?

La forma inclinada siguió su camino, pasó el portillo y quedó envuelta en las sombras de los campos.

Stephen había oído decir que la señora Jethway, desde la muerte de su hijo, había perdido la razón, se había abandonado; y otorgándole pensamientos de compasión, apartó de su mente la idea de que pudiera perjudicar a la pareja, pero no la condena de la infidelidad de Elfride. Ésta penetró en él y se mezcló con las sensaciones que había engendrado su nueva experiencia. Todo lo que revelaba aquella breve escena que había presenciado estaba en corcondancia con la opinión de esa desdichada mujer la cual, por muy infundada que pudiera haber sido anteriormente, era ahora totalmente cierta por lo que a Stephen se refería.

El lento peso de la desesperación, tan distinto de un violento paroxismo como el morir de hambre del morir de un tiro, le inundó y le retorció cuerpo y alma. El descubrimiento no había sido del todo inesperado, pues, a causa de la ansiedad de los días transcurridos desde aquella noche en el cementerio, se había inclinado a interpretar la incertidumbre desde una perspectiva desfavorable para él. Sus esperanzas de un final feliz no habían sido más que periódicas interrupciones del miedo crónico a que el final fuera desdichado.

En extraña concomitancia con su desgracia estaba la singularidad de su forma. Que su rival fuera Knight, a quien antaño había adorado de una manera que casi ya no se da en estos tiempos, y a quien ahora amaba, añadía reprobación a la pena, y cinismo a ambas. Henry Knight, cuyas alabanzas tanto había proclamado en los oídos de Elfride, del cual ella se había puesto celosa, temiendo que el amor de Stephen por ella no pudiera compararse al que sentía por Knight, probablemente la había conquistado con más facilidad en razón de esas mismas alabanzas que él sólo había cesado de pronunciar por orden de ella. Ella le había mandado como una reina en ese aspecto, al igual que en todos los demás. Stephen podía adivinar, por la actitud de Elfride —aunque la observación había sido breve— y por sus palabras —aun siendo pocas—, que su posición con respecto a Knight era muy distinta. Elfride había puesto en un pedestal a su nuevo enamorado y lo adoraba desde abajo, de igual modo que a Stephen lo había tratado con una sonrisa desdeñosa, viéndolo desde una gran altura.

También le torturaba lo repentino de la ruptura de Elfride. Para alguien que observara la situación desde fuera, desapasionadamente, cabían al menos dos

interpretaciones: o bien pretendía mantenerse fiel a su primera elección hasta que el enamorado visto borrara por completo al enamorado recordado, o bien no deseaba perder al primero hasta tener asegurado al segundo. Pero para Stephen Smith, siendo Elfride el sujeto, esta última alternativa le parecía inconcebible.

Se puso a meditar acerca de las cartas que ella le había enviado; en ellas jamás mencionaba que hubiera conocido a Knight. Había que observar, sin embargo, que sólo en dos de ellas podía haberlo mencionado. Una la había escrito una semana antes de la llegada de Knight, cuando, aunque no le mencionaba a Stephen que aquél había prometido visitarles, tampoco tenía ningún motivo para no hacerlo. En la segunda aludía casualmente a Knight, pero cuando la carta llegó a Bombay, Stephen ya se había marchado.

Stephen contempló la forma negra de la casa adyacente, que al recortarse contra el cielo le arrancaba un trozo poligonal, y sintió odio por el lugar. No conocía demasiado los hechos, pero no podía evitar asociar, de manera instintiva, la inconstancia de Elfride con el matrimonio de su padre y su alternancia con la sociedad londinense. Cerró el portón de hierro que delimitaba el macizo de arbustos con el mismo sigilo con que lo había abierto, y se adentró en los campos de hierba. Desde allí podía ver la antigua vicaría, la casa que asociaba con los dulces y agradables días de su incipiente amor por Elfride. Alejándose con tristeza del lugar que ya no sería un refugio en el que sus pensamientos podrían demorarse cuando estuviese lejos, deambuló en dirección al este del pueblo para llegar a casa de sus padres antes de que éstos se retiraran a descansar.

El camino más recto para llegar era a través del parque. No se apresuró. La felicidad a menudo tiene motivos para la prisa, pero la desolación rara vez necesita correr o esforzarse. A veces rozaba las ramas bajas de los árboles, la mirada extraviada en el suelo.

Tal era la actitud de Stephen, tan afectado en sus pensamientos como ciego en sus ojos, cuando un claro sonido atravesó el aire silencioso, le llegó y fue aún más allá. Se trataba del repicar de la campana de la iglesia de Endelstow Este, que se hallaba en una hondonada a menos de cuarenta metros de la mansión de lord Luxellian, dentro del recinto del parque. Otro repique llegó a sus oídos y dio carácter a ambos; luego vino una lenta sucesión de campanadas.

—Alguien ha muerto —dijo Stephen en voz alta.

Tocaban a difuntos por algún habitante de la parroquia del este.

Lo extraño de ese tañido era que no había comenzado según la costumbre de Endelstow y otras parroquias de la zona. A cada fallecimiento, el sexo y la edad del difunto se anunciaban mediante un sistema de cambios. Tres veces tres campanadas significaba que el finado era un hombre; tres veces dos, una mujer; dos veces tres, un muchacho, dos veces dos, una chica. La regularidad del tañido indicaba que acababa de reanudarse, y que Stephen se había perdido el principio al no hallarse lo bastante cerca.

La momentánea ansiedad que sintió en relación con sus padres se desvaneció. Los había dejado en perfecto estado de salud, y caso de que les hubiese afectado alguna enfermedad grave, se le habría comunicado anteriormente. En aquel momento, ya que para ir a su casa había de pasar bajo los tejos del camposanto, decidió entrar en el campanario al pasar y hablar con Martin Cannister, que estaría allí.

Stephen llegó a lo alto de la colina y sintió la tentación de renunciar a esa idea. Su estado de ánimo era tal que sólo deseaba desahogarse. Sin embargo, antes de que pudiera obrar tal como era su deseo, el joven vio brillar entre los árboles un vivo resplandor cuyos rayos brotaban como agujas a través del triste y plumoso follaje de los tejos. Procedía del centro del cementerio.

Stephen se dirigió hacia allí sin pensar. No podía haber un contraste mayor entre dos lugares de idéntico propósito como eran ese camposanto y el del pueblo que había un poco más lejos. El que ahora era el destino de Stephen estaba muy bien cuidado y formaba parte prácticamente del jardín de la casa solariega; las flores y los arbustos estaban plantados indiscriminadamente sobre ambos terrenos, mientras que las tumbas visibles eran matemáticamente exactas en forma y textura, y durante el día semejaban barbillas recién afeitadas. No había muro, y lo único que separaba el terreno de la necrópolis del de lord Luxellian eran unas piedras cuadradas situadas en puntos equidistantes. Entre las personas que poseen sentimientos románticos en relación con el tema de su última morada, es probable que casi todos hubiesen elegido un lugar como éste antes de cualquier otro, aunque unos pocos se habrían sentido intimidados por su cuidada pulcritud y se habrían inclinado por la agreste cima de la colina del pueblo vecino, donde la Naturaleza mostraba su atavío más negligente.

Stephen descubrió a continuación que la luz que brillaba en el camposanto procedía de un punto muy cerca del suelo, e imaginó que quizá la originaba un farol situado dentro de una tumba a medio excavar. Pero al acercarse aún más vio que se hallaba justo debajo del muro de una nave lateral, dentro de la boca de una arcada. Ahora oía voces, y comenzó a ver con claridad lo ocurrido. Al acercarse a la abertura, Smith distinguió a su izquierda un montículo de tierra, y ante él un tramo de escalones de piedra que habían quedado al descubierto al excavar y que se adentraban debajo del edificio. Eran la entrada a un gran panteón familiar, que se extendía bajo la nave norte.

Stephen nunca lo había visto abierto, y descendió uno o dos peldaños para mirar bajo el arco. El panteón se veía abarrotado de ataúdes, exceptuando el espacio central, que necesariamente había de mantenerse despejado para la entrada y acceso a los lados y alrededor del cual los ataúdes se apilaban en compartimentos de piedra o nichos.

El lugar estaba bien iluminado, con velas adosadas a unos trocitos de madera clavados en la pared. Al bajar otro peldaño, las personas vivas que había en la cripta se hicieron reconocibles. Se trataba de su padre, el ayudante de éste, Martin

Cannister, y dos o tres peones. A su alrededor había palancas y martillos. Todos ellos, sentados en círculo sobre ataúdes que habían sacado de sus lugares, al parecer por algún cambio o ampliación de la cripta, comían pan y queso y bebían cerveza de una jarra con dos asas que se pasaban el uno al otro.

—¿Quién ha muerto? —preguntó Stephen bajando hasta aquel grupo.

XXVI

«Hasta esa última nada bajo la tierra.»

TENNYSON, *Las dos voces*

Todas las miradas se volvieron hacia la entrada cuando Stephen habló, y ese cónclave a la antigua manera le escrutó de manera inquisitiva.

—¡Vaya, pero si es nuestro Stephen! —dijo su padre poniéndose en pie y, sin soltar la jarra espumosa que tenía en la izquierda, extendió la derecha para darle un abrazo—. Tu madre te aguarda; pensaba que volverías antes del anochecer. ¿Te esperas y vienes conmigo? Ya casi he acabado, iba a marcharme enseguida.

—Sí, es el señor Stephy, desde luego. Encantado de volver a verle tan pronto, señor Smith —dijo Martin Cannister, moderando la alegría expresada en las palabras con un semblante neutro a fin de que el sentimiento armonizara lo más posible con la solemnidad de aquella cripta familiar.

—Lo mismo te digo, Martin; y a ti, William —dijo Stephen saludando con la cabeza a los demás, quienes, como tenían la boca llena de pan y queso, sólo pudieron responder apretando los ojos, que formaron unas líneas y arrugas cordiales.

—¿Quién ha muerto? —repitió Stephen.

—Lady Luxellian, la pobre dama, como nos pasará a todos nosotros —dijo el ayudante de su padre—. Ya ves, tendremos que ampliar la cripta para hacerle sitio.

—¿Cuándo ha muerto?

—Esta mañana, temprano —contestó su padre con aspecto de evocar una idea recurrente—. Martin ha estado tocando la campana casi desde entonces. De todos modos, era de esperar. Estaba muy delicada.

—Ay, pobrecilla, esta mañana —añadió el ayudante de su padre, un hombre extraordinariamente anciano cuya piel parecía demasiado grande para su cuerpo, tanto que no había manera de mantenerla en posición—. Ahora ya debe de saber si va hacia arriba o hacia abajo, la pobre.

—¿Qué edad tenía?

—No más de veintisiete o veintiocho a la luz de las velas. ¡Pero Señor! De día parecía tener cuarenta.

—Ah, entre las mujeres ricas, verlas de día o de noche puede crear una diferencia de veinte años —observó Martin.

—La verdad es que tenía treinta y uno —dijo John Smith—. Ellos me lo dijeron.

—¡Sólo treinta y uno!

—Tenía muy mal aspecto, pobre mujer. A fe mía, se podría decir que estuvo muerta años antes de estarlo de verdad.

—Como solía decir mi padre: «Estaba muerta, pero no se derrumbaba».

—Yo la vi, pobrecilla —dijo un peón desde detrás de uno de los ataúdes que

habían sacado—, el último día de San Valentín. Iba cogida del brazo de milord. Me dije: «Va camino del camposanto, mi noble señora, aunque ni se lo imagine».

—Supongo que ahora milord escribirá a todos los otros lores del país para hacerles saber que ella ya no está con nosotros.

—Eso es ya agua pasada. Una hora después de su muerte vi salir un fajo de cartas. Los sobres tenían unos hermosos ribetes negros, de un centímetro de ancho por lo menos.

—Eso es demasiado —observó Martin—. En resumen, bordes negros de un centímetro de ancho son demasiado para cualquier ser humano. Estoy seguro de que la gente, en los momentos de máxima congoja, sólo pone un borde muy estrecho.

—Y tenían dos niñas, ¿verdad? —dijo Stephen.

—¡Esas dos hermosuras! Ahora se han quedado sin madre.

—Cuando yo estaba en casa del párroco Swancourt, solían ir a jugar con la señorita Elfride —dijo William Worm—. ¡Ah, ya lo creo que iban! —Esta última frase fue introducida para añadir la conveniente tristeza a un comentario que, intrínsecamente, poca tenía para la ocasión—. Sí —añadió Worm—, subían corriendo las escaleras, las bajaban corriendo; revoloteaban a su alrededor allí donde ella iba. La apreciaban mucho. ¡Ah, en fin!

—Mucho más de lo que nunca apreciaron a su madre, o eso es lo que se dice —añadió un peón.

—Bueno, es natural. Lady Luxellian siempre se mostraba muy distante con ellas..., siempre estaba como adormilada, por lo que no podían amarla ni disfrutar alegremente de su compañía, tal como les gusta a los niños. El pasado invierno vi a la señorita Elfride hablando con *milady* y las dos niñas, y era la señorita Elfride quien les sonaba la nariz; *milady* ni siquiera se daba cuenta de la necesidad de hacerlo; y, naturalmente, los niños se encariñan con las personas que son sus mejores amigas.

—Sea como fuere, la mujer está muerta y ahora hemos de hacerle sitio —dijo John—. Vamos, chicos, acabaos la cerveza y despejaremos esta esquina, así podremos empezar a trabajar en la pared en cuanto mañana haya luz.

Stephen preguntó dónde iban a enterrar a lady Luxellian.

—Aquí —dijo su padre—. Vamos a echar la pared hacia atrás y a hacer un nicho; y eso ya será bastante trabajo antes del funeral. Cuando la madre de milord murió, me dijo: «John, hay que ampliar el lugar antes de colocar a otro». Pero jamás se le ocurrió que iba a ser tan pronto. Mejor mover primero a lord George, ¿no te parece, Simeon?

Con el pie señaló un ataúd muy pesado, cubierto con lo que antes había sido terciopelo rojo, color que ahora apenas se distinguía.

—Como mejor le parezca, señor John —replicó el apergaminado mampostero—. ¡Ah, pobre lord George! —prosiguió contemplando detenidamente el enorme ataúd—. En una época él y yo mantuvimos una acerba enemistad, en la medida en que ello es posible entre un lord y un hombre del pueblo llano. ¡Pobrecillo! Apoyaba su mano

en mi hombro y me ponía de vuelta y media con la misma familiaridad que si fuera un hombre corriente. Ay, me insultaba colina arriba, luego colina abajo; y luego volvía a empezar, y las grapas de oro de su nueva dentadura relucían al sol como grilletes de latón, mientras yo, un hombre pobre e insignificante, procuraba no decir nada en absoluto. ¡Y qué hombre tan robusto era! Sí, a veces me caía bien. Pero de vez en cuando, al verle tan alto, me decía para mis adentros: «¡Cómo pesará, milord, cuando algún día tengamos que bajarlo a la cripta de la iglesia de Endelstow!».

—¿Y pesó? —preguntó un joven peón.

—Ya lo creo. Fueron doscientos cincuenta kilos, y me quedo corto. Y entre el plomo, el roble, las asas, y una cosa y otra —en ese punto, el anciano palmeó la tapa con tanta fuerza que sacudió los huesos que había dentro—, casi me rompe la espalda cuando le cogí por los pies para bajarlo por esos escalones. «Ah», le dije a John..., ¿te acuerdas, John?... «que la gloria de un hombre deba ser una carga semejante para otro.» Pero en fin, a veces me caía bien lord George.

—Resulta extraño pensar —dijo otro— que mientras todos están aquí bajo un mismo techo, como una familia bien avenida de Luxellians, de hecho estén separados por muchos kilómetros el uno del otro, pues unos son ovejas buenas y otros cabritos malvados^[51], ¿no os parece?

—Cierto, es un pensamiento a tener en cuenta.

—Y este otro: que si él se ha ido para arriba y su mujer para abajo, no tiene la menor idea de lo que está haciendo su mujer. Y que algún desdichado de los que están quemándose le está gritando a alguno que se halla en las alturas y se olvida de que sus cuerpos permanecen aquí juntos por toda la eternidad.

—Vaya, éste es un pensamiento interesante, que pueda decirle «¡Hola!» de cerca al feroz lord George y que él no pueda oírme.

—Y que puedo comerme una cebolla cerca de la elegante lady Jane y ella no pueda olerme.

—¿Por qué tienen todos la cabeza en la misma dirección? —preguntó un joven.

—Porque es la ley del camposanto, tontorrón. La ley de los vivos es que un hombre esté vertical, y la de los muertos que esté horizontal en dirección este-oeste. Toda sociedad tiene sus leyes.

—Sin embargo, deberemos romper esa ley con algunas de estas pobres almas. Vamos, a trabajar —dijo el maestro mampostero.

Y se pusieron a la labor.

El orden de entierros podía trazarse claramente observando el aspecto de los ataúdes que se apilaban. Los que sólo habían permanecido allí una generación o dos aún conservaban los adornos. Los de un periodo anterior, mostraban la madera desnuda, de la que colgaban algunos harapos. Y en los más antiguos aún, la madera se desperdigaba a trozos en el suelo del nicho y el ataúd estaba formado sólo de plomo pelado; y en el caso de los de más edad, incluso el plomo estaba abultado y resquebrajado, mostrando al ojo curioso el montón de polvo que había dentro. Sobre

muchos de ellos los escudos estaban sueltos y se podían quitar con la mano, y sus superficies sin lustre exhibían claramente el nombre y el título del finado.

Sobre ellos, las aristas y concavidades de los arcos se curvaban en todas direcciones bajando hacia las paredes, a poca altura del suelo, de modo que apenas cabía una persona de pie.

El cuerpo del decimocuarto y último barón, junto con dos o tres más, todos ellos de fecha más reciente que el enorme montón de ataúdes allí apilado, habían sido colocados, por falta de sitio, en el extremo de la cripta sobre caballetes y no en nichos como los otros. Fue necesario quitarlos para formar detrás la cámara donde iban a ser depositados finalmente. Stephen, que encontraba el lugar y la actividad en consonancia con su sombrío humor, se quedó a esperar.

—Simeon, supongo que te acuerdas de la pobre lady Elfride, la que se escapó con el cantante —dijo John Smith al cabo de un rato—. Creo que fue en la época en que mi padre era sacristán. Veamos... ¿dónde está?

—Por aquí, en algún lugar —replicó Simeon mirando a su alrededor—. Bueno, en este momento tengo entre mis brazos a la mencionada dama. —Bajó el extremo del ataúd que sujetaba, se secó el sudor, y arrojando un trozo de madera podrida sobre otro para señalarlo, prosiguió—: Y ese de ahí es su marido. Hacían una pareja estupenda como la que más, y eran dos personas de buen corazón. Me acuerdo, aunque no era más que un niño en la época. La señora se enamoró de ese joven, y las amonestaciones se publicaron en alguna iglesia de Londres; y el viejo lord su padre oyó cómo las leían tres veces, y ni se enteró de que nombraban a su hija, pues las leyeron con un montón de nombres más. Cuando la muchacha se hubo casado, se lo dijo a su padre, que se puso hecho un basilisco, y le dijo que no vería un penique. Lady Elfride dijo que tampoco lo deseaba; que todo lo que quería era que la perdonara, y en cuanto a ganarse el sustento, le bastaba con cantar canciones en compañía de su marido. Esto asustó al viejo lord, quien les regaló una casa para vivir con un gran jardín y una o dos parcelas de cultivo, y un carruaje, y unas cuantas guineas. Bueno, la pobrecilla se murió al primer gemido, y su marido, que era un buenazo y habría muerto por ella, se volvió loco y no pudo resistirlo (o eso se dijo). En cualquier caso, los dos fueron enterrados el mismo día, padre y madre, pero la niña sobrevivió. Ah, la familia de milord le tenía en gran estima, y le pusieron aquí con su esposa, y en ese rincón está el hombre ahora. El domingo después, durante el funeral, se leyó un sermón. El texto era: «Mientras no se quiebre la hebra de plata, ni se rompa la bolita de oro»; y cuando estaban rezando, los hombres se pusieron las manos delante de los ojos varias veces y todas las mujeres lloraron a moco tendido.

—¿Y qué fue de la niña? —dijo Stephen, que a menudo había oído fragmentos de esa historia.

—La educó su abuela, y fue una hermosa doncella. Y no se le ocurrió sino fugarse con el coadjutor... que ahora es el párroco Swancourt. Entonces murió la abuela, y el título y todo lo demás fue a parar a otra rama de la familia. El párroco

gastó una gran parte del dinero de su mujer, y ésta le dejó a la señorita Elfride. Eso de fugarse parece que se contagia en las familias, como la locura o la gota. Y las dos mujeres son iguales como guisantes.

—¿Quiénes?

—Lady Elfride y la joven señorita que vive ahora. El mismo pelo, los mismos ojos; pero la madre de la señorita Elfride era de tez mucho más oscura.

—La vida es una extraña burbuja —dijo William Worm reflexivo—. Pues si el Señor hubiera ungido a las mujeres en lugar de a los hombres, la señorita Elfride sería ahora lord Luxellian... lady Luxellian, quiero decir. Pero tal como están las cosas, la sangre poco importa, y por ley no es nada para la familia Luxellian, a pesar de lo que pueda ser en realidad.

—Ya decía yo —intervino Simeon—, cuando veía a la señorita Elfride abrazando a las hijas de la recién fallecida lady Luxellian que había un parecido; pero supongo que eran fantasías mías, pues los años deben de haber alterado el antiguo aspecto de la familia.

—Y ahora moveremos esas dos, y a casa —dijo John Smith reavivando, como corresponde a un patrón, el espíritu del trabajo, que mostraba signos inconfundibles de quedar desvanecido casi por completo por el espíritu de la charla—. La jarra de cerveza que no queramos la podemos dejar aquí hasta mañana; ninguno de los presentes la tocará.

Y así acabó la labor nocturna y todos se retiraron de la morada de los muertos, cerraron la vieja cancela de hierro y pasaron la cerradura por la enorme armella de cobre: un incongruente acto de encierro hacia aquellos que ni habían pensado en escapar.

XXVII

«¿Cómo iba a saludarte?»
BYRON, *Cuando nos separamos*

A menudo el amor muere sólo de tiempo, pero mucho más a menudo de desplazamiento. En el caso de Elfride Swancourt, hubo una poderosa razón que explicó ese desplazamiento: el recién llegado era un hombre más sobresaliente que el primero. Junto a los instructivos y mordaces desaires que recibía de Knight, la amabilidad general de Stephen parecía insustancial; junto al sobrio cortejo de Knight, las continuas manifestaciones de Stephen parecían afectadas. Elfride había comenzado a suspirar por alguien más maduro. A Stephen apenas se le podía considerar un hombre hecho y derecho.

Puede que existiera una tendencia a la inconstancia en la naturaleza de Elfride; una tendencia, para aquellos que la contemplaban desde cierta distancia, lejos de su influencia, exquisita en su plasticidad y en sus prontas simpatías. En parte también, Stephen había fracasado a la hora de ganarse su corazón de manera permanente debido a su hábito —causado por exceso de timidez— de rebajarse delante de ella, una actitud que, delante de hombres sensatos, tañe una nota de afecto que una marcada seguridad en sí mismo dejaría intacta, pero que, de manera inevitable, conduce a la mujer más sensata del mundo a infravalorar a quien la pone en práctica. En cuanto el hombre deja de mostrarse dominante, la mujer comienza sus desaires; y es un hecho conocido, pero no por ello menos desdichado, que la criatura más gentil rara vez tiene la capacidad de apreciar un trato de igualdad por parte de su complemento natural. La posición social de los padres de Stephen, por supuesto, tenía poco que ver con la renuncia de Elfride. La pobreza, para tales muchachas, puede que no sea, como para la gran mayoría de mortales, un pecado en sí mismo; pero es un pecado porque las maneras elegantes y distinguidas rara vez existen en tal ambiente. Pocas mujeres de buena familia llegarán a comprender cabalmente que un alma exquisita puede llevar un guardapolvo, y un hombre supuestamente corriente que lleve uno no es más que un gusano a sus ojos. Las toscas manos y ropas de John Smith, la forma de hablar de su esposa, la manera de ser de ambos, necesariamente limitada, era algo que Elfride veía constantemente y que no podía dejar de influir en su decisión de dejar a Stephen.

Tras llegar a casa después de la peligrosa aventura a orillas del mar, Knight se había sentido indispuerto y se había retirado casi inmediatamente. La joven que le había ayudado había hecho lo mismo, pero había reaparecido, debidamente vestida, a eso de las cinco. Se puso a pasear desasosegada por la casa, pero no por haber escapado por los pelos de la muerte. La tormenta que había partido el árbol simplemente había doblado el junco, y en cuanto Knight se libró del peligro, ella dejó

de pensar en el accidente y sus meditaciones fueron ocupadas por la confesión mutua que había precipitado aquella circunstancia.

La desazón de Elfride venía ahora provocada por esa desdichada promesa de encontrarse con Stephen, que una y otra vez le regresaba como un espectro. La percepción de la insignificancia de Stephen al lado de Knight crecía en ella de manera alarmante, y se decía que el consejo de su padre de renunciar a Stephen había sido muy sensato, y ahora deseaba seguirlo con la misma pasión con que antes lo había desobedecido. Quizá nada endurece más el carácter de los jóvenes que descubrir que el tiempo cínico adapta los más íntimos e intensos deseos de aquéllos a algún principio egoísta que en días anteriores despreciaron.

Llegó la hora de la cita, y con ella una crisis; y con la crisis, Elfride se derrumbó.

—Dios me perdone... ¡No puedo ir a encontrarme con Stephen! —se dijo—. ¡No es que le ame menos, sino que amo más al señor Knight!

Sí, se salvaría de un hombre que no le convenía..., a pesar de sus juramentos. Obedecería a su padre y nada más tendría que ver con Stephen Smith. De este modo, la veleidosa decisión mostraba signos de asumir el aspecto de la virtud.

Los días siguientes pasaron sin que ninguna declaración definitiva saliera de los labios de Knight. Esos paseos y escenas solitarias, como los que había presenciado Smith en la glorieta, eran frecuentes, pero él la cortejaba de manera tan intangible que a una percepción menos sutil que la de Elfride se le habría pasado por alto. El tiempo comenzaba a mostrarse amable con ella. Rechazaba que pudiera haber pecado en sus anteriores acciones y se embriagaba automáticamente del presente. El hecho de que Knight no se le declarara no era un obstáculo. Sabiendo que él la amaba —pues los sentimientos de Knight lo habían traicionado—, prefería que la declaración tuviera esa forma de esencia, y estaba dispuesta a evitar por el momento el medio más grosero de las palabras. Los sentimientos de ambos se habían visto obligados a revelarse de manera prematura, una reacción que ambos se habían permitido.

Pero en cuanto se hubo desembarazado de su atribulada conciencia en relación con su infidelidad, otra nueva ansiedad se le presentó. Era el temor de que Knight se encontrara con Stephen accidentalmente en la parroquia y se pusieran a hablar de ella.

Elfride, que ahora sabía más cosas de Knight, intuía que éste ignoraba que antes la hubiera cortejado alguien —y mucho menos que fuera Stephen—. En ocasiones normales, su lengua era tan franca como para expresar todo lo que pensaba, y su mente tan directa como para revelar los rincones más ocultos de su corazón. Pero las cosas habían cambiado. Jamás mencionaba, ni como conocido, al amigo de Knight. Cuando las mujeres tienen un secreto, saben guardarlo; y con mucha frecuencia ocurre que empiezan a tener secretos cuando tienen un segundo enamorado.

La fuga era ahora un espectro peor que el primero y, como el espíritu de Glenfinlas^[52], se hacía mayor a cada intento por sepultarlo. Su natural honestidad le invitaba a confiar en Knight, en su generosidad para que la perdonara; también sabía

que, en caso de decírselo y como norma general, más valía decírselo cuanto antes. Cuanto más lo ocultara, más difícil sería la revelación. Pero lo posponía. El intenso temor que acompaña al intenso amor en las jóvenes era demasiado fuerte como para permitir el ejercicio de una cualidad moral que se le opusiera:

*Donde el amor es grande, las menores dudas son miedo;
donde los pequeños temores se hacen grandes, crecen grandes amores*^[53].

Elfride veía aquella posible boda como algo preparado por su padre y su madre. El rector le recordó su promesa de revelar el significado del telegrama que Elfride había recibido, y dos días después de la escena en la glorieta, se lo preguntó a bocajarro. Ella se mostró franca con él.

—He mantenido correspondencia con Stephen Smith desde que se fue de Inglaterra hasta hace poco —dijo ella con voz serena.

—¡Qué! —exclamó el rector horrorizado— ¿Y también a la vista del señor Knight?

—No; cuando averigüé que me interesaba más el señor Knight, te obedecí.

—Fuiste muy amable, desde luego. ¿Cuándo te empezó a gustar el señor Knight?

—No veo la pertinencia de la pregunta, papá; el telegrama lo envió el consignatario, y no porque yo se lo pidiera. Anunciaba la llegada del barco que lo traía a casa.

—¡A casa! ¿Es que está aquí?

—Sí; en el pueblo, creo.

—¿Ha intentado verte?

—Sólo por medios honestos. ¡Pero papá, no me interrogues así! Es una tortura.

—Sólo te diré una palabra más —contestó su padre—. ¿Le has visto?

—No. Te aseguro que, en el momento presente, mi relación con ese joven que tanto te disgusta es tan estrecha como la que hay entre él y tú. Me dijiste que le olvidara, y le he olvidado.

—Oh, bueno; aunque no me obedecieras al principio, eres una buena chica, Elfride, al obedecerme al menos al final.

—No me digas que soy «buena», papá —dijo ella amargamente—, porque no lo sabes... y cuanto menos digas acerca de algunas cosas, mejor. Recuerda que el señor Knight nada sabe del otro. ¡Oh, qué mal se han puesto las cosas! No sé qué voy a hacer.

—Tal como están las cosas, yo se lo contaría todo; o, en cualquier caso, no me inquietaría por el hecho de que se entere. El otro día se enteró de que ésta es la parroquia en la que vive el padre de Smith... ¿Qué te pone tan alterada?

—No puedo decírtelo; pero prométeme..., ¡prométeme que no se lo dirás! ¡Sería mi ruina!

—Vamos, niña. Knight es un buen hombre y una persona inteligente; pero no se

me escapa que tampoco es muy buen partido para ti. Los hombres con una personalidad como la suya no suelen ser unos maridos maravillosos. Si hubieras esperado, habrías podido casarte con alguien mucho más rico. Pero recuerda, no tengo nada que decir en su contra, si a ti te gusta. Como sabes, Charlotte está encantada.

—Bueno, papá —dijo Elfride sonriendo esperanzada a través de un suspiro—, me alegra ver que al... apreciar al señor Knight he complacido a mi familia. Pero no soy buena. ¡Oh, no, nada más lejos de eso!

—Lamento decir que ninguno de nosotros es bueno —dijo su padre afablemente—, pero las muchachas poseen un reconocido derecho a cambiar de opinión. Lo han reconocido los poetas desde tiempo inmemorial. Catulo dice: «*Mulier cupido quod dicit amanti, in vento...*». ¡Hay que ver qué memoria tengo! Sin embargo, lo que dice el pasaje es que las palabras de una mujer a su amante quedan sólo escritas en el viento y en el agua. No te preocupes por eso, Elfride.

—¡Ah, tú no sabes!

Estaban en el jardín y de pronto vieron aparecer a Knight por un sendero tortuoso. Cuando Elfride se reunió con él, fue como si su corazón se quitara un peso de encima; las cosas ahora parecían mucho más sencillas. La responsabilidad de su inconstancia había pasado en parte de sus hombros a los de su padre. Sin embargo, había sombras.

«¡Ah, si él supiera lo lejos que llegué con Stephen y siguiera sintiendo lo mismo, cuánto más feliz sería!» Ése era el pensamiento que imperaba en su mente.

Por la tarde, los enamorados salieron juntos un par de horas a caballo; y aunque no deseaban ser observados a causa de la reciente muerte de lady Luxellian, cuyo funeral se había celebrado de manera privada el día anterior, no les quedó otro remedio que pasar por delante de la iglesia de Endelstow Este.

Los peldaños que bajaban a la cripta, como ya se ha dicho, estaban en la parte exterior del edificio, justo debajo de la nave lateral. Como iban a caballo, tanto Knight como Elfride podían ver por encima de los arbustos que ocultaban el camposanto.

—Mira, parece que la cripta sigue abierta —dijo Knight.

—Sí, está abierta —respondió ella.

—¿Quién es ese hombre que está al lado? El mampostero, supongo.

—Sí.

—Me pregunto si será John Smith, el padre de Stephen.

—Creo que lo es —dijo Elfride.

—Ah, ¿es posible? Le preguntaré cómo le va a su hijo, el pillo de mi protegido. Y por lo que tu padre ha contado de la cripta, el interior debe de ser interesante. Vamos a entrar.

—Mejor que no, ¿no te parece? ¿No estará allí lord Luxellian?

—No es probable.

A Elfride no le quedó más remedio que asentir. Su corazón, que al principio había temblado de consternación, se recuperó al considerar el carácter de John Smith. Al ser un hombre tranquilo y modesto, seguramente se comportaría con ella como antes de los veleidosos amores con su hijo, que a lo mejor podrían haberle hecho asumir una actitud más pretenciosa y mecánica. De modo que, sin gran sobresalto, tomó el brazo de Knight después de desmontar y se dirigió con él a las tumbas. El maestro mampostero la reconoció mientras se acercaban y, como siempre, alzó el sombrero en señal de respeto.

—Sé que es usted el señor Smith, el padre de mi antiguo amigo Stephen —dijo Knight en cuanto hubo examinado las oscuras y rubicundas facciones de John.

—Sí, señor. Eso creo.

—¿Cómo está su hijo? Apenas he tenido noticias de él desde que se fue a la India. Supongo que le habrá hablado de mí: soy el señor Knight. Nos conocimos hace algunos años en Exonbury.

—Ah, desde luego. Stephen se encuentra muy bien, gracias, y ahora está en Inglaterra, de hecho está en casa. En pocas palabras, señor, se halla abajo, en la cripta, mirando a los difuntos nobles.

El corazón de Elfride aleteó como una mariposa. Knight se quedó asombrado.

—Bueno, esto sí que es extraordinario —murmuró—. ¿Sabía él que yo estaba en la parroquia?

—No lo sé, señor —dijo John deseando mantenerse al margen del enredo que, más que conocer, sospechaba.

—¿Consideraría la familia una intrusión que entráramos en la cripta?

—De ninguna manera, señor; han bajado docenas de personas. La hemos dejado abierta a propósito.

—Bajemos, Elfride.

—Me temo que será un lugar muy cerrado —dijo ella en tono de súplica.

—Oh, no, señora —dijo John—. Al principio olía un poco, pero el día que la abrimos encalamos las paredes y los arcos, como hacemos siempre, y de nuevo en la mañana del funeral; el lugar huele tan bien como un granero.

—Si es así, me gustaría que me acompañaras, Elfie; pues tú también procedes de esa misma familia.

—No me gusta ir donde la muerte está tan rotundamente presente. Me quedaré con los caballos mientras entras; podrían soltarse.

—¡Menuda tontería! Ignoraba que tus sentimientos fueran tan superficiales que unos pocos restos de mortalidad los perturbaran; pero si tanto te asustan, de ningún modo quiero que entres.

—Oh, no, no tengo miedo; no digas eso.

Se agarró tristemente a su brazo, diciéndose que, quizá, la revelación igual se daría ahora que diez minutos más tarde, pues probablemente Stephen acompañaría a su amigo hasta el caballo.

Al principio la penumbra de la cripta, iluminada sólo por unas pocas velas, era demasiado densa para que se viera nada con claridad; pero tras avanzar unos pasos, Knight distinguió, delante de las masas negras que forraban las paredes, a un joven que permanecía de pie y escribía en una libreta.

Knight dijo una palabra:

—¡Stephen!

Stephen Smith, que no ignoraba que Knight estaba por los alrededores, al instante reconoció a su amigo y de inmediato identificó la silueta de la mujer rubia que estaba tras él.

Stephen dio un paso hacia adelante y, sin hablar, le estrechó la mano.

—¿Por qué no me has escrito, muchacho? —dijo Knight sin hacer ademán de presentarle a Elfride. Para el ensayista, Smith era aún el muchacho de origen rural al que él había protegido y cuidado; presentarle formalmente a una dama a la que estaba prometido le habría parecido incongruente y absurdo.

—¿Por qué no me ha escrito usted a mí? —dijo Stephen.

—Ah, sí. ¿Por qué no te he escrito? ¿Por qué no nos hemos escrito? Ésa es siempre la pregunta que no podemos contestar con claridad sin que salgan a relucir nuestras carencias. Sin embargo, no te he olvidado, Smith. Y ahora nos hemos encontrado; y debemos volver a vernos y tener una charla más larga que ésta improvisada. He de saber todo lo que has estado haciendo. Sé que has prosperado, y has de enseñarme cómo lo has hecho.

Elfride permanecía en un segundo plano. Stephen lo había comprendido todo enseguida, e inmediatamente dedujo que ella jamás le había mencionado su nombre a Knight. Su tacto a la hora de evitar la menor catástrofe era la principal cualidad que le había hecho intelectualmente respetable, y en ella superaba a Knight; decidió, en la medida de lo posible, que aquel encuentro terminara de la manera más tranquila, sin que los sentimientos de Knight o Elfride quedaran heridos. jamás había dejado de pensar que tenía cierta deuda con Knight, y su amor por Elfride era ahora generoso.

En lo poco que se atrevía a mirar los movimientos de Elfride, comprendió que su actitud hacia él vendría dictada por la actitud de él hacia ella; si él hacía como si no se conocían, ella haría lo mismo. Como las circunstancias eran favorables, también era deseable ser reservado con Knight para que el encuentro fuera lo más breve posible.

—Me temo que tengo muy poco tiempo, y ni siquiera podré permitirme ese placer —dijo Stephen—. Me marcho mañana. Y hasta que ponga rumbo al continente, y luego a la India, dentro de dos semanas, apenas tendré un momento libre.

La decepción de Knight y su expresión de descontento ante esa respuesta atravesaron a Stephen con una punzada de dolor tan grande como la que le provocaba ver a Elfride. Que tenía poco tiempo era cierto, pero el tono de sus palabras estaba lejos de serlo. Le habría encantado hablar con Knight como había hecho en épocas anteriores, y veía como una tremenda pérdida que, para salvar a una mujer que en

nada le estimaba, tuviera que renunciar deliberadamente a volver a ver a su amigo.

—Oh, lo lamento —dijo Knight en un tono distinto—. Aunque, claro, si tienes importantes obligaciones que atender, no hay que descuidarlas. Y si éste es nuestro primer y último encuentro, ¡deja que te diga que de todo corazón te deseo los mayores éxitos! —El afecto de Knight revivió con las últimas palabras; las solemnes impresiones que comenzaba a recibir de la escena que le rodeaba arrancaban de su corazón como algo pueril cualquier momentánea molestia que le hubieran provocado las palabras de Stephen—. Nos hemos encontrado en un lugar bien extraño —añadió recorriendo la cripta con la mirada.

Stephen asintió con gesto casi imperceptible, y hubo un silencio. Los ataúdes ennegrecidos se veían ahora más claramente que al principio, pues quedaban en relieve en relación con las paredes y los arcos encalados. Fue una escena que quedó indeleblemente grabada en la historia de los tres. Knight, con expresión abstraída, permanecía entre sus dos compañeros, aunque un poco más adelantado que Elfride, a su derecha, y que Stephen, a su izquierda. Por su derecha entraba levemente la blanca luz del día, que adquiría un matiz azulado en contraste con los rayos amarillos de la vela que había en la pared. Elfride, reculando tímidamente y más cerca de la entrada, recibía la mayor parte de la luz que venía del exterior, mientras que Stephen estaba enteramente iluminado por las velas, y, para él, el fragmento de cielo visible que había sobre los peldaños era una extensión azul acerada y nada más.

—He estado aquí dos o tres veces desde que abrieron —dijo Stephen—. Mi padre se ha encargado del trabajo, como sabe.

—Sí. ¿Qué estás haciendo? —preguntó Knight mirando el cuaderno y el lápiz que Stephen tenía en la mano.

—He hecho el esbozo de algunos detalles de la iglesia y luego he copiado los nombres de varios ataúdes. Antes de irme de Inglaterra era una cosa que solía hacer.

—Sí, claro. Ah, supongo que ésa es la pobre lady Luxellian. —Knight señaló un ataúd de madera de satín de color claro que se hallaba sobre los durmientes de piedra del nuevo nicho—. Y el resto de la familia está en este lado. ¿Quiénes son esos dos, tan juntitos?

La voz de Stephen se alteró levemente al responder:

—Es lady Elfride Kingsmore, cuyo nombre de soltera era Luxellian, y ése es Arthur, su marido. He oído contar a mi padre que ellos..., que él... se escapó con ella, y se casaron en contra de la voluntad de los padres de ella.

—Imagino, pues, que por ella le pusieron su nombre, ¿no, señorita Swancourt? —dijo Knight volviéndose hacia Elfride—. Creo que me contó que, hace tres o cuatro generaciones, su familia se separó de los Luxellian.

—Era mi abuela —dijo Elfride intentando en vano mojarse los labios antes de hablar. En ese momento, su expresión de remordimiento se parecía a la de la Magdalena de Guido Reni, aunque sobre una forma más infantil. Mantenía la cara un tanto apartada de Knight y Stephen, y los ojos fijos en el cielo que quedaba visible,

como si su salvación dependiera de que lo alcanzara rápidamente. Su mano izquierda reposaba levemente sobre el brazo de Knight, medio retirada, como si sintiera vergüenza de exhibirse ante su antiguo enamorado, pero tampoco dispuesta a renunciar al nuevo; por lo que su guante apenas le tocaba la manga. «¿Puede ser uno perdonado y conservar los provechos del delito^[54]?», citó entonces el corazón de Elfride.

La conversación fue deshilachándose y quedó en comentarios inconexos.

—Muchos pensamientos abarrotan mi mente mientras estoy aquí tan solemnemente —dijo Knight con una voz serena y mesurada—. ¡Cuántas cosas se han dicho de la muerte! ¡Cuánto podemos pensar aún en ella! Podemos imaginarnos a cada uno de los que aquí yacen:

*Pues Tú, para hacerme caer de más arriba,
me alzaste a las alturas.*

»¿Qué viene a continuación, Elfride? Es el Salmo ciento dos en el que estoy pensando.

—Sí, lo conozco —murmuró ella, con una voz aún más baja, temerosa al parecer de que alguna palabra procedente de la parte emocional de su naturaleza pudiera alcanzar a Stephen:

*Mis días, que se apresuran a su fin,
son como la sombra de la tarde;
mi belleza, como hierba marchita,
se desvanece y pierde lustre.*

—Muy bien —dijo Knight reflexivo—, dejémosles. Ocasiones como ésta parecen incitarnos a vagar fuera de nosotros mismos, lejos del frágil armazón en el que vivimos, y expandirnos hasta que nuestra percepción se hace tan vasta que nuestra realidad física no guarda proporción con ella. Volvemos la vista hacia el débil y diminuto tallo en el que se apoya esta profusa vegetación y nos preguntamos: ¿Es posible que tanto entendimiento tenga un cimiento tan pequeño? ¿Debo regresar de nuevo a mi trabajo diario en esa estrecha celda, el cuerpo humano, donde los pensamientos terrenales pueden torturarme? ¿No os parece?

—Sí —dijeron Stephen y Elfride.

—También tenemos la sensación de que hay cierta incoherencia entre la amplitud de nuestra conciencia como seres sensibles y el frágil envoltorio que es el cuerpo. ¿No son estos pensamientos lo que más debilita nuestras intenciones en relación con el futuro?... Sin embargo, pensemos en cosas más agradables, pues a todos nosotros aún nos queda mucho por hacer.

Mientras Knight se dirigía meditativamente a los dos jóvenes, ignorante del fingimiento que, por diferentes razones, mantenían aquellos dos corazones separados que tenía a su lado, y de las escenas que en días anteriores los habían unido, los dos dieron en pensar que ni él ni ella ganaban en contraste con el reflexivo mentor. Aunque físicamente no tan atractivo ni como el joven arquitecto ni como la hija del rector, la profundidad e integridad de Knight iluminaban sus rasgos con una dignidad ni siquiera incipiente en los otros dos. Es difícil formular reglas que se apliquen a ambos sexos, y Elfride, una chica aún en pleno desarrollo, no debería quizá cargar con la responsabilidad moral que se adjudica a un hombre en similares circunstancias. El encanto de la mujer, también, reside en su sutileza en cuestiones de amor. Pero si la honestidad es una virtud en sí misma, Elfride, que carecía ahora por completo de ella, no parecía en aquel momento lo bastante buena para él. Stephen, aunque no fingía con ningún fin indigno, fingía al fin y al cabo; y sean cuales sean los elevados resultados que trae esa estrategia cuando tiene éxito, rara vez provoca admiración, sobre todo cuando falla.

En cualquier otro momento, de haber estado Knight a solas con Stephen, apenas habría aludido a su posible relación con Elfride. Pero movido por las circunstancias presentes, se vio impelido a confiárselo.

—Stephen —dijo—, esta dama es la señorita Swancourt. Estoy pasando unos días en casa de su padre, como probablemente sepas. —Dio unos pasos hacia Stephen y añadió en tono más bajo—: Y también puedo decirte que nos hemos prometido en matrimonio.

Aunque las palabras fueron dichas en voz baja, Elfride las oyó y aguardó la respuesta de Stephen en un silencio lleno de ansiedad, si es que se le puede llamar silencio, pues el vestido de Elfride, a cada latido de su corazón, se sacudía y lo señalaba como un barómetro^[55], rozando también la pared en respuesta al mismo latido. El rayo de luz que le tocaba la cara le daba una palidez azul en comparación con la de los otros dos.

—Le felicito —susurró Stephen; en voz más alta dijo—: Conozco a la señorita Swancourt... un poco. Recuerde que mi padre vive en la parroquia del señor Swancourt.

—Creía que no habías vivido con ellos desde que se mudaron aquí.

—Y así ha sido, desde luego.

—He visto al señor Smith alguna vez —balbució Elfride.

—Bueno, la verdad es que no tengo excusa. Como desconocidos que sois el uno para el otro, creo que debería haberos presentado; y si ya os conocéis, no debería haberme quedado entre ambos. Pero el hecho es, Smith, que aún ahora me sigues pareciendo un muchacho.

En aquel momento Stephen pareció tener una conciencia más acusada de la intensa crueldad de su destino. No pudo reprimir las palabras, pronunciadas con cierto rencor:

—Debería haber dicho que aún parecía el hijo de un albañil de pueblo, que es lo que soy, y que por tanto no soy merecedor de la ceremonia de las presentaciones.

—¡No, no! ¡Eso sí que no! —Knight intentó dar a su respuesta un tono que sonara jocoso a oídos de Elfride y serio a los de Stephen: en ambos casos falló estrepitosamente, y le salieron unas palabras forzadas que no complacieron a ninguno—. En fin, salgamos de nuevo al aire libre; señorita Swancourt, está usted especialmente callada. No se preocupe por Smith. Como ya le he dicho, le conozco desde hace años.

—Sí, me lo ha dicho.

—¡Y pensar que ella nunca ha mencionado que me conocía! —murmuró Smith y, con cierto remordimiento, se dijo que la conducta de Elfride se parecía mucho a la suya propia la primera vez que llegó a su casa como invitado.

Salieron a la luz del día. Knight no le prestó más atención al comportamiento de Elfride que, como siempre, atribuía a la natural timidez de una joven al ser descubierta paseando con él en unos términos cuyo significado era bastante obvio. Elfride se avanzó unos pasos y cruzó el camposanto.

—Has cambiado mucho, Smith —dijo Knight—, y supongo que era de esperar. Sin embargo, no creas que siento menos interés por ti y tu suerte, siempre que desees hacerme partícipe de tus confidencias. No he olvidado que te fuiste a la India a causa de un compromiso amoroso. Era una joven de Londres, ¿verdad? Espero que la cosa vaya viento en popa.

—No, el compromiso se ha deshecho.

Como siempre es difícil saber si hay que expresar pesar o alegría ante tales circunstancias —dependiendo del carácter del compromiso—, Knight se refugió en palabras seguras:

—Confío en que haya sido lo mejor.

—Yo también lo espero. Pero le suplico que no me insista; no, ya sé que no me ha insistido, no quería decir eso; pero preferiría no hablar del tema.

Las palabras de Stephen se le atropellaron en la boca. Knight no dijo más y los dos siguieron los pasos de Elfride, quien aún iba un poco por delante y no había oído que Knight, sin saberlo, había hecho alusión a ella. Stephen se despidió de su mentor en el portón del cementerio sin salir de él y observó cómo aquél y su enamorada montaban a caballo.

—¡Cielo santo —exclamó Knight—, qué pálida estás! Supongo que no debería haberte llevado a esa cripta cerrada. ¿Qué te ocurre?

—Nada —dijo Elfride en un hilo de voz—. Me habré recuperado en un momento. Todo ha sido tan extraño e inesperado ahí abajo, que me he sentido indispuesta.

—Has hablado muy poco. ¿Te traigo un poco de agua?

—No, no.

—¿Te sientes con fuerzas para montar?

—Sí..., desde luego —dijo Elfride con una expresión de súplica.

—Buen pues... ¡arriba! —susurró Knight, y la levantó colocándola suavemente en la silla.

El antiguo enamorado de Elfride contemplaba la escena inclinado sobre el portón, a unos diez metros de distancia. Una vez en la silla, y tras agarrar firmemente las riendas, Elfride volvió la cabeza como impulsada por una irresistible fascinación y por primera vez desde aquella memorable separación en el páramo que hay saliendo de St. Launce's tras el apasionado intento de matrimonio, miró a la cara del joven que había sido su primer amor. Era el mismo joven que la había llamado muchas veces su inseparable esposa, y al que ella incluso se había dirigido llamándole marido. Sus miradas se encontraron. La vida hay que medirla en proporción a la intensidad de la experiencia y no a su duración. Y ese cruce de miradas, aunque sólo duró un instante, constituyó todo un periodo en la vida de ambos. Para Elfride, el intenso dolor que le causó el reproche que había en los ojos de Stephen fue como un clavo que le atravesara el corazón de un modo tan mortífero que no se podría describir con palabras. Con un espasmódico esfuerzo apartó la mirada, espoleó al caballo, y en medio del caos de agitados recuerdos olvidó cualquier presencia que hubiera a su lado. El engaño se había consumado.

Llegaron a una loma en la que el parque se transformaba en bosque y Knight se acercó a Elfride.

—¿Te encuentras mejor, querida? —dijo.

—Oh sí. —Elfride se llevó una mano a los ojos, como para borrar la imagen de Stephen. Un vivo círculo escarlata brillaba con extraordinaria intensidad en el centro de cada una de sus mejillas, mientras que el resto de su cara seguía con la misma palidez.

—Elfride —dijo Knight con su antiguo tono de mentor—, ya sabes que no es mi intención reñirte, pero ¿no crees que hay un exceso de debilidad en dejarte abrumar por la visión de algo que, después de todo, no es ninguna novedad? Toda mujer digna de ese nombre debería, creo, ser capaz de mirar a la muerte sin perder la compostura. ¿Tú también lo crees, verdad?

—Sí, lo reconozco.

El que Knight no comprendiera la causa de su indisposición, al tiempo que evidenciaba su ignorancia total de lo que ocurría entre bastidores, demostraba también cuán incapaz era Knight de fingir o engañar, más que una inherente torpeza a la hora de comprender la naturaleza humana. Este hecho, claramente percibido por Elfride, hacía que los reproches que se hacía fueran aún más intensos, y ella le idolatraba más aún por lo diferentes que eran. Ni siquiera el haber visto hacía poco la cara de Stephen y haber oído su voz, que por un momento habían despertado levemente su antiguo afecto, fueron capaces de amortiguar la adoración que sentía por Knight, ahora que Stephen ya no estaba ante sus ojos.

Elfride contestó apresuradamente a la pregunta de Knight, y de inmediato se puso a hablar de temas inocuos. Cuando llegaron a la casa, se separó de él hasta la hora de

la cena. Cuando ésta acabó, y mientras contemplaban el crepúsculo en la sala, Knight salió a la terraza. Elfride fue tras él muy decidida, espoleada por una intención virtuosa.

—Señor Knight, quiero decirle algo —manifestó con serena firmeza.

—¿De qué se trata? —replicó él en tono jovial—. Espero que sea algo alegre. No dejes que nada te tenga tan triste como parecías estarlo hoy.

—No puedo mencionar el asunto sin explicártelo con todo detalle —dijo ella—. Y eso será mañana. Hoy me ha venido a la memoria. Es algo que hice hace tiempo, y creo que no debería haberlo hecho.

Hay que decir que era una manera muy suave de referirse a una frenética pasión y a una fuga que, fuera mucho o poco en sí misma, sólo se había salvado de convertirse en escándalo por un accidente.

Knight imaginó que debía de tratarse de una nimiedad y dijo en tono afable:

—Entonces, ¿no voy a oír ahora esa terrible confesión?

—No, ahora no. No será esta noche —respondió Elfride, y su tono menguó ligeramente en firmeza—. No es una cosa sin importancia, como crees, sino algo que me causa gran preocupación. —Temiendo ahora el efecto de un tono tan grave, añadió forzosamente—: Aunque a lo mejor a ti no te parece gran cosa.

—No me has dicho cuándo piensas contármelo.

—Mañana por la mañana. Di una hora, y me atenderé a ella. Quiero fijar una hora porque soy débil y de otro modo intentaría eludir la cuestión. —Añadió una risa un tanto artificial, que demostraba cuán timorata era su resolución todavía.

—Bueno, digamos después del desayuno..., a las once.

—Sí, a las once. Te lo prometo. Me ceñiré estrictamente a mi palabra.

XXVIII

«Acaricio una fantasía, y problemas me crea.»
TENNYSON, *In Memoriam*

—Señorita Swancourt, son las once.

Elfride miraba por la ventana de su vestidor, en la primera planta, y Knight la contemplaba desde la balaustrada de la terraza, sobre la cual llevaba un rato sentado, dividiendo su tiempo entre miradas a las páginas de un libro que tenía en la mano, a los brillantes matices de los geranios y las calceolarias y a la ventana abierta antes mencionada.

—Sí, lo sé. Ya bajo.

Él se acercó a la ventana.

—¿Cómo estás esta mañana, Elfride? No parece que esta larga noche de descanso te haya sentado muy bien.

Al poco ella apareció en la puerta, se agarró del brazo que él le ofrecía y juntos bajaron lentamente el sendero de grava que conducía al río y más allá, bajo los árboles.

La resolución de Elfride, sostenida en las últimas quince horas, había sido contar toda la verdad, y ahora había llegado el momento.

Siguieron avanzando, y ella no decía nada. Se acercaban al final de la vereda y fue Knight quien rompió el silencio.

—Bueno, ¿qué vas a confesar, Elfride?

Ella se detuvo, inhaló profundamente; y esto fue lo que dijo:

—En una ocasión te dije, o más bien te di a entender, algo que no era cierto. Tengo la impresión de que pensaste que iba a cumplir veinte años, cuando lo cierto es que ya los he cumplido.

Aquello era demasiado para ella. Ahora que había llegado el momento de la verdad, ningún escrúpulo de conciencia, ningún amor a la honestidad, ningún anhelo de hacer una confidencia y obtener perdón con un beso, podían hacer que Elfride acometiera esa empresa. El temor de que él no la perdonara aumentaba ahora al pensar en el fingimiento de ayer, que podía añadir disgusto a su decepción. La certidumbre de un día más de afecto, que era lo que ganaba con el silencio, sobrepasó en valor la esperanza de la perpetuidad de ese afecto, combinada con el riesgo de perderlo.

La zozobra causada por estos pensamientos en lo que pretendía decir vibró de manera tan natural en las palabras que ella dijo, que Knight no sospechó ni por un momento que pudiera tratarse de una sustitución de último momento. Sonrió y apretó cariñosamente la mano de Elfride.

—Mi querida Elfie... Sí, eso eres ahora..., no protestes... ¡Qué mujercita tan

encantadora eres, tan absurdamente escrupulosa por una nimiedad! De verdad, ni me he parado a pensar si ibas a cumplir o habías cumplido ya los veinte. Y por todos los santos, que ni se me pasa por la cabeza; pues bueno estaría que un carcamal doce años mayor como yo diera en pensar en tales bagatelas.

—No me halagues..., no me halagues. Aunque lo aprecio viniendo de tus labios, no lo merezco.

Pero Knight, que se hallaba de un humor excepcionalmente bueno, consideró simplemente esa desasosegada exclamación como un signo de modestia.

—Bueno —añadió al cabo de un momento—, me gustas más aún por esa precisión moral, aunque me parezca absurda. —Y añadió con cariñosa seriedad—: Pues, Elfride, hay algo que me gusta ver en una mujer: un alma sincera y limpia como la luz del cielo. Si una mujer posee eso, puedo soportar cualquier cosa..., en caso contrario, no podría perdonar nada. Elfride, si alguna mujer la ha tenido en el mundo, ésa eres tú. Consérvala, retenla, y no escuches esas teorías tan en boga hoy en día acerca de los privilegios y derechos de la mujer a practicar artimañas. Cree, mi querida niña, que una mujer noble ha de ser tan honesta como un hombre noble. Y al hablar de honestidad me refiero a sinceridad no sólo en cuestiones de trato y detalles sociales, sino en los delicados asuntos del amor, a los que se refiere especialmente la licencia dada a tu sexo.

Elfride miró los árboles llena de desasosiego.

—Y ahora vamos al río, Elfie.

—Iría si llevara sombrero —dijo ella reprimiendo su congoja.

—Te traeré uno —dijo Knight dispuesto a comprar su compañía a un precio tan bajo—. Siéntate y espérame aquí un momento. —Dio media vuelta y regresó rápidamente a la casa a buscar el artículo mencionado.

Elfride permaneció sentada en uno de los rústicos bancos que adornaban esa parte del jardín sin alzar los ojos de la hierba. Los levantó al oír el susurro de unos leves e irregulares pasos, muy cercanos. Elfride vio a la viuda del granjero, la señora Jethway, pasar por el sendero que se cruzaba con el que ella se encontraba, y que luego atravesaba el macizo de arbustos exterior. Antes de aperebirse de la presencia de Elfride, la viuda se detuvo para contemplar la casa, pues desde los arbustos se veía en parte. Elfride se encogió, y se dijo que ojalá aquella desagradable mujer siguiera adelante sin verla. Pero la señora Jethway, apostrofando en silencio la casa con actos que parecían dictados por una razón medio extraviada, había distinguido a la chica y de inmediato se plantó delante de ella.

—¡Ah, señorita Swancourt! ¿Por qué me molesta? ¿Es que no puedo pasar por aquí?

—Puede pasar por aquí si quiere, señora Jethway. Yo no la he molestado.

—Molesta usted a mi mente, y mi mente es toda mi vida; pues mi chico aún sigue en ella, aunque se haya ido de mi cuerpo.

—Sí, pobre muchacho. Lo sentí mucho cuando murió.

—¿Sabe de qué murió?

—De consunción.

—¡Oh, no! —dijo la viuda—. La palabra «consunción» se aplica a muchas cosas. Murió porque usted había consentido en ser su novia, y luego resultó una falsaria... y eso le mató. ¡Sí, señorita Swancourt —exclamó muy excitada—, usted mató a mi hijo!

—¡Cómo puede ser usted tan mala y estúpida! —replicó Elfride levantándose indignada. Pero la indignación no era algo natural en ella, y como los últimos sucesos la habían dejado bastante extenuada, perdió toda la capacidad defensiva que su estado de ánimo le pudiera haber prestado—. ¡Yo no pude evitar que él me amara, señora Jethway!

—Eso es justamente lo que usted podría haber evitado. Ya sabe cómo empezó todo, señorita Elfride. Sí, usted dijo que el nombre de Felix le gustaba más que ningún otro de la parroquia, y sabía que era su nombre, y que aquellos a quienes se lo dijo se lo contarían a mi hijo.

—Yo sabía que era su nombre..., claro que lo sabía; pero estoy segura, señora Jethway, de que no era mi intención que nadie se lo contara.

—Pero sabía que lo harían.

—No, no lo sabía.

—Y luego, después de eso, el día del santo patrón se acercó por casa a caballo, donde estaban reunidos los muchachos. Y cuando quiso desmontar, y Jim Drake y George Upway y tres o cuatro más se le acercaron corriendo para sujetar su pony, y Felix se quedó atrás tímidamente, ¿por qué le hizo seña de que se acercara y le dijo que prefería que lo sujetara él?

—¡Señora Jethway, está usted muy equivocada! Me gustaba más él..., por eso quise que me sujetara el caballo. Era simpático y amable..., siempre pensé eso de él. Me gustaba.

—Entonces, ¿por qué dejó que la besara?

—Eso es mentira. ¡Lo es, desde luego que lo es! —dijo Elfride llorando de desesperación—. El vino detrás de mí, e intentó besarme; y por eso le dije que no quería volver a verle.

—Pero no se lo contó a su padre ni a nadie, como habría hecho de considerarlo el insulto que ahora pretende que fue.

—Él me suplicó que no lo contara a nadie, y yo fui lo bastante estúpida como para hacerle caso. Y ojalá no lo hubiera hecho. Poco esperaba que mi propia generosidad me haría de flagelo. Por favor, déjeme, señora Jethway. —La chica ahora sólo protestaba.

—Bueno, lo cierto es que usted le rechazó con malas maneras, y él murió. Y antes de que su cuerpo estuviera frío ya le había entregado su corazón a otro. Entonces, con la misma indiferencia con que había despachado a mi hijo, le despachó y tuvo un tercer amante. Y si cree que eso no es nada, señorita Swancourt —añadió

acercándosele aún más—, recuerde que le llevó a algo bastante serio. ¿O acaso ha olvidado su supuesta fuga para casarse? ¿Ya no se acuerda del viaje a Londres, y su regreso el mismo día sin haberse casado? ¿Ignora que hay bastante vergüenza en eso como para arruinar el buen nombre de una mujer mucho menos frívola que usted? Puede que usted lo haya olvidado: yo no. La inconstancia hacia un enamorado es mala cosa, pero la inconstancia tras haber jugado a ser la esposa es indecencia.

—¡Oh, eso es una mentira perversa y cruel! ¡No lo diga! ¡Oh, no!

—¿Lo sabe su nuevo hombre? ¡No lo creo, o no querría saber nada de usted! Pero aun ahora la gente sigue hablando del asunto; pero yo sé más que todos ellos, ¿y por qué iba a respetar su amor?

—¡La desafío! —gritó Elfride tempestuosamente—. ¡Vaya y diga todo lo que sabe para arruinarme; inténtelo; ponga a trabajar su lengua; la invito a hacerlo! ¡La desafío a que me calumnie! Mire, ahí viene mi hombre. —Y su voz se puso a temblar cuando vio a través de las hojas la forma de Knight saliendo por la puerta con el sombrero de ella en la mano—. Dígaselo ahora mismo; puedo soportarlo.

—Ahora no —dijo la mujer, y desapareció por el sendero.

La excitación de las últimas palabras había devuelto el color a las mejillas de Elfride; y secándose apresuradamente los ojos, avanzó un poco más, por lo que cuando Knight llegó a su lado, los rastros de la emoción casi habían desaparecido de su cara. Knight le puso el sombrero en la cabeza, le cogió la mano y la puso en su brazo.

Faltaban dos días para que se marcharan a St. Leonards, y parecía que Knight tenía el propósito de pasarlos casi exclusivamente en compañía de ella. Pasearon por el valle. Era esa época del otoño en que sólo las hojas de los árboles más corrientes son lo bastante ricas en matices para agotar las combinaciones cromáticas de la paleta de un pintor. Y lo que más destacaban eran las hayas, que iban de un vivo rojo óxido en sus ramas más exteriores hasta un amarillo intenso en las partes interiores; los robles jóvenes tienen todavía ese verde neutro; los abetos escoceses y los acebos son casi azules; mientras que las demás variedades, menos abundantes, daban marrones y púrpuras de todos los matices.

El río, en aquella parte, seguía su curso entre losas tan lisas como un pavimento, aunque divididas en grietas de anchura irregular. Con la sequía del verano, el torrente se había estrechado hasta ser poco más que un hilo de claridad cristalina, que serpenteaba a lo largo de un cauce central en medio del lecho rocoso de la corriente invernal. Knight se abrió paso con dificultad a través de los matojos que, en este punto, ocultaban el arroyo casi por completo, y saltó sobre la porción seca del fondo del río.

—¡Elfride, nunca había visto una panorámica semejante! —exclamó—. Los avellanos forman un arco perfecto sobre el curso del río y el fondo tiene un bello pavimento. Me recuerda este lugar a las galerías de un claustro. Deja que te ayude a bajar.

La ayudó a sortear la maleza que había en el margen y a bajar hasta las piedras. Caminaron juntos hasta una diminuta cascada que tenía más o menos treinta centímetros de ancho y de alto, y se sentaron junto a ella sobre unas losas que pasaban nueve meses al año sumergidas bajo un arroyuelo que fluía con violencia. Desde sus pies goteaba un atenuado hilo de agua cuya única pretensión era revelar la intención y razón de ese pasillo cubierto de hojas y que viajaba en zigzag hasta que se perdía en la sombra.

Knight, apoyándose sobre el codo, tras contemplar todo eso, le lanzó una mirada crítica a Elfride.

—Esta profusa mata de pelo, ¿no se agotará y se hará rala a medida que pases de los dieciocho a los veintiocho años? —le preguntó al fin.

—¡Oh, no! —dijo ella enseguida, palpablemente reacia a albergar tal pensamiento, que cayó sobre ella de una manera demasiado desagradable para que un hombre pudiera comprenderlo. Después añadió, aún con cierta desazón—: ¿Crees que es más probable que te raleen los cabellos si los tienes en abundancia que si los posees en cantidad moderada?

—Sí, de verdad lo creo. Creo..., de hecho es algo casi seguro..., que si se hicieran estadísticas sobre el tema, se descubriría que la gente que tiene menos pelo son aquellos que originalmente tenían una superabundancia, y que aquellos que comenzaron con una cantidad moderada lo conservan sin gran pérdida.

Las inquietudes de Elfride se adueñaron de su cara, así como de su corazón. Para una mujer, quizá, es casi tan terrible perder su belleza como perder su reputación. En cualquier caso, su expresión era tan desdichada como la que había exhibido en todos los minutos de ese día.

—No deberías preocuparte por un simple adorno personal —dijo Knight con algo de esa severidad en el tono que acostumbraba a utilizar antes de que ella consiguiera ablandarle.

—Creo que el deber de una mujer es ser todo lo hermosa que pueda. Si fuera una estudiosa, te encontraría el capítulo y el párrafo de alguno de tus autores latinos. Sé que existe ese párrafo, pues papá se ha referido alguna vez a él.

—«*Munditiae, et ornatus, et cultus*^[56]», etcétera. ¿Es ése? Un pasaje de Tito Livio que no te sirve de defensa.

—No, no es ése.

—Tanto da, entonces; pues tengo una razón para no lanzar mis armas en tu contra, Elfie. ¿Imaginas cuál es esa razón?

—No, pero me gustaría oírla —dijo ella agradecida—. Porque es terrible cuando hablas así. Pues a pesar del horrible nombre que merezca esa debilidad, confieso cándidamente que me aterra pensar que alguna vez pueda perder parte de mi pelo.

—Por supuesto; una mujer sensata preferiría perder su inteligencia que su belleza.

—No me importa que te burles de mí ni me juzgues cruelmente. Sé que mi pelo es hermoso; todo el mundo lo dice.

—Pero mi querida niña —le replicó él cariñosamente—, yo no he dicho que no lo sea. Pero ya sabes lo que se dice acerca del buen parecer y del buen obrar.

—Pues la pobre señorita Buen Obrar no tiene nada que hacer al lado de la señorita Buen Parecer a los ojos de los hombres, incluidos los suyos propios, señor Knight, por mucho que usted se complazca en rechazarla —dijo Elfride con insolencia. Y bajando la voz añadió—: No deberías haberte tomado tantas molestias para salvarme del acantilado, pues es evidente que mi vida no te parece muy valiosa.

—Quizá eres tú quien considera que la mía no es digna de la tuya.

—¡Tanto como la que más!

La mano de Elfride estaba sumergida en la pequeña cascada, y sus ojos vueltos en la misma dirección.

—Mencionas mi severidad contigo, Elfride. No eres muy amable conmigo, lo sabes.

—¿Cómo? —preguntó ella apartando la mirada de su mano.

—Después de todas las molestias que me tomé en conseguir aquella joya para complacerte, no la aceptaste.

—Quizá la aceptaría ahora; a lo mejor quiero aceptarla.

—¡Hazlo! —dijo Knight.

Y se sacó el paquete del bolsillo y se lo ofreció por tercera vez. Elfride lo aceptó encantada. El obstáculo había sido apartado, y aquel significativo regalo era suyo.

—Me sacaré enseguida estos pendientes tan feos que llevo —exclamó Elfride—, y me pondré los tuyos.

—Eso me satisfará.

Y, aunque parezca improbable, considerando lo lejos que había llegado de palabra, Knight no se había atrevido aún a besar a Elfride. En estas materias, era mucho más lento que Stephen Smith. Las muestras más efusivas de su amor las había presenciado Stephen en la glorieta. Así pues, como la mejilla de Elfride era aún para él la fruta prohibida, dijo de manera impulsiva:

—Elfie, me gustaría tocar ésa seductora oreja tuya. Éstos son mis regalos; deja que te los ponga.

La vacilación de ella fue aún más estimulante.

—Deja, entonces, que al menos te ponga uno.

A Elfride se le acaloró aún más la cara.

—No creo que sea algo habitual ni decoroso —dijo Elfride, volviendo la cara de pronto y sumergiendo de nuevo la mano dentro de la catarata en miniatura.

El silencio fue alterado por un pájaro que se posó en el riachuelo para beber. Knight, tras observarlo hundir el pico en el agua, rociarse y volar hasta un árbol, replicó, con la educada brusquedad que a ella tanto le gustaba oír:

—Elfride, ahora debes ser justa. Creo que poco tienes que objetar a que lo haga, así que déjame.

—Seré justa, entonces —dijo ella confiada y mirándole a la cara. Era un especial

placer para ella ser capaz de hacer algo honesto sin temor—. No me importaría que lo hicieras..., me agradaría esa atención. Lo que yo pensaba era: ¿estaría bien que te dejara?

—¡Entonces lo haré! —replicó Knight, con esa singular seriedad acerca de algo nimio (a ojos de un mujeriego, poco más que un pretexto para un momento de seducción o de broma) que sólo se encuentra en caracteres profundos nada acostumbrados a tontear con las mujeres, y que, por lo insólito, es en sí misma el máspreciado tributo que pueden ofrecer, y el homenaje más exquisito que puede recibir una mujer.

—Hazlo —susurró ella sin reserva y sin ser ya la maestra de ceremonias. Y en ese momento Elfride se inclinó hacia él, echó el pelo hacia atrás y colocó la cabeza de lado. Al hacerlo, fue forzoso que su brazo se apoyara contra el pecho de él.

Ante el roce, la atención de ambos pareció concentrarse en el punto de contacto. Mientras llevaba a cabo esa delicada maniobra, Knight temblaba como un cirujano en su primera operación.

—Ahora el otro —dijo Knight con un susurro.

—No, no.

—¿Por qué no?

—No sé muy bien por qué.

—Has de saberlo.

—Me confunde. Volvamos a casa.

—No digas eso, Elfride. ¿Qué es, después de todo? Una simple nada. Ahora date la vuelta, querida.

Elfride no tenía fuerzas para desobedecer, y se volvió de inmediato; y entonces, sin ninguna intención definida en la mente de ninguno de los dos, ambas caras se acercaron y él la sostuvo y la besó.

Knight era el más ardiente y el más frío de los hombres que hay sobre la tierra. Cuando sus emociones dormitaban parecía casi flemático; cuando se agitaban, era apasionado. Y ahora, sin haber hablado hasta ese momento de matrimonio, él se lo propuso sin más preámbulos. En sus palabras hubo todo el ardor que se había acumulado tras largos años de reserva natural.

—Elfride, ¿cuándo nos casaremos?

Dulces fueron las palabras para ella; pero había una amargura en el dulzor. La declaración de Knight, en combinación con los violentos reproches que ese mismo día le había dirigido la señora Jethway, pintaban su volubilidad con colores más chillones. Amarle en secreto no había parecido una inconstancia tan redomada como reconocer ese amor y actuar en consecuencia. Knight interpretó su desconcierto como el signo externo de una experiencia a la que no estaba acostumbrada.

—No quiero que me contestes ahora, cariño —dijo él viendo que Elfride no estaba en condiciones de ofrecer una respuesta lúcida—. Tómame el tiempo que quieras.

Knight era un hombre tan honorable como mujer alguna jamás amó y engañó. Podría decirse que ello quedaba probado por su ceguera en el amor, pues las artimañas amorosas a menudo suelen ser compañeras de un carácter mezquino. Una vez la pasión le dominaba, el discernimiento comenzaba a borrársele. Como amante, Knight era mucho más simple que su amigo Stephen, quien en otros aspectos palidecía a su lado.

Sin decir nada más sobre el tema del matrimonio, Knight la sujetó con los brazos extendidos, como si fuera un gran ramo de flores y él lo mirara con crítico afecto.

—¿Me sienta bien tu bonito regalo? —preguntó ella con lágrimas de emoción en los bordes de los ojos.

—¡Perfecto, sin la menor duda! —dijo su enamorado adoptando un tono más ligero para que ella se sintiera cómoda—. Ah, deberías verte; estás más resplandeciente que nunca. ¡Imagínate, que yo haya podido mejorarte!

—¿De verdad estoy tan guapa? Me alegro por ti. Ojalá pudiera verme.

—No puedes. Tendrás que esperar a que llegemos a casa.

—No puedo esperar —dijo ella riendo—. Mira: ahí hay una manera.

—Cierto. ¡Ah, el ingenio de la mujer!

—¡Sujétame con fuerza!

—Desde luego.

—Y no me dejes caer, ¿entendido?

—De ninguna manera.

Debajo de donde estaban sentados, el hilo de agua se detenía para remansarse en una tersa y pequeña poza. Knight la sujetó mientras ella se arrodillaba y se inclinaba hacia el agua.

—Me veo. De verdad, por muy religiosamente que lo intento, no puedo evitar admirar mi aspecto.

—Te creo. ¿Cómo puede gustarte tanto la ostentación? Me parece que me estás corrompiendo y empieza a gustarme. Antes de conocerte yo detestaba todas estas cosas.

—Me gustan los adornos porque quiero que la gente admire lo que posees, y te envidien y digan: «Ojalá estuviera en su lugar».

—Supongo que no debería poner ninguna objeción a eso. ¿Y cuánto tiempo más vas a seguir mirándote ahí?

—¿Hasta que te canses de aguantarme? Oh, quiero preguntarte algo. —Y Elfride se dio media vuelta—. Y me dirás la verdad, ¿de acuerdo? ¿Qué color de pelo te gusta más ahora?

Knight no respondió al instante.

—¡Di claro, dilo! —susurró ella engatusadora—. No digas oscuro, como hiciste la última vez.

—Entonces diré castaño claro. Exactamente el color del de mi dama.

—¿De verdad? —dijo Elfride disfrutando del halago como si fuera una verdad.

—Sí.

—¿Y también te gustan los ojos azules, y no los avellana? ¡Di que sí, di que sí!

—Una abjuración es suficiente por un día.

—No, no.

—Muy bien, los ojos azules. —Y Knight soltó una carcajada, y la acercó a sí y la besó una segunda vez, operaciones que realizó con el mismo cuidado que un frutero que toca un racimo de uvas para no perturbar su lustre.

Elfride se opuso a un segundo beso y apartó la cara, y en el movimiento el sombrero y el pelo se le desarreglaron un poco. Sin pensar en lo que decía debido a la confusión del momento, exclamó, llevándose una mano a la oreja:

—¡Ah, debemos tener cuidado! Perdí el otro pendiente haciendo esto.

En cuanto comprendió lo que había dicho, una mirada de turbación le cruzó la cara y apretó los labios como para retirar las palabras.

—¿Haciendo qué? —preguntó Knight perplejo.

—Oh, estando sentada al aire libre —replicó ella de inmediato.

XXIX

«¡Preocupación, oh gangrena!»

Es una tarde de principios de octubre, y la suavísima luz de un atardecer de otoño inunda Londres, llegando incluso a su extremo más oriental. Entre la vista y el llameante occidente, columnas de humo se alzan en el aire inmóvil como altos árboles. Todo lo que está en sombras es de un azul intenso y neblinoso.

El señor y la señora Swancourt, acompañados de Elfride, contemplan estos vivos y luminosos contrastes desde la ventana de un inmenso hotel situado cerca del puente de Blackfriars. La estancia en casa de sus amigos de St. Leonard ha finalizado, y se quedan un día o dos en la metrópolis en su camino de vuelta a casa.

Ese mismo periodo de tiempo Knight lo pasó yendo a Bretaña por Jersey y St. Malo. A continuación atravesó Normandía y también regresó a Londres, llegando dos días después que Elfride y sus padres.

De modo que la velada de ese día de octubre los encontró a todos reunidos en el hotel ya mencionado, donde habían reservado previamente habitaciones. Durante la tarde, Knight había acudido a sus habitaciones de Richmond para hacer unos pequeños cambios en su equipaje; y cuando volvió al hotel, no hubo hombre más feliz que él cuando un amable camarero le condujo a una comfortable sala donde Elfride y su madrastra se hallaban sentadas tras una fatigosa jornada de compras.

A Elfride, el cambio no parecía haberle hecho ningún bien; Knight, en cambio, estaba moreno como una nuez. Los dos pronto se pusieron a hablar a solas en el centro de la habitación. Ahora que las preciadas promesas habían sido pronunciadas, la joven no tenía la menor intención de mantener alta su cotización mediante esa reserva que otras doncellas más expertas utilizan. Su enamorado estaba de nuevo con ella, y eso era bastante: le entregó su corazón enteramente.

Pronto acabó la cena. Y cuando también hubo concluido una ronda preliminar de conversaciones referentes a lo que habían estado haciendo desde que se separaran, pasaron al tema del viaje del día posterior a casa de los Swancourt.

—Ese enervante trayecto de mañana a través de la zona de mirto del sur de Devon... ¡cómo lo temo! —estaba diciendo la señora Swancourt—. Creía que en esta época ya habría refrescado.

—¿Nunca van por el mar? —dijo Knight.

—Nunca... bueno, al decir nunca me refiero a que no desde que hay trenes.

—Pues si pueden permitirse tardar un día más, les propongo que vayamos por mar —dijo Knight—. En esta época el Canal es como un lago. En cuarenta horas estaremos en Plymouth, creo, y los barcos salen justo de debajo del puente de Londres, ahí —añadió señalando hacia el este por encima de su hombro.

—¡Qué te parece! —dijo el rector.

—Desde luego, es una idea —dijo su esposa.

—Desde luego, estos barcos de cabotaje son bastante rechonchos —dijo Knight—. Aunque imagino que eso no les importará.

—No, no nos importa.

—Y el salón es como la pescadería de una aldea rural de ínfima categoría. ¿Pero acaso les importa?

—No, querido, desde luego que no. Si se nos hubiera ocurrido antes hubiésemos podido utilizar el yate de lord Luxellian. Pero tanto da, iremos. Nos ahorraremos tener que pasarnos toda la mañana atravesando Londres, por no mencionar el riesgo de que nos mate algún tren de excursionistas, que no es pequeño en esta época del año, si es cierto lo que dicen los periódicos.

A Elfride también le pareció un plan delicioso; y, en consecuencia, a las diez de la mañana del día siguiente, dos coches de punto circulaban por el Mint y entre las tapias extraordinariamente altas de Nightingale Lane hacia la parte del río.

El primer vehículo lo ocupaban los viajeros en persona, y el segundo su equipaje bajo la supervisión de la señora Snewson, la doncella de la señora Swancourt... y también, durante las últimas dos semanas, la de Elfride; pues aunque la joven no estaba acostumbrada a disponer de tal servicio a la hora de vestirse, su madrastra le había obligado a irse familiarizando con ese tipo de ayuda cuando estaban lejos de casa.

En aquel momento, carromatos, fardos y olores de todo tipo abundaban de tal manera que el avance de los coches de punto tenía lugar a una velocidad mínima. En algunos momentos se hacía necesario detenerse del todo, a fin de que los pesados vehículos que descargaban delante pudieran hacerse a un lado, proeza que se realizaba no sin mucho ruido y malas palabras. El rector asomó la cabeza por la ventanilla.

—Me parece que nos hemos equivocado de camino —dijo muy preocupado tras volver a meter la cabeza en el coche—. El único vehículo respetable que se ve por aquí es el nuestro. He oído decir que hay extraños antros por esta parte de Londres en los que han encerrado a gente y la han asesinado. ¿No estará el chofer involucrado en alguna conspiración?

—Oh, no. No pasa nada —dijo Knight, que, junto a Elfride, estaba tan tranquilo como un niño.

—Pues yo no hablo por hablar —dijo el rector en un tono bastante intranquilo—. Por lo que parece, esto no puede ser el trayecto de Londres a Plymouth por mar, pues no lleva a ninguna parte. Perderemos el vapor y también el tren..., eso es lo que creo.

—Tenga por seguro que vamos bien. De hecho, ya hemos llegado.

—Embarcadero de Trimmer —dijo el cochero abriendo la portezuela.

En cuanto se hubieron apeado oyeron discutir al cochero que iba detrás y a una legión de mozos que habían cargado contra él en columna para hacerse con la posesión de las bolsas y cajas, mientras la señora Snewson estiraba los brazos hacia el

cielo en medio de esa confusión. Knight avanzó gallardamente, y tras dura lucha redujo la legión de mozos a uno o dos, sobre cuyos hombros y carretillas las pertenencias desaparecieron en dirección a la orilla del mar con asombrosa celeridad.

A continuación se oyó cómo más miembros de la misma tribu, que había corrido en cabeza, gritaban a los barqueros; había tres que remaban a un lado; entonces dos de ellos desaparecieron, y el equipaje fue a parar al que quedaba.

—¡Jamás había visto una escena tan terrible en mi vida..., jamás! —exclamó el señor Swancourt subiendo a trompicones al bote—. Caiga el hambre y la espada sobre ellos [57]. Creía que tales costumbres eran sólo propias de los puertos continentales. ¿No estás atónita, Elfride?

—Oh, no —dijo Elfride, apareciendo en medio de aquella escena deprimente como un arco iris en un cielo turbio—. Me parece una novedad agradable.

—¿Dónde está nuestro vapor? —preguntó el rector—. Por vida mía que no veo más que cascos desmantelados.

—Justo detrás de ése —dijo Knight—. Pronto estaremos dentro.

El objeto de su búsqueda pronto quedó a la vista: se trataba de una gran mole negra como la tinta que avanzaba pesadamente y que daba la impresión de no haber sido tocada por una brocha de pintura en cincuenta años. Se encontraba junto a otro igual, y para subir a bordo había que recorrer un estrecho sendero de agua entre los dos, de un metro y medio de ancho en un extremo y que gradualmente convergía hacia un punto. En el momento de entrar en ese angosto pasadizo, un rival de reluciente pintura entró chapoteando en el río como un corcel al trote, creando una serie de olas y salpicaduras que sacudieron el frágil bote de remos que les llevaba como si fuera una taza de té, y el rector y su esposa se inclinaron a un lado y a otro, y sus cabezas se unieron con el aire de dos marionetas, mientras las pequeñas olas golpeaban los flancos de los dos cascos y les salpicaban de rebote.

—¡Espantoso! ¡Horrible! —murmuró para sí el señor Swancourt; y en voz alta añadió—: Pensaba que embarcaríamos andando. De haber sabido que había este problema, no creo que hubiera aceptado venir.

—Si han de salpicarnos, al menos que nos salpiquen con agua limpia —dijo la anciana señora limpiándose el vestido con el pañuelo.

—Espero que sea seguro —dijo el rector.

—¡Oh, papá! No eres muy valiente —exclamó Elfride alegremente.

—El valor es sólo empecinamiento ante la percepción de las contingencias —respondió severamente el señor Swancourt.

La señora Swancourt se echó a reír, y luego Elfride, y luego Knight, y en medio de aquel buen humor, un hombre les gritó, desde algún lugar entre sus cabezas y el cielo, y descubrieron que estaban cerca del *Juliet*, al que subieron con paso tembloroso. Como la marea estaba baja y aún tardarían una hora en zarpar, los Swancourt, como no tenían otra cosa que hacer, se dedicaron a observar a aquellos hombres que vestidos con jerséis azules llevaban a cabo misteriosas operaciones de

remendar con bramante alquitranado; contemplaron los refulgentes trazos del sol como estrellas de cobre bruñido sobre las olas, donde bailaban y atraían su mirada; o escucharon la estruendosa música de una grúa cercana; o los suspiros de las chimeneas de los vapores que pasaban, que se apagaban al alejarse; o los gritos procedentes de las cubiertas de las diferentes embarcaciones, todas ellas reducibles a «¡Ah del barco!».

Diez y media: aún no habían zarpado. El señor Swancourt exhaló un suspiro de tedio y contempló a sus compañeros de viaje. Poco había que ver en sus caras. La expresión «Espera» figuraba en ellas con letras tan grandes que nada más se distinguía. Toda animación había quedado en suspenso hasta que la Providencia subiera el nivel de las aguas y les permitiera marcharse.

—He estado pensando —dijo Knight— que hemos ido a parar en medio de la gente más singular del reino. De todas las características humanas, la más difícil de encontrar debe de ser la de tener una escasa opinión del valor del propio tiempo. Aquí vemos a un puñado de esa paciente y feliz especie. Trotamundos, muy distintos de los viajeros.

—Gente que está de vacaciones, para quienes el tiempo carece de importancia.

—Oh, no. La gente de vacaciones que encontramos en las rutas importantes están más impacientes que los viajeros por seguir adelante. Y además del tiempo que pierden a la hora de llegar al final de su viaje, estas personas se arriesgan a marearse al viajar por mar.

—¿Es posible marearse? —dijo el rector con aprensión—. No lo creo, señor Knight. Pero si estamos en el Canal... al lado de casa, podría decirse.

—En los pasos de entrada suele haber fuertes corrientes de aire, y el Canal es uno de ellos. Destroza el carácter de los marineros. Los filósofos han calculado que, en el curso de un año, llegan más palabrotas al cielo procedentes del Canal que de los cinco océanos juntos.

En aquel momento se pusieron en marcha, y la expresión apagada de los pasajeros cobró vida de inmediato. El hombre que ha estado tirando frenéticamente de una maroma que parecía no tener fin abandona su labor, y se deslizan por las serpentinadas aguas del Támesis.

Todo era una mina de interés para Elfride, y esto también.

—Bueno, parece que todo va bien —dijo la señora Swancourt una vez hubieron rebasado el Note—, pero no puedo decir que hasta ahora el viaje me entusiasme. — Como ahora se hallaban en mar abierto, se levantó una leve brisa que la animó, así como a sus dos jóvenes compañeros. Pero, por desgracia, tuvo el efecto contrario en el rector, quien, tras adquirir un color gris amarillento salpicado de trazos púrpura, alegó indisposición y desapareció.

La tarde tocaba a su fin. Amablemente, la señora Swancourt se sentó a solas a leer dejando a sus anchas a la pareja de enamorados. Elfride se agarró confiada al brazo de Knight, y orgullosa iba con él arriba y abajo de la cubierta, o se apoyaban en el

pasamanos del castillo de proa, contemplaban cómo el sol se ponía lentamente sobre su popa sumergiéndose en un gran banco de nubes lívidas de ribetes dorados que se alzaban para acogerlo.

Elfride sentía una alegría y un vigor infantiles, aunque mientras caminaba con Knight arriba y abajo entre los demás pasajeros, y se hacía notar entre ellos, se sentía al principio un tanto confusa, pues era la primera vez que se mostraba tan abiertamente bajo ese tipo de protección.

—Espero que sientan envidia y hablen de nosotros, ¿tú no? —le susurró a Knight con una furtiva sonrisa.

—Oh, no —respondió él despreocupadamente—. ¿Por qué iban a envidiarnos? ¿Y qué pueden decir?

—Nada malo, desde luego —replicó Elfride—. Sólo cosas como: «¡Qué felices son esos dos! Ella está muy orgullosa». Lo único malo —añadió ella como una gran confidencia— es que he oído a dos jugadores de críquet decir hace un momento: «Ésa es la chica más chula del barco». Pero ya sabes que no me importa, Harry.

—Ya habría supuesto que no, aunque no me lo hubieras dicho —dijo Knight sin mucho interés.

Elfride jamás se cansaba de hacerle preguntas a su enamorado, ni de admirar sus respuestas, por buenas, malas o indiferentes que pudieran ser. Fue oscureciendo y llegó la noche, y las luces brillaron sobre ellos desde el horizonte y el cielo.

—Fíjate en esa aureola que hay delante de nosotros, esa aureola en el aire, de resplandor plateado. Obsérvala y verás lo que pasa.

Ella la contempló unos minutos, y en esto dos luces blancas emergieron de la ladera de una colina y revelaron ser el origen de esa aureola.

—¡Qué brillo tan cegador! ¿Qué señalan?

—El cabo Sur; antes las cubría el acantilado.

—¿Y qué es esa línea horizontal de pequeños destellos? Una ciudad, supongo.

—Eso es Dover.

Todo ese tiempo, y aun después, unos tenues relámpagos surgían de una nube que había en su camino, iluminando sus caras mientras caminaban arriba y abajo, resplandecía sobre el agua y, por un momento, mostraba el horizonte como una línea nítida.

Elfride durmió profundamente aquella noche. A la mañana siguiente, su primer pensamiento —y eso la emocionó— fue que Knight estaba tan cerca de ella como cuando se hallaban en Endelstow, y lo primero que vio, al asomarse por la ventanilla del camarote, fue la fisonomía de Beachy Head, de un blanco reluciente al sol de las seis de la mañana. Sin embargo, el día, que tan bien había amanecido, pronto cambió su aspecto. Un viento frío y una pálida niebla cayeron sobre el mar y pareció que la jornada sería triste.

Cuando se acercaban a Southampton, la señora Swancourt apareció para comunicarles que su marido se encontraba tan mal que deseaba que lo desembarcaran

allí mismo y le permitieran hacer el resto del viaje por tierra.

—Estará perfectamente en cuanto pise tierra firme. ¿Qué hacemos: vamos con él o acabamos el viaje como habíamos planeado?

Elfride estaba cómodamente refugiada bajo un paraguas que Knight sujetaba para protegerla del viento.

—¡Oh, no desembarquemos! —dijo consternada—. ¡Sería una lástima!

—Muy bonito —dijo la señora Swancourt en tono malicioso, como si le hablara a una niña—. Mira, el viento le ha dado color; el mar, apetito y energía; y alguien, felicidad. Sí, desde luego sería una lástima.

—Es mi desgracia que siempre me hablen desde un pedestal —suspiró Elfride.

—Bueno, haremos lo que usted diga, señora Swancourt —dijo Knight—, pero...

—Yo me quedaría a bordo —le interrumpió la anciana señora—. Y el señor Swancourt desea especialmente ir solo. De modo que no hay más que hablar.

El rector, ahora de un pardo amarillento, fue desembarcado y enseguida se le vio tan bien como siempre.

Elfride, sentada sola en una parte retirada de la nave, vio subir a bordo, entre los últimos que embarcaron en ese puerto, a una mujer cubierta por un velo. Vestía de seda negra, y sobre el brazo llevaba un chal oscuro. La mujer, sin mirar a su alrededor, se dirigió hacia la zona de camarotes de segunda clase. El color de las mejillas de Elfride, que poco antes había comentado la señora Swancourt, desapareció de repente y ella se puso a temblar sin disimulo.

Fue corriendo al otro lado del barco, donde se encontraba, de pie, la señora Swancourt.

—Creo que, después de todo, prefiero ir a casa en tren con papá —suplicó con vehemencia—. Preferiría ir con él... ¿Podemos?

La señora Swancourt miró un momento a su alrededor, como si no fuera capaz de decidirse.

—Ah —exclamó—, ahora es demasiado tarde. ¿Por qué no lo has dicho antes, cuando teníamos tiempo de sobras?

El *Juliet* había soltado amarras en aquel momento, los motores se habían puesto en marcha y se alejaba lentamente del muelle. No había más remedio que quedarse, a menos que se pudiera hacer regresar al *Juliet*, cosa que causaría un gran alboroto. Elfride abandonó la idea y quedó en silencio. Su felicidad acababa de ser tristemente mutilada.

La mujer cuya presencia tanto la había zozobrado se parecía mucho a la señora Jethway. Parecía acechar a Elfride como una sombra. Tras varios minutos esforzándose en vano por imaginar con qué fin podía estar vigilándola la señora Jethway, Elfride decidió que, si se trataba de la viuda, el encuentro era fortuito. Recordó que la viuda, en su agitada existencia, a menudo visitaba el pueblo cercano a Southampton donde había nacido, y que era posible que hubiera decidido viajar por mar para ahorrar gastos.

—¿Qué te ocurre, Elfride? —preguntó Knight, de pie junto a ella.

—Me encuentro bastante deprimida.

—No es de extrañar; ese muelle era deprimente. Parecíamos estar por debajo de todo cuanto nos rodeaba. Pero pronto volverá a darnos la brisa del mar, y eso te tonificará.

Fue acabando la tarde y apareció el crepúsculo mientras se alejaban de Southampton y atravesaban el Solent. Tan desasosegada estaba Elfride que todo el buen humor de las veinticuatro horas anteriores la había abandonado. El tiempo tampoco acompañaba, pues aunque habían cesado los chaparrones de la mañana el cielo estaba más cubierto que nunca de unas espesas nubes plomizas. ¡Qué hermosa fue la puesta de sol cuando doblaron el cabo Norte la tarde anterior! Ahora era imposible adivinar, con un margen de media hora, la hora en que se había ocultado la lumbrera. Knight la llevaba del brazo y, acostumbrado ya a sus repentinos cambios de humor, no veía necesidad de que hubiera una causa relacionada con las circunstancias: impresionabilidad y flexibilidad.

Elfride miró furtivamente hacia el otro extremo de la embarcación. La señora Jethway, o su doble, estaba sentada en la popa: sus ojos miraban fijamente a Elfride.

—Vamos a proa —le dijo enseguida a Knight—. Mira: aquel hombre está colocando las luces para la noche.

Knight asintió, y tras contemplar cómo colgaban las luces rojas y verdes en la proa de estribor y babor, y cómo alzaban la luz blanca a lo alto del tope, los dos siguieron paseando hasta que el fuerte viento dificultó el avance. Los ojos de Elfride miraban subrepticamente a popa para ver si el enemigo seguía allí. Pero no se veía a nadie.

—¿Bajamos? —dijo Knight al ver que la cubierta estaba casi desierta.

—No —dijo ella—. Si fueras tan amable de ir a buscarme una manta... La señora Swancourt te dará una... Me gustaría quedarme aquí, si no te importa. —Se le acababa de ocurrir que la supuesta señora Jethway podía ser un pasajero de primera clase y temía encontrársela accidentalmente.

Knight apareció con la manta, y los dos se sentaron tras una lona en el lado de barlovento, justo cuando los dos ojos rojos de los Needles relumbraron en la oscuridad, sus cimas puntiagudas alzándose como sombrías figuras fantasmagóricas contra el cielo. Se hizo necesario bajar para una insulsa colación que fue servida a las ocho, y Elfride se quedó inmensamente aliviada al descubrir que no se veía a la señora Jethway por ninguna parte. De nuevo subieron, y permanecieron en cubierta hasta que la señora Snewson apareció tambaleándose para comunicarles que la señora Swancourt consideraba que ya era hora de que Elfride bajara. Knight la acompañó y volvió a subir para quedarse un rato a solas en cubierta.

Elfride se desvistió parcialmente, se echó, y no tardó en dormirse, aunque el sueño fue ligero. Cuánto tiempo estuvo así, no lo supo, pero lentamente pareció percibir que alguien le susurraba al oído.

—Ahora te va muy bien con tu nuevo enamorado, ya lo veo. Bueno, desafíame si quieres, pero yo ganaré, ya lo verás. —Ésas parecieron ser las frases o las palabras, o algo similar.

Elfride se despertó aterrada. Sabía que esas palabras, si eran reales, sólo podían pertenecer a una persona, y que esa persona era la viuda Jethway. Pero a lo mejor sólo las había soñado.

La lámpara se había apagado y el lugar estaba a oscuras. En la litera de al lado oyó a su madrastra durmiendo a pierna suelta, y en la de más allá a Snewson respirando aún más pesadamente. Ésas eran las únicas legítimas ocupantes del camarote, y la señora Jethway podía haber conseguido, por algún medio, introducirse furtivamente y luego retirarse, o a lo mejor le habían asignado la litera vacía que había junto a la de Snewson. El miedo a que éste fuera el caso aumentó el desasosiego de Elfride hasta que asumió las dimensiones de certeza, pues ¿cómo iba a conseguir entrar un desconocido desde el otro extremo del barco? ¿Podía haber sido un sueño?

Elfride se incorporó ligeramente y se asomó por la ventanilla. Ahí estaba el mar, agitándose y acometiendo el costado del barco junto a su cabeza, y desde ahí extendiéndose, oscuro y quejumbroso, en una borrosa extensión; y más allá de todo esto, dos serenas luces, como estrellas sin rayos. Ahora, temiendo volver a mirar hacia el camarote por miedo a que la señora Jethway apareciera junto a ella, Elfride meditó si despertar a Snewson para que le hiciera compañía. Sonaron cuatro campanadas indicando que eran las dos de la mañana, y oyó voces, lo que le dio un poco de valor. No valía la pena despertar a Snewson.

En cualquier caso, Elfride no podía seguir con aquella respiración agitada, corriendo el riesgo de que aquel espantoso susurro volviera a inquietarla. Así que, tras abrigarse apresuradamente, salió al pasillo y, con la ayuda de una tenue luz que brillaba en la entrada del salón, encontró el pie de las escaleras y subió a cubierta. El lugar era lóbrego en extremo. En contraste con el aspecto que tenía de día, parecía un lugar totalmente nuevo. Vio la luz procedente de la bitácora y el borroso perfil de un hombre al timón; también una forma en la proa. No parecía haber otra alma de proa a popa.

Pero la había: dos más, junto a los macarrones. Uno era su Harry; el otro, el oficial de cubierta. Elfride se puso muy contenta, y al acercarse descubrió que charlaban en voz baja de asuntos náuticos. Subió corriendo y se agarró al brazo de Knight, en parte por amor y en parte por estabilidad.

—¡Elfride! ¿No duermes? —dijo Knight tras dar unos pasos hacia ella.

—No, no puedo dormir. ¿Puedo quedarme aquí? Ahí abajo es un lugar tan deprimente, y.. tenía miedo. ¿Dónde estamos ahora?

—Justo al sur de Portland Bill. Ésas son las luces que quedan perpendiculares a nosotros: mira. Un lugar terrible en una noche de tormenta. ¿Y ves esa pequeña luz que sube y baja a la derecha? Se trata de un buque faro situado en el peligroso bajío

que llaman los Shambles, donde muchos barcos han quedado hechos trizas. Entre ese lugar y nosotros está el Race, un punto donde corrientes opuestas se encuentran y forman remolinos, donde el mar está encrespado aunque el tiempo sea bueno, y que resulta terrorífico cuando hay viento. Ese horizonte oscuro que distinguimos a la derecha es West Bay, que en dirección a tierra acaba en Chesil Beach.

—¿Qué hora es, Harry?

—Un poco más de las dos.

—¿Vas a bajar?

—No, no esta noche. Prefiero el aire puro.

Elfride había considerado la posibilidad de que él se enfadara con ella por subir a una hora tan intempestiva.

—Me gustaría quedarme aquí también, si me lo permites —dijo tímidamente—. Quería preguntarte algunas cosas.

—¡Permitírtelo, Elfie! —dijo Knight rodeándola con el brazo y acercándola—. Cuando estás a mi lado soy el doble de feliz. Sí, nos quedaremos y veremos cómo nace el día.

De modo que otra vez buscaron el abrigo de la lona y, como antes, se sentaron cubiertos con la manta.

—¿Qué ibas a preguntarme? —inquirió él mientras subían y bajaban al ritmo de las olas.

—Oh, no gran cosa. Quizá algo que no debería preguntar —dijo Elfride vacilante. Había sentido el repentino deseo de saber si Knight había estado prometido anteriormente. De ser así, aprovecharía la circunstancia para contarle algo de su conducta con Stephen. Las palabras —reales o soñadas— de la señora Jethway la habían deprimido tanto que ahora pintaba su fantasía con los colores más sombríos y anhelaba aliviar su mente agitada con una confesión instantánea. Su esperanza era que, si Knight había cometido alguna imprudencia en épocas anteriores, quizá podría perdonarla.

—Quería preguntarte —prosiguió— si..., si alguna vez has estado prometido. —Y añadió con voz temblorosa—: Espero que sí..., quiero decir, que no me importaría lo más mínimo.

—No, nunca —fue la réplica instantánea y sincera de Knight—. Elfride —y en su tono hubo cierto orgullo y satisfacción—, soy doce años mayor que tú y he visto mundo y, en cierto modo, he frecuentado los círculos sociales, y tú no. Y sin embargo no soy tan inadecuado para ti como podían imaginar las personas más estrictas, que normalmente suponen que la diferencia de edad significaría, en este caso, que he tenido una proporcional experiencia en cuestiones amorosas.

Elfride se estremeció.

—Tienes frío. ¿No es este viento excesivo para ti?

—No —dijo ella abatida. La tabla de salvación a la que había pensado agarrarse para obtener su perdón se había hundido. La desacostumbrada falta de experiencia de

Knight, que dos años atrás la habría llenado de contento, la dejaba ahora helada.

—¿No te importa que te lo pregunte? —prosiguió Elfride.

—Oh, no, en absoluto.

—¿Y tampoco has besado a muchas mujeres? —susurró ella, con la esperanza de que él dijera que a cien, al menos.

El tiempo, las circunstancias, resultaban apropiadas para extraer confidencias de la persona más reservada.

—Elfride —susurró Knight en respuesta—, es extraño que me preguntes algo así. Pero te responderé, aunque es algo que nunca he contado. He evitado a las mujeres de una manera un tanto absurda. Jamás le he dado un beso a ninguna mujer, excepto a ti y a mi madre. —Aquel hombre de treinta y dos años, experimentado en tantas disciplinas, se sofocó con la vergonzosa ingenuidad de un muchacho al hacer esa confesión.

—¿Cómo, ni una? —balbució Elfride.

—No, ni una.

—¡Qué raro!

—Sí, la experiencia más normal es la contraria. Y sin embargo, para aquellos que han observado su propio sexo, como es mi caso, no tiene nada de extraordinario. Los hombres de ciudad son los favoritos de las mujeres —o eso se dice—, y a la gente superficial no se le ocurre pensar que pueda haber excepciones, hombres reservados y solitarios.

—¿Te sientes orgulloso de ello, Harry?

—No, desde luego. En los últimos años me he dicho que ojalá me hubiera permitido mi ración de mujeres como cualquier hombre despreocupado. He pensado en cuántas dichas experiencias puedo haberme perdido por no haber cortejado jamás.

—Entonces, ¿por qué has mantenido esa actitud distante?

—No sabría decirte. No creo que sea por mi carácter: las circunstancias me lo impidieron, quizá. Lo he lamentado por otra razón. Esta actitud remisa por mi parte ha tenido sus efectos. Cuanto mayor me hacía, más claro percibía que ese hecho impedía que me gustara ninguna mujer que no fuera tan inexperta como yo; y abandoné la esperanza de que en este siglo pudiera existir una mujer que se me igualara en bisonñez. Y entonces te encontré a ti, Elfride, y por primera vez sentí que había merecido la pena ser tan exigente. Y eso me ayudó a ser digno de ti. Y enseguida intuí que, por mucho que nuestras restantes experiencias fueran distintas, en ese aspecto me parecía a ti. Bueno, ¿no te alegra oír lo que te he contado, Elfride?

—Sí, mucho —respondió ella en un tono forzado—. Pero siempre había creído que los hombres concertaban muchos compromisos antes de casarse..., sobre todo los que no se casaban muy jóvenes.

—Eso es lo que piensan todas las mujeres, supongo..., y acertadamente, desde luego, en casi todos los casos, como ya te he dicho. Pero hay una apreciable minoría

de hombres que van muy lentos... y eso les hace ser muy torpes cuando llega el momento. Sin embargo, en mi caso no ha importado.

—¿Por qué? —preguntó ella incómoda.

—Porque tú aún sabes menos que yo de cortejar y de todo cuanto antecede al matrimonio, de modo que no puedes hacer injustas comparaciones si no hago las cosas como es debido.

—¡Creo que lo haces todo estupendamente!

—Gracias, querida. Pero —añadió Knight con una carcajada— tu opinión no es la de una experta, que es la única de valor.

De haber respondido ella «Sí, lo es» con la mitad de fuerza con que lo sentía, Knight se habría quedado un poco atónito.

—Si ya te hubieses prometido alguna vez —prosiguió Knight—, imagino que tu opinión de mis galanterías sería distinta. Pero claro, no debería...

—¿No deberías qué, Harry?

—Oh, sólo iba a decir que en ese caso jamás me hubiera concedido el placer de pedirte que te casaras conmigo, pues el que no hubieras tenido esa experiencia era lo que me atraía de ti, querida.

—Eres severo con las mujeres, ¿verdad?

—No, creo que no. Tenía derecho a satisfacer mi gusto, que era el de encontrar unos labios vírgenes. Otros hombres hay que adquieren ese gusto con los años... pero no encuentran una Elfride...

—¿Qué horrible sonido es ése que oímos al avanzar?

—No es más que la hélice..., no encuentran una Elfride, como me pasó a mí. Y pensar que he descubierto esa flor que nadie había visto aquí, en el oeste de Inglaterra, donde un hombre, para algunas mujeres, es tanto como una multitud, ¡y un viaje por el Canal como un viaje alrededor del mundo!

—Y —dijo ella con voz trémula—, ¿habrías renunciado a esa mujer en caso de que te hubieras prometido con ella y luego descubierto que ella había recibido un beso antes que el tuyo? ¿La habrías dejado?

—¿Un beso? No por tan poca cosa.

—¿Dos?

—Bueno, no te lo puedo decir con tanta precisión. Pero un número excesivo haría que esa mujer me desagradara. Pero hablemos de nosotros y no pensemos en lo que pudo haber sido.

Pero como Elfride había permitido que sus pensamientos «se entretuvieran con falsas conjeturas», cada una de las palabras de Knight cayó sobre ella como un mazazo. Después de eso permanecieron largo tiempo en silencio, contemplando el mar, negro y misterioso, y oyendo la extraña voz del viento inquieto. El mecerse adelante y atrás sobre las olas, cuando la brisa no es demasiado violenta ni fría, produce un efecto anestésico incluso en las mentes más turbadas. Lentamente, Elfride se fue recostando sobre Knight, y éste, al bajar la vista, descubrió, por su

respiración suave e irregular, que se había quedado dormida. Como no deseaba molestarla, permaneció inmóvil, y le proporcionó un gran placer servir de apoyo a su joven y cálido cuerpo mientras éste subía y bajaba al respirar.

Knight también se puso a soñar, aunque siguió totalmente despierto. Se sentía complacido al evocar la confianza implícita que ella había depositado en él, y al pensar en la encantadora inocencia de alguien capaz de ponerse a dormir de una manera tan simple y poco ceremoniosa. Y más que eso: aquel estudioso reflexivo y poco práctico sentía la inmensa responsabilidad que estaba asumiendo al convertirse en protector y guía de una criatura tan confiada. El sereno dormir del alma de Elfride daba paz a la suya. Entonces ella gimió y se agitó inquieta. Al poco sus murmullos se hicieron comprensibles:

—No se lo diga..., dejaré de amarme..., yo no quería hacer mal a nadie..., claro que no, no se lo diga. Íbamos a casarnos..., por eso me escapé... Y él dice que no aceptará a una mujer a la que hayan besado... Y si usted se lo dice me dejará, y yo moriré. Por favor, tenga piedad... ¡Oh!

Elfride se incorporó violentamente.

Un momento antes, un ding-dong musical había surcado el aire procedente de su derecha y la había despertado.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó aterrada.

—Sólo las ocho campanadas de las cuatro de la mañana —dijo Knight para tranquilizarla—. No te asustes, pajarillo, estás a salvo. ¿Qué estabas soñando?

—¡No lo sé, no lo sé! —dijo ella con un estremecimiento—. ¡Oh, no sé qué hacer!

—Quédate aquí tranquila conmigo. Pronto veremos amanecer. Mira, el lucero del alba está allá. Las nubes se han disipado por completo mientras dormías. ¿Qué estabas soñando?

—Con una mujer de nuestra parroquia.

—¿No te cae bien?

—No. Ella me odia. ¿Dónde estamos?

—Al sur del Exe.

Knight no volvió a mencionar las palabras de su sueño. Contemplaron el cielo hasta que Elfride se calmó, y apareció el alba. A principio no fue más que una luz tenue. Entonces el viento comenzó a soplar de un talante distinto y amainó hasta volverse un céfiro. El lucero se disolvió en el día.

—Así es como me gustaría morir —dijo Elfride levantándose de su asiento e inclinándose sobre el macarrón para contemplar el resplandor con que expiraba el lucero del alba.

—Como dice el poeta —replicó Knight

*Desaparecer como desaparece el lucero del alba;
no tras el occidente que lo oscurece,*

*ni oculto entre las tempestades del cielo:
se diluye, pues, entre la luz del cielo*^[58].

—Oh, otras personas han pensado lo mismo, ¿verdad? Es lo que siempre pasa con mis originalidades, que sólo son originales para mí.

—Eso no sólo te pasa a ti. Cuando comencé a escribir reseñas me tropezaba a menudo con ese terrible escollo: me ponía prolijo con algunos temas que me resultaban una total novedad, y posteriormente descubría que ya habían sido agotados por el mundo pensante cuando yo iba en pañales.

—No sabes cómo me alegro. Siempre que descubro que has hecho algo estúpido, me pongo contenta, pues me parece que eso te acerca más a mí, que tantas tonterías he cometido. —Y Elfride volvió a pensar en su enemiga, posiblemente dormida bajo la cubierta en la que se encontraban.

Por toda la costa asomaban prominencias. Luego un cielo rosáceo se extendió sobre el este y tras la línea baja de tierra, lanzando a trazos sus colores en esa dirección, sobre las sutiles y etéreas nubes. Cada saliente de la tierra parecía ahora un dedo ansioso de coger un poco de la líquida luz que tan pródigamente se arrojaba sobre el cielo, y tras un fantástico intervalo de amarillos brillantes en el este, las elevaciones más altas de la costa se inundaron de los mismos tonos. Los romos y desnudos contornos de Start Point captaron el primer y más vivo resplandor de todos, y también las paredes de su faro blanco, posado en la cornisa de un acantilado como un santo medieval en una hornacina. Bolt Head, su majestuoso vecino, permanecía todavía sin dorar, inmerso en sus grises.

Entonces apareció el sol, casi a sacudidas, más allá del extremo oriental de tierra, dentro del mar, arrojando un sendero de luz —parecido al de la escalera de Jacob— hacia Elfride y Knight y envolviéndolos con sus rayos a los pocos minutos. Los dignatarios inferiores de la costa —Froward Point, Berry Head y Prawle— habían adquirido ya su porción de luz, y al final, la menor protuberancia de ola, acantilado o ensenada, incluso los rincones más recónditos del hermoso valle de Dart, tenían su porción; y la luz del sol, ahora común posesión de todos, dejó de ser ese don prodigioso y codiciado de sólo media hora antes.

Después del desayuno, Plymouth apareció ante sus ojos y fue adquiriendo nitidez a medida que se aproximaban. El rompeolas apareció como una veta de luz fosforescente sobre la superficie del mar. Elfride miró furtivamente en busca de la señora Jethway, pero no distinguió a nadie que se le pareciera. Después, en medio del bullicio del desembarco, miró otra vez, con el mismo resultado. La mujer, o se había deslizado hacia el muelle sin ser vista, o jamás había estado en el barco. Con una enorme sensación de alivio, Elfride esperó a que Knight se encargara del equipaje. En ese momento vio a su padre acercándose entre la multitud; agitaba su bastón para llamar la atención. Abriéndose paso hasta él a codazos, entraron en la ciudad, que le ofreció a Elfride una sonrisa tan risueña como la que le había presentado entre uno y

dos años antes, cuando, justo a la misma hora entró como prometida de Stephen Smith.

XXX

«Vasallo en el amor.»
TENNYSON, *In Memoriam*

A medida que pasaban los días, Elfride se separaba cada vez menos de Knight. Y de lo que no puede haber disputa es de que la lealtad que ella le profesaba absorbía toda su alma y existencia. Mayor que la que había provocado Stephen, a quien ella había seguido dejándolo todo.

La muchacha, sin la menor reserva, jamás le ocultaba a su enamorado lo mucho que lo admiraba. Jamás sostenía una opinión contraria a la de él, ni le insistía en nada, ni mostraba la menor independencia, ni defendía jamás sus puntos de vista. Obedecía y respetaba como ley el menor capricho de Knight, y si, al expresar su opinión sobre algún tema, él entraba en la discusión y disentía de ella, Elfride enseguida calificaba sus propias palabras de erróneas e indefendibles. Incluso sus ambigüedades y picardías no eran sino medios de la misma manifestación; hacía charadas, encarnaba las palabras de su prototipo, la cariñosa y susceptible nuera de Noemí: «Halle yo gracia a tus ojos, mi señor, pues me has consolado y has hablado al corazón de tu sierva^[59]».

Un lluvioso día, Elfride estaba pulverizando las plantas en el invernadero. Knight observaba la escena sentado bajo una enorme pasionaria. A veces se volvía hacia la lluvia que caía del cielo y luego hacia las gotas más grandes de la lluvia interior de Elfride, que caían de árboles y arbustos tras quedar suspendidas de las ramillas como pequeños frutos plateados.

—Debo darte algo para que este otoño, en tus habitaciones, pienses en mí —estaba diciendo Elfride—. ¿Qué podría ser? Los retratos hacen más mal que bien, pues eligen la peor expresión de que es capaz tu cara. Un mechón de pelo da mala suerte. Y no te gustan las joyas.

—Algo que traiga a mi mente las muchas escenas que hemos protagonizado en el invernadero. Veo una cosa que tendría en mucha estima. Ese mirto enano que hay en esa maceta, que has cuidado con tanto esmero.

Elfride le lanzó una lenta mirada al mirto.

—Puedo llevarlo cómodamente en mi sombrero —dijo Knight—. Lo pondré en mi ventana, y como siempre estará ante mis ojos, pensaré continuamente en ti.

Ocurría que el mirto que Knight acababa de señalar había tenido un peculiar nacimiento y una curiosa historia. Fue al principio una ramilla que Stephen Smith llevaba en un ojal, y él la quitó de ahí para ponerla en la maceta, diciéndole a Elfride que si crecía, y ella lo cuidaba, le recordaría siempre a él cuando se hallara lejos.

Elfride miró la planta con nostalgia, y cierto respeto hacia el recuerdo de Stephen le hizo lamentar que Knight le hubiera pedido precisamente ésa. Le parecía extrema

crueldad desprenderse de él.

—¿No hay nada que te guste más? —dijo tristemente—. No es más que un vulgar mirto.

—No, me encanta el mirto. —Pero al ver que a ella parecía no gustarle la idea, preguntó—: ¿Por qué te opones a que lo tenga?

—Oh no... No es que me oponga..., era una sensación... Ah, mira, ahí hay otro esqueje que planté hace poco... de una variedad mejor, con hojas más bonitas...: *Myrtus microphylla*.

—Éste servirá. Deja que lo lleve a mi habitación para no olvidármelo. ¿Qué historia tiene el otro?

—Me lo regalaron.

Y ahí quedó el tema. Knight no pensó más en el asunto hasta que, al entrar esa noche en su habitación, encontró el segundo mirto colocado cerca de su tocador, tal como había ordenado. Se quedó un momento admirando el lozano aspecto de las hojas a la luz de las velas y entonces recordó la negociación de que había sido fruto.

Los enamorados, ya sean hombres o mujeres, pueden echarse a perder si se les colma de atenciones, y la inquebrantable sumisión de Elfride había hecho que Knight se mostrara bastante exigente en momentos de crisis, a pesar del cariño que pudiera tener a la muchacha. «¿Por qué me ha negado el primero que le he pedido?», se preguntaba ahora. Incluso una oposición tan nimia como la que ella había mostrado llamaba la atención por lo excepcional. No es que Knight estuviera enfadado con ella en lo más mínimo: la mera variación del comportamiento habitual de ella era lo que le hacía reflexionar sobre el asunto, porque le tenía desconcertado. «Me lo regalaron», habían sido sus palabras. Admitiendo que fuera un regalo, le parecía a él que Elfride no podía conceder más valor a una simple amistad que a un amor, y que poca importancia podía tener entregarle la planta a su cuidado. «A no ser, claro está, que fuera el regalo de un enamorado», murmuró.

—Me pregunto si Elfride ha tenido ya algún amor —dijo en voz alta, como si se le acabara de ocurrir. Esta idea, y todas las que la acompañaron, fueron suficientes para mantener su mente ocupada hasta que se durmió... bastante más tarde de lo normal.

Al día siguiente, cuando se quedaron solos de nuevo, él le dijo de manera un tanto repentina:

—¿Me amas más o menos, Elfride, por lo que te dije a bordo del vapor?

—Me dijiste tantas cosas —respondió ella levantando la vista hacia él y sonriendo.

—Me refiero a la confesión que me sonsacaste...: que nunca había cortejado a ninguna mujer.

—Supongo que es una satisfacción ser la primera en tu corazón —le dijo ella procurando no relajar la sonrisa.

—Entonces voy a hacerte una pregunta —dijo Knight un tanto incómodo—. Te lo

pregunto un poco por jugar, no con gran seriedad. A lo mejor te parece un poco rara, Elfride.

Elfride intentó por todos los medios que el color de su cara permaneciera inalterable. No pudo, y la angustió pensar que palidecer delataría una conciencia de culpa mayor que simplemente sonrojarse.

—Oh no... No se me ocurriría pensar eso —dijo Elfride, pues algo tenía que decir para llenar el silencio que siguió al comentario de él.

—La pregunta es la siguiente: ¿has tenido algún enamorado antes que yo? Estoy casi seguro de que no, pero ¿lo has tenido?

—No exactamente un enamorado; quiero decir, nada digno de mención, Harry —balbució Elfride.

Knight, con los sentimientos a flor de piel, sintió una punzada en el corazón.

—¿Era un enamorado, a pesar de todo?

—Bueno, más o menos, supongo —tardó ella en responder.

—Un hombre.

—Sí, pero sólo una persona corriente, y..

—¿Pero fue tu enamorado?

—Sí, fue un enamorado. Lo fue. Sí, podría decirse que fue mi enamorado.

Knight permaneció callado durante un minuto o más, y marcó ese tiempo de silencio con el dedo siguiente el tictac del viejo reloj de la biblioteca, que era donde se encontraban en aquel momento.

—No te importa, Harry, ¿verdad? —dijo ella angustiada acercándose a él y mirándole a la cara.

—Claro que no, de verdad. Una persona sensata no puede poner ninguna objeción a semejante nadería. Es sólo que pensaba que no habías tenido ninguno..., nada más.

Sin embargo, un rayo había sido sustraído del esplendor que rodeaba la cabeza de Elfride. Pero posteriormente, mientras Knight paseaba solo sobre las peladas colinas recorridas por la brisa y meditaba sobre el asunto, ese rayo retornó de pronto. Pues ella podía haber tenido un enamorado sin haberlo querido lo más mínimo. Quizá no había utilizado la palabra adecuadamente y lo que quería decir era «admirador». Naturalmente que la habían admirado; y era posible que algún hombre hubiera expresado su admiración con más insistencia que el resto...; un caso muy normal.

Estaban sentados en uno de los asientos del jardín cuando él encontró la ocasión de poner a prueba su suposición.

—¿Amabas, aunque fuera un poco, a ese enamorado o admirador, Elfride?

Ella farfulló a regañadientes:

—Sí, creo que sí.

Knight sintió el mismo malestar que antes.

—¿Y fue sólo un poco? —dijo.

—No estoy segura de cuánto.

—¿Pero estás segura, querida, de que le amabas un poco?

—Creo que estoy segura de haberle amado un poco.

—¿Pero no mucho, Elfride?

—Mi amor no se sustentaba en la reverencia a sus facultades intelectuales.

—Pero Elfride, ¿le amabas intensamente?

—No sé a qué intensidad te refieres al decir intensamente.

—No me vengas con tonterías.

—Me malinterpretas; ¡y has soltado mi mano! —exclamó Elfride con los ojos llenos de lágrimas—. Harry, no seas severo conmigo, y no me interrogues. No le amaba como te amo a ti. ¿Y cómo iba a amarle intensamente, si no le consideraba más inteligente que yo? Y así era. No sabes cuánto me ofendes.

—No diré nada más acerca de este asunto.

—Y tampoco volverás a pensar en él, ¿verdad? Sé que cuando no me ves piensas que tengo defectos; y al no saber cuáles son, no puedo combatirlos. Casi desearía que fueras una persona menos refinada, Harry, ¡de verdad! O mejor dicho, desearía poder tener las ventajas que me reportaría el que fueras de otro modo, y sin embargo te acepto como eres.

—¿Qué ventajas serían esas?

—Menos ansiedad y más seguridad. Los hombres vulgares no son tan delicados en sus gustos como tú; y cuando el enamorado o el marido no es quisquilloso, ni refinado, ni es una persona profunda, las cosas parecen ir mejor, imagino... por lo que he podido observar en el mundo.

—Sí, supongo que tienes razón. La superficialidad tiene sus ventajas, que no te puedes ahogar en ella.

—Pero creo que te aceptaré como eres; ¡sí, te acepto! —dijo Elfride encantadora—. Los maridos y esposas prácticos que se toman las cosas filosóficamente son muy aburridos, ¿no crees? Sí, eso me mataría. Me gustas más como eres.

—¿Aun cuando piense que ojalá no hubieses amado a nadie antes que a mí?

—Sí. Y no has de pensar eso. ¡De ninguna manera!

—Lo intentaré, Elfride.

Y eso esperó Elfride, pero se sentía inquieta. Si él se tomaba tan a pecho algo así, ¿qué diría si ahora lo supiera todo y viera las cosas tal como la señora Jethway las veía? Jamás la convertiría en la muchacha más feliz del mundo al hacerla suya para siempre. El pensamiento la cercaba como una tumba cada vez que aparecía en su zozobroso cerebro. Procuraba creer que la señora Jethway jamás cometería una acción tan cruel con ella, pues con sus insinuaciones sólo conseguiría parecer aún más loca; y concluía que esa ocultación, ya que había comenzado, debía proseguir, caso de que fuera posible. Pues Knight podía considerar la estrategia de haberlo ocultado tan reprobable como el hecho mismo de ocultarlo.

Pero Elfride sabía que la señora Jethway era su enemiga, y que la odiaba. Cabía la posibilidad de que esa mujer la perjudicara. Y en ese caso, todo acabaría entre Elfride y Knight.

¿Atendería esa mujer a razones, y se dejaría convencer de no destrozarle la vida a alguien que no la había perjudicado de manera intencionada?

* * *

Era noche en el valle que se extendía entre Endelstow Craggs y la costa. El arroyuelo que lo atravesaba hasta llegar al mar emitía su murmullo con claridad y en la línea de su curso comenzaba a formarse una cinta blanca de niebla. Contra el cielo, a la izquierda del valle, se recortaba la negra silueta de la iglesia. Al otro lado se veían avellanos color rosa y unos pocos árboles más, y donde éstos faltaban, matas de tojo —altas como hombres— sobre tallos tan recios casi como un árbol. Se oía el ocasional chillido de un pájaro, como si se alejara aterrado del primer lugar que había elegido para posarse buscando ahora otro lugar donde pudiera pasar la noche sin que le molestaran.

En la sombra de la tarde, valle abajo y bajo una hilera de robles achaparrados, se distinguía una casa totalmente solitaria. La construcción era bastante grande y las ventanas de algunas habitaciones estaban cegadas con tablones clavados en el exterior, lo que le daba un aspecto especialmente desolado. Desde la puerta principal, una serie irregular de peldaños toscos e irregulares, cortados en la roca maciza, conducían a la orilla del arroyuelo, que donde acababan los peldaños entraba en hilillo en el interior de una pequeña hoya que allí habían excavado. Ésa era, obviamente, la manera en que el morador o moradores de la casa se abastecían de agua.

Se oyeron unas leves pisadas que bajaban desde la parte superior de la colina. En el sendero apareció, poco nítida, la forma de una mujer que avanzaba. Al llegar a la puerta llamó tímidamente. Como no hubo respuesta, volvió a llamar con idéntico resultado. Y lo mismo ocurrió la tercera vez.

Desde una de las dos únicas ventanas de la planta baja que no estaban cegadas salían rayos de luz, y no había cortinas ni contraventanas que ocultaran la estancia del exterior. Muy pocas personas llegaban hasta allí después de anochecer, por lo que probablemente parecía innecesario procurarse intimidad.

La desigualdad de los rayos que iluminaban los árboles indicaba que la luz tenía su origen tan sólo en el parpadeo de un fuego. El visitante, tras la tercera llamada, se desplazó un poco a la izquierda para ver mejor el interior y se apartó la capucha de la cara. El cambiante resplandor amarillo reveló el semblante pálido y angustiado de Elfride.

Dentro de la casa, esa lumbre era suficiente para iluminar claramente el aposento y para mostrar que el mobiliario de la casa era superior a lo que anunciaba una fachada tan poco prometedora. También le mostró a Elfride que no había nadie. Aparte del leve temblor y del aletazo de las llamas, nada se movía ni era audible ahí dentro.

Elfride giró el picaporte y entró, quitándose la capa que la envolvía, bajo la cual apareció sin sombrero ni capota, en esa especie de atavío de medio andar por casa en el que la gente de campo suele cenar. A continuación avanzó hasta el pie de la escalera y llamó con claridad y algo de miedo:

—¡Señora Jethway!

No hubo respuesta.

Con una expresión mixta de alivio y pesar, que denotaba tranquilidad para el corazón y decepción para la mente, Elfride se quedó varios minutos inmóvil, como si no supiera qué hacer. Decidida a esperar, se sentó en una silla. Transcurrieron los minutos, y tras pasar media hora sobre las espinas de la impaciencia, hurgó en su bolsillo y sacó de él una carta, de la que arrancó la hoja en blanco. A continuación sacó un lápiz y escribió:

QUERIDA SEÑORA JETHWAY: He venido a visitarla. Quería verla, pero no puedo seguir esperando. He venido a suplicarle que no cumpla las amenazas que me ha repetido. ¡No lo haga, se lo suplico, señora Jethway, que nadie se entere de lo que hice! Eso arruinaría mi vida y me rompería el corazón. Haré lo que sea por usted, si se porta bien conmigo. En nombre de esa condición de mujer que compartimos, se lo imploro, no me mezcle en ningún escándalo. Atentamente,

E. SWANCOURT

Dobló la nota por las esquinas, escribió el nombre de la destinataria y la colocó sobre la mesa. A continuación volvió a echarse la capucha sobre sus cabellos rizados y salió tan en silencio como había llegado.

Mientras tenía lugar este episodio en la casa de la señora Jethway, Knight abandonaba el comedor para entrar en la sala, donde encontró sola a la señora Swancourt.

—Elfride se ha ido a su habitación o a alguna parte —dijo ella—. Y yo he estado leyendo un artículo, en un número atrasado de *El Presente* que encontré por casualidad hace poco; es un artículo que hace tiempo nos dijiste que era tuyo. Bueno, Harry, con toda la deferencia debida a tus facultades literarias, permite que te diga que toda esta efusión es completamente absurda, en mi opinión.

—¿De qué trata? —dijo Knight cogiendo la publicación y leyéndola.

—Éste, y no te pongas rojo. Confiesa que la experiencia te ha enseñado a ser más caritativo. Jamás he leído sentimientos menos caballerosos en mi vida..., en un hombre, quiero decir. Pero te perdono, pues eso fue antes de conocer a Elfride.

—Ah, sí —dijo Knight levantando la vista—. Ya lo recuerdo. El texto de este sermón no era mío, pero me lo sugirió un joven llamado Smith..., el mismo del que te he mencionado que nació en esta parroquia. En aquel momento la idea me pareció

bastante ingeniosa y la alargué hasta unas pocas guineas, pues no se me ocurría nada más.

—¿Y a qué idea llamas tú el texto? Siento curiosidad.

—A la siguiente —dijo Knight un tanto a regañadientes—: que se aprende con la experiencia, y que tu prometida, no menos que tu sastre, cumplirá necesariamente de manera imperfecta con sus deberes si eres su primer cliente; y viceversa, que la prometida que sabe dar un beso es porque tiene cierta experiencia en el asunto.

—¿Y quieres decir que lo escribiste basándote en el comentario de otro hombre, sin haberlo puesto antes en práctica tú mismo?

—Sí, por supuesto.

—Entonces me parece improcedente e injusto. ¿Y cómo sabes que es cierto? Espero que ahora lo lamentes.

—Ya que has hecho que me ponga serio, te hablaré con franqueza. Creo que la observación es perfectamente cierta, y, tras haberla escrito, la defenderé donde sea. Pero a menudo lamento haberla escrito, y lo mismo me ocurre con otras parecidas. He madurado desde entonces, y creo que esta manera de escribir está calculada para hacer más mal que bien en el mundo. Cualquiera emborrnacuartillas se convierte en alguien con sólo escribir unas cuantas sátiras mediocres sobre el género femenino; y las propias mujeres han adoptado el mismo truco, por lo que, en general, empiezo a sentirme bastante avergonzado de mis colegas.

—Ah, Henry, desde entonces te has enamorado, y eso cambia las cosas —dijo la señora Swancourt con burlona mordacidad.

—Es cierto; pero no es por eso que me avergüenzo.

—Tras haber descubierto por propia experiencia que un supuesto ganso era un cisne, parece absurdo negar esa posibilidad en las experiencias de los demás.

—Sabes dar donde más duele, prima Charlotte —dijo Knight—. Eres como el niño que pone una piedra dentro de su bola de nieve, y no pienso seguir jugando más contigo. Excúsame, voy a dar mi paseo de cada noche.

Aunque Knight había hablado en broma, el incidente y la conversación le habían causado un repentino abatimiento. Al ocurrir, de manera singular, justo después de averiguar que Elfride había amado intensamente antes de conocerle, su mente abrazó ese tema, y la pipa que solía fumar mientras paseaba por el sendero flanqueado de arbustos no le sirvió de sedante. Volvió a pensar en aquellas vanas palabras —hasta ese momento olvidadas— acerca del primer beso de una chica, y la teoría le pareció más que razonable. Aunque lo que ahora le molestaba de ellas es que pudieran aplicarse a Elfride.

Elfride, durante el beso de Knight, había mostrado una actitud muy distinta que durante el beso de Stephen. Fuera para bien o para mal, había aprendido a interpretar maravillosamente el papel de una prometida; y el fascinante remate de su comportamiento en esa segunda campaña probablemente se originó en la práctica sin reservas con Stephen. Knight, con toda la rapidez de su celosa sensibilidad, meditó

sobre algunas palabras relacionadas con un pendiente que ella había dejado caer sin darse cuenta, y que en el momento sólo había comprendido en parte. Fue durante el «beso inicial» cerca de la pequeña cascada: «¡Ah, debemos tener cuidado! Perdí el otro pendiente haciendo esto».

Un rubor, que era una mezcla de orgullo herido y de pesar, recorrió la cara de Knight mientras recordaba lo que tan a menudo le había dicho, en su simplicidad, a Elfride: «Siempre he querido ser el primero en conquistar el corazón de una mujer, labios sin estrenar o nada». ¡Qué infantilmente ciego debía de haberle parecido a esa muchacha! ¡Cómo debía de haberse reído de él por dentro! Se enfurecía al pensar en la confesión que ella le había arrancado a bordo del vapor. Lo único que había sustentado su dignidad cuando le sacaron de su cáscara en esa ocasión —la deliciosa ignorancia de Elfride en tales materias—, ¡qué absurdo parecía ahora!

Ese hombre, cuya imaginación había sido alimentada hasta un tamaño extraordinario por el solitario estudio y las calladas observaciones —y cuyas emociones habían crecido largas y delicadas mediante esa reclusión, como plantas en un sótano— estaba ahora muy dolido. Además, varios años de estudios de poesía y, si hemos de decir la verdad, de esfuerzos por escribirla, habían desarrollado el lado afectivo de su naturaleza aún más en comparación con sus facultades activas. El primordial encanto de Elfride había consistido en creer que era el primero en prodigarle sus lisonjas. Comenzaba a pensar que era tan difícil ser el primero en llegar al corazón de una mujer como meterse en primer lugar en el estanque de Bethesda^[60].

Que ése fuera el carácter de Knight, que el segundo enamorado de Elfride no fuera una persona más de las que forman la gran marea humana, alguien poco dado a la introspección, y cuyo buen carácter hubiera podido compensar cualquier falta de sensibilidad, era lo que le había deparado el azar a Elfride. Que el corazón indiscreto de ella, dado a la emoción y el desconcierto, tuviera que protegerse solo de la atenta observación y la capacidad lógica que Knight, ahora que se habían despertado sus sospechas, tarde o temprano ejercería sobre ella, era la desdicha de Elfride. Había una triste incongruencia en el hecho de que una inteligencia poderosa lanzara sus certeras saetas contra un corazón que esa misma inteligencia amaba más que al suyo propio.

La dócil devoción de Elfride hacia Knight era ahora el peor enemigo de aquélla. Al mostrarse tan dependiente de él, ella le había enseñado a abusar de esa devoción, una lección que los hombres no tardan en aprender. El que Elfride mostrara cierta rebeldía no le habría hecho ningún daño a Knight, y habría supuesto una enorme ventaja para ella. Pero Elfride le idolatraba y se sentía orgullosa de ser su vasallo.

XXXI

«Un gusano en la flor.»
SHAKESPEARE, *Noche de epifanía*

Un día, el hombre de letras dijo:

—Volvamos a los acantilados, Elfride, —y, sin consultar los deseos de ella, hizo ademán de ponerse en marcha de inmediato.

—¿Te refieres al acantilado de nuestra terrible aventura? —preguntó ella con un estremecimiento—. La muerte me mira a la cara personificada en ese acantilado.

No obstante, hasta tal punto la individualidad de ella había quedado subsumida en la de él que el comentario no se formuló como objeción y ella se preparó de inmediato para acompañarle.

—No, ahí no —dijo Knight—. A mí también me produce espanto. Me refiero al otro. ¿Cómo se llama? Windy Beak.

Windy Beak es el segundo risco en altura de esa costa y, como ocurre a menudo con los rasgos naturales del planeta, no menos que con los rasgos intelectuales de los hombres, tenía reputación de ser el primero. Además, era el acantilado al que Elfride había ido a caballo acompañada de Stephen Smith, aquella recordada mañana de la estancia veraniega del joven. Por lo que, aunque el otro risco le había provocado un escalofrío al recordar los peligros a los que se habían visto expuestos ella y su enamorado, el estar relacionado sólo con Knight no lo hacía tan objetable como Windy Beak. Ese lugar era peor que lúgubre; era un permanente reproche para Elfride.

Pero como no quería negarse, dijo:

—Está más lejos que el otro.

—Sí, pero tú puedes ir a caballo.

—¿Irás tú también a caballo?

—No, iré andando.

Una réplica de su excursión con Stephen. Una fatalidad debía de pender sobre su cabeza. Pero Elfride no puso más objeciones.

—Muy bien, Harry, iré a caballo —dijo ella con mansedumbre.

Al cabo de un cuarto de hora ya estaba en la silla. Pero cuán distinto era su ánimo de la primera vez. No cabía duda: había dejado de ser la reina del pequeño para ser el vasallo del grande. Poco presumiría ahora; no se pondría a galopar sobre Pansy hasta perderse de vista para desconcertar y agotar a su acompañante; tampoco haría insolentes comentarios sobre *La Belle Dame sans merci*. Sobre Elfride pesaba toda la intensidad de su amor.

Durante el paseo prácticamente sólo habló Knight. Elfride escuchaba en silencio, y se resignaba al movimiento del amblar del caballo, subiendo y bajando suavemente

como un pájaro sobre una ola.

Cuando el terreno se hizo impracticable para el cuadrúpedo, Knight la levantó suavemente de la silla, ató el caballo y fue con ella al asiento que había en la roca. Knight se acomodó y atrajo a Elfride a su lado, y se pusieron a contemplar el mar.

A dos o tres grados por encima de ese horizonte oceánico, melancólico y eternamente horizontal, colgaba un sol de latón, sin rayos visibles, en un cielo de un tono ceniciento. Era un cielo que el sol ni iluminaba ni hacía llamear, como es habitual en los atardeceres. Esa lámina de cielo se encontraba con una masa salada de agua gris, moteado aquí y allá de blanco. Una ráfaga de humedad les llegaba de tiempo en tiempo a la cara, fruto, probablemente, de los golpes del mar contra el pie del acantilado.

Elfride se dijo que ojalá hubiera pasado más tiempo desde que se sentó allí con Stephen y consintió en ser su mujer. La significativa proximidad de aquel momento con el presente era otro punto que añadir a la lista de miedos cervales que ahora la atenazaban de manera crónica.

Pero Knight estaba muy cariñoso aquella tarde, y la tenía cerca de sí.

No habían dicho una palabra desde que se sentaran, y fue Knight quien, meditabundo, mirando al infinito, expresó:

—Me pregunto si, en los últimos años, se han sentado otros enamorados aquí con los brazos entrelazados. Probablemente, pues el lugar invita a sentarse.

Elfride, al recordar a una pareja bien conocida que se había sentado ahí, y el objeto que había perdido a consecuencia de ello, y de cómo el joven había tenido que volver a buscar el objeto perdido, bajó la vista y se puso a mirar el suelo y luego a su espalda. Muchas personas que pierden un dije siguen lanzando una mirada rápida cada vez que pasan —aun después de tiempo— por el lugar donde lo perdieron. No suelen encontrarlo. Elfride, al volver la cabeza, vio un brillo tenue procedente de una grieta en la roca que les acomodaba. Sólo unos minutos al día el sol iluminaba ese hueco hasta dejar visibles sus más recónditas fisuras, y justo ahora eran esos minutos, y sus rayos horizontales le hicieron a Elfride el favor o la jugarreta de revelarle la alhaja perdida.

En el pensamiento de Elfride aparecieron de pronto las palabras que había pronunciado sin querer a propósito de lo ocurrido cuando se perdió el pendiente. Y de inmediato le entró la aprensión de que Knight, al ver el objeto, las recordara. Su acto instintivo fue, por tanto, recuperarlo en secreto.

Estaba tan hundido en la grieta que Elfride no pudo sacarlo con la mano, aunque lo intentó varias veces de manera subrepticia.

—¿Qué estás haciendo, Elfride? —dijo Knight al observar sus intentos. También miró a su espalda.

Elfride había renunciado a su intento, pero demasiado tarde.

Knight escudriñó la rendija de la que ella acababa de retirar la mano y vio lo que ella había visto. Al instante sacó una cortaplumas del bolsillo y, después de hurgar y

rozar, sacó el pendiente a la superficie.

—Esto no es tuyo, ¿verdad? —preguntó Knight.

—Sí, lo es —dijo ella sin perder la calma.

—¡Bueno, esto sí que es extraordinario, que encontremos algo así! —Pero entonces Knight se acordó de las circunstancias—. ¿Es el pendiente del que me habías hablado?

—Sí.

Knight, a juzgar por su mirada, evocó la desafortunada observación de ella en el momento del beso. Intentando reprimir las palabras, habló, sin embargo, del tema, más para obtener la certeza de que aquello no era lo que parecía que obedeciendo a un deseo de hurgar en el pasado.

—¿Estuviste prometida con ese enamorado? —dijo mirando de nuevo en dirección al mar.

—Sí, pero no formalmente. Pero creo que sí.

—¡Oh, Elfride, prometida en matrimonio! —murmuró.

—Supongo que se podría considerar un... noviazgo secreto. Pero no me mires con esa cara de decepción; no me culpes.

—No, no.

—¿Por qué dices «No, no» de esa manera? No ha sonado muy amable.

Knight no contestó directamente.

—Elfride, te dije una vez —expresó siguiendo sus pensamientos— que jamás había besado a una mujer, en cuanto que enamorado, hasta que te besé a ti. Supongo que un beso no es gran cosa, y que muy pocas jóvenes son capaces de evitar todas las lisonjas y atenciones que se les prodigan a excepción de las del hombre con quien se casan. Pero yo tengo una peculiar debilidad, Elfride; y como he llevado una vida peculiar he de sufrir por ello, supongo. Y era mi esperanza..., bueno, algo que no tenía derecho a esperar en relación contigo. Naturalmente, le otorgaste a tu primer amor los mismos privilegios que a mí.

El «Sí» que salió de los labios de Elfride fue como el último y triste susurro de una brisa.

—Y él te besaba... Pues claro.

—Sí.

—Y quizá le permitiste más libertades de las que me has permitido a mí.

—No, eso no. —Estas palabras sí fueron pronunciadas con una actitud mucho más alerta.

—¿Pero él se las tomó sin que se lo permitieras?

—Sí.

—¡Con qué respeto te he tratado, Elfride, y cómo he mantenido las distancias! —dijo Knight en tono ofendido—. Cuántas esperanzas había puesto en ti... No me he atrevido a besarte más que esas dos veces. Y él no tuvo escrúpulos en...

Ella se acercó más a él y tembló como de frío. El temor a que Knight llegara a

conocer toda la historia, con adiciones azarosas, la desasosegó tanto que Knight, alarmado y perplejo, quedó en silencio. La inocencia que tanto la hacía temer lo que, tal como va el mundo, no era tampoco nada desastroso, magnificaba su aparente culpa. Se le podría haber dicho a Knight que una mujer que tan nerviosa se pone en los preliminares debe de tener una terrible secuela que añadir a su historia.

—Sé... —añadió Knight gesticulando de una manera tan entrecortada como sus palabras—. Sé lo absurdamente escrupuloso que soy..., que quiero que seas exclusivamente mía. Desde que estabas en la cuna... todos tus años anteriores... quería pensar que habías sido mía. Te haría mía por la fuerza, Elfride —añadió en tono vehemente—. ¡No puedo evitar sentirme celoso! Es mi naturaleza, y ha de ser así, y me parece odioso el hecho de que te hayan acariciado antes; ¡sí, lo odio!

Ella aspiró profunda y largamente en lo que fue casi un sollozo. La expresión de Knight era dura, y ahora no la miraba, sino que tenía los ojos fijos en el mar, que el sol ahora había resignado a la sombra. En los lugares más elevados se pasa en poco tiempo del ocaso a la noche, pues casi no existe crepúsculo, y aunque donde estaban sentados era aún la tarde, los valles hacía ya media hora que conocían el crepúsculo. Sobre la extensión mate del mar se intensificaba gradualmente el brillo del lejano buque faro.

—Cuando tu primer amante te besó, Elfride, ¿fue en un lugar como éste?

—Sí, lo fue.

—No me cuentas nada, todo te lo tengo que sonsacar. ¿Por qué? ¿Por qué no me hablaste de todo esto cuando podrías haber correspondido a las confidencias que yo te hice? Cuando estuvimos a bordo del *Juliet*, ¿por qué te mostraste tan reservada? Me parece una burla, querida, el que mientras yo te enseñaba lo deseable que sería que no hubiera secretos entre nosotros, tú me dieras la razón con palabras pero me contradijeras con hechos. La confianza habría sido mucho más halagüeña para nuestra felicidad. Si hubieras tenido confianza conmigo, y me lo hubieras contado todo voluntariamente, yo... me lo habría tomado de otro modo. Pero tú lo ocultas todo, y tendré que interrogarte. ¿Vivías en Endelstow en aquella época?

—Sí —dijo ella con un hilo de voz.

—¿Dónde te encontrabas la primera vez que él te besó?

—Sentada donde estamos ahora.

—¡Ya me lo imaginaba! —dijo Knight poniéndose en pie y encarándola—. ¡Y eso lo explica todo... la exclamación acerca de la que me mentiste, todo! Perdona mis desabridas palabras, Elfride..., perdónalas. —Puso una sonrisa superficial y añadió—: ¡No soy más que un pobre mortal, siempre de comparsa en todo, engañado por burdas mentirijillas!

—¡Oh, no digas eso, Harry!

—¿Dónde más te besó?

—Sentados... sobre una tumba... en el cementerio... y en otros lugares —exclamó ella con lenta temeridad.

—Es igual, es igual —exclamó Knight al ver las lágrimas y la agitación de Elfride—. No quiero afligirte. Me da igual.

Pero no era cierto.

—No pasa nada —añadió al ver que ella no contestaba.

—Tengo frío —dijo Elfride—. ¿Volvemos a casa?

—Sí; ya no hace tiempo de estar sentado mucho rato al aire libre; debemos abandonar esta cornisa antes de que oscurezca más y no podamos ver por dónde pisamos. Me parece que el caballo está impaciente.

Knight no decía ahora más que tópicos. Hasta el último momento tuvo la esperanza de que ella le narrara de manera voluntaria toda la historia de su primer amor. Cada vez le desagradaba más que mantuviera un secreto de esa naturaleza. Toda la inocencia que él había imaginado que existiría entre él y la joven e inocente esposa que no había conocido más palabras de amor que las suyas... ¿así iba a empezar? Él la colocó sobre el caballo y se pusieron en marcha, recelosos. El veneno de la sospecha actuaba a las mil maravillas.

Mientras regresaban ocurrió un incidente que los dos iban a recordar por mucho tiempo, y que añadió oscuridad a las sombras. Knight no podía apartar de su mente el reproche de Adán a Eva que aparece en *El Paraíso perdido*, y finalmente las susurró para sí:

—«Engatusado y engañado: ¡yo por ti, y tú por ella^[61]!».

—¿Qué has dicho? —preguntó Elfride medrosa.

—Era sólo una cita.

Llegaron a una hondonada, y la torre de la iglesia hizo su aparición recortándose contra el pálido cielo vespertino, su parte inferior oculta por unos árboles. Elfride, al negársele la respuesta, se puso a mirar la torre y a pensar en alguna cita que pudiera utilizar para volver a ganarse el cariño de Knight. Al poco exclamó en tono seductor:

—«Tú has sido mi esperanza, torre fuerte contra el enemigo^[62].»

Pasaron por delante. Unos minutos después, unos pájaros abandonaron volando la torre.

—La torre se mueve —dijo Knight sorprendido.

Una esquina de la mole cuadrada se balanceó hacia adelante, se hundió y desapareció. Se oyó un fuerte estruendo y una nube de polvo se alzó donde todo estaba antes despejado.

—¡La han derribado los que restauran la iglesia! —dijo Elfride.

En aquel momento vieron acercarse al señor Swancourt. Apareció con aire ajetreado, como si le ocupara grandemente alguna tarea.

—¡Hemos derribado la torre! —exclamó—. Ha ocurrido más deprisa de lo que pretendíamos. Como sabes, la primera idea era arrancarla piedra a piedra. Pero al hacerlo, la grieta se ensanchó considerablemente, y no se consideró seguro que los hombres siguieran sobre los muros. A continuación decidimos socavarla, y esta misma tarde tres hombres se han puesto a trabajar en la esquina más débil. Y esta

tarde ya lo habían dejado, con la intención de dar el golpe definitivo mañana por la mañana, y llevaban una media hora en casa cuando se ha derrumbado. Un buen trabajo..., excelente, diría incluso. Pero a pesar de la grieta ha sido un edificio duro de roer. —En ese momento, el señor Swancourt se limpió el sudor de la cara, causado por la excitación.

—¡Pobre torre! —dijo Elfride.

—Sí, lo siento por ella —dijo Knight—. Era una interesante reliquia..., un ejemplo local de arte local.

—Pero mi querido señor, tendremos una nueva —objetó el señor Swancourt—. Una torre espléndida, proyectada por un arquitecto londinense de primera categoría, en el estilo más reciente de arte gótico y llena de sentimiento cristiano.

—¡Vaya! —dijo Knight.

—Desde luego. No como la bárbara y torpe arquitectura de esta zona; no se ve nada tan basto y pagano en toda Inglaterra. Cuando los hombres se hayan ido, le aconsejaría que viera la iglesia antes de que se emprenda ninguna otra obra. Ahora puede sentarse en el presbiterio y contemplar la nave principal a través del arco de poniente, y desde ahí alcanzará a ver el mar. De hecho —dijo el señor Swancourt de manera elocuente—, si mañana por la mañana se celebrara una boda en el altar mayor, podría presenciarse, con la ayuda de un buen catalejo, desde la cubierta de un barco que fuera rumbo a los Mares del Sur. Pero, vaya a verla por usted mismo después de cenar, cuando la luna haya salido.

Knight asintió de muy buena gana. En los últimos minutos acababa de decidir que no podría descansar otra noche sin hablar más detalladamente con Elfride acerca del tema que ahora les dividía: estaba decidido a saberlo todo, a aliviar su inquietud de alguna manera. Elfride de buena gana hubiera rehuido cualquier conversación con él aquella noche, pero parecía algo inevitable.

Justo después de que apareciera la luna salieron los dos de casa. Pero la perspectiva de la luz de la luna —que era la causa ostensible de su peregrinación— poco tenía que ver con el verdadero motivo que empujaba a Knight a llevar del brazo a la gentil muchacha, cosa que Elfride sabía tan bien como él.

XXXII

«De haberlo sabido antes de besarte.»

Balada anónima

Era octubre, y el aire de la noche era helado. Después de comprobar que Elfride iba bien abrigada, Knight la condujo por el sendero de la colina que tantas veces habían subido juntos, cuando la duda era una sensación desconocida. Al llegar a la iglesia descubrieron que un lado de la torre, tal como el párroco había afirmado, había desaparecido por completo y no era más que escombros a sus pies. En el lado de oriente la torre estaba firme y podría haber resistido el embate de tormentas y el asedio y azote de siglos durante muchísimas generaciones. Entraron por la puerta lateral, fueron hacia la parte este y se sentaron junto a los peldaños del altar.

Aquella noche, el pesado arco que abarcaba la intersección de la torre y la nave enmarcaba en negro la perspectiva, lejana y neblinosa, que se extendía hacia el oeste. En la parte exterior del arco se veía el montón de piedras caídas, a continuación una parte de la iglesia iluminada por la luna y detrás el mar, amplio y convexo. Era una vista que había resultado imposible desde que los mamposteros medievales adosaron la vieja torre a la iglesia, aún más antigua, a la que dignificaba, por lo que, dejando aparte la luz de la luna bañando la antigua pared, el mar y la costa, hay que suponer que tenía cierto interés... aunque es de temer que, aquel momento, si alguien lo hubiera mencionado, habría sonado como uno de esos cucúes que se oyen pero no se atienden. Rayos carmesíes, azules y púrpura brillaban sobre la pareja procedentes de la ventana orientada al este que había tras ellos, donde los santos y ángeles rivalizaban entre sí en el paisaje y el cielo primitivos, y proyectaban a los pies de los dos allí sentados una reproducción de tonos más suaves de los mismos colores translúcidos, entre los cuales las sombras de las cabezas de Knight y Elfride formaban unas manchas opacas y prominentes. Al poco la luna quedó oculta tras una nube y la iridiscencia se desvaneció.

—¡Vaya, se ha ido! —exclamó Knight—. Estaba pensando, Elfride, que este lugar en el que estamos sentados es el mismo en el que quizá pronto tengamos que arrodillarnos juntos. Pero me siento inquieto e incómodo, y ya sabes por qué.

Antes de que ella pudiera contestar, volvió a aparecer la luna, derramando su luz sobre la parte de la iglesia que quedaba ante sus ojos. Primero iluminó la parte que tenían más cerca, y recortándose contra el fondo, que la sombra de la nube aún tenía a oscuras, se reveló, más brillante que cualquier otra cosa, una tumba blanca: la tumba del joven Jethway.

Knight, aún molesto porque Elfride le hubiera ocultado su secreto, se acordó de las palabras de ella referentes a que una vez la habían besado sentada sobre una tumba, en aquella misma iglesia.

—Querida —dijo Knight con un buen humor superficial que no conseguía ocultar el reproche latente—, tengo la impresión de que podrías haberme hablado *motu proprio* de tu pasado... de besos y promesas de matrimonio... sin causarme tanta intranquilidad y pesar. ¿Es ésa la tumba a la que te referiste una vez?

Elfride vaciló un instante.

—Sí —dijo.

El que su disparo a ciegas hubiera dado en el blanco sobrecogió a Knight; aunque, considerando que casi todas las demás tumbas eran lápidas verticales sobre las que era imposible sentarse, tampoco era tan asombroso.

Ni siquiera entonces Elfride fue capaz de continuar con la explicación que su enamorado demasiado exigente deseaba, y su reserva comenzó a irritar a Knight tanto como antes. Éste se dijo que debía soltarle un sermón.

—¿Por qué no me lo cuentas todo? —dijo Knight un tanto indignado—. Elfride, no hay una sola cuestión a la que yo dé más importancia: el hecho de que entre dos personas que van a ser marido y mujer queden aclarados todos los malentendidos. Has de comprender lo deseable y sensato que es obrar así, a fin de evitar descubrir posteriormente algo que pueda resultar desagradable. Pues, Elfride, un secreto que no tenga ninguna importancia puede acabar siendo el origen de un fatal malentendido sólo por el hecho de que, en lugar de haber sido confesado, haya sido descubierto. Dicen que no hay ninguna pareja en la que uno de ellos no tenga un secreto que el otro jamás supo o pretendió saber. Puede que esto sea verdad o no; pero si es cierto, algunos han sido felices a pesar y no a consecuencia de ello. Si un hombre viera a otro mirando a su mujer de manera elocuente, y ella se sonrojara y pareciera sobresaltada, ¿crees que él se quedaría satisfecho, por ejemplo, con la veraz explicación de que ella, en una ocasión y para su enojo, se desmayó accidentalmente en brazos de él? ¿No habría sido mejor que la mujer se lo hubiera contado de manera voluntaria mucho tiempo antes de que ocurriera la circunstancia que ahora la ha hecho confesar? Suponte que el admirador del que me hablaste en relación con la tumba de allá apareciera, y que el hecho me molestara. ¡Eso nos amargaría la vida si yo sólo supiera las cosas a medias, como es ahora el caso!

Knight pronunció las últimas frases en un volumen cada vez más fuerte.

—Eso no es posible —dijo Elfride.

—¿Por qué no? —preguntó él con brusquedad.

Elfride estaba afligida por el talante severo de Knight, y se puso a temblar. Con las ideas confusas, y probablemente sin pretender ir con evasivas de manera deliberada, respondió apresuradamente:

—Está muerto; ¿cómo vas a conocerle?

—¿Está muerto? ¡Ah, eso es harina de otro costal! —dijo Knight inmensamente aliviado—. Pero vamos a ver... ¿qué dijiste en relación a él y esa tumba?

—Que era su tumba —replicó Elfride con la boca pequeña.

—¡Qué! ¿El hombre que yace ahí enterrado es el que fue tu enamorado? —

preguntó Knight.

—Sí, y yo ni le amé ni le di esperanzas.

—Pero le dejaste que te besara... Ya sabes que lo dijiste, Elfride.

Ella no contestó.

—Veamos —dijo Knight recordando las circunstancias paso a paso—. Sin duda dijiste que habías estado, hasta cierto punto, comprometida con él..., y desde luego era así si te besó. Y ahora dices que nunca le diste esperanzas. Y me parece que dijiste (de hecho estoy casi seguro) que estabas sentada con él sobre esa tumba. ¡Dios bendito! —gritó Knight levantándose repentinamente encolerizado—. ¿Me estás contando falsedades? ¿Por qué juegas así conmigo? Sabré la verdad. ¡Elfride, nunca seremos felices! Una sombra negra se cierne sobre nosotros, o sobre mí, o sobre ti, y hay que disiparla antes de casarnos. —Knight se alejó impetuosamente como si se dispusiera a marcharse.

Ella se levantó de un salto y le agarró de un brazo.

—¡No te vayas, Harry, por favor!

—Entonces cuéntamelo todo —dijo Knight—. Y recuerda esto: no más evasivas, o por mi alma que me enfadaré muchísimo. ¡Cielo santo! Que haya llegado a esto, a que se burlen de mí con falsedades...

—¡No, no me trates tan cruelmente! ¡Oh, Harry, Harry, ten compasión y retira esas horribles palabras! ¡Soy sincera por naturaleza..., lo soy..., y no sé cómo he conseguido que me malinterpretes! ¡Pero estaba asustada! —Temblaba tanto, de lo alterada que estaba, que él también se agitaba con ella.

—¿Dijiste que estabais sentados en esa tumba? —preguntó Knight malhumorado.

—Sí; y era cierto.

—Entonces, en el nombre del cielo, ¿cómo es posible que un hombre esté sentado sobre su propia tumba?

—Es que era otro hombre. Perdóname, Harry, por favor.

—¿Cómo! ¿un enamorado dentro de la tumba y otro encima?

—¡Sí, sí!

—Entonces, ¿hubo dos antes de mí?

—Sí..., eso supongo.

—Vamos, no te hagas la tonta con tus suposiciones... No sabes cómo lo odio —dijo Knight—. Bueno, nos enteramos de cosas extrañas. No sé lo que yo habría hecho..., ningún hombre sabe en qué circunstancias va a encontrarse..., pero no creo que me hubiera parecido correcto aceptar los favores de un nuevo amante mientras estaba sentado sobre los pobres restos del anterior; por mi alma que no lo sé. —Knight, en sombría meditación, continuaba mirando hacia la tumba, la cual les contemplaba de cara como un fantasma vengador.

—Eres muy injusto conmigo. ¡Y eso me resulta muy doloroso! —exclamó Elfride—. No pensé en ello, créeme, Harry, no lo pensé. Simplemente ocurrió..., la cosa fue así.

—Bueno, supongo que no lo hiciste de manera intencionada —dijo Knight—. Eso es algo que nadie hace —añadió tristemente.

—Y al que está dentro de la tumba jamás lo amé.

—Y supongo que el segundo enamorado y tú, mientras estabais allí sentados, os jurasteis el uno al otro fidelidad hasta la muerte.

Elfride replicó con una respiración entrecortada y agitada que indicaba que estaba al borde del llanto.

—¿No quieres contar nada, entonces?

—Claro que nos lo juramos —respondió ella.

—«¡Claro!», dices. ¿No crees que te lo tomas un poco a la ligera?

—Es algo pasado, y ahora no significa nada para nosotros.

—Elfride, se trata de una nada que a lo mejor un hombre despreocupado se puede tomar a risa, pero a un hombre serio sólo puede apenarlo. Es un dolor que te corroe por dentro. Cuéntamelo todo... enseguida.

—Nunca. ¡Oh, Harry! ¿Cómo puedes esperar que te lo cuente todo, si apenas he empezado y ya eres tan duro conmigo?

—Elfride, escucha lo que voy a decirte. Ya sabes que lo que me has contado sólo sirve para avivar mis fantasías más infundadas. La sensación que eso me provoca podría llamarse, y es, mero sentimentalismo; y no quiero que pienses que un noviazgo anterior, sincero y corriente, influiría de ninguna manera en mi amor ni en mi deseo de hacerte mi esposa. Pero da la impresión de que tienes más cosas que contar, y ahí está lo malo. ¿Hay más?

—No mucho más —respondió ella de modo cansino.

Knight guardó un grave silencio durante un minuto.

—«No mucho más» —dijo al fin—. ¡Pues a mí no me lo parece! —Su voz asumió un tono grave y firme—. Elfride, no ha de importarte que te diga algo que puede sonar extraño, pues lo diré de todos modos. Es lo siguiente: que si hubiera mucho más que añadir a un relato que ya incluye todos los detalles que un compromiso matrimonial roto puede aceptar como decorosos, debe de haber alguna circunstancia especial que impida que yo o cualquier otra persona te ame y se case contigo.

La ofuscación de Knight le había hecho ir más lejos de lo que habría ido en un momento de calma. E incluso entonces, de haberse mostrado ella firme, él no habría sido tan imperioso; de haber tenido Elfride un carácter más fuerte —más práctico y menos fantasioso—, se habría aprovechado del amor que él sentía por ella para influirle. Pero la confiada ternura que había ganado el corazón de Knight siempre va acompañada de una especie de resignación al discurrir de los acontecimientos, que hace que ese tipo de mujeres confíen más en la benevolencia del destino que en cualquier argumento propio a la hora de obtener un resultado satisfactorio.

—Bueno, bueno —murmuró él cínicamente—. No diré que sea culpa tuya; supongo que se trata de mi mala suerte. No tengo ningún derecho a interrogarte...;

eso es algo en lo que todo el mundo estaría de acuerdo. Pero cada vez que ha surgido un malentendido entre nosotros nos ha causado sufrimiento. jamás me dijiste que no había habido nadie más antes de mí, ¿por qué iba a culparte entonces? Elfride, te pido perdón.

—¡No, no! Prefiero tu cólera a esta cortesía fría y ofendida. ¡Abandona esta actitud, Harry! ¿Por qué me tratas así, como si fuésemos simples conocidos?

—Es lo que tú haces conmigo. ¿Por qué no confianza por confianza?

—Sí, pero yo no te pregunté nada en relación con tu pasado: no deseaba saberlo. Todo lo que me importaba era que por fin eras mío, a pesar de cuál fuera tu origen, de lo que hubieras hecho o de a quién hubieses amado. Harry, si de buen principio hubieses sabido que yo había amado, no habrías sentido ningún interés por mí.

—Yo no diría eso. Aunque confieso que una de las cosas que más me atrajo fue tu inexperiencia. Pero sí pienso una cosa: de haber sabido que había una parte de tu vida que te negarías a revelarme cuando te lo pidiera, jamás te habría amado.

Elfride sollozó amargamente.

—¿Acaso soy... un simple juguete sin carácter? ¿Es que no puede haber más atrac... tivo en mí que el de... estar intocada? ¿Es que no tengo inteligencia? Dijiste una vez... que yo era inteligente e ingeniosa: ¿es que eso no significa nada? ¿Es que no tengo belleza? Creo que un poco sí tengo..., sé que soy hermosa..., ¡sí, lo sé! Te he oído alabar mi voz, mi manera de ser, las cosas que hago. Y sin embargo todas estas cosas no valen nada porque... ¡accidentalmente conocí a otro hombre antes que a ti!

—¡Oh, vamos, Elfride! Eso de que «accidentalmente conocí a otro hombre» es muy frío. Recuerda que lo amaste.

—¡Y lo amé un poco!

—Y te negaste a responder a la sencilla pregunta de por qué acabasteis. ¿Sigues negándote, Elfride?

—No tienes derecho a hacerme esta pregunta. Tú mismo lo has dicho. Es injusto. Confía en mí como yo confío en ti.

—La cosa no es así.

—No te amaré si eres tan cruel. Te comportas cruelmente conmigo discutiendo de este modo.

—Es posible. Sí, es cierto. Me he dejado llevar por lo que sentía por ti. Sabe el cielo que no era mi intención; pero te he amado tanto que te he tratado mal.

—¡No me importa, Harry! —respondió ella al instante, acercándose y apretándose contra él—. Y no volveré a acordarme de que me has tratado mal si me perdonas y no vuelves a enfadarte conmigo. Ojalá hubiese sido exactamente como tú pensabas que era, pero ya sabes que no he podido evitarlo. ¡De haber sabido que iba a conocerte, habría vivido en un convento para ser lo bastante buena para ti!

—Bueno, olvídalo —dijo Knight; dio media vuelta para irse. Intentó quitarle hierro al asunto mientras caminaban—. Diógenes Laercio dijo que los filósofos solían

privarse de la vista voluntariamente para que nadie interrumpiera sus meditaciones. Los hombres, al enamorarse, deberían hacer lo mismo.

—¿Por qué? Pero tanto da, no me lo digas. No me hables de manera sentenciosa. —Se quejaba de que él la menospreciara.

—¿Por qué? Porque así nunca se perturbarían al descubrir que su ídolo era de segunda mano.

Ella bajó la vista y suspiró; salieron de la vieja iglesia en ruinas y se alejaron lentamente. Knight no era el de siempre y no podía fingir que lo era. Ella no se lo había contado todo.

Knight dejó que ella se apoyara en él al cruzar los escalones que sorteaban la cerca, y fue casi tan atento como cualquier otro enamorado. Pero se había desvanecido el esplendor y la ilusión de antes. Quizá la naturaleza no había hecho a Knight para el matrimonio. Quizá esa reserva que siempre había mantenido hacia las mujeres, y que él atribuía a causas accidentales, no era nada fortuito, sino el resultado natural de actos instintivos tan mínimos que sólo él podía distinguir. Y tampoco sabría decir si el brusco disiparse de cualquier brillante ilusión, por muy imaginada que sea, deprecia el real y nada exagerado brillo que tiene relación con su origen. Lo cierto es que la decepción de Knight al descubrir que no era más que el segundo o el tercero en el campo, ante el momentáneo equívoco de Elfride, y ante su renuencia a ser franca, le habían llevado al borde del cinismo.

XXXIII

«¡Hija de Babel, devastadora!»
SALMO 137, 8

Cuando no estaba ocupado con Elfride, Knight tenía la costumbre de caminar solo más o menos media hora entre la cena y el momento de acostarse. Sus amigos de Endelstow conocían ese hábito; también Elfride. Cuando él la hubo ayudado a pasar la escalerilla de la cerca, Elfride le dijo:

—Si deseas dar tu vuelta de siempre por la colina, Harry, puedo ir sola hasta la casa.

—Gracias, Elfride; creo que lo haré.

La forma de Elfride disminuyó hasta hacerse invisible y Knight, tras permanecer sobre la escalerilla unos minutos más, dio media vuelta y se encaminó de nuevo hacia la iglesia. Normalmente encendía un cigarro o una pipa y se entregaba a una silenciosa meditación. Pero aquella noche su mente estaba demasiado tensa para considerar ese solaz. Simplemente rodeó el emplazamiento de la torre caída y se sentó sobre una de las grandes piedras que la habían formado hasta ese día, derribada ahora por la cadena de circunstancias en cuyo origen estaba Stephen Smith en su calidad de empleado del señor Hewby, el arquitecto londinense.

Mientras meditaba sobre los posibles episodios del pasado de Elfride, y en cómo él había imaginado que ella no poseía ningún pasado que justificara ese nombre, se puso a contemplar la tumba del joven Jethway, ahora justo delante de él. El mar, aunque relativamente plácido, podía oírse igual que siempre desde ese punto y a lo largo de toda la distancia que mediaba entre los promontorios de la derecha y la izquierda, forcejeando y enredándose entre las pilas aisladas de rocas que salpicaban el borde del agua; tristes esqueletos de viejos riscos torturados que todavía no habían sucumbido al desgaste de las mareas.

Para huir de sus pensamientos poco alentadores, Knight probó a hacer un poco de ejercicio. Se levantó y se dispuso a ascender la cumbre del montón de piedras, desde el que obtendría una panorámica más amplia. Extendió el brazo para agarrar el ángulo en salidizo de un bloque más grande de lo normal, cuando su mano aterrizó de plano sobre una sustancia que difería enormemente de lo que él esperaba agarrar: la dura piedra. Era algo fibroso y enmarañado, y se extendía sobre la piedra. La profunda sombra que proyectaba la nave lateral de la iglesia le impedía ver nada con claridad, y comenzó a conjeturar. «Se trata de un musgo o líquen que parece cabello», se dijo.

Pero estaba suelto sobre la piedra. «Es una mata de hierba», se dijo. Pero carecía de la aspereza y humedad de la hierba más fina. «Es el cepillo de encalar de un mampostero.»

Recordó que dichos cepillos eran más erizados; y aunque se utilizaban mucho para reparar edificios, poco se necesitaban para derribarlos.

«Debe de ser un fleco de hilo de seda.»

Siguió palpándolo. Estaba un tanto caliente. Pero al instante percibió algo frío.

Encontrar que una materia inanimada está fría cuando esperabas calor es algo bastante desconcertante; pero como suele ser norma encontrar una temperatura más fría que la del cuerpo en sustancias normales, no es tan desconcertante como encontrar calor cuando se esperaba una absoluta frialdad.

«Sólo Dios sabe lo que es.»

Palpó más aún, y al cabo de un minuto tenía la mano sobre una cabeza humana. La cabeza estaba cálida, pero inmóvil. La masa filamentosa era el pelo de la cabeza, largo y desgredado: se trataba de la cabeza de una mujer.

En su perplejidad, Knight se quedó inmóvil un instante y recapacitó. El rector, al relatarle la caída de la torre, le había explicado que los trabajadores se habían pasado el día socavándola y que por la tarde se habían marchado para darle el golpe de gracia a la mañana siguiente. Media hora después de que se fueran, el ángulo socavado se había desmoronado. Al parecer, la mujer que yacía medio enterrada había quedado debajo en el momento de la caída.

Knight dio un salto e intentó apartar los cascotes con las manos. El cuerpo, en su mayor parte, estaba cubierto de piedras pequeñas y polvo, pero en gran cantidad. Ir a buscar ayuda ahorraría mucho tiempo. Sorteó la tapia de la iglesia y corrió colina abajo.

Un poco más adelante cruzaba un camino que ascendía una pequeña loma, que ahora se recortaba oscura contra la luna, y este camino formaba una especie de muesca en la línea del cielo. En el momento en que Knight llegó a la encrucijada, vio a un hombre sobre la loma, rumbo hacia él. Knight se dirigió hacia el desconocido.

—Ha habido un accidente en la iglesia —dijo Knight sin más preámbulos—. Al caer, la torre ha sepultado a alguien que lleva ahí tendido desde entonces. ¿Puede ayudarme?

—Claro —dijo el hombre.

—Se trata de una mujer —dijo Knight mientras se dirigían a toda prisa hacia la iglesia—, y creo que entre los dos podremos sacarla. ¿Sabe dónde hay una pala?

—Por alguna parte han de estar las palas de los sepultureros. Solían dejarlas en la torre.

—Y debe de haber también las de los trabajadores.

Al llegar se pusieron a buscar, y en un ángulo del porche, cuidadosamente guardadas, encontraron tres palas. Rodearon el edificio hacia el oeste y Knight señaló el lugar de la tragedia.

—Deberíamos haber traído una linterna —exclamó Knight—. Pero podremos pasar sin. —Comenzó a apartar las piedras que sepultaban el cuerpo.

El otro hombre, que al principio parecía no saber qué hacer, siguió el ejemplo de

Knight y apartó las piedras más grandes que formaban parte de los cascotes. Pero a pesar de todos sus esfuerzos pasaron quince minutos antes de poder sacar el cuerpo de la desdichada criatura. La levantaron con sumo cuidado, y, sin aliento, la llevaron hasta la tumba de Felix Jethway, que estaba a unos pasos hacia poniente, y allí la colocaron.

—¿Está muerta? —dijo el desconocido.

—Eso parece —dijo Knight—. ¿Cuál es la casa más cercana? La rectoría, supongo.

—Sí; pero como tendremos que hacer venir a un médico de Castle Boterel, creo que es mejor que la llevemos en aquella dirección en lugar de alejarla de la población.

—¿Pero no está mucho más lejos la primera casa que encontremos en esa dirección que la rectoría o The Craggs?

—No mucho —replicó el desconocido.

—Pues entonces la llevaremos allí, sin duda. Y creo que la mejor manera de llevarla sería ésta, si no le importa entrelazar sus manos con las mías.

—En absoluto; estaré encantado de ayudarle.

Formando una especie de camilla, unieron las manos transversalmente debajo de la mujer inanimada, la levantaron y caminaron de lado por el camino indicado por el desconocido, que parecía conocer bien el lugar.

—Llevo casi una hora sentado en la iglesia —explicó Knight cuando hubieron salido del edificio—. Después me dirigí al lugar donde está la torre caída y la encontré. Es doloroso pensar que, sin saberlo, desperdicié tanto tiempo en presencia de esta alma agonizante.

—La torre se desmoronó al caer el sol, ¿verdad? Hará unas dos horas, si no me equivoco.

—Sí. La mujer debía de estar allí sola. ¿Cuál podría ser el objeto de su visita al camposanto?

—Es difícil decirlo. —El desconocido miró inquisitivamente la cara ladeada de aquella forma inmóvil que transportaban—. ¿Podría darle la vuelta un momento para que la luz le dé en la cara? —dijo.

Le volvieron la cara hacia la luna y el hombre miró sus rasgos más de cerca.

—¡Vaya, pero si la conozco! —exclamó.

—¿Quién es?

—La señora Jethway. Y la casa a la que la llevamos es la suya. Es viuda, y esta misma tarde estuve hablando con ella. Yo estaba en la oficina de correos de Castle Boterel, y ella entró para enviar una carta. ¡Pobrecilla! Apresurémonos.

—Sujete mi muñeca con más fuerza. La tumba en la que la tendimos, ¿no era la de su único hijo?

—Sí. Ahora lo entiendo. Había ido a visitar la tumba. Desde la muerte de su hijo se volvió una mujer solitaria, abatida, siempre lamentándose. Fue esposa de un

granjero, una mujer muy culta.

El corazón de Knight se compadeció de ella. Su propia suerte parecía, de una manera extraña, entrelazarse con la de la familia Jethway a través de la influencia de Elfride sobre él mismo y sobre el malogrado hijo de la casa. Pero no dijo nada y siguieron adelante.

—Empieza a pesar —dijo el desconocido rompiendo el silencio.

—Y que lo diga —dijo Knight; y tras un momento añadió—: Creo que usted y yo ya nos habíamos visto, aunque no recuerdo dónde. ¿Puedo preguntarle quién es?

—Por supuesto. Soy lord Luxellian. ¿Y usted?

—Estoy invitado en The Crag; soy el señor Knight.

—He oído hablar de usted, señor Knight.

—Y yo de usted, lord Luxellian. Me alegra conocerle.

—Lo mismo digo. Suelo ver su nombre impreso.

—Y yo el suyo. ¿Es ésta la casa?

—Sí.

La puerta estaba cerrada con llave. Knight, tras reflexionar un momento, buscó en el bolsillo de la mujer sin vida, y encontró en él una gran llave que abrió la puerta con facilidad. El fuego estaba apagado, pero la luz de la luna entraba por la ventana, que tenía un dibujo de rombos que se reflejaba en el suelo. La luna les permitió ver que la sala en la que había entrado tenía hermosos muebles: era la misma que Elfride había visitado sola dos o tres tardes antes. Depositaron su carga en un sofá anticuado que estaba apoyado contra la pared, y Knight buscó una lámpara o una vela. Encontró una vela en un estante, la encendió y la colocó sobre la mesa.

Tanto Knight como lord Luxellian examinaron con atención el pálido semblante, y los dos quedaron prácticamente convencidos de que no había esperanza. En el rápido examen que realizaron no descubrieron señales de violencia.

—Como sé dónde vive el doctor Granson —dijo lord Luxellian—, creo que será mejor que vaya a buscarlo mientras usted se queda aquí.

Knight estuvo de acuerdo. Lord Luxellian se marchó, y sus presurosos pasos dejaron de oírse. Knight siguió inclinado sobre el cuerpo, y unos minutos más de atento escrutinio le dejaron totalmente convencido de que nada podían hacer por aquella mujer ni las drogas ni la lanceta. Las extremidades se le estaban poniendo rígidas y frías. Knight le cubrió la cara y se sentó.

Transcurrieron los minutos. El ensayista seguía meditando sobre todo lo que había ocurrido aquella noche. Sus ojos se posaron en la mesa, y pasó un rato viendo que había material de escritura desperdigado encima. Y en particular observó el tintero, la pluma, un cuaderno de papel secante y papel de carta. Varias hojas habían sido apartadas del resto, y se veía que se habían utilizado para empezar a escribir alguna carta para dejarlo enseguida, como si el inicio no hubiera satisfecho al redactor. También había una barra de lacre negro y sello, como si el cierre ordinario de la carta no se considerara lo bastante seguro. La manera en que las hojas de papel

habían quedado abandonadas sobre la mesa permitieron a Knight, cuando éste se sentó, leer las pocas palabras que había escritas en cada una. La primera decía:

SEÑOR: Como mujer que en una ocasión fue bendecida con un hijo, le imploro que acepte una advertencia...

Y otra:

SEÑOR: Si se dignara aceptar un consejo de una desconocida antes de que sea demasiado tarde, escuche...

Y la tercera:

SEÑOR: Con esta carta le incluyo otra que, sin que yo tenga que añadir ninguna explicación, cuenta una historia sobrecogedora. Deseo, sin embargo, añadir unas pocas palabras para que entienda más cabalmente cómo le han engañado...

Estaba claro que, tras estos inicios frustrados, se había redactado y enviado una cuarta que había sido considerada la correcta. Sobre la mesa había dos gotas de lacre, y la barra de la que habían brotado sobresalía del borde de la mesa; la punta había caído, lo que demostraba que la habían colocado allí estando aún caliente. Ahí estaba la silla en la que se había sentado el redactor de la carta, la impresión de la dirección en el papel secante, y la pobre viuda que había hecho todo eso yacía muerta allí al lado. De lo que había visto, Knight dedujo que la señora Jethway, teniendo algo muy importante que comunicar a algún amigo o conocido, le había escrito una esmerada carta y se había ido a enviarla; y que no había regresado a la casa desde entonces hasta que él y lord Luxellian la trajeron muerta.

La inefable tristeza de la escena, mientras Knight esperaba allí, callado y solo, no desentonaba con el ánimo de Knight, aun cuando estuviera prometido con una muchacha hermosa y atractiva, y aunque hubiera estado en su compañía hasta no hacía mucho. Mientras se hallaba sentado en los restos de la demolida torre había definido una nueva sensación: que la prolongada inactividad a la que se había entregado últimamente por culpa de Elfride probablemente no fuera buena para un hombre que tenía trabajo que hacer. Podría acabar rápidamente con ese *impasse* adelantando su boda con ella.

Knight se echaba la culpa de lo ocurrido por haber alimentado tan altas y vanas esperanzas. Habiendo ahora, en gran medida, renunciado a sus ambiciones de hallar el ideal, deseaba con todas sus fuerzas encauzar sus facultades hacia algo más práctico y corregir así sus tendencias introspectivas, que jamás le habían acarreado

mucha felicidad ni hecho demasiado bien a sus semejantes. Empezar ese nuevo rumbo mediante el matrimonio, algo que, desde que conociera a Elfrida, tanto le había seducido, poco le atraía esa noche. Es más que probable que el que se hubieran desvanecido las ilusiones que se había hecho con respecto a ella tuviera que ver con esa reacción, y con el regreso de esa sensación de estar perdiendo el tiempo. Aunque Knight se había visto dominado enormemente por su corazón, ese dominio no era tan completo como para poder mantenerse fácilmente ante un moderado reavivamiento intelectual.

Su ensueño fue roto por el sonido de ruedas y de pisadas de caballo. Se abrió la puerta y entraron el médico, lord Luxellian y el señor Coole, el juez de instrucción del distrito (que se encontraba en Castle Boterel aquel día y que cuando lord Luxellian apareció en casa del doctor estaba de sobremesa con éste); a continuación llegaron dos enfermeras y algunos curiosos.

El señor Granson, tras un examen somero, dictaminó que la mujer había muerto por asfixia, provocada por una fuerte obturación de las vías respiratorias; y se dispuso todo para que la encuesta tuviera lugar a la mañana siguiente, antes del regreso del juez a St. Launce's.

Poco después, todos los vivos abandonaron la casa de la viuda, y sólo quedó la muerta, como había estado en vida en los dos últimos años, completamente sola.

XXXIV

«Feliz quien te devuelva el mal que nos hiciste.»
SALMO 137, 8

Dieciséis horas habían pasado. Knight, a su regreso de la encuesta concerniente a la muerte de la señora Jethway; entró en el *boudoir* de las señoras de The Crag. Elfride no estaba allí.

La señora Swancourt hizo unas cuantas preguntas referentes al veredicto y a las circunstancias colaterales. A continuación dijo:

—En cuanto te fuiste esta mañana, llegó el cartero. Sólo había una carta para ti, y aquí la tengo.

La señora Swancourt cogió la carta, que estaba sobre la tapa de su caja de labor, y se la entregó. Knight la tomó con aire ausente, pero, impresionado por el aspecto de la misiva, murmuró unas palabras y salió del cuarto.

La carta estaba lacrada con sello negro, y la letra en que estaba escrita la dirección la había tenido ante sus ojos, de manera prolongada y sobresaliente, sólo la noche antes.

Knight estaba muy agitado, y buscó un lugar donde pudiera estar a salvo de interrupciones. Era la estación en que el rocío es más intenso, y en los lugares más sombríos permanece todo el día sobre la vegetación; sin embargo, entró en una pequeña zona de césped descuidada y rodeada de arbustos, y allí leyó atentamente la carta que había abierto por el camino.

La letra, el sello, el papel, las palabras de introducción: todo le había revelado al momento que la carta procedía de la viuda Jethway, ahora un frío cadáver. Al instante comprendió que aquellas notas sin acabar que había leído la noche antes iban dirigidas a él. Recordó alguna de las palabras que Elfride pronunciara en sueños a bordo del vapor, que alguien no tenía que decirle algo o destrozaría su vida; un suceso que hasta entonces había considerado tan trivial y falto de sentido que prácticamente había olvidado. Todo ello le infundió una emoción intensa y enormemente perturbadora. Mientras leía, le temblaba el papel en la mano:

El valle, Endelstow

SEÑOR: Una mujer que no tiene gran cosa que perder en este mundo, por mucha censura que pueda acarrearle este acto, desea comunicarle algunos detalles referentes a la mujer que usted ama. Si se digna aceptar una advertencia antes de que sea demasiado tarde, averiguará lo que su corresponsal tiene que decirle.

Le han engañado. Una mujer así, ¿puede ser respetable?

Una mujer que alentó a un joven honesto a amarla, y luego le desairó, a resultas de lo cual el joven falleció.

Una mujer que a continuación tuvo como enamorado a un hombre que no era de noble linaje, a quien el padre de ella prohibió entrar en casa.

Una mujer que dejó en secreto su casa para casarse con ese hombre, se reunió con él, y juntos fueron a Londres.

Una mujer que, por alguna razón, regresó sin haberse casado. Una mujer que, en la correspondencia que posteriormente mantuvo con ese hombre, llegó a dirigirse a él como «mi marido».

Una mujer que me escribió la carta que le adjunto, en la que me pide que mantenga en secreto el escándalo, pues soy quien mejor conoce esa historia.

Espero estar pronto fuera del alcance de reproches y halagos. Pero antes de llevarme de este mundo, Dios me ha concedido el poder de vengar la muerte de mi hijo.

GERTRUDE JETHWAY

La carta que incluía era la nota a lápiz que Elfride había escrito en casa de la señora Jethway:

QUERIDA SEÑORA JETHWAY He venido a visitarla. Quería verla, pero no puedo seguir esperando. He venido a suplicarle que no cumpla las amenazas que me ha repetido. ¡No lo haga, se lo suplico, señora Jethway, que nadie se entere de lo que hice! Eso arruinaría mi vida y me rompería el corazón. Haré lo que sea por usted, si se porta bien conmigo. En nombre de esa condición de mujer que compartimos, se lo imploro, no me mezcle en ningún escándalo. Atentamente,

E. SWANCOURT

Con aire cansino, Knight volvió la cara hacia la casa. Desde los muros de ésta, el suelo se elevaba en dirección a los arbustos que lo rodeaban, donde alcanzaba casi el nivel del primer piso. El vestidor de Elfride se hallaba en el ángulo saliente de esa dirección, y lo alumbraban dos ventanas situadas en una posición tal que Knight, desde donde se encontraba, podía barrer el cuarto con la mirada. Elfride estaba dentro, detenida entre las dos ventanas, mirándose en el espejo abatible de cuerpo entero. Se contempló detenida y atentamente en el espejo; luego se volvió, echó atrás la cabeza y observó su reflejo por encima del hombro.

Nadie puede afirmar qué pretendía ni qué pensaba; quizá hizo ese gesto sumida en una profunda tristeza. Quizá se lamentaba desde el fondo de su corazón: «¡Qué desdichada soy!». Pero la impresión que produjo en Knight no fue buena, y éste bajó

la vista, taciturno. En aquella disyuntiva, la carta de la difunta viuda tuvo una virtud que fue más allá de la que intrínsecamente exhibía. Las circunstancias otorgaban a sus malignas palabras un eco de justicia implacable que resonaba desde la tumba. Knight no pudo seguir teniendo la carta en las manos. La hizo trizas.

Oyó un roce contra los arbustos que tenía detrás; volvió la cabeza y vio a Elfride que le seguía. La hermosa muchacha le miró a la cara con una nostálgica sonrisa de esperanza, aunque ésta era demasiado forzada y no conseguía desplazar el firme temor que había tras ella. Las severas palabras pronunciadas por Knight la noche anterior aún pesaban sobre su ánimo.

—Te he visto desde la ventana —dijo ella con timidez.

—Se te mojarán los pies con el rocío —observó él como si no la hubiera oído.

—No me importa.

—Llevar los pies húmedos es peligroso.

—Sí... Harry, ¿qué ocurre?

—Oh, nada. ¿Quieres que reanudemos la seria conversación que tuvimos la noche pasada? No, quizá no; quizá es mejor que lo deje.

—¡No lo sé! ¡Qué horrible es todo esto! ¡Ah, ojalá volvieras a ser el de antes y me hubieras besado nada más verme! ¿Por qué no me has pedido un beso? ¿Por qué no me lo pides ahora?

—Demasiado descocada —oyó murmurar a una voz en su interior.

—Ha sido esa odiosa conversación que tuvimos ayer por la noche —añadió Elfride—. ¡Oh, esas palabras! Para mí fue una noche negra.

—¡Beso! ¡Odio esa palabra! ¡No me hables de besos, por amor de Dios! Pensaba que tendrías el tacto suficiente como para no mencionar la palabra «beso», considerando los muchos que has aceptado.

Elfride se quedó pálida y su cara se volvió rígida, desolada. Tan delicada y suave se veía ahora su cara que cualquiera hubiera dicho que, con sólo apretar con un dedo, quedaría un punto amoratado.

Knight siguió andando, y Elfride a su lado, callada y sin mostrar oposición. Él abrió un portón y entraron en un sendero que atravesaba unos rastrojos.

—¿Quizá te molesta mi presencia? —dijo ella cuando él cerró el portón—. ¿Quieres que me vaya?

—No. Escúchame, Elfride. —La voz de Knight era ahora baja y desigual—. He sido honesto contigo. ¿Lo serás tú conmigo? Si alguna... extraña... relación ha existido entre tú y alguno de mis predecesores, dímelo ahora. Es mejor que lo sepa inmediatamente, aun cuando el saberlo nos separe, que descubrirlo en el futuro. Y han surgido en mí ciertos recelos. No te diré cómo, porque no me agradan los medios que los han provocado. El que yo descubriera algún misterio en tu pasado acabaría amargando nuestras vidas.

Knight esperó con serenidad. Sus ojos eran tristes e imperativos. Miraban a lo lejos, siguiendo el sendero.

—¿Me perdonarás si te lo cuento todo? —exclamó ella suplicante.

—No te lo puedo prometer. Depende de lo que tengas que decirme.

El silencio que siguió se le hizo insoportable a Elfride.

—¿Es que no vas a seguir amándome? —estalló—. ¡Harry, Harry, ámame y háblame como antes! ¡Te lo suplico, Harry!

—¿Vas a jugar limpio conmigo? —dijo Knight—. ¿Qué te he hecho para que me engañes de este modo? Atrapado como un pájaro en una trampa, ¡me lo has ocultado todo! ¿Por qué, Elfride? Es lo que quiero que me digas.

En su agitación, ambos habían abandonado el sendero e iban sin rumbo entre los rastrojos húmedos que se interponían en su camino; pero no se daban cuenta ni prestaban atención.

—¿Qué te he hecho yo? —balbució Elfride.

—¡Será posible! ¿Cómo puedes preguntármelo cuando lo sabes tan bien? Sabes que, de manera deliberada, me has ocultado algo referente a ti que, de haberlo sabido, me habría hecho obrar de otro modo. ¡Y encima me preguntas qué has hecho?

Elfride bajó la mirada y no respondió.

—No es que yo sea de los que creen en maliciosas personas que escriben cartas y murmuran, no. Aunque por mi alma, que ya no sé si lo creo o no. Lo que sé es esto: en mi corazón se estaba construyendo una religión basada en ti. Miraba tus ojos y creía ver en ellos la verdad y la inocencia, tan puras y perfectas como pudo insuflarlas Dios en la carne de una mujer. Esperar la verdad perfecta es esperar demasiado, pero la verdad corriente es lo que quiero, *o eso o nada*. Dime pues: el asunto que me ocultas, ¿es de la mayor importancia o no?

—No entiendo adónde quieres ir a parar. Si te he ocultado algo, ha sido porque te amaba mucho y temía..., me daba miedo... perderte.

—Puesto que no eres dada a la sinceridad, quiero hacerte algunas preguntas directas. ¿Tengo tu permiso?

—Sí —dijo ella, y sobre su cara apareció una desalentada resignación—. Di las palabras más duras que sepas, ¡podré soportarlo!

—Se comenta que estás involucrada en un escándalo, Elfride; y yo no puedo combatirlo si no sé con claridad lo que es. Puede que no estés envuelta del todo, o quizá de ningún modo. —Knight, en su amargura, aún intentaba quitarle importancia—. En la época de la Revolución Francesa, Pariseau, un gran bailarín, fue decapitado porque lo confundieron con Parisot, un capitán de la guardia real. Ojalá hubiera otra «E. Swancourt» en la región. Mira esto.

Le entregó la carta que la propia Elfride había escrito y dejado sobre la mesa de la señora Jethway. Elfride la miró con aire ausente.

—¡No es lo que parece! —dijo ella implorante—. Ahora la ves como algo pérfidamente engañoso, pero es mucho más normal de lo que crees. Mi único deseo era no poner en peligro nuestro amor. ¡Oh, Harry! Eso era lo único en que pensaba. No es tan terrible como crees.

—Sí, sí; pero, independientemente de los comentarios de esa pobre y desdichada criatura, parece dar a entender... algo malo.

—¿Qué comentarios?

—Los que esa mujer me escribió... y que hice trizas. Elfride, ¿te escapaste con el hombre que amabas? Ése era su reprochable comentario. ¿Tiene fundamento esa acusación? Dime la verdad, Elfride.

—Sí —respondió ella en un hilo de voz. Knight palideció.

—¿Para casarte con él? —La voz le salió ronca.

—Sí. ¡Oh, perdóname! Entonces no te conocía, Harry.

—¿Y huiste a Londres?

—Sí, pero yo...

—Responde a mis preguntas y no digas nada más, Elfride. ¿Intentaste, de manera deliberada, casarte con él en secreto?

—No, no de manera deliberada.

—¿Pero te escapaste?

Un leve rubor cruzó la cara de Elfride.

—Sí —dijo ella.

—Y después de eso... ¿le escribiste como si fuera tu marido, y él se dirigió a ti como su esposa?

—¡Escucha, escucha! Lo que ocurrió fue...

—¡Respóndeme! ¡Sólo respóndeme!

—Sí, sí, es cierto. —Le temblaron los labios pero prosiguió con un asomo de dignidad—: Te lo habría contado de buena gana, pues sabía y sé que hice mal. Pero no me atrevía; te amaba demasiado. ¡Oh, te amo tanto! Lo has sido todo para mí... y lo sigues siendo. ¿Es que no vas a perdonarme?

Es triste pensar que haya hombres que al principio no permitan que el dictamen de perfección que han pronunciado al juzgar a sus novias o esposas sea contradicho por el propio Dios, y que luego, al ponerse en duda su pureza, se aferren a pruebas que les daría vergüenza admitir si juzgaran a un perro.

Esa reticencia a la hora de confesar, que surgía de la simplicidad de Elfride al considerarse mucho más culpable de lo que era en realidad, había tenido un resultado fatal en la mente de Knight. El hombre de muchas ideas, ahora que su primer sueño imposible había acabado, oscilaba en sentido contrario; y todos los movimientos de los rasgos de Elfride, sus temblores, sus confusas palabras, se consideraban una prueba más de su indignidad.

—Elfride, ahora hemos de dejarnos de ceremonias y buenas palabras —dijo Knight—. Mírame a la cara y, si crees que hay un Dios, sé sincera conmigo en una cosa más. ¿Te escapaste sola con él?

—Sí.

—¿Regresaste a casa el mismo día que te marchaste?

—No.

La palabra cayó como un relámpago que pareció afectar a la misma tierra y al cielo. Knight apartó la mirada. Mientras tanto, la cara de Elfride mostraba una total desesperación al ser incapaz de explicarle lo ocurrido de manera que no pareciera más de lo que era realmente; y esa desesperación no sólo renuncia a la posibilidad de una explicación directa, sino también a cualquier intento de encontrar atenuantes.

La escena quedaría grabada durante años en la retina de Knight: los rastros parduscos y muertos, los hierbajos entre ellos, el lejano contorno de hayas ocultando la casa, cuyas hojas estaban ahora rojas y enfermas de muerte.

—Debes perdonarme —dijo Knight—. No nos casaremos, Elfride.

La expresión de supremo tormento que puso Elfride en ese momento reveló cuánta angustia habían llevado a su alma esas palabras.

—¿Qué quieres decir, Harry? Sólo lo dices por decir, ¿no es eso?

Ella le miró sin saber qué pensar, e intentó reír, como si la irrealidad de aquellas palabras fuera incuestionable.

—No lo dices en serio, lo sé... ¿Verdad que no? Te pertenezco, Harry, y vas a hacerme tuya, ¿o no?

—Elfride, te he hablado de manera desabrida; he dicho cosas que sólo debería haber pensado. Te aprecio; y deja que te dé un consejo. Cásate con tu hombre en cuanto puedas. Por hartos que estéis el uno del otro, os pertenecéis, y yo no voy a entrometerme entre ambos. ¿Crees que lo haría..., por un momento has pensado que podría? Si no puedes casarte con él ahora, y otro te hace su esposa, no le reveles este secreto después del matrimonio si no lo has hecho antes. La honestidad sería entonces tu condena.

Elfride, sorprendida por sus manifestaciones, exclamó:

—No, no. No me casaré con nadie si no es contigo. ¡Debo ser tuya!

—Si nos hubiésemos casado...

—No me dirás que... que... te vas a ir y dejarme, y no ser nada más para mí. ¡No es posible!

Unos convulsos sollozos arrancaron todo el vigor a sus palabras. Elfride los controló y siguió buscando en la cara de Knight el rayo de esperanza que no iba a encontrar.

—Voy a entrar en la casa —dijo Knight—. No me sigas, Elfride, te lo pido.

—Oh, no, claro que no lo haré.

—Y luego me iré a Castle Boterel. Adiós.

Pronunció la despedida como si hubieran de volver a verse aquel mismo día —sin darle importancia, como se habían despedido muchas otras veces—, y así pareció entenderlo ella. Knight no tenía valor para decirle que se marchaba para siempre; tampoco estaba muy seguro de lo definitivo del adiós: ignoraba si acabaría regresando precipitadamente arrastrado por una irresistible emoción, o si conseguiría dominarse y dar esa despedida como concluyente, presentándose de nuevo ante el mundo como un hombre sin compromiso.

Diez minutos más tarde Knight abandonaba la casa, dejaba instrucciones de que, caso de no regresar por la noche, enviaran su equipaje a sus aposentos de Londres, desde donde le explicaría por carta al señor Swancourt los motivos de su repentina marcha. Descendió el valle, y no pudo evitar volver la cabeza. Vio los rastrojos y la delgada forma de una chica en mitad de ellos recortándose contra el cielo. Elfride, dócil como siempre, apenas había dado un paso, pues él le había dicho: Quédate. Miró y volvió a verla: la vio durante semanas y meses. Apartó los ojos de la escena y se pasó la mano por delante, como si quisiera borrar esa visión. Emitió un gruñido apenas audible y siguió adelante.

XXXV

«¿Y me dejarás así? ¡No, di que no!»
SIR THOMAS WYATT, *La súplica del enamorado*

La escena se desplaza a las habitaciones de Knight en Bede's Inn. Era última hora de la tarde del día posterior a su marcha de Endelstow. Una llovizna caía sobre Londres y formaba un húmedo y triste halo sobre las calles bien iluminadas. Todavía no había llovido lo suficiente para que los vehículos rápidos emitieran ese claro e identificable traqueteo que es consecuencia del empaparse del pavimento tras un buen chaparrón, pero sí lo bastante para que la calzada y las aceras estuvieran resbaladizas, pegajosas y atascaran ruedas y pies.

Knight estaba de pie junto al fuego, contemplando el expirar de las ascuas antes de salir por la puerta para emprender un aburrido viaje a su casa de Richmond. Llevaba el sombrero puesto y había apagado el gas. No había bajado la persiana de la ventana que daba al callejón, y la luz que llegaba desde abajo, que se reflejaba en el techo de la habitación, traía, en lugar del parloteo habitual, sólo un apagado guirigay y palabras apresuradas que eran resultado más de la necesidad que del gusto.

Mientras estaba allí de pie dejando pasar los escasos minutos que faltaban para la hora de coger el tren, unos leves golpes en su puerta se mezclaron con los demás sonidos que le llegaban. Eran tan débiles al principio que los ruidos de fuera casi bastaron para ahogarlos. Al oír que se repetían, Knight cruzó el vestíbulo, abarrotado de libros y cosas sin valor, y abrió la puerta.

Una mujer completamente cubierta pero de evidente fragilidad estaba de pie en el descansillo, bajo la luz de gas. La mujer se abalanzó hacia delante, arrojó sus brazos en torno al cuello de Knight y se puso a susurrarle:

—¡Oh, Harry Harry, me estás matando! No he podido evitar venir. No hagas que me vaya, ¡por favor! Perdona a tu Elfride por haber venido. ¡Te quiero tanto!

La agitación y asombro de Knight le dominaron durante unos momentos.

—¡Elfride! —exclamó—. ¿Qué significa esto? ¿Qué has hecho?

—No me hagas daño ni me castigues... ¡Por favor! No he podido evitar venir; me estaba matando. Ayer por la noche, cuando vi que no volvías, no pude soportarlo. ¡No pude! Sólo déjame estar contigo, ver tu cara, Harry; no pido más.

Elfride tenía los párpados encendidos, pesados e hinchados de tanto llorar, y el delicado rojo rosáceo de sus mejillas estaba desfigurado e inflamado de tanto rozarlo con el pañuelo para secarse las lágrimas.

—¿Quién está contigo? ¿Has venido sola? —le preguntó él enseguida.

—Sí. Como la noche pasada no volvías, me quedé sentada en la cama esperando tu regreso... y la noche se me hizo una agonía. Y esperé y esperé, ¡y tú no viniste! Y luego, cuando esta mañana llegó tu carta diciendo que te habías marchado, no pude

soportarlo; y me fui a toda prisa a St. Launce's y cogí el tren. Llevo todo el día viajando, y tú no me harás volver, ¿verdad, Harry? Porque yo siempre te amaré hasta la muerte.

—No está bien que te quedes aquí. ¡Oh, Elfride! ¿Qué has hecho? ¡Arruinas tu buen nombre corriendo así detrás de mí! ¿Es que no bastó tu primera experiencia para evitar que hagas estas cosas?

—¡Mi buen nombre! Harry, pronto moriré, ¿y de qué me servirá entonces mi buen nombre? ¡Oh, si fuera yo el hombre y tú la mujer, no te abandonaría por una falta tan pequeña como la mía! No me creas tan vil por haberme escapado con él. ¡Ah, cómo desearía que te hubieras escapado con veinte mujeres antes de conocerme, para poder demostrarte que no veo nada malo en ello, y que me alegraba de haberte conseguido, después de todo! Si me conocieras bien, si supieras lo sincera que soy, Harry. ¿Es que no puedo ser tuya? Di que me amas igual que antes, y que no permitirás que vuelva a separarme de ti, ¡dilo! No puedo soportarlo..., que pasen todas esas largas horas, y días, y noches, y tú no estés conmigo, ¡que te hayas alejado porque me odias!

—No te odio, Elfride —dijo él delicadamente, y la sujetó por el brazo—. Pero no puedes quedarte aquí ahora..., en este momento, quiero decir.

—Supongo que no debo..., ojalá pudiera. Temo que... si me pierdes de vista... algo terrible suceda y no volvamos a vernos. Harry, si no soy lo bastante buena para ser tu esposa, desearía ser tu criada y vivir contigo antes de que me eches de tu lado y no volver a verte. ¡Puedo soportarlo todo menos eso!

—No, no puedo echarte de mi lado: no puedo. Dios sabe qué triste futuro puede surgir de esta tarde; ¡pero no puedo echarte! Debes sentarte, y yo intentaré meditar y ver qué es lo mejor que podemos hacer.

En aquel momento se oyeron unos sonoros golpes en la puerta de la casa, acompañados por un apresurado repiqueteo de la campanilla que resonó desde el sótano hasta el desván. La puerta se abrió rápidamente, y tras unas rápidas palabras intercambiadas en el vestíbulo, unas fuertes pisadas subieron las escaleras.

La cara del señor Swancourt, enrojecida, afligida y severa, apareció en el descansillo. Se acercó hasta donde ellos estaban, y tras echar una mirada y pasar junto a Knight con silenciosa indignación, se volvió hacia la temblorosa muchacha.

—¡Oh, Elfride! Por fin te he encontrado. Así que esas tenemos, ¿eh, madame? ¿Cuándo acabarás con tus tonterías y te comportarás como una mujer decente? ¿Has de mancillar el nombre de mi familia y el de mi casa con actos que serían ya escandalosos para la hija de una lavandera? ¡Vámonos, madame; venga!

—¡Está muy cansada! —dijo Knight en un tono de profunda angustia—. Señor Swancourt, no sea severo con ella. Le suplico que sea amable con ella, que la ame.

—Y a usted, señor —dijo el señor Swancourt volviéndose hacia él como obligado tan sólo por las circunstancias—, tengo poco que decirle. Sólo le comentaré que cuanto antes me aleje de su presencia, mejor. Por qué no ha llevado el noviazgo con mi hija como un hombre honesto, es algo que ignoro. Y por qué ella..., una

muchacha alocada e inexperta..., se ha visto arrastrada a esta locura, tampoco lo sé. Aun cuando ella hubiera sido tan insensata como para dejar su casa, usted debería haber mostrado más juicio, creo yo.

—No es culpa suya; ¡él no me ha arrastrado, papá! He venido yo sola.

—Si deseaba usted deshacer el compromiso, ¿por qué no lo dijo claramente? Si jamás tuvo intención de casarse, ¿por qué no la dejó en paz? ¡Por mi alma, no sabe lo penoso que me resulta verme obligado a pensar mal de un hombre al que consideraba mi amigo!

Knight, abatido y harto de su vida, ni siquiera intentó pronunciar una palabra de réplica. ¿Cómo iba a defenderse, si su defensa suponía acusar a Elfride? Por ese motivo, experimentó una triste satisfacción al permitir que el señor Swancourt siguiera pensando y hablando mal de él. Era un débil rayo de luz que iluminaba la inmensa lobreguez de su cerebro imaginar que lo único que llegaría a saber el rector, probablemente, sería que él, como enamorado, la había tentado a huir, cosa que al parecer pensaba el señor Swancourt en aquel momento.

—Y ahora, ¿vienes conmigo? —dijo el señor Swancourt de nuevo a Elfride. El padre agarró la mano dócil de la hija, la encerró en su brazo y la llevó escaleras abajo. Los ojos de Knight la siguieron, y en el último momento sintió el frenético deseo de que ella volviera la cabeza. Pero ella se alejó sin mirar atrás.

Knight oyó abrirse la puerta de abajo y cómo volvía a cerrarse. Las ruedas de un coche de punto rozaron el bordillo, a continuación oyó susurrar unas señas. La portezuela se cerró y las ruedas giraron llevándoselos a ambos.

* * *

Desde el momento en que Elfride volvió a aparecer, un terrible conflicto se debatió en el interior de Henry Knight. Su instinto, su emoción o su afectividad —o como se le quiera llamar— le instaba a ponerse en marcha, ir a buscar a Elfride y ser su amante y protector para toda la vida. Pero entonces aparecía el devastador pensamiento de que Elfride, al actuar de manera infantil, precipitada e indiscreta por ir a buscarle, sólo probaba que el decoro no era más que letra muerta para ella; que su falta de autocontrol, que en realidad era ingenuidad pura, significaba indiferencia ante el recato; ¿no era, pues, normal que en el pasado hubieran engañado a una mujer así? Knight se dijo en su estado de ánimo tendente más bien al cinismo: «La mujer discreta y desconfiada que imagina cosas pérfidas y terribles de todos sus semejantes es demasiado astuta como para ser engañada por un hombre; las mujeres confiadas como Elfride son las que acaban dando un mal paso».

Pasaron horas y días, y Knight permaneció inactivo. Cuanto más tiempo pasaba, más insensible se hacía al recuerdo de la presencia de Elfride, y más se reforzaba su capacidad mental para razonar que la muchacha no valía la pena. Sabía que Elfride le amaba, y él no podía dejar de amarla; pero no se casaría con ella. Ojalá ella fuera de

nuevo su Elfride: la mujer que aparentaba ser... ¡Pero esa mujer estaba muerta y enterrada, y él ya no la conocía! ¿Y cómo iba a casarse con la Elfride de ahora, una mujer que, de haber visto cómo era realmente desde el principio, no habría sido a sus ojos más que un conocimiento interesante y digno de lástima, y poco más?

Le carcomía el corazón pensar que se había visto inmerso en un estado de cosas peor de lo que había supuesto en la agradable filosofía social y en las sátiras de sus ensayos.

La rectitud moral de la vida de ese hombre era digna de todo elogio; pero a pesar de cierta perspicacia intelectual, había en él esa obstinación que casi siempre encontramos en personas escrupulosamente honestas. Con él, la verdad parecía siempre una abstracción demasiado limpia y pura como para verse irremediabilmente contaminada de error, que es como la encuentran las personas prácticas. Al darse cuenta ahora de su equivocación al haber considerado que Elfride era una mujer sin igual, nada en el mundo podía hacerle creer que, después de todo, tampoco era tan mala.

Se quedó dos semanas en Londres y no hizo otra cosa que oscilar entre la pasión y las opiniones. Sólo una idea permanecía intacta: que más valía que Elfride y él no volvieran a encontrarse.

Cuando inspeccionaba los libros de sus estantes —pocos había abierto desde que Elfride se adueñara de su corazón—, su intocada y ordenada disposición le tachaba de apóstata de la antigua fe de su juventud y primeros años de madurez. Había abandonado aquellos amigos que jamás le fallaron —eso parecían decirle— por el inestable placer de una mujer tornadiza, que había acabado en amargura. El espíritu de abnegación, lindante con ascetismo, que siempre había animado a Knight en los viejos tiempos, proclamaba su desaparición con el surgimiento del amor, y con él había desaparecido también esa dignidad que le había servido para compensar su renuncia a los placeres. La pobre Elfride, en lugar de ocupar como antes un lugar en la religión de Knight, comenzaba a asumir el papel de tentación. Quizá resultaba humano y perfectamente natural que Knight jamás se hubiera parado a pensar si no le debía un pequeño sacrificio a Elfride por la devoción sin límites que ella había demostrado al salvarle la vida.

Con la conciencia de, al igual que Marco Antonio, haber dicho adiós a reinos y provincias, se puso a pensar en cómo le había revelado a Elfride sus más íntimos secretos e intenciones, con una falta de discreción que jamás se habría permitido con ningún hombre. ¿Cómo era que no había sido capaz de contenerse a la hora de contarle lo que hasta entonces había permanecido encerrado en los baluartes más inexpugnables de su mente?

Knight era dueño de un poderoso intelecto, capaz de salir de los dominios del corazón y darse cuenta de que su amor, al igual que el de muchas otras personas, iría apagándose si cambiaba de escenario y de circunstancias. Pero al mismo tiempo, sobre esa percepción, se superponía un pesar:

¡Oh último dolor, ya puedes morir^[63]!

Pero al estar convencido de que la muerte de ese dolor era lo mejor para él, no se arredró a la hora de ponerse a ello. Cerró sus habitaciones, suspendió su relación con los editores y abandonó Londres rumbo al continente. Allí le dejaremos vagando sin otro propósito que el ya declarado de intentar olvidar a Elfride.

XXXVI

«En el brillo de su dinero hallaréis su belleza.»
ROBERT BURNS, *Hay un joven en la ciudad*

—No se qué les pasa a estas gentes de St. Launce's.

—¿Quieres decir con tanto «Cómo está usted»?

—Sí, con sus «Cómo está usted», y sus apretones de manos, y pidiéndome que entre en sus casas, y preguntándome amablemente por ti, John.

Estas palabras formaban parte de una conversación entre John Smith y su mujer un sábado por la tarde, en la primavera posterior al viaje al continente de Knight. Hacía tiempo que Stephen había regresado a la India; y la perseverante pareja había abandonado el parque de lord Luxellian, en Endelstow, y vivía ahora en una cómoda morada junto a la carretera, a un kilómetro y medio de distancia de St. Launce's, donde John había abierto un negocio propio de mampostería y pizarra.

—Cuando llegamos aquí hace seis meses —añadió la señora Smith—, aunque yo había pagado en efectivo durante muchos años en las tiendas, los tenderos más bromistas sólo me hablaban a la hora de atenderme. Me los encontraba por la calle media hora después y me miraban a la cara como si no me conocieran.

—¿Miraban a través de ti como si fueras un cristal?

—Sí, eso los más descarados. Los más tranquilos e impasibles miraban por encima de mi cabeza, a mi lado, por encima de mi hombro, pero nunca a los ojos. Los más amables y recatados volvían la cara hacia el sur si yo venía del este, se metían por algún callejón si yo me disponía a compartir la acera con ellos. Lo mismo hacía el acicalado y joven librero; y las hijas del carnicero, los hijos del tapicero. Carne y uña cuando hacían negocios contigo; pero poco les importabas cuando te encontraban fuera de su establecimiento.

—Tienes toda la razón, Maria.

—Bueno, ahora las cosas son diferentes. Nada más llegar al mercado, la señora Joake se me acercó corriendo delante de toda la ciudad y me dijo: «¡Mi querida señora Smith, debe de estar cansada después de su paseo! ¡Entre y coma algo! Insisto; ¡con los años que hace que la conozco! ¿Se acuerda de cuando íbamos a buscar plumas de búho a las ruinas del castillo?». Nunca se sabe si podré necesitarla algún día, de modo que le respondí amablemente. Y aún no había llegado a la esquina, y ese joven y próspero abogado, Sweet, tan elegante, me venía corriendo detrás sin resuello: «Señora Smith», dice, «perdone mi grosería, pero hay una zarza en la cola de su vestido que debe de haber traído del campo, permítame que se la quite». Y has de creerme, eso fue justo delante del ayuntamiento. ¿Qué es este repentino amor por una anciana como yo?

—No lo sé; a lo mejor se trata de arrepentimiento.

—¡Arrepentimiento! Jamás he visto tonto como tú, John. ¿Sabes de alguien que se haya arrepentido de algo teniendo dinero en el bolsillo y cincuenta años de vida por delante?

—Bueno, a mí también me intriga —dijo John pasando por alto aquella pregunta tan poco pertinente— que estas gentes se muestren hoy mucho más amables y cariñosas que nunca desde que nos hemos mudado aquí. Bueno, estaba yo en medio de la calle, y el viejo Alderman Tope se me acercó para estrecharme la mano..., cosa que hice. Como llevaba puesta las ropa de trabajo, me pareció raro. Ah, y también estaba el joven Werrington.

—¿Quién es?

—El de Hill Street, el que vende flautas y violines y pianos, y también los toca. Estaba hablando con Egloskerry, ese solterón bajito que tiene dinero invertido en bonos del gobierno. Desde luego, yo no me esperaba que me saludara alguien con el riñón tan bien cubierto llevando yo mis ropas de trabajo...

—Tú siempre vas por la ciudad con tus ropas de trabajo. Siempre te suplico que te cambies, pero no me haces caso.

—Bueno, sea como sea, iba yo con mis ropas de trabajo. En esto que Werrington me vio. «¡Ah, señor Smith! Una mañana estupenda; un tiempo magnífico para la construcción.» Me hablaba tan fuerte y de manera tan cordial que parecía que nos hubiésemos encontrado en algún hoyo profundo, donde no tuviera a nadie más con quien hablar. Raro, pues Werrington es de los más estirados.

En ese momento llamaron a la puerta. La señora Smith abrió de inmediato.

—Ya nos perdonará, señora Smith, pero la primavera de este año es demasiado hermosa. Sí, y no podíamos seguir encerradas en casa; de modo que cogí del brazo a la señora Trewen y de inmediato nos fuimos a tomar una taza de té. Y al ver los hermosos azafranes de primavera que tienen en flor, nos hemos tomado la libertad de entrar. Si no le importa, daremos un paseo por su jardín.

—En absoluto —dijo la señora Smith; y la pareja se puso a recorrer el jardín. Cada vez que veían alguna nueva planta, ella levantaba los brazos asombrada. «¡Dios todopoderoso!», exclamaba.

—¿Quiénes son? —preguntó su marido.

—El señor Trewen, el banquero, y su mujer.

El señor Smith, estupefacto, salió y se puso a mirar por encima de la verja del jardín para poner en orden sus ideas. No llevaba allí ni dos minutos cuando se oyó ruido de ruedas y un carruaje de dos caballos apareció por la carretera. Una dama de aspecto distinguido, con aires de duquesa, iba reclinada en su interior. Cuando llegó delante de la verja del señor Smith, la mujer volvió la cabeza e hizo parar al cochero.

—Ah, señor Smith, me alegro de verle con tan buen aspecto. No he podido evitar pararme un momento para felicitarle, y también a la señora Smith, por lo felices que deben de sentirse. Joseph, ya puedes seguir.

Y el carruaje prosiguió su camino hacia St. Launce's.

La señora Smith salió de detrás de una mata de laurel, donde había estado meditando.

—Estaba a punto de quitarme el sombrero —dijo John—, igual que hacía cuando, años atrás, me encontraba con lady Luxellian.

—¡Dios mío! ¿Quién es?

—La dueña de la posada... ¿Cómo se llama? La señora..., la señora..., la del Falcon.

—La dueña de la posada. ¡Hay que ver la tosquedad de la familia Smith! Podrías decir la dama del Hotel Falcon, puestos ya a decir finezas. La gente es bastante ridícula, pero al César lo que es del César.

Cabía dentro de lo posible que la señora Smith se estuviera amansando, a pesar de sí misma, por todo ese ambiente de extraordinaria cordialidad que se respiraba en St. Launce's. Y para hacerles justicia, era deseable que así fuera. El interés que los nuevos en la población expresaban de manera tan grotesca era genuino, y de igual valor intrínseco al de las más corteses sonrisas de comunidades más populosas.

En aquel momento, el señor y la señora Trewen regresaban del jardín.

—Se lo preguntaré claramente —le susurró John a su mujer—. Les diré: «No entendemos nada..., por lo que me permitirán una pregunta, señor y señora Trewen. ¿Cómo es que hoy están tan simpáticos?». ¿Qué te parece? Es una pregunta sensata, ¿no crees?

—¡Ni una palabra! ¡Dios misericordioso, cuándo aprenderás modales!

—Deben de estar muy orgullosos, señor y señora Smith, estoy seguro, de tener un hijo tan famoso —dijo el banquero acercándose a ellos.

«¡Ah, se trata de Stephen! ¡Lo sabía!», dijo para sí la señora Smith triunfante.

—No conocemos los detalles —dijo John.

—¡No los conocen!

—No.

—Hay que ver, si en la ciudad no se habla de otra cosa. Nuestro honorable alcalde se refirió a ello en el discurso que pronunció ayer por la noche en la cena del club Todo Hombre se Hace a sí Mismo.

—¿Y qué dijo de Stephen? —le apremió la señora Smith.

—Bueno, pues resulta que en la India su hijo ha sido agasajado por los vicegobernadores y príncipes parsis y no sé quién más; es carne y uña con los nababs^[64], y va a proyectar un gran palacio y una catedral, y hospitales, colegios, salas de justicia y fortificaciones, por consenso general de los poderes dirigentes, cristianos y paganos por igual.

—Estaba seguro de que el muchacho llegaría lejos —dijo el señor Smith sin darse aires.

—Salió ayer en la *Gaceta de St. Launce's*; y nuestro honorable alcalde introdujo el tema en su discurso de manera magistral.

—Fue muy amable por parte del honorable alcalde, no me cabe duda —dijo la

madre de Stephen—. Espero que el muchacho sepa conservar lo que ha conseguido; pero a lo mejor se deja llevar por la perdición de los hombres. Alguna mujer lo pescará.

—Bueno, señor y señora Smith, está oscureciendo y debemos regresar; y recuerde que los sábados, cuando vaya al mercado, nuestra casa es su casa. Siempre habrá una taza de té y un platillo para usted, como sabe que hay desde hace meses, por si lo había olvidado. Soy una mujer sin pelos en la lengua, y digo lo que pienso.

Cuando los visitantes se hubieron ido y el sol se puso, y los rayos de la luna comenzaron a asomar sobre los muros de la casa, John Smith y su mujer se sentaron a leer el periódico que a toda prisa habían ido a buscar a la ciudad. Y cuando acabaron la lectura, consideraron que debían adaptarse a las nuevas exigencias sociales que se les iban a presentar, por lo que, según la señora Smith, lo mejor era comprar nuevos muebles y ampliar la casa.

—Y John, recuerda una cosa —dijo la señora Smith a modo de conclusión—. Cuando escribas a Stephen, no se te ocurra mencionarle el nombre de Elfride Swancourt. Ya no somos vecinos suyos, y nada sabemos de ella excepto rumores. El muchacho parece que la va olvidando, y me alegro. Triste momento aquel en que sus ojos se posaron sobre la chica. Y esa familia tampoco era buena para él; que se guarden su sangre para ellos si la quieren. Él piensa en ella, lo sé, pero no está tan desesperado como antes. No intentes saber nada de ella, y así no podremos responder a sus preguntas. Así se le irá de la cabeza a Stephen.

—Que así sea —dijo John.

XXXVII

«Al cabo de muchos días»

Eclesiastés 11, 1

Knight vagó por el sur con el pretexto de estudiar las antigüedades del continente.

Recorrió las majestuosas naves de Amiens, deambuló por la abadía de Ardenas, subió a las extrañas torres de Laon, estudió Noyon y Reims. Luego se dirigió a Chartres y examinó sus escamosos chapiteles y sus curiosas tallas; después deambuló por Coutances. Remó bajo la falda del monte St. Michel y contempló el variado perfil de los edificios en ruinas que lo recubren. Estuvo días en St. Ouen, Rouen; también en Vezelay y Sens, donde visitó muchos monumentos religiosos de los alrededores. Abandonó la inspección del arte antiguo francés con la misma precipitación sin objeto con que la había emprendido, y fue aún más lejos, hasta Ferrara, Padua y Pisa. Saciado de arte medieval, cató el Foro de Roma. A continuación observó el efecto de la luna y las estrellas en la bahía de Nápoles. Pasó a Austria, y le enervaron y deprimieron las planicies húngaras y bohemias, y le reanimaron de nuevo las brisas que soplan en los declives de los Cárpatos.

Luego llegó a Grecia. Visitó la llanura de Maratón e intentó imaginar la derrota persa; en el campo de Marte, a San Pablo dirigiéndose a los antiguos atenienses; en las Termópilas y Salamis, revivir los hechos y tradiciones de la segunda invasión^[65]; el resultado de sus intentos fue más o menos caótico. Knight se hartó de esos lugares, al igual que de todos los demás. En las islas Jónicas experimentó la sacudida de un terremoto y pasó a Venecia, donde paseó en góndola arriba y abajo por el sinuoso Gran Canal, y por las noches vagabundó por calles y piazzas, a una hora en que ninguna onda agita las lagunas y sólo se oyen los sonidos de las campanadas a medianoche. Posteriormente pasó unas semanas en los museos, galerías y bibliotecas de Viena, Berlín y París, desde donde regresó a Inglaterra.

El tiempo nos lleva ahora a una tarde de febrero, quince meses después de la separación de Elfride y su enamorado en aquel campo de rastrojos encarado al mar.

Dos hombres que evidentemente no eran londinenses y que vestían con un toque extranjero se encontraron por accidente en uno de los caminos de grava que cruzan Hyde Park. Uno era joven; el otro, unos años mayor. El joven, que tenía más costumbre de mirar a su alrededor que el otro, se dio cuenta de que el mayor se acercaba un poco antes de que éste levantara los ojos del suelo y pusiera una mirada abstraída que parecía habitual en él.

—Señor Knight..., ¡claro que es usted! —exclamó el joven.

—¡Ah, Stephen Smith! —dijo Knight.

A los pocos segundos, ambos mostraban una expresión menos franca e impulsiva de la que, en un primer instante, se había adueñado de sus rasgos. Quedó claro que las

siguientes palabras que pronunciaron eran una envoltura superficial a la reserva que ambos observaban.

—¿Hace tiempo que has vuelto a Inglaterra? —dijo Knight.

—Sólo dos días —dijo Smith.

—¿En la India desde entonces?

—Prácticamente.

—El año pasado se hablaba mucho de ti en St. Launce's. Creo que leí algo en los periódicos.

—Sí, creo que hablaron de mí.

—Debo felicitarte por todo lo que has hecho.

—Gracias, pero no es nada del otro mundo. La evolución natural de un profesional cuando carece de competencia.

Siguió esa falta de palabras que suele darse entre supuestos amigos que descubren que ya no son íntimos, pero que tampoco han pasado a ser simples conocidos. Los dos miraban arriba y abajo del parque. Es posible que Knight hubiera recordado, en los meses transcurridos, la actitud de Stephen hacia él en su último encuentro, y quizá eso provocara que su antiguo interés por el bienestar de Stephen se extinguiera lentamente. Los sentimientos de Stephen, como es de suponer, se originaban en su creencia de que Knight le había quitado a la mujer que él tanto amaba.

Entonces Stephen Smith le formuló una pregunta adoptando un tono indiferente que ocultara, si ello era posible, que la cuestión le importaba mucho más de lo que su amigo podía suponer.

—¿Se ha casado?

—No.

Knight habló con una indescriptible amargura que fue casi mal humor.

—Y nunca me casaré —añadió terminante—. ¿Y tú?

—No —dijo Stephen triste y en voz baja, como un hombre en una enfermería. Como ignoraba por completo si Knight sabía o no su anterior compromiso con Elfride, decidió aventurar algunas palabras más sobre el tema, que ahora poseía para él una dolorosa fascinación.

—He de suponer entonces que su compromiso con la señorita Swancourt quedó en nada —dijo—. ¿Recuerda que una vez nos encontramos estando usted con ella?

Aquí la voz de Stephen le traicionó a pesar de su firme voluntad. Su estancia en la India no había apagado aquellas emociones hasta el punto de que pudiera controlarlas.

—El compromiso quedó roto —respondió rápidamente Knight—. Es algo que ocurre a menudo... para bien o para mal.

—Sí, es cierto. ¿Y qué ha estado haciendo últimamente?

—¿Haciendo? Nada.

—¿Dónde ha estado?

—Eso es largo de contar. Sobre todo, viajando por Europa; y quizá pueda

interesarte saber que he intentado ponerme a estudiar en serio el arte continental de la Edad Media. Las notas que he tomado en cada ejemplo están a tu disposición. A mí no me sirven de nada.

—Estaré encantado de leerlas... ¡Ah, poder ir de aquí para allá!

—No tan allá —dijo Knight con hosco despego—. Imagino que sabes que las ovejas a menudo se vuelven locas... Hidátide cerebral, se le llama. Es una larva que les corroe el cerebro y el animal se pone a andar en círculo sin parar. Eso es lo que he hecho yo: dar vueltas y vueltas como un carnero loco.

La manera de hablar de Knight, descuidada, amarga, inconexa, que más pretendía dar rienda suelta a lo que tenía en la cabeza que transmitir alguna idea a Stephen, le resultaba a éste muy dolorosa. Algo había envenenado la vida de su antiguo amigo: Knight era un hombre cambiado. Stephen también había cambiado mucho, aunque no tanto como Knight.

—Ayer volví a casa —dijo Knight—, y en mi mente, como mucho, no había más de media docena de ideas que valiera la pena retener.

—Supera usted a Hamlet en lo morboso de su estado de ánimo —dijo Stephen con pesarosa franqueza.

Knight no contestó.

—Sabe —añadió Stephen—, por lo que vi la última vez que nos encontramos, habría jurado que ahora estaría ya casado.

La cara de Knight se endureció.

—¿Ah sí?

Stephen era incapaz de abandonar aquel tema deprimente y atractivo.

—Sí, y me asombra que no lo esté.

—¿Y con quién esperabas que me casara?

—Con la muchacha que le acompañaba.

—Gracias por asombrarte.

—¿Le dejó plantado?

—Smith, deja que te diga algo —le respondió Knight con firmeza—. jamás me vuelvas a preguntar por este asunto. Tengo un motivo para hacerte esta petición. Y si me preguntas, no te daré ninguna respuesta.

—Oh, ni por un momento he querido interrogarle sobre algo que le resulta desagradable. He sentido el repentino deseo de explicarle algo, y de oír una explicación similar por su parte. Pero dejémoslo, dejémoslo.

—¿Qué querías explicarme?

—Yo perdí a la mujer con la que iba a casarme; usted no se ha casado, como pretendía. Podríamos haber comparado nuestras notas.

—Jamás te pregunté nada referente a tu caso.

—Lo sé.

—Y la inferencia es obvia.

—Desde luego.

—La verdad es, Stephen, que me he empeñado en jamás aludir a esa cuestión... y tengo una buena razón para ello.

—Sin duda. Una razón tan buena como la que tuvo para no casarse con ella.

—Me hablas de manera insidiosa. Tenía una buena razón..., ¡una razón lamentablemente buena!

La impaciencia de Smith le impulsó a hacer otra pregunta.

—¿Es que ella no le amaba lo suficiente? —Inhaló aire de manera lenta, casi sin atreverse, mientras esperaba la respuesta con medrosa esperanza.

—Stephen, estás abusando de la cortesía al hacerme estas preguntas después de lo que acabo de decirte. No te entiendo. Ahora he de continuar.

—¡Será posible! —exclamó Stephen apasionadamente—. ¡Habla como si no se la hubiera arrebatado a alguien que tenía más derecho que usted a ella!

—¿Qué quieres decir con eso? —dijo Knight perplejo—. ¿Qué has oído contar?

—Nada. Yo también he de continuar. Adiós.

—Vete si tienes prisa —dijo Knight ahora reacio a marcharse—. Pero te aseguro que no entiendo por qué te comportas así.

—Ni yo tampoco por qué lo hace usted. Siempre le he estado agradecido y, por lo que a mí concierne, este extrañamiento que hemos sufrido es del todo innecesario.

—Y yo siempre te he deseado lo mejor, Stephen. ¡Estoy seguro de que no hace falta que te lo diga! Tú fuiste quien empezó a mostrarse reservado, lo sabes.

—¡No es cierto! Se confunde. Usted fue el primero que se mostró reservado conmigo, a pesar de que yo me mostrara franco. Supongo que fue el resultado natural de nuestra distinta posición en la vida. Y cuando yo, el alumno, me volví reservado como usted, el maestro, eso no le gustó. Sin embargo, iba a pedirle que viniera a visitarme.

—¿Dónde te alojas?

—En el Hotel Grosvenor, en Pimlico.

—Yo también.

—Práctico, por no decir raro. Bueno, voy a quedarme un día o dos en Londres; luego iré a ver a mis padres, que ahora viven en St. Launce's. ¿Vendrá a verme esta tarde?

—Es posible, pero no te prometo nada. Quería estar solo un par de horas; en cualquier caso, sabré dónde encontrarte. Adiós.

XXXVIII

«Cruelles como una tumba son los celos.»
Cantar de los cantares 8, 6

Stephen meditó no poco acerca de ese encuentro con su viejo amigo y antaño venerado modelo. Se sentía afligido, pues en medio de todas las distracciones de los últimos años, una vocecilla de fidelidad a Knight había perdurado en su interior. Quizá esa lealtad se debía a que Knight le había tratado siempre como un simple discípulo, llegando al extremo de menospreciarlo en alguna ocasión; y al final, aunque sin pretenderlo, le había infligido el mayor desdén: quitarle a su enamorada. El lado emocional de su carácter estaba construido sobre un modelo más femenino que masculino; y la tremenda herida que le había provocado Knight había servido para mantener vivo un afecto que una actitud más solícita habría extinguido del todo. Knight, por su parte, se sintió irritado, en cuanto se hubieron separado, por no haber desempeñado su antiguo papel de mentor con Stephen. Las palabras que Stephen había dejado caer referentes a que alguien tenía más derecho que él a pretender a Elfride habrían provocado en Knight, de haber sido pronunciadas cuando Stephen era más joven, una respuesta como: «Vamos, muchacho, cuéntamelo todo», ante lo cual Stephen habría desembuchado cuanto supiera del asunto.

El recuerdo de Stephen el ingenuo, aunque ahora, borrado externamente por Stephen el talentoso, regresó vívido aquella tarde a la mente de Knight. En ese momento sólo estaba en Londres de paso; y tras atender a algunos asuntos que aquel día exigían su atención, se adentró con la mente abstraída por los sombríos pasillos del Museo Británico durante la media hora anterior a su cierre. El encuentro con Smith había anudado el pasado con el presente, cerrando el abismo de su ausencia de Londres como si jamás hubiese tenido lugar, y los últimos sucesos ocurridos durante su anterior residencia en Londres formaban un ayer en comparación con las circunstancias del ahora. El conflicto que le había desgarrado en relación con Elfride Swancourt revivió, reforzado por haber estado en letargo. De hecho, en sus muchos meses de ausencia, aunque había disipado cualquier intención de hacerla su esposa, no había podido olvidar que era el tipo de mujer que mejor se adaptaba a su carácter; y en lugar de intentar borrar todos los pensamientos relacionados con ella, había dado en considerarlos una enfermedad que era preciso tolerar.

Knight, aquella tarde, regresó a su hotel mucho más temprano de lo habitual. No se molestó en pensar si ello se debía a un amistoso deseo de cerrar la brecha que se había ensanchado lentamente entre él y su más viejo conocido, o a que estaba impaciente por oír el significado de los arcanos oráculos que Stephen había pronunciado tan precipitadamente, dando a entender que sabía más de Elfride de lo que Knight había supuesto.

Cenó deprisa, preguntó por Smith y pronto fue llevado a presencia del joven, al que encontró sentado ante un agradable fuego junto a una mesa sobre la que se extendían publicaciones científicas y revistas de arte.

—He venido a verte, después de todo —dijo Knight—. Esta mañana me he comportado de una manera un poco rara, y me ha parecido deseable visitarte; pero de eso ya te has dado cuenta, Stephen, lo sé. Achácalo a mis vagabundeos por Francia e Italia.

—No diga nada más y siéntese. Me alegro mucho de volver a verle.

A Stephen no le habría importado confesarle a Knight que, en el preciso momento en que éste fue anunciado, estaba leyendo algunas antiguas cartas de Elfride. No eran muchas; y hasta esa noche habían estado selladas y arrumbadas en un rincón de su baúl de piel, junto con otros recuerdos y reliquias que le habían acompañado en sus viajes. Las vistas y sonidos familiares de Londres, el encuentro con su viejo amigo, también habían revivido en él esa sensación de continuidad en relación con Elfride y su amor que su estancia en la otra punta del mundo sólo había suspendido en parte, aunque jamás roto. Al principio intentó leer aquellas cartas con cierta distancia, y así leyó una, luego otra; y todas ellas evocaron de nuevo tristes recuerdos. Volvió a doblarlas, se las colocó en el bolsillo y, en lugar de proseguir con su examen de la situación del mundo artístico, se puso a rumiar la extraña circunstancia de haberse encontrado con Knight y de que éste, después de todo, no fuera el marido de Elfride.

La posibilidad de obtener una satisfacción engendra una sensación acumulativa de su necesidad. Stephen dio rienda suelta a su imaginación y sintió con más intensidad de lo que había sentido durante muchos meses que, sin Elfride, su vida jamás le resultaría demasiado placentera ni tampoco honraría a su Hacedor.

Los dos se sentaron junto al fuego y se pusieron a charlar de cualquier cosa. Ninguno quería ser el primero en abordar el tema que más anhelaban tocar. Sobre la mesa, junto con los periódicos, había dos o tres cuadernos, uno de ellos abierto. Knight, por las páginas que quedaban a la vista, comprobó que se trataba sólo de esbozos, y comenzó a pasar las hojas casi sin prestar atención. Cuando, al cabo de un rato, Stephen salió un momento de la habitación, Knight pasó esos minutos observando los bocetos con más atención.

Las ideas primeras y más rudimentarias, correspondientes a moradas de todo tipo, se habían bosquejado toscamente en esas páginas. Había copias de antigüedades, fragmentos de columnas indias, estatuas colosales y estrafalarios adornos de los templos de Elephanta y Kenneri; y sobre ellos, de cualquier manera, se habían esbozado puertas modernas, ventanas, tejados, cocinas y mobiliario doméstico; todo lo que, en resumen, forma parte de la experiencia de un arquitecto que ejerce y viaja con los ojos abiertos. Entre todo ello a veces aparecían toscos dibujos de temas medievales para tallas o miniaturas: cabezas de vírgenes, santos y profetas.

Supuestamente, Stephen no era un gran dibujante a mano alzada, pero sabía delinear el cuerpo humano con corrección y destreza. En las numerosas repeticiones

que había en los lados y bordes de las hojas, Knight comenzó a observar una peculiaridad. Todas las santas tenían los mismos rasgos. Había grandes y pequeños nimbos alrededor de sus cabezas ladeadas, pero la cara era siempre la misma. Ese perfil... ¡qué bien conocía Knight ese perfil!

De haber encontrado sólo una muestra de ese semblante tan familiar, podría haber considerado que el parecido era accidental; pero aquella repetición significaba algo más. Knight volvió a recordar las precipitadas palabras de Smith del día anterior, y una y otra vez miró aquellos bocetos.

Cuando el joven entró, Knight dijo con visible zozobra:

—Stephen, ¿qué son estos dibujos?

Stephen miró el cuaderno con total despreocupación:

—Santos y ángeles hechos en momentos de ocio. Son bocetos para las vidrieras de colores de una iglesia de Inglaterra.

—¿Y a quién idealizas con ese tipo de mujer que siempre adoptas para la Virgen?

—A nadie.

Un pensamiento atravesó la mente de Stephen, que levantó la vista hacia su amigo.

Lo cierto es que Stephen había dibujado los rasgos de Elfride de una manera tan inconsciente que al principio no comprendió a qué se refería Knight. La mano, al igual que la lengua, fácilmente adquiere el hábito de la repetición sin tener que recurrir a la ayuda de la mente; y ése había sido el caso. Los jóvenes que no saben escribir versos a sus amadas suelen dar en retratarlas, y en los primeros días de su relación Smith nunca se cansaba de dibujar a Elfride. El modelo de los bocetos de Stephen comenzaba a explicar muchas cosas. Knight la había reconocido. Había llegado, sin que lo pretendieran, el momento de comparar notas.

—Elfride Swancourt, con la que yo estuve prometido —dijo Stephen imperturbable.

—¡Stephen!

—Sé a qué se refiere al hablar así.

—¿Era Elfride? ¿Tú eras el hombre, Stephen?

—Sí; y ahora se pregunta por qué se lo oculté aquella vez en Endelstow, ¿verdad?

—Sí, y muchas más cosas.

—Lo hice con la mejor intención; cúlpele si quiere; pero lo hice con la mejor intención. Y ahora dígame, después de lo ocurrido, ¿cómo podía tratarle igual que antes?

—No lo sé; no puedo decirlo.

Knight se quedó ensimismado y a los pocos instantes murmuró:

—Esta tarde he sospechado algo cuando me has dicho que se la había arrebatado a alguien. Pero no he hecho caso. ¿Cómo la conociste? —preguntó en un tono casi perentorio.

—Fui allí por lo de la iglesia; hace ya años.

—Cuando trabajabas con Hewby, claro, claro. Bueno, pues no lo entiendo. — Levantó la voz—. No sé qué decir, ¡me has estado engañando durante tanto tiempo!

—No veo que le haya engañado en absoluto.

—Sí, sí, pero...

Knight se puso en pie y comenzó a ir de una punta a otra de la estancia. Tenía la cara pálida, la voz agitada, al decir:

—No actuaste como yo habría hecho en las mismas circunstancias. Es algo que me afecta en lo más hondo; y te lo digo claramente, jamás lo olvidaré.

—¿El qué?

—La manera en que te comportaste cuando nos encontramos en la cripta al decirte que íbamos a casarnos. ¡Engaño, deshonestidad por todas partes; qué otra cosa hay en el mundo!

A Stephen no le agradó que malinterpretara sus razones, aun cuando fuera la conclusión precipitada de un amigo alterado por la emoción.

—No podía hacer otra cosa, por consideración a ella —dijo Stephen inflexible.

—¡No me digas! —replicó Knight en un tono de amargo reproche—. ¡Y supongo que tampoco pudiste desposarla por consideración a ella! Yo esperaba..., deseaba..., que él, que ahora resultas ser tú, acabara casándose con ella.

—Le agradezco que fuera ése su deseo. Pero habla usted con mucho misterio. Creo que había razones muy poderosas para no casarme con ella.

—Ah, ¿y cuáles eran esas razones?

—Que no podía.

—Pues deberías haber buscado la oportunidad; ¡de hecho deberías hacerlo ahora, para hacerle justicia a Elfride, Stephen! —exclamó Knight fuera de sí—. Lo sabes muy bien, y me duele más profundamente de lo que imaginas descubrir que nunca has pretendido enmendar el mal que le hiciste a una mujer como ella... tan confiada, tan dispuesta a dejarse llevar por sus sentimientos y fugarse..., pobrecilla, ¡cuánto lo siento por ella!

—¡Por favor, habla usted como un orate! Usted me la quitó, ¿o se le ha olvidado?

—No creo que a recoger lo que otro desprecia se le pueda llamar «quitar». Sin embargo, no creo que nos pongamos de acuerdo con respecto a este tema, así que será mejor que nos despidamos.

—Lo malinterpreta usted completamente —dijo Stephen profundamente agitado—. ¿Qué he hecho? Dígamelo. He perdido a Elfride, ¿acaso eso es un pecado?

—¿Quién fue el causante? ¿Ella o tú?

—¿De qué?

—De que os separarais.

—Se lo diré con toda honestidad. Fue ella. Ella me dejó.

—¿Y cuál fue el motivo?

—No lo sé. Pero le contaré la historia sin omitir nada.

Hasta aquel día, Stephen había creído a pies juntillas que Elfride se había cansado

de él y se había enamorado de Knight; pero ahora no quería expresarlo en palabras, ni siquiera admitir el pensamiento. Imaginar otra cosa concordaba más con la esperanza que había originado el averiguar que Elfride se había separado de Knight: que el amor que ella había sentido por éste no era la causa directa, sino consecuencia de haber dejado de amarle a él.

—No hemos de permitir que algo así cree discordia entre nosotros —replicó Knight asumiendo una actitud que ocultaba sus auténticos sentimientos, como si la franqueza ahora fuese intolerable—. Entiendo que la reserva que mostraste en la cripta podía tener su origen en la prudencia. —Y concluyó de manera artificiosa—: En su conjunto, es algo muy extraño, pero de escasa importancia, supongo, después de tanto tiempo; y ahora ya no me concierne, aunque me gustaría escuchar tu relato.

Las palabras de Knight, pronunciadas con aire de renuncia y de aparente indiferencia, incitaron a Stephen a hablar —quizá con cierta complacencia— de su compromiso secreto con Elfride. Le contó con detalle cómo se había originado, y las autoritarias palabras y acciones del padre de Elfride para apagar su amor.

Knight siguió mostrándose ajeno y desinteresado. Ahora, más que nunca, deseaba ocultar sus emociones; si las dejaba entrever, cabía la posibilidad de que el joven fuera menos franco y volviera a aparecer la discordia. ¿De qué servía ahora el candor?

En su relato, Stephen llegó al capítulo en que tuvo que abandonar la rectoría a causa de la actitud del señor Swancourt. El interés de Knight aumentó. Hasta ese momento, el amor entre Stephen y Elfride parecía inocente e infantil.

—Sería una interesante cuestión para la casuística —observó— decidir si eras culpable o no al ocultarle a Swancourt que tus parientes pertenecían a su parroquia. Es muy natural que contuvieras la lengua en tales circunstancias. Bueno, ¿cuál fue el resultado de que te rechazara?

—Que acordamos mantenernos secretamente fieles el uno al otro. Y para asegurarnos de que así fuera, pensamos que debíamos casarnos.

La ansiedad y la agitación de Knight habían aumentado enormemente al abordar Stephen esa fase del asunto.

—¿Te importaría continuar?

—Oh, no, en absoluto.

A continuación Stephen le detalló los pormenores del encuentro con Elfride en la estación de ferrocarril; el hecho de que se vieran obligados a ir a Londres a menos que consintieran en posponer la ceremonia. El largo viaje, que duró casi todo el día; la timidez y el cambio de opinión de Elfride; la llegada a Londres; que pasaron al otro andén y de inmediato volvieron a ponerse en marcha, obedeciendo exclusivamente a los deseos de ella; el subsiguiente viaje de vuelta, que duró toda la noche; la ansiedad de ambos mientras veían amanecer; la llegada a St. Launce's. Y Stephen le informó de que la única persona que les reconoció fue una mujer del pueblo llamado Jethway; y cómo este hecho llenó de terror a Elfride. Le contó que él la estuvo esperando en

las afueras mientras su enamorada, en aquel momento llena de reproche, iba a buscar su pony, y que el último beso que él le dio fue a un kilómetro y medio de distancia de la ciudad, camino de Endelstow.

Todo ello lo narró Stephen con determinación. Creía que al hacerlo así dejarían bien claro que tenía razones más que fundadas para reivindicar a Elfride como suya.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea esa mujer! ¡Esa desdichada mujer que nos separó! ¡Dios santo!

Knight volvió a recorrer la estancia de punta a punta, y estas frases las pronunció estando lejos de Stephen.

—¿Qué ha dicho? —inquirió Stephen dándose la vuelta.

—¿Dicho? ¿Es que he dicho algo? Oh, simplemente estaba pensando en tu historia y en lo raro que resultaba que acabara gustándome la misma mujer que a ti. Y que ahora... casi la he olvidado; y ninguno de los dos siente nada por ella, quizá sólo amistad; ¿no es eso?

Knight seguía en la otra punta del cuarto, un poco en sombras.

—Exacto —dijo Stephen exultante por dentro, pues la actitud extemporánea de Knight le engañaba por completo.

Sin embargo, no le embaucaba tanto el absoluto fingimiento de Knight como el hecho de que éste jamás le hubiera engañado antes. Pensar que su compañero había dejado de amar a Elfride aligeraba enormemente el peso que había volcado la balanza en contra de Knight.

—Admitiendo que Elfride pudiera amar a otro hombre después de ti —dijo Knight con el mismo barniz de indiferencia y censura—, esa experiencia no la hizo peor.

—¿Peor? Naturalmente que no la hizo peor.

—¿Nunca has considerado que obró de manera alocada e irreflexiva?

—No, nunca —dijo Stephen—. Yo la convencí. Ella no vio nada malo en aquella fuga hasta que decidió volver, ni tampoco yo; no hubo nada malo, exceptuando que fue una imprudencia.

—¿Y nada más parecerle mal decidió que no quería seguir adelante?

—Así fue. Yo también había comenzado a pensar que estaba mal.

—Una persona que tuviera torcidas intenciones podría tergiversar esa fuga, ¿no te parece?

—Es posible; pero jamás me enteré de que eso hubiera ocurrido. Nadie que conociera la realidad de las circunstancias habría hecho otra cosa que sonreír. De haberse enterado todo el mundo, la única que lo habría seguido considerando un pecado habría sido Elfride. Pobrecilla, siempre lo consideró así, y estaba de lo más asustada.

—Stephen, ¿la sigues queriendo?

—Bueno, me gusta; siempre me gustará —dijo de manera elusiva, y con toda la estrategia que el amor sugería—. Pero hace tanto que no la veo que es difícil que

pueda amarla. ¿La ama usted todavía?

—¿Cómo puedo responderte sin avergonzarme? ¡Qué volubles somos los hombres, Stephen! Puede que, de manera fugaz, los hombres amen más intensamente, pero el amor de las mujeres es más perdurable. Yo la amaba... a mi manera, ya sabes.

—Sí, lo entiendo. Y yo la amaba a mi manera. Lo cierto es que en una época la amé mucho; pero los viajes suelen borrar los primeros amores.

—Es cierto..., ya lo puedes decir.

Quizá lo más extraordinario de esa conversación era la circunstancia de que, aunque cada interlocutor al principio había intuido el revivir de la pasión del otro a partir de actos nimios, ninguno se permitía reconocer que su amigo pudiera hablar con tantos fingimientos como él.

—Stephen —añadió Knight—, ahora que todo ha quedado claro entre los dos, creo que debo marcharme. ¿Te importa si regreso a mi habitación?

—¡No me diga que no se quedará a cenar! ¿Por qué no ha venido a comer?

—Debes excusarme por esta vez.

—Entonces nos veremos mañana en el desayuno.

—Iré muy justo de tiempo.

—Desayunaremos temprano, para que no tenga que alterar sus planes.

—De acuerdo —dijo Knight con toda la presteza que se puede injertar en un inmenso árbol de renuencia—. Sí, temprano; pongamos a las ocho, ya que estamos bajo el mismo techo.

—A la hora que quiera. Las ocho está bien.

Y Knight se marchó. Pues llevar una máscara, emboscar sus sentimientos como había hecho en aquella triste conversación, era una tortura que no podía soportar más. Era la primera vez en su vida que fingía de aquel modo. Y el hombre al que había engañado era Stephen, quien desde muy joven le había considerado dócilmente como alguien superior y de intachable integridad.

Se fue a la cama y se entregó a la fiebre de su excitación. ¡Stephen, ese había sido su rival..., ni más ni menos que Stephen! Había un anticlímax de absurdo que Knight, pesaroso y con remordimientos de conciencia, no podía reconocer. Para él, Stephen no era más que un muchacho. Pero lo que más le afligía era comprender que la inocencia de Elfride al considerar como grave aquella falta leve era lo que le había inducido a error. Si Elfride, con cualquier grado de frialdad, hubiera afirmado que ella no había hecho nada malo, el aliento venenoso de la difunta señora Jethway habría sido inoperante. ¿Por qué no obligó a la dócil muchacha a contarle más? Sólo con que en ese asunto hubiera exhibido aquella cualidad imperiosa habitual en él con los demás, todo se habría sabido. Le azotaba el corazón como una fusta recordar cómo Elfride había soportado sus palabras hirientes, sin dirigirle jamás un solo reproche, asegurándole tan sólo que su amor no tenía límites.

Knight bendijo a Elfride por su dulzura y olvidó su falta. Revivió con todo detalle aquellas hermosas escenas veraniegas con ella. La vio de nuevo en su primer

encuentro, hablando con timidez, aunque con esa impaciencia por explicarse que surgía casi contra su voluntad. ¡Cómo le esperaba ella en verdes lugares, sin jamás mostrar esas normales afectaciones femeninas de indiferencia! ¡Qué orgullosa se sentía de pasear con él, y cómo se leían claramente en sus ojos el pensamiento de que él era el mayor genio del mundo!

Tomó una decisión, y tras haberla tomado, ya no pudo seguir fingiendo que dormía. Se levantó, se vistió y se sentó a esperar a que llegara el día.

Stephen también pasó una noche agitada. Y no por encontrarse de nuevo en Inglaterra; ni porque estuviera a punto de reunirse con sus padres y pasar una buena temporada en la casa que tenían en el campo. Daba rienda suelta a sus sueños y, por el momento, las bodegas de Bombay y las llanuras y fuertes de Poonah no eran si no la sombra de una sombra. Su sueño se basaba en un solo hecho: Elfride y Knight se habían separado, y era como si nunca hubiesen estado prometidos. Su ruptura debió de ocurrir poco después de que Stephen descubriera que estaban unidos; y, seguía pensando Stephen, ¿acaso no era posible que ello se debiera a que el errante afecto de Elfride era de nuevo para él?

Las opiniones de Stephen en esta cuestión eran las de un enamorado, y no el juicio equilibrado de un observador imparcial. Su carácter de natural optimista edificaba una esperanza sobre otra, hasta que poca duda le cupo de que Elfride y Knight se había separado al percibir éste el amor que ella seguía sintiendo por Stephen.

Sentía un irresistible impulso de ir a ver a Elfride. En cualquier caso, bajar de St. Launce's a Castle Boterel, una distancia de menos de treinta kilómetros, y deslizarse como un fantasma por los lugares de antaño, preguntando de tapadillo por ella, sería una manera fascinante de pasar las primeras horas libres de que dispusiera al llegar a su casa pasado mañana.

Era ahora un hombre rico e independiente; y la posición que se había ganado en la vida borraba todas las viejas distinciones de clase. Era una persona ilustre, incluso de sangre azul, a juzgar por el tono del honorable alcalde de St. Launce's.

XXXIX

«Cada uno en compañía de su amada.»
WALTER SCOTT, *El sol se pone sobre el lago*

Los amigos y rivales desayunaron juntos a la mañana siguiente. Nada se dijo de lo que la noche anterior habían discutido con tanta palabra y diciendo tan poco. Stephen se pasó casi todo el tiempo pensando que ojalá no se viera obligado a quedarse otro día en Londres.

—No puedo ir a St. Launce's hasta mañana, como ya sabe —le dijo a Knight cuando acabaron de desayunar—. ¿Qué planes tiene para hoy?

—Tengo una cita justo antes de la diez —dijo Knight lentamente—, y luego he de visitar a dos o tres personas.

—Esta noche le buscaré —dijo Stephen.

—Hazlo. Ven a cenar conmigo; es decir, si podemos vernos. Puede que esta noche no duerma en Londres; de hecho, todavía no sé muy bien lo que voy a hacer. Sin embargo, voy a enviar de inmediato, mi equipaje a mis habitaciones de Bede's Inn. Si no nos vemos, te escribiré.

Eran las nueve menos cuarto. Cuando Knight se hubo marchado, Stephen se impacientó aún más por la circunstancia de tener que quedarse otro día en lugar de poner rumbo a ese lugar de la tierra donde quizá alguien pensaba en él con cariño. De pronto se le ocurrió que la cita a la que debía acudir en Londres podía posponerse sin gran perjuicio.

Pensado y hecho. Miró su reloj y descubrió que faltaban cuarenta minutos para que saliera el tren de las diez de Paddington, lo que le dejaba un cuarto de hora de margen antes de poner rumbo a la estación.

Garabateó un par de notas apresuradas —una posponiendo su cita de negocios, otra para Knight, en la que se disculpaba por no poder reunirse con él esa noche—, pagó la cuenta, dejó el equipaje más pesado para que se lo enviaran por tren de mercancías, y subió a un coche de punto en dirección a la Great Western Station.

Poco después ocupaba su asiento en el vagón.

El jefe de tren silenció su silbato para permitir que en el compartimento contiguo al de Stephen entrara un hombre al que Smith había visto cruzar apresuradamente el andén en el último momento.

Stephen se hundió en el asiento, inmóvil y perplejo. El hombre se parecía a Knight..., se parecía muchísimo. ¿Existía la posibilidad de que fuera él? Para haber llegado al tren a tiempo, su coche de punto debía de haber corrido como el viento hacia Bede's Inn, donde se habría apeado a toda prisa para dejar el equipaje y volver a subir al coche. No, no podía ser él; él no obraba de ese modo.

Durante la primera parte del viaje, a Stephen Smith se le agolparon los

pensamientos hasta el punto de que el cerebro pareció hinchársele. Uno de sus objetos de reflexión era lo que haría al llegar. Se presentaría en la ciudad un día antes de lo que había informado a sus padres, con quienes había acordado que le recogerían en Plymouth; un plan que había complacido enormemente a la respetable pareja. En otra ocasión ya habían concertado la misma cita, pero él la había frustrado anticipando su llegada. Esta vez iría directamente a Castle Boterel; pasearía por aquella zona que tan bien conocía la tarde de su llegada y la mañana siguiente haciendo averiguaciones; y regresaría a Plymouth para reunirse con sus padres tal como habían quedado: con ello evitaría que éstos tuvieran que cancelar su proyectado viaje al tiempo que aliviaría su propia impaciencia.

En Chippenham estuvieron un rato parados; engancharon y desengancharon algunos vagones.

Stephen miró por la ventanilla. En ese mismo momento, otra cabeza asomó por la ventanilla contigua. Los dos se quedaron mirando.

Knight y Stephen estaban cara a cara.

—¡Usted aquí! —exclamó el joven.

—Sí. Y parece que tú también —dijo Knight con frialdad.

—Sí.

El egoísmo del amor y la crueldad de los celos quedaron perfectamente ejemplificados en ese momento. Los dos hombres se miraron como si nunca se hubieran visto. Los dos estaban molestos por la presencia del otro.

—¿No habías dicho que no te marcharías hasta mañana? —observó Knight.

—Cierto. Sólo que me lo pensé mejor. ¿Este viaje era la cita que tenía prevista, entonces?

—No. También fue algo que se me ocurrió luego. Dejé una nota en la que te lo explicaba; te decía además que esta noche no podría reunirme contigo como habíamos quedado.

—Lo mismo hice yo.

—No tienes buen aspecto; tampoco lo tenías esta mañana.

—Me duele la cabeza. A usted también se le ve más pálido.

—A mí también me duele la cabeza. Creo que tendremos que esperar aquí unos minutos.

Pasearon por el andén; los dos estaban cada vez más incómodos e inquietos por la presencia del otro. Llegaron al final de la zona de pasajeros y se detuvieron totalmente ensimismados. La mirada ausente de Stephen se posó sobre las actividades de unos mozos que desplazaban un curioso y oscuro furgón de la parte posterior del tren para quitar otro que estaba entre éste y la cabeza del tren. Concluida la operación, los dos amigos regresaron al lado de su vagón.

—¿Quieres subir a mi compartimento? —dijo Knight en tono no muy cordial.

—Tengo la manta, el portamanteo y el paraguas en el mío: me resulta un poco incómodo cambiarme ahora —dijo Stephen reacio—. ¿Por qué no viene al mío?

—Yo también tengo mis cosas. No vale la pena moverlas ahora, pues volveremos a vernos.

—Oh, sí.

Y los dos regresaron a sus respectivos compartimentos. Justo cuando el tren se ponía en marcha, un hombre que estaba en el andén levantó las manos y detuvo el tren.

Stephen se asomó para ver qué ocurría. Uno de los ferroviarios le gritaba a otro:

—Teníais que haber enganchado otra vez el vagón. ¿Es que no ves que pertenece a la línea principal? ¡Deprisa! ¡Cuánta tontería hay en el mundo!

—¡Qué molestas son todas estas paradas! —exclamó Knight impaciente asomándose por su ventanilla—. ¿Qué ocurre?

—El furgón especial que vimos antes ha sido desenganchado por error de nuestro tren, parece —dijo Stephen.

Contempló el proceso de enganche. El vagón o furgón, que ahora recordó haber visto en Paddington antes de salir, era de aspecto más rico y solemne que triste. Parecía bastante nuevo y de diseño moderno, y su impresionante personalidad atrajo la atención de otras personas además de la de Stephen. Contempló cómo se colocaban dos hombres a cada lado del furgón y lo movían hacia adelante: parecía aproximarse más lento y más tristemente; a continuación hubo una leve sacudida, volvieron a unirlo al tren y éste se puso en marcha.

Stephen se pasó toda la tarde meditando acerca de a qué motivos obedecía la repentina aparición de Knight. ¿Acaso también iba a Castle Boterel? Si era así, ello sólo podía obedecer a un motivo: visitar a Elfride. Y la idea no le gustaba.

En Plymouth, Smith compró algo para comer y a continuación dio la vuelta hasta el andén desde el que salía el tren con destino a Camelton, la nueva estación que quedaba cerca de Castle Boterel y Endelstow.

Knight ya estaba allí.

Stephen se le acercó y se quedó a su lado sin hablar. En ese momento, dos hombres salieron arrastrándose de entre las ruedas del tren que esperaba para salir.

—El vagón es bastante ligero —dijo uno en tono siniestro—. Ligero como la vanidad; lleno de nada.

—Nada en tamaño, pero con mucha significación —dijo el otro, un hombre de mentalidad y actitud más optimistas.

Smith comprobó que estaban enganchando a su tren el mismo furgón de imponente y sombrío aspecto que les había venido siguiendo desde Londres.

—Imagino que tu viaje no acaba aquí —dijo Knight volviéndose hacia Stephen tras contemplar el mismo objeto.

—No.

—Podemos ir en el mismo compartimento, ¿no te parece?

—Desde luego. —Los dos entraron por la misma puerta.

Enseguida cayó la tarde. Era la víspera de San Valentín —ese obispo de bendita

memoria para los jóvenes enamorados—, y el sol brillaba cerca del horizonte, bajo el borde de una nube densa, decorando las eminencias del paisaje con coronas de fuego naranja. Cuando el tren cambió de dirección en una curva, los mismos rayos penetraron por la ventanilla e hicieron abrir los ojos medio cerrados de Knight.

—¿Te bajarás en St. Launce's, supongo? —murmuró.

—No —dijo Stephen—. No me esperan hasta mañana. —Knight quedó en silencio—. ¿Y usted... va a Endelstow? —dijo el joven de manera significativa.

—Ya que me lo preguntas, sólo puedo decirte que ahí voy, Stephen —añadió Knight lentamente y con más determinación de la que había mostrado en todo el día—. Voy a Endelstow para ver si Elfride Swancourt sigue aún soltera; y si es así, le pediré que sea mi mujer.

—Yo voy a lo mismo —dijo Stephen.

—Creo que no te servirá de nada —replicó Knight con decisión.

—Naturalmente que lo cree. —Había un fuerte deje de amargura en la voz de Stephen—. Podría haber dicho espero en lugar de creo —añadió.

—Te equivocas. Lo único que he hecho ha sido darte mi opinión. Puede que Elfride Swancourt te amara alguna vez, no lo dudo, pero era tan joven entonces que apenas sabía lo que quería.

—Gracias —dijo Stephen lacónico—. Sabía lo que quería tanto como yo. Teníamos la misma edad. Si usted no se hubiese interpuesto...

—¡No digas eso..., no lo repitas, Stephen! ¿De dónde sacas la idea de que yo me interpuse? ¡Sé justo, por favor!

—Bueno —dijo su amigo—, ella fue mía antes de ser suya, ¡y lo sabe! Y se me hizo muy duro pensar que usted la había conquistado y que, de no haber sido por usted, ahora podría ser mi mujer. —Stephen habló con gran sentimiento y se asomó a la ventanilla para ocultar la emoción que era visible en su cara.

—Es absurdo —dijo Knight en un tono más amable— que veas las cosas de ese modo. Lo que te digo es por tu bien. Como es de suponer, no quieres comprender la verdad..., que lo que ella sintió por ti no fue más que el primer encaprichamiento de una niña, algo que jamás es consistente.

—¡No es cierto! —dijo Stephen apasionadamente—. Usted me quitó de en medio. ¡Y ahora vuelve a entrometerse entre nosotros, y quiere volver a privarme de mi oportunidad! ¡De mi derecho, eso es lo que es! ¡Qué mezquino por su parte venir otra vez a intentar arrebátarmela! Cuando usted la conquistó, yo no me interpuse; ¡y creo, señor Knight, que bien podría hacer usted por mí lo mismo que hice por usted!

—No me llames «señor»; ahora no hay entre nosotros diferencias sociales y si las hay, en todo caso son a tu favor.

—El primer amor es el más profundo; y ése fue el mío.

—¿Quién te ha dicho eso? —dijo Knight desdeñoso.

—Yo fui su primer amor. Y fue por mi causa que ella y tú os separasteis. No me equivoco al suponerlo.

—Fue por tu causa. Y si te explicara de qué modo eso provocó nuestra separación, te convencerías de que te equivocas por completo al ir a verla. Como te he dicho al principio, tu viaje no servirá de nada. No quiero explicártelo, pues los detalles son dolorosos. Pero si no quieres hacerme caso, adelante, por amor de Dios, tanto me da lo que hagas, muchacho.

—No tienes ningún derecho a darme órdenes. Sólo porque, cuando era un muchacho, te considerara un maestro y me ayudaras un poco, por lo que te estoy agradecido y te he querido, crees que tienes derecho a interponerte en mi camino. ¡Es cruel, es injusto... que me ofendas de ese modo!

Knight se mostró profundamente dolido por esas palabras.

—Stephen, lo que acabas de decir es falso e indigno de cualquier hombre, e indigno de ti. Sabes que me juzgas mal. Si alguna vez te ha aprovechado algo de lo que te enseñé, me alegra saberlo. Sabes que lo hice de manera desinteresada y que jamás lo he considerado una deuda que hubieras contraído conmigo.

Eso hizo mella en el carácter de natural dulce de Stephen y con voz afligida dijo:

—Sí, sí. He sido injusto..., lo reconozco.

—Ésta es la estación de St. Launce's, creo. ¿Vas a bajarte?

El que Knight regresara al asunto que estaban tratando provocó que Stephen volviera a adoptar una actitud defensiva.

—No, ya te he dicho que me bajaba en Endelstow —replicó decidido.

Los rasgos de Knight quedaron impasibles, y no dijo más. El tren continuó traqueteando, y Stephen se reclinó en su rincón y cerró los ojos. Los amarillos de la tarde eran ahora pardos y se adensaban las sombras del crepúsculo; una nube de polvo golpeaba a veces el cristal de la ventanilla, originada por un viento gélido que soplaba del noreste. Las colinas antes doradas y ahora tristes comenzaban a perder el aspecto rotundo que tenían de día y a convertirse en discos negros que se recortaban contra el cielo, y toda la naturaleza llevaba esa capa que la hora de las seis de la tarde arroja sobre el paisaje en esa época del año.

Tras permanecer un rato inmóvil, Stephen se despertó sobresaltado con una mirada de perplejidad, y pasaron unos minutos antes de que se diera cuenta de dónde estaba.

—¡Era tan real, tan real! —exclamó pasándose la mano por los ojos.

—¿El qué? —dijo Knight.

—El sueño. Me he quedado dormido unos minutos y he tenido un sueño..., el más vívido que recuerdo.

Contempló la oscuridad con aire abatido. Ahora se acercaban a Camelton. A través del velo de la noche se podía ver cómo encendían las farolas, cada cierto tiempo cobraba vida una llama, que parpadeaban débilmente con las rachas de viento.

—¿Qué soñabas? —dijo Knight con aire taciturno.

—Oh, nada digno de contar. Era una especie de pesadilla. En los sueños nunca hay nada de verdad.

—Ya me lo imaginaba.

—Yo lo sé. Sin embargo, ya que quieres saberlo, lo que he soñado con tanta viveza era lo siguiente. Era una preciosa mañana en la iglesia de Endelstow Este, y tú y yo estábamos junto a la pila bautismal. Un poco más lejos, en el presbiterio, lord Luxellian estaba solo, frío e impasible; su aspecto era casi irreconocible; pero yo sabía que era él. En el altar había un extraño clérigo con un libro abierto. Levantó la mirada y le dijo a lord Luxellian: «¿Dónde está la novia?». Lord Luxellian respondió: «No hay novia». En ese momento alguien entró por la puerta, y supe que era la difunta lady Luxellian. Él se volvió a ella y le dijo: «Creía que estabas debajo de nosotros, en la cripta; pero a lo mejor sólo lo he soñado. Ven». Entonces ella se le acercó. Y al pasar entre nosotros me rozó y me dejó tan helado que exclamé: «¡Se me ha ido la vida!», y, tal como ocurre en los sueños, me desperté. Pero ya hemos llegado a Camelton.

Lentamente entraban en la estación.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Knight—. ¿De verdad piensas ir a ver a los Swancourt?

—De ninguna manera. Primero quiero hacer algunas averiguaciones. Esta noche probaré suerte en el Luxellian Arms. ¿Tú irás enseguida a Endelstow, verdad?

—No puedo, ya es muy tarde. Quizá no estás al corriente de que la familia..., el padre de Elfride, en cualquier caso..., me tiene tan poco aprecio como a ti.

—No lo sabía.

—Y, al igual que tú, tampoco me puedo presentar en su casa como un viejo amigo. Sin duda, gozo de los privilegios de ser pariente lejano, sean cuales sean.

Knight bajó la ventanilla y se asomó.

—Hay muchísima gente en la estación —dijo—. Parece que todos nos estén esperando.

Cuando el tren se detuvo, los medio enemistados amigos distinguieron, a la luz de las lámparas, que entre la reunión de curiosos había un grupo de hombres cubiertos con capas negras. Se abrió una puerta lateral de la verja del andén y vieron un coche de color oscuro, que al principio no supieron definir. Entonces Knight vio, en su parte superior, unas formas que se recortaban contra el cielo como cedros y supo que se trataba de un coche fúnebre. En las puertas de los vagones había muy poca gente: la mayoría se habían congregado en un extremo. Knight y Stephen se apearon, y por un momento se volvieron en la misma dirección.

El oscuro furgón que les había acompañado desde Londres descubría que su destino era el mismo que el de ellos. Lo habían colocado justo delante de la puerta abierta del andén. Los mirones retrocedieron, dejando un pasadizo desde la puerta de la verja hasta el furgón, en el que entraron los hombres de capa negra.

—Son peones —dijo Stephen—. Es extraño, pero reconozco al menos a tres: son de Endelstow. Esto es de lo más curioso.

Al poco comenzaron a salir de dos en dos; y a la luz de las farolas se les vio

transportar un ataúd de satín de color claro, reluciente de pulido y sin clavos. Los ocho hombres llevaban la carga a sus espaldas y lentamente se dirigieron a la puerta de la verja.

Knight y Stephen salieron y se acercaron a la procesión mientras ésta salía de la estación. Un carruaje que formaba parte del cortejo apareció junto a una farola. La luz dio en la cara del vicario de Endelstow, el señor Swancourt; parecía muchos años mayor que la última vez que le vieran. Knight y Stephen retrocedieron de manera involuntaria.

Knight preguntó a uno de los allí reunidos:

—¿Qué tiene que ver el señor Swancourt con el funeral?

—Es el padre de la dama —le respondió el hombre.

—¿De qué dama? —dijo Knight con una voz tan apagada que el hombre se lo quedó mirando.

—El padre de la dama que hay en el ataúd. Murió en Londres, y la han traído en tren. Esta noche la llevan a su casa y por la mañana la enterrarán.

Knight clavó la mirada ausente en el lugar donde había estado el coche fúnebre; como si lo viera, o a alguien, allí. A continuación se volvió y contempló la ágil figura de Stephen encorvada como la de un anciano. Tomó el brazo de su amigo y lo alejó de la luz.

XL

«Bienvenida, orgullosa dama.»

WALTER SCOTT, *La orgullosa Maisie está en el bosque*

Ha pasado media hora. Dos hombres desdichados deambulan en la oscuridad por la carretera que va de Camelton a Endelstow.

—¿Es posible que yo le rompiera el corazón? —dijo Henry Knight—. ¿La he matado? Fui muy severo con ella, Stephen, ¡y ahora ha muerto! ¡Que Dios no tenga compasión de mí!

—¿Cómo puedes haberla matado tú más que yo?

—Bueno, la abandoné... casi furtivamente... y no le dije que no pensaba volver; y en nuestro último encuentro no la besé ni una vez, y la dejé ir llena de tristeza. ¡He sido un necio..., un necio! ¡Ojalá la confesión más abyecta de mi necedad ante una multitud de compatriotas pudiera enmendar la inmensa crueldad con que traté a mi amor!

—¡A tu amor! —dijo Stephen con una especie de carcajada—. Cualquiera puede decir eso, supongo; cualquiera. Pero yo sé una cosa: ella fue *mi* amor antes de ser el tuyo; y después también. Si alguien tiene derecho a llamarla *mi amor*, ese soy yo.

—Hablas como si no supieras nada, y de hecho es así. ¿Alguna vez hizo algo por ti? ¿Poner en juego su buen nombre, por ejemplo, por ti?

—Sí, lo hizo —dijo Stephen recalcando sus palabras.

—Ya será menos. ¿Llegó a vivir sólo para ti..., te demostró que no podía vivir sin ti..., reía y lloraba por ti?

—Sí.

—¡Nunca! ¿Alguna vez arriesgó su vida por ti? ¡No! Mi amor sí lo hizo por mí.

—Si lo hizo fue por lo amable que era. ¿Cuándo arriesgó su vida por ti?

—Para salvar la mía en uno de los acantilados. La pobre muchacha estaba conmigo, viendo acercarse un vapor, el *Puffin*, y resbalé. Los dos nos escapamos por los pelos. ¡Ojalá hubiéramos muerto allí!

—Un momento —le suplicó Stephen con los ojos húmedos—. Ella subió a ese acantilado para verme llegar: me lo había prometido. Me lo avisó meses antes. ¿Y crees que habría ido si no me hubiera querido?

—No hay duda de que crees que Elfride murió por ti —dijo Knight con un sarcasmo demasiado triste y sin brío para sostenerse.

—Tanto da. Si averiguamos que... que murió siendo tuya, no diré nada más.

—Y si averiguamos que murió siendo tuya, yo no diré nada más.

—Muy bien. Que así sea.

Las nubes oscuras que habían ocultado el sol derramaban una lluvia cada vez más

intensa.

—¿Nos refugiamos en alguna parte hasta que pare el chaparrón? —dijo Stephen.

—Como quieras. Pero no vale la pena. Oiremos los detalles y regresaremos. Que la gente no sepa quiénes somos. Ahora no estoy con ánimos.

Habían llegado a un punto en el que la carretera se bifurcaba: justo en el extremo occidental del pueblo, uno de los ramales entraba en la población y el otro llevaba hasta Endelstow Este. Tras recorrer parte del trayecto por el sendero, se encontraron con que el coche fúnebre les había tomado bastante delantera y no lo veían.

—Imagino que ha tomado el camino de Endelstow Este. ¿Puedes verlo?

—No. Creo que te equivocas.

Knight y Stephen entraron en el pueblo. Un listón de viva luz atravesaba la carretera procedente de la puerta entreabierto de una herrería, dentro de la cual se oían el soplido del fuelle y los golpes del martillo. Cada vez llovía más, y mecánicamente se refugiaron en aquel lugar cálido y acogedor.

Un hombre se colocó justo detrás de ellos; iba sin impermeable ni paraguas; bajo el brazo llevaba un paquete.

—Una noche lluviosa —les dijo a los dos amigos, y pasó de largo. Los dos se quedaron en el porche, pero el hombre entró y se acercó al fuego.

El herrero dejó de dar golpes y se puso a hablar con el recién llegado.

—He venido andando desde Camelton —dijo el hombre del paquete—. Tenía que llegar esta noche.

Acercó el paquete, que era plano, al fuego para ver si le había entrado agua. Colocó el borde en la forja, lo apoyó perpendicularmente con una mano y con la otra se secó la cara con un pañuelo.

—Supongo que sabes lo que llevo aquí —le dijo al herrero.

—No —contestó aquél descansando un momento.

—Como aún no ha dejado de llover, te lo enseñaré.

Colocó el paquete ancho y plano, con ángulos agudos en diferentes direcciones, sobre el yunque, y el herrero avivó el fuego para tener más luz. Primero, tras quitar la cuerda, apartaron una hoja de papel marrón que estaba plana. A continuación el hombre desplegó un trozo de paño, que extendió sobre el papel. La tercera envoltura era de papel de seda, que a su vez también extendieron. Apareció entonces lo que había dentro, y el portador lo sostuvo para que el herrero lo contemplara.

—¡Ah, ya veo! —dijo éste, que manifestó un moderado interés y se acercó al objeto—. ¡Pobre muchacha..., qué cosa tan triste... y tan prematura!

Knight y Stephen volvieron la cabeza y miraron.

—¿Y qué es eso? —añadió el herrero.

—Es la corona. Muy bien acabada, ¿verdad? ¡Ah, eso cuesta su buen dinero!

—Un buen trabajo, desde luego

—Lo han hecho los mismos que hicieron el ataúd, pero no lo acabaron a tiempo para enviarlo a la casa de Londres ayer. He tenido que traerlo esta misma noche.

Los dos artículos tan bien embalados eran la placa del ataúd y una corona.

Stephen y Knight se acercaron. El empleado de pompas fúnebres, al ver que querían leer la inscripción, amablemente volvió la placa hacia ellos, y los dos leyeron casi en el mismo momento, junto a la luz del carbón:

ELFRIDE

esposa de Spenser Hugo Luxellian,
Decimoquinto Barón Luxellian:
Falleció el 10 de febrero de 18...

<> La leyeron, y la leyeron, y volvieron a leerla —Stephen y Knight— como animados por un solo espíritu. A continuación Stephen puso la mano en el brazo de Knight, y se retiraron del resplandor amarillo, cada vez más lejos, hasta que los rodeó la gélida oscuridad, y el cielo sereno que había sobre sus cabezas se hizo notar como una pálida lámina gris de pura monotonía.

—¿Dónde vamos ahora? —dijo Stephen.

—No lo sé.

Siguió un silencio.

—¡Elfride se casó! —dijo Stephen en un tenue susurro, como si temiera que aquella frase anduviera libremente por el mundo.

—Falsa —susurró Knight.

—Y muerta. Nos rechazó a los dos. ¡Odio la palabra «falsa»..., la odio!

Knight no replicó.

Nada más se oyó: sólo el latido de sus pulsos, que medía lentamente el tiempo; el tenue golpear de la lluvia sobre sus ropas; el ronroneo del fuelle del herrero.

—¿Seguimos a Elfride? —dijo Stephen.

—No, dejémosla en paz. Está fuera del alcance de nuestro amor; que no le llegue tampoco nuestro reproche. Puesto que desconocemos las razones que la impulsaron a hacer lo que hizo, ¿cómo podemos decir, incluso ahora, que no fue pura y fiel en el fondo? —La voz de Knight se había vuelto suave y amable como la de un niño. Añadió—: ¿Podemos llamarla ambiciosa? No. Las circunstancias, como siempre, pudieron más que sus intenciones. Frágil y delicada como era, siempre propensa a sucumbir en un momento ante la brutal acometida de los elementos. Sé que era así, ¿no crees?

—Es posible. Debió de ser así. Vámonos.

Encaminaron sus pasos hacia Castle Boterel, adonde habían enviado su equipaje nada más llegar a Camelton. Caminaron un buen rato en silencio. Entonces Stephen se detuvo y suavemente posó la mano en el brazo de Knight.

—Me pregunto cómo murió —dijo en un roto susurro—. ¿Por qué no volvemos y averiguamos algo más?

Dieron media vuelta y entraron por segunda vez en Endelstow. Llegaron hasta

una puerta que estaba abierta; se trataba de una posada llamada Welcome Inn y parecía que la casa había sido reparada y modernizada completamente. Tampoco pertenecía al mismo dueño que antes, sino a Martin Cannister.

Knight y Smith entraron. La posada estaba muy silenciosa, y siguieron un pasillo hasta llegar a la cocina, donde había un enorme fuego que rugía en el interior de la chimenea y cubría el suelo, el techo y las paredes recién encaladas de un resplandor tan intenso que convertía la vela en una iluminación secundaria. Una mujer, que llevaba un delantal blanco y un vestido negro, estaba sola tras una mesa de pino que acababa de fregar. Primero Stephen, y luego Knight, la reconocieron: era Unity, que había sido criada en la rectoría y doncella de Elfride en The Craggs.

—Unity —dijo Stephen en voz baja—, ¿es que no me reconoces?

Ella le miró inquisitivamente un momento, y la cara se le iluminó de pronto.

—¡Señor Smith..., es usted! —dijo—. Y él es el señor Knight. Les ruego que se sienten. Quizá no saben que me he casado con Martin Cannister.

—¿Cuánto lleváis casados?

—Unos cinco meses. Nos casamos el mismo día en que la señorita Elfride se convirtió en lady Luxellian. —Los ojos de Unity se llenaron de lágrimas que comenzaron a correrle por las mejillas a pesar de sus esfuerzos por contenerlas.

Sufrieron los dos hombres al intentar controlarse delante de aquella muchacha que daba rienda suelta a su dolor. Los dos le dieron la espalda y se alejaron unos pasos.

Unity dijo:

—¿Vamos al salón, caballeros?

—Quedémonos aquí con ella —musitó Knight; y volviéndose hacia Unity—: No, nos sentaremos aquí. Queremos descansar y secarnos, si no te importa.

Los dos apenados amigos pasaron la velada con su anfitriona junto a aquel inmenso fuego, Knight en el hueco que formaba la campana de la chimenea, en la penumbra. Y al darle un poco de confianza se ganaron la suya, y ella les contó lo que ambos deseaban oír: la historia reciente de Elfride.

—Un día..., poco después de que usted, señor Knight, nos abandonara..., desapareció de The Craggs, y su padre fue a buscarla y la trajo a casa enferma. Dónde fue, nunca lo supe..., pero durante las semanas posteriores se sintió muy mal. Y me llegó a decir que no le importaba lo que fuera de ella, y que prefería morir. Cuando mejoró, le dije que tenía que vivir para casarse, y entonces me respondió: «Sí; haré lo que sea por el bien de mi familia, para que al menos mi vida sin objeto sirva para algo». Bueno, y al poco lord Luxellian comenzó a cortejarla. La primera lady Luxellian había muerto, y él estaba muy preocupado porque las niñas se habían quedado sin madre. Al poco las niñas comenzaron a venir habitualmente, con sus vestiditos negros, pues apreciaban a la señorita Elfride tanto o más que a su madre..., ésa es la verdad. Solían llamarla su «pequeña mamá». Esas niñas le infundieron un poco de vida, pero ya no volvió a ser la de antes. Yo me daba cuenta. Cada día estaba

más delgada. Bueno, milord comenzó a invitar a cenar a los Swancourt cada vez con más frecuencia (y no invitaba a nadie más), y al final la familia del rector iba de una casa a otra a cualquier hora del día. La gente dice que las niñas le pidieron a su padre que permitiera que la señorita Elfride fuera a vivir con ellos, y él dijo que a lo mejor lo haría si se portaban bien. Sin embargo, el tiempo pasaba, y un día le dije: «Señorita Elfride, no tiene usted muy buen aspecto; y aunque nadie más parece darse cuenta, yo sí». Ella se rió un poco y me dijo: «Viviré para casarme, como me dijiste».

»—¿Lo hará, señorita? Me alegra oírlo —dije.

»—¿Y con quién crees que voy a casarme?

»—Supongo que con el señor Knight.

»—¡Oh! —exclamó, y se puso muy pálida, y antes de que pudiera sujetarla ya se había derrumbado como una tela sin cuerpo, desmayada. Bueno, al poco recobró el sentido y dijo—: Unity, ahora prosigamos nuestra conversación.

»—Más vale dejarlo para otro día, señorita —dije.

»—No, sigamos —dijo ella—. ¿Con quién crees que voy a casarme?

»—No lo sé —dije la segunda vez.

»—Adivínalo.

»—¿No será con milord? —dije yo.

»—Sí, con él —dijo ella como fuera de sí.

»—Pero no he visto que viniera mucho a cortejarla —dije.

»—¡Ah! Eso no lo sabes —dijo, y me contó que la boda sería en octubre. Después de eso pareció animarse un poco, aunque no sé si fue por el pensamiento de marcharse de casa. Pues, si puedo hablarle con franqueza, le diré que su casa ya no era su casa. Su padre estaba muy irritado con ella, y la trataba con mucha severidad; y aunque la señora Swancourt la trataba bien a su manera, reinaba una especie de fría cortesía que no resultaba muy agradable, y la pobrecilla no lo pasaba nada bien. Más o menos un mes antes de la boda, ella, milord y las niñas comenzaron a salir a montar juntos, y daba gusto verlos; y si ha de creerme, le diré que jamás vi a milord a solas con ella... sin las niñas, quiero decir, y eso es lo que hacía que aquel noviazgo fuera tan extraño. Milord es un hombre muy apuesto, y creo que al final llegó a gustarle a la señorita Elfride; y la he visto sonreír y sonrojarse un poco ante algunas cosas que él le decía. El amor que le tenían las niñas hacía que milord la quisiera más, pues todo el mundo podía ver que la señorita sería una madre de lo más cariñosa para ellas, y también una amiga y compañera de juegos. Milord no sólo es un hombre apuesto, sino un espléndido cortejador. Le hacía unos regalos preciosos; ah, recuerdo uno..., un magnífico brazalete con diamantes y esmeraldas. ¡Oh, cómo se le sonrojó la cara cuando lo vio! El rosa de antes volvió a sus mejillas como antaño, al menos durante un par de minutos. La ayudé a vestirse el día en que ambas nos casamos... ¡fue la última vez que la serví, pobrecilla! Cuando estuvo lista, subí corriendo las escaleras y me puse mi propio vestido de novia, y ellos se fueron a casarse, y Martin y yo también; y en cuanto milord y milady se hubieron casado, el párroco nos casó a

nosotros. Fueron dos bodas muy tranquilas; casi nadie lo supo. Bueno, la esperanza es capaz de pervivir en un corazón joven; y milady pareció revivir un poco, pues milord era tan apuesto y amable.

—¿Cómo murió... estando lejos de casa? —murmuró Knight.

—Su salud volvió a empeorar poco después de la boda, y milord se la llevó al extranjero para cambiar de aires. De vuelta a casa, estando ya en Londres, milady tuvo un aborto y se puso muy enferma, no pudieron moverla, y allí murió.

—¿Él la quería mucho?

—¿Quién, milord? ¡Mucho!

—¿Muchísimo?

—Muchísimo, más que cualquier otra cosa. No fue algo repentino, sino que ocurrió paso a paso. Era el carácter de milady: cuanto más se la conocía, más se la quería. Milord habría muerto por ella. ¡Pobre hombre, está con el corazón destrozado!

—¿El funeral es mañana?

—Sí; mi marido está ahora en la cripta con los mamposteros, abriendo las escaleras y limpiando las paredes.

* * *

Al día siguiente, los dos hombres ascendieron el valle —que tan bien conocían— desde Castle Boterel hasta la iglesia de Endelstow Este. Y cuando el funeral acabó y todo el mundo hubo abandonado el camposanto, la pareja descendió con cautela las escaleras que conducían a la cripta de los Luxellian y llegó bajo los arcos de aristas de poca altura que ya contemplaran en una ocasión, iluminados entonces como ahora. En el nuevo nicho de la cripta había un ataúd bastante nuevo que había perdido parte de su lustre, y uno aún más nuevo, reluciente y sin mácula.

Junto a este último se veía la forma borrosa de un hombre arrodillado sobre el suelo húmedo, el cuerpo atravesado sobre el féretro, las manos entrelazadas, todo su cuerpo en total abandono a la pena. Aún era joven —más joven, quizá, que Knight—, e incluso ahora mostraba una grácil figura y una simétrica complexión. Murmuró una oración medio en voz alta, sin darse cuenta de que los otros dos estaban a pocos metros de él.

Knight y Stephen avanzaron hasta el mismo lugar donde estuvieron junto a Elfride el día en que los tres se encontraron allí, mucho antes de que ella se sumiera en el silencio como sus antepasados y sus ojos azules se cerraran para siempre. Entonces, a la poca luz, vieron a la figura arrodillada. Knight reconoció al instante a lord Luxellian, el desconsolado viudo de Elfride.

En aquel momento se sintieron unos intrusos. Knight hizo retroceder a Stephen, y los dos se retiraron en silencio por donde habían entrado.

—Vámonos —dijo Knight con la voz quebrada—. No tenemos derecho a estar aquí. Hay otro que se interpone..., ¡otro que está más cerca de ella que nosotros!

Y los dos juntos descendieron el gris y silencioso valle hasta Castle Boterel.



THOMAS HARDY, (Higher Bockhampton, 1840 - Dorchester, 1928) nació en el condado de Wessex, al sur de Inglaterra. Hijo de un mampostero y albañil, su infancia estuvo marcada por una salud delicada y una brillantez en los estudios. En 1856 entró a trabajar como aprendiz en un taller de arquitectura de la zona, profesión que alternó con la literatura, hasta la publicación de *Un par de ojos azules* (1873). Un año después se casó con Emma Gifford en contra de la voluntad de las familias y publicó *Lejos del mundanal ruido*, obra que obtuvo un éxito considerable. Más tarde llegarían *El alcalde de Casterbridge* (1886), *Tess la de los D'Uberville* (1891) y *La Bien Amada* (1897). En 1895 publicó *Jude el oscuro*, una atrevida crítica al matrimonio y a los prejuicios de clase de la sociedad inglesa que provocó un fuerte rechazo en los sectores más conservadores.

Los años siguientes los dedicó a la poesía y otras obras de carácter misceláneo, En 1914 escribió unas memorias, *The Early Life of Thomas Hardy*, publicada póstumamente en 1928. Obtuvo el premio Nobel en 1921.

Notas

[1] Cuadro de Rafael que se halla en el Palazzo Pitti de Florencia. <<

[2] Se refiere a la Miranda de *La tempestad* de Shakespeare, que sólo había visto a un hombre: su padre. <<

[3] Se trata del libro de John Burke, *A Genealogical and Heraldic Dictionary of the Landed Gentry of Great Britain and Ireland*, publicado en 1833-1838. Es decir, una guía genealógica y heráldica de los propietarios rurales. <<

[4] De la Décima Sátira de Juvenal: «El caminante que nada tiene se reirá en la cara del ladrón». <<

[5] William Pitt (1759-1806) llegó a primer ministro a la edad de veinticinco años. Joseph Nokellens (1737-1823) fue un escultor flamenco nacido en Inglaterra. <<

[6] Se refiere a las religiones que se separaron de la Iglesia de Inglaterra. <<

[7] «La luz púrpura del amor», en Thomas Gray, «La evolución de la poesía». <<

[8] Michael Dahl (1659?-1743), retratista sueco. <<

[9] Son tres conocidos retratistas. Holbein el joven (1497-1543), alemán; sir Godfrey Kneller (1646 o 1649-1723), alemán; y sir Peter Lely (1618-1680), holandés. <<

[10] Horacio, Epodas XVII, versos 36-37. <<

[11] Se trata de un gambito del siglo XVII, poco común, que es una variante del gambito de rey. En el quinto movimiento permite que el sacrificio de un peón se convierta en el sacrificio de un caballo. <<

[12] La tentadora en el poema de Keats del mismo título. <<

[13] En inglés, «mampostero» y «masón» son la misma palabra, (*maçon*). <<

[14] Se trata de una pieza musical famosa en la época, compuesta por el checo Frantisek Koczwara (1730-1791). <<

[15] Jean-Baptiste Greuze (1725-1805), pintor francés de temas sentimentales. <<

[16] Uno de los compañeros de Eneas, que murió en el combate contra los rútuos. Virgilio cuenta la historia en la *Eneida*. <<

[17] *Hamlet* V, II, 88. <<

[18] Exportadores de oporto desde 1797. <<

[19] En *La riqueza de las naciones* (1776), Adam Smith cita la fabricación de clavijas como una operación que se beneficiaría de la división del trabajo. Thomas Macaulay (1800-1859) fue un famoso historiador. <<

[20] En *Jueces* 4, 21 se cuenta que Yael, mujer de Jéber, atravesó el cráneo de Sisara con una clavija cuya longitud permitió que aun se clavara en la tierra. <<

[21] Cordillera montañosa cercana a Troya, fuente de muchos arroyos. <<

[22] Las leyes inglesas exigen que el novio o la novia han de haber residido al menos quince días en el lugar donde va a celebrarse su matrimonio. <<

[23] Llevada a menudo por las novias como símbolo de pureza. <<

[24] Birmingham era famosa por su producción en serie de bienes de metal baratos, principalmente de hierro colado: así, tan falsas son esas antigüedades como las ruinas de terrenos vírgenes. <<

[25] «Una túnica rígida con figuras bordadas en oro.» De la descripción de Helena de Troya que aparece en la *Eneida*. <<

[26] Referencia a Fabio Cuntáctor, general romano que ganó sus batallas a base de paciencia y cautela, evitando enfrentarse directamente con Aníbal. <<

[27] J. M. W. Turner (1775-1851) fue un paisajista inglés muy admirado por Hardy, cuya última etapa, en cierto modo, prefigura el abstracto. <<

[28] Donde acude la buena sociedad a pasear, para ver y ser vista. <<

[29] En *El crítico*, de Richard Sheridan, durante el ensayo de la obra del señor Puff, *La Armada Invencible*, éste da significados que no tienen a los movimientos del actor que interpreta a *lord* Burleigh. <<

[30] El *Royal Red Book* de Webster, donde aparecía una lista alfabética de la nobleza y la alta burguesía. <<

[31] G. P. R. James (1799-1860) fue una popular novelista de la época victoriana. <<

[32] James Scott, duque de Monmouth (1649-1685), hijo ilegítimo de Carlos II de Inglaterra y aspirante al trono de Jaime II, que huyó de la desastrosa batalla de Sedgemoor antes de que acabara la lucha. <<

[33] En *Aprendices de chismosas* (1777) de Richard Sheridan, *lady Teazle* se esconde tras una cortina y escucha la desagradable verdad acerca de su marido y amigos, y queda perpleja cuando la descubren. <<

[34] Es una cita manipulada de la *Segunda Epístola de Pablo a los Corintios* 7, 9. <<

[35] John Smeaton (1724-1792) reconstruyó el faro de Eddystone entre 1756 y 1759.

<<

[36] Valle de Grecia (Tesalia), situado entre los montes Olimpo y Ossa, cuya belleza celebró Virgilio. <<

[37] Howard Staunton (1810-1874) fue maestro de ajedrez, jugador y editor de Shakespeare. Paul Morphy (1837-1884) fue un maestro de ajedrez americano que resultó campeón del mundo entre 1857 y 1859. Se retiró porque nadie se atrevía a enfrentarse con él. <<

[38] *Chess Praxis* en el original: se trata de un manual de ajedrez de Howard Staunton publicado en 1860. <<

[39] Pues Nelson se negó a despojarse de su llamativo uniforme en la batalla de Trafalgar. <<

[40] Shakespeare, *Ricardo II*, III , II, 183-184. <<

[41] Hijo de Zeus y Europa, se le creía juez de los muertos. <<

[42] Thomas Gray, «La evolución de la poesía». <<

[43] En *Jueces* 19 se cuenta la historia de un levita de Efraím que va a buscar a su concubina, que se ha ido a casa de su padre tras una riña. En casa del padre, éste lo agasaja y no lo deja partir durante cinco días. De camino se detienen en Guibeá, donde, al pretender unos vecinos violarlo, les ofrece a su concubina. <<

[44] *Libro Primero de los Reyes*, 19. <<

[45] En la balada de Coleridge, una madre se enamora del novio de su hija y se le declara. Cuando el joven la rechaza, maldice a la joven pareja. Al final los tres mueren de manera desgraciada y son enterrados el uno junto al otro. <<

[46] *Eclesiastés* 7, 24. <<

[47] Pascal, *Pensamientos*. <<

[48] Se refiere a que en *Juan* 5 el paralítico, tras ser curado por Jesús, recoge su lecho y se marcha. <<

[49] El valle de las sombras de la muerte (Salmo 23). <<

[50] O sea, el pilón que corre por el brazo mayor de la balanza romana. <<

[51] Referencia a *Mateo* 25, 32-33: «Y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda». <<

[52] En «Glenfinlas», de Walter Scott, los intentos de Moy de desterrar un espíritu maléfico lo hacen crecer sin pausa. Cuando llega al techo, sin embargo, el espíritu desaparece. <<

[53] *Hamlet* III, II, 181-182. <<

[54] *Hamlet* III, III, 56. <<

[55] *Pulse-glass* en el original: se trata de un tubo de vidrio con un recipiente en cada extremo, que contiene espíritu de vino y aire enrarecido, que cuando se agarra con la mano muestra una momentánea ebullición que se repite a cada latido del pulso. <<

[56] «Elegancia en el aspecto, el atavío, el adorno: son los distintivos de la virtud en la mujer.» Tito Livio, *Historia de Roma*. <<

[57] *Isaías* 51, 19. <<

[58] Robert Pollock, *El curso del tiempo*. <<

[59] La nuera de Noemí era Ruth, símbolo de generosidad y fidelidad. El párrafo es de *Ruth* 2, 13. <<

[60] De tiempo en tiempo el ángel del Señor descendía al estanque y revolvía el agua y, «el primero que se metía después de la agitación del agua quedaba curado de cualquier mal que tuviera» (*Juan 5, 4*). <<

[61] Las pronuncia el personaje de Adán: él es engañado por Eva, y ella lo ha sido por la serpiente. <<

[62] Salmo 61, 3. <<

[63] Tennyson, *In Memoriam*. <<

[64] Virrey o gobernador de la India bajo el antiguo imperio mongol. <<

[65] En la llanura de Maratón, los persas fueron derrotados por los atenienses en 490 a. C.; diez años después volvieron a invadir Grecia, donde combatieron con los atenienses en el paso de las Termópilas y en las aguas que rodean la isla de Salamis. En cuanto a San Pablo, durante su segundo viaje (h. 49-52), habló ante el Aerópago (*Hechos de los Apóstoles* 17, 22). <<